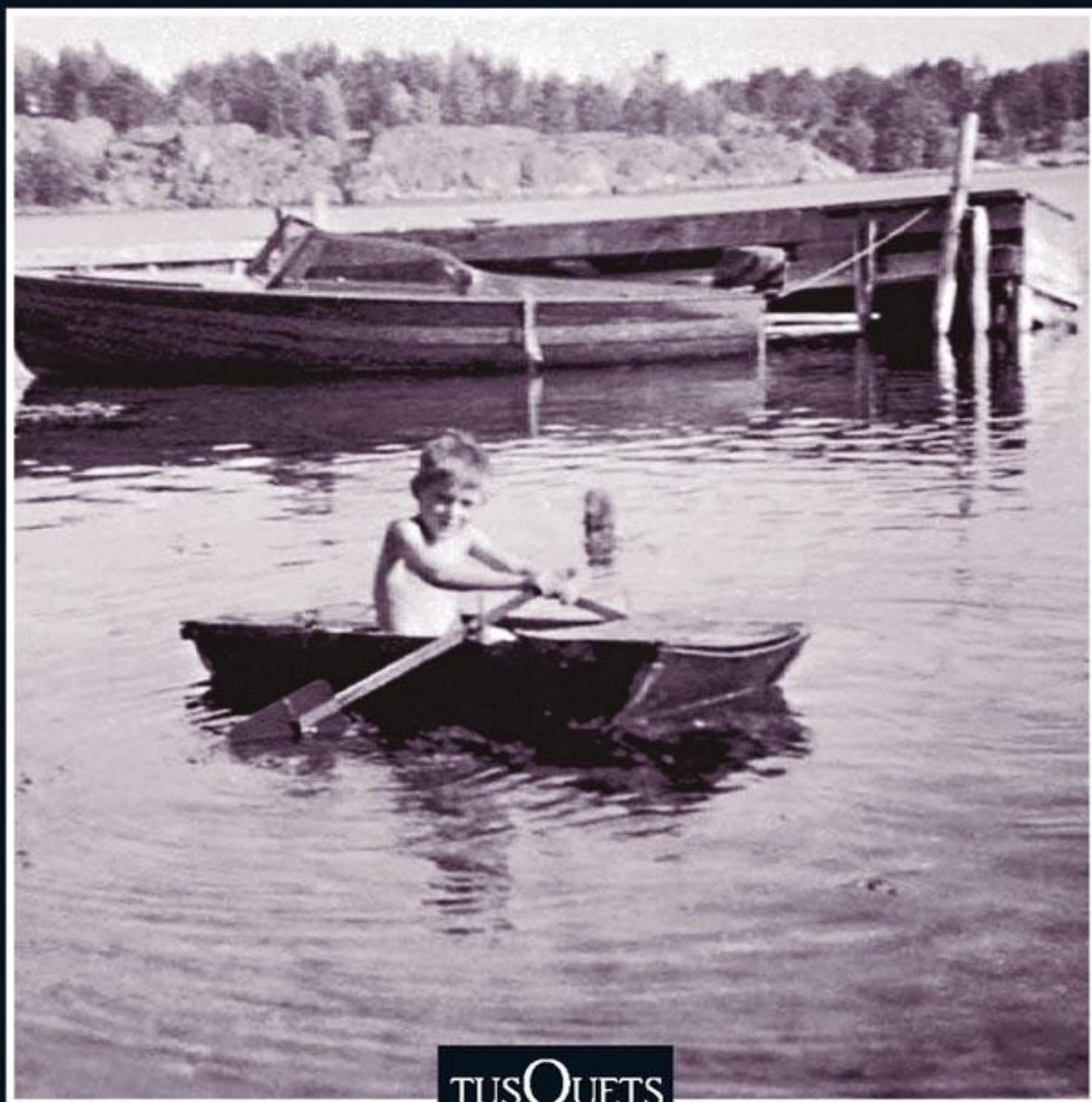


Henning Mankell

ARENAS MOVEDIZAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Para Eva Bergman

Este libro está dedicado, además, a la memoria del panadero Terentius Neo y su mujer, cuyo nombre no conocemos. En un fresco de su casa de Pompeya pueden verse sus caras.

Dos seres humanos en la plenitud de la vida. Se los ve serios y, al mismo tiempo, soñadores. Ella es muy hermosa, pero reservada. Él también da una impresión de timidez.

Dos personas que parecen tomarse sus vidas muy en serio.

Cuando los sorprendió la erupción del volcán en el año 79, seguramente no tuvieron mucho tiempo para comprender qué estaba ocurriendo. Murieron allí, en la plenitud de sus vidas, sepultados en cenizas y lava ardiente.

¡No te avergüences de ser hombre, enorgullécete!
En tu interior se abre infinitamente bóveda tras bóveda.
Nunca estarás completo, y así es como debe ser.

Tomas Tranströmer
«Arcos románicos», *Para vivos y muertos*

Primera parte
El dedo torcido

El accidente de tráfico

La mañana del 16 de diciembre, muy temprano, Eva me llevó a Kungsbacka, a la estación de servicio de Statoil, donde alquilé un coche. Pensaba ir y volver ese mismo día a Vallåkra, debía entregar el vehículo aquella noche. Al día siguiente iba a firmar mi último libro en el ambiente prenavideño de varias librerías de Gotemburgo y Kungsbacka.

Hacía una mañana de un crudo frío invernal. Pero no nevaba. El viaje me llevaría tres horas si paraba a desayunar en Varberg, como era mi costumbre.

Mi directora teatral de Maputo estaba de visita en Suecia. Manuela Soeiro, con la que llevaba treinta años trabajando. En realidad, era la primera reunión digna de tal nombre que celebrábamos en torno a la producción de otoño del año siguiente. Manuela se alojaba en casa de Eyvind, que iba a dirigir la versión de Hamlet a la que yo había estado dando vueltas prácticamente todos los años que llevaba trabajando en el Teatro Avenida.

Hacía mucho tiempo que se me había ocurrido la idea de que en Hamlet había algo muy obvio como de cuento de reyes africanos. Shakespeare tenía algo «negro» que podíamos destacar. Lo cierto es que existe una historia casi idéntica que se desarrolla en el sur de África a lo largo del siglo XIX. Mi idea era que, al final, cuando todos están muertos y Fortimbrás entra en escena, es el hombre blanco, que aterriza para empezar a colonizar África en serio. De ahí que para mí fuera lógico que Fortimbrás concluyera la obra con el monólogo «ser o no ser».

Para montar Hamlet hay que contar con un actor que sea capaz de representar el papel tal y como uno aspira a que se represente. Ahora lo teníamos. Jorginho lo conseguiría. Había madurado muchísimo en los últimos años y, además, era uno de los mejores de la compañía en lo que a tratamiento lingüístico se refería. Era algo así como ahora o nunca.

Mientras cruzaba la región de Halland, me alegraba pensando en el día que tenía por delante. Iba lleno de expectativas.

Aunque había una densa capa de nubes, las carreteras rumbo al sur estaban secas. Yo no circulaba a mucha velocidad, como suelo hacer. Pero había anunciado la hora de mi llegada y no quería anticiparme.

Lo que sucedió fue muy rápido. Justo al norte de Laholm me paso al carril izquierdo para adelantar a un camión que va muy lento. En algún punto de la carretera hay un charco, quizá de aceite. El coche da un patinazo que soy incapaz de controlar. Me estrello contra la mediana. Es un choque frontal, salta el airbag. Pierdo el conocimiento unos segundos.

Y allí me quedo, en silencio. ¿Qué ha pasado? Compruebo que estoy bien. No tengo ninguna lesión, no sangro. Luego salgo del coche. Varios vehículos han parado y la gente se me acerca corriendo. Les digo que no pasa nada, que estoy bien.

Me voy al arcén y llamo a Eva. Cuando responde, procuro parecer tranquilo.

—Me oyes, ¿verdad? Y ves que estoy bien, ¿no?

—¿Qué ha pasado? —me pregunta enseguida.

Le cuento el accidente. Le resto importancia a lo del coche contra la mediana. No hay ningún problema. Todavía no sé lo que va a pasar. Pero estoy bien. Tampoco sé si Eva me cree.

Luego llamo a Vallåkra.

—No puedo ir —digo—. He chocado contra la mediana cerca de Laholm. No estoy herido, pero me vuelvo a casa. El coche ha quedado siniestro total.

Llega la policía. Me piden que sople y ven que estoy sobrio. Les cuento cómo ha sido el accidente. Entre tanto, los bomberos se llevan el coche, que, seguramente, está para la chatarra. El conductor de la ambulancia me pregunta si no debería ir al hospital de

todos modos, para que me hagan una revisión. Le doy las gracias pero le digo que no, puesto que no me duele nada.

La policía me lleva a la estación de ferrocarril de Laholm. Media hora después voy en un tren de vuelta a Gotemburgo. Así que no llegué a hacer aquel viaje a Vallåkra.

Tampoco fui a Vallåkra después. Ni firmé los libros al día siguiente.

Aunque no puedo decir con exactitud por qué, ésa es la fecha que le pongo yo a mi cáncer, el 16 de diciembre de 2013. Desde luego, no tiene ninguna lógica. Los tumores y las metástasis deben de haber estado creciendo durante un periodo de tiempo prolongado. Tampoco noté ningún síntoma ni otras señales ese día precisamente. Fue más bien una especie de advertencia. Algo estaba pasando.

Una semana después, justo para Navidad, Eva y yo nos fuimos al pisito que tenemos en Antibes. La mañana de Navidad me desperté con rigidez y dolor en el cuello. Pensé que, tonto de mí, había adoptado una mala postura y que sería tortícolis.

Pero el dolor no cedía. Además, se extendió rápidamente por el brazo derecho. Perdí la sensibilidad del pulgar de la mano derecha. Y me dolía. Al final, llamé a un ortopeda de Estocolmo al que conseguí localizar a pesar de las fechas. Volví a Suecia y me examinó el 28 de diciembre. Según él, podía tratarse de una hernia de disco cervical, pero que, como es lógico, no se podía determinar con exactitud sin una radiografía. Y quedamos en que me la harían después de las fiestas.

Y así llegó el 8 de enero. Hacía una mañana fría y nevaba un poco. Yo pensaba que era cuestión de confirmar la hernia. Seguía doliéndome la nuca y los analgésicos, por fuertes que fueran, apenas servían. Tenían que tratarme las cervicales.

Aquella mañana, muy temprano, me hicieron dos radiografías. Al cabo de dos horas, el dolor de cuello se transformó en un terrible diagnóstico de cáncer. En una pantalla pude ver un tumor cancerígeno de tres centímetros de longitud, alojado en el pulmón izquierdo. En la nuca tenía una metástasis. Ésa era la causa del dolor.

El resultado que me comunicaron era clarísimo. Aquello era grave, quizá incurable. Abatido, pregunté si lo único que podía hacer era ir a casa y esperar el final.

—En otro tiempo, así era —dijo el médico—. Pero hoy tenemos tratamiento.

Eva estaba conmigo en el hospital Sophiahemmet, donde recibí la noticia. Después, mientras esperábamos un taxi en la fría mañana invernal, no hablamos mucho. Yo creo que no dijimos nada.

Pero vi a una niña que daba saltos en un montículo de nieve, saltaba llena de energía y de felicidad. Me vi a mí mismo de niño, saltando en la nieve. Ahora tenía sesenta y cinco años y un cáncer. Ya no saltaba.

Fue como si Eva me hubiera leído el pensamiento. Me agarró fuerte del brazo.

Cuando nos alejamos de allí en el taxi, la niña seguía saltando en el montículo.

Hoy, 18 de junio, mientras escribo estas líneas, puedo describir el tiempo transcurrido como mucho y poco a la vez. No puedo poner ningún punto final, ni con un resultado mortal ni con uno de mejoría. Estoy en pleno proceso. No hay ninguna respuesta definitiva.

Pero esto es lo que he pasado y lo que he vivido. El relato carece de final. Aún está en proceso.

Y de eso, precisamente, trata este libro. De mi vida. De lo que ha sido y de lo que es.

Seres humanos que se adentran en las sombras sin querer

Dos días después del accidente, hice una visita a la iglesia de Släp, que se encuentra cerca de donde vivo, a orillas del mar, al norte de Kungsbacka. Sentí de pronto la necesidad de ver un cuadro que ya había contemplado muchas veces antes. Un cuadro que no se parece a ningún otro.

Es un retrato de familia. Cien años antes de que naciera el arte de la fotografía, quienes tenían medios económicos encargaban un retrato al óleo. El cuadro representa al pastor Gustaf Fredrik Hjortberg y a su mujer, Anna Helena, así como a sus quince hijos. El retrato es de principios de la década de 1770, cuando Gustaf Hjortberg rondaba los cincuenta. Varios años después, en 1776, falleció.

Es posible que fuera él quien de verdad introdujo el cultivo de la patata en Suecia.

Lo sobrecogedor y lo extraño del cuadro, y quizá también lo aterrador, es que no sólo representa a aquellos que están vivos cuando el artista, Jonas Durch, emprende la ejecución de su tarea. En el cuadro figuran también los niños que ya están muertos en ese momento. Su breve visita a este mundo ya ha terminado. Pero en el retrato de familia tienen que aparecer.

El cuadro está compuesto según se estilaba entonces. Los niños, tanto los vivos como los muertos, están reunidos alrededor del padre, a la izquierda del retrato, en tanto que las niñas se hallan en torno a la madre, en el lado contrario.

Los vivos dirigen la mirada al espectador. Hay varios que sonrían con reserva, quizá con timidez. Pero los niños muertos están retratados con la vista apartada a medias, o con la cara parcialmente oculta tras la espalda de los vivos. De uno de los niños muertos sólo vemos el pelo y un ojo. Es como si se esforzara desesperadamente por estar con los demás.

En una cuna, al lado de la madre, hay un niño pequeño medio oculto. Al fondo se ven unas niñas. En total podemos contar hasta seis niños muertos.

Es como si el tiempo se hubiera detenido en el cuadro. Exactamente igual que en una fotografía. Gustaf Hjortberg fue uno de los discípulos de Lineo, aunque no puede decirse que se contara entre los más relevantes. Hizo al menos tres viajes a China, con la Compañía de las Indias Orientales, como pastor de a bordo. En el cuadro hay un globo terráqueo y un lémur. Hjortberg sostiene en la mano un documento con un texto escrito. Estamos ante una familia de eruditos. Gustaf Hjortberg vivió y murió con los ideales de la Ilustración. Además, era muy célebre por sus conocimientos de medicina. La gente peregrinaba hasta Släp para pedirle consejo y remedio.

Hace aproximadamente doscientos cincuenta años que esas personas vivieron y murieron. Ocho o nueve generaciones, no más. En más de un sentido, son contemporáneos nuestros. Y, sobre todo, pertenecen a la misma civilización que nosotros, que observamos el cuadro.

Pero lo que uno recuerda de ese cuadro es, naturalmente, los niños que miran a otro lado o que tienen la cara oculta. Los muertos. Aparecen como si estuvieran en movimiento, lejos del espectador, en el mundo de las sombras.

Lo que tanto impacto nos causa es cómo los niños muertos se resisten a desaparecer. Creo que no conozco ninguna imagen más potente de la tozudez maravillosa de la vida.

Y quisiera que ese cuadro, precisamente, sobreviviera como un mensaje de nuestra civilización. En un futuro tan lejano que no puedo ni imaginármelo. Ese cuadro aún la fe en la razón y, al mismo tiempo, la condición trágica inherente al ser humano.

Lo encierra todo.

El gran descubrimiento

En el caos emocional en que me encontré inmerso de repente después de que la tortícolis se convirtiera en cáncer, me di cuenta de que la memoria me llevaba no pocas veces a la niñez.

Sin embargo, tardé en darme cuenta de que la memoria me ayudaría a comprender, a crear un punto de partida para encontrar el modo de enfrentarme a la catástrofe que me había sobrevenido.

En algún punto tenía que empezar, simplemente. Tenía que elegir. Y me convencí cada vez más de que el punto de partida se hallaba en los primeros años de mi vida.

Por fin, elijo una noche de invierno de 1957. Cuando abro los ojos aquella mañana, lo hago sin saber que ese día me desvelará un gran secreto.

Muy temprano, voy surcando la oscuridad camino del colegio. Tengo nueve años. Precisamente aquella mañana Bosse, mi mejor amigo, está enfermo. Yo siempre paso a recogerlo por la casa que se encuentra a unos minutos de la casa del juzgado, donde vivo yo. Su hermano Göran me abre la puerta y me dice que a Bosse le duele la garganta y que no va a ir al colegio. Así que esa mañana tengo que recorrer el camino yo solo.

Sveg es un pueblo pequeño. No hay distancias largas. A pesar de que han transcurrido cincuenta y siete años, recuerdo hasta el menor detalle de aquel día de invierno. Las escasas farolas, que se mecen despacio al viento, racheado pero no intenso. El farol que hay en la fachada de la tienda de pintura, cuya pantalla se ha quebrado. Ayer no estaba rota. Es decir, ha ocurrido durante la noche.

Debe de haber nevado por la noche, mientras yo dormía. Delante de la tienda de muebles han retirado ya la nieve. El padre de Inga-Britt, seguramente. Él es el propietario de la tienda de muebles. Inga-Britt también está en mi curso. Pero ella es niña, nunca vamos juntos al colegio. Aunque es muy rápida corriendo. Nadie le gana.

Recuerdo incluso lo que soñé aquella noche: estoy en un témpano de hielo en el río Ljusnan, que discurre entre meandros justo a los pies de la casa donde vivo. El témpano va hacia el sur en su deriva, en pleno deshielo. Es primavera. Encontrarse solo encima de un témpano debería ser una experiencia aterradora, puesto que es muy peligroso. Tan sólo unos meses atrás, un chico unos años mayor que yo se ahogó al abrirse en el hielo un agujero inesperado y traicionero en un lago cercano al pueblo. El agua lo absorbió y todavía no lo han encontrado, a pesar de que los bomberos han estado dragando las aguas. En su pupitre del colegio, la maestra ha pintado una cruz. Todavía sigue allí. Todos los niños de la clase tienen miedo de los agujeros en el hielo, y de los accidentes y los fantasmas. Todos tienen miedo de esa cosa incomprensible que se llama Muerte. La cruz que hay en el pupitre es un horror.

Pero en el sueño, el témpano es seguro. Sé que no me voy a caer.

Desde la tienda de muebles cruzo la calle y me paro delante de la Casa del Pueblo. Allí hay dos postes con paneles acristalados. Varias veces a la semana, cambian la película en el cine. Llegan en cajas de cartón marrón que reciben en el almacén de mercancías del ferrocarril. O bien llegan en el tren de Orsa, que viene del sur, o las trae el ferrobús de Östersund. El transporte desde la estación todavía corre a cargo de un coche tirado por un caballo. Engman, que es el conserje de la Casa del Pueblo, coge una de las cajas. Yo lo intenté una vez y no lo conseguí. Pesaban demasiado para un niño de nueve años. Las cajas contienen una película del Oeste de las malas, que veo más tarde. Una de esas películas B o C, en las que la gente habla sin parar y luego, al final, se bate en un duelo que apenas dura nada. Y poco más. Y todo ello en colores muy raros. La gente tiene la cara de color chillón y el cielo parece más verde que azul.

Ahora veo que Engman va a poner *El sheriff valiente*, que no parece muy atractiva, y también una película sueca de Nils Poppe. La única ventaja de esa película es que

también es para niños. No tengo que colarme por la ventana del sótano en la que Bosse y yo hemos hecho una trampilla secreta para poder pasar por ella cuando ponen películas para mayores.

Y estando allí esa fría mañana de hace cincuenta y siete años, vivo uno de esos instantes decisivos que marcarán mi vida para siempre. Recuerdo la situación con una claridad casi excesiva. Es como si tuviera el recuerdo grabado a fuego en la memoria. De repente me sobreviene una certeza inesperada. Como una descarga eléctrica. Las palabras se organizan solas en la cabeza.

«Yo soy yo y ningún otro. Yo soy yo.»

En ese instante adquiero mi identidad. Antes, mis pensamientos eran tan infantiles como cabía esperar. Ahora se materializaba un estado totalmente distinto. La identidad presupone conciencia.

Yo soy yo y ningún otro. No pueden sustituirme por nadie. La vida se torna de pronto una cuestión seria.

Ignoro cuánto tiempo me quedé así, en medio de aquel frío y aquella oscuridad, con aquella certeza tan desconcertante. Lo único que recuerdo es que llegué tarde. La maestra, Rut Prestjan, ya estaba tocando el armonio cuando abrí la puerta del colegio. Dejé el abrigo en el perchero y esperé. Estaba terminantemente prohibido entrar si llegabas tarde y ya habían empezado el salmo y la oración matutina.

Por fin se terminó, oí el arrastrar de bancos y llamé a la puerta. Dado que rara vez llegaba tarde, la señorita Prestjan me miró con curiosidad y me indicó que entrara. Si hubiera sospechado que llegaba tarde por pereza o por vagancia, no me habría permitido entrar.

—Bosse está enfermo —dije—. Le duele la garganta y tiene fiebre, hoy no vendrá a clase.

Luego me senté en mi pupitre. Miré alrededor. Nadie había descubierto el gran secreto que yo llevaba tan dentro desde aquella mañana de 1957.

Arenas movedizas

De repente fue como si la vida se estrechara. Aquella mañana, recién estrenado el año 2014, cuando me dieron el diagnóstico de cáncer, fue como si la vida se encogiera. Escaseaban las ideas, una especie de paisaje desértico se me extendía por dentro, en la cabeza.

Puede que no me atreviera a pensar en el futuro. Era territorio incierto, minado. Así que volvía continuamente a la infancia.

Cuando tenía ocho o nueve años, me pasé una temporada pensando en qué muerte me asustaba más. No era nada extraordinario, son ideas normales a esa edad. La vida y la muerte empiezan a convertirse en cuestiones decisivas ante las que adoptar una postura. Los niños son seres muy serios. Y sobre todo a esa edad, a la que empiezan a dar el paso hacia la condición de ser humano consciente. Consciente de que tenemos una identidad que no se puede sustituir. El aspecto que uno tiene ante el espejo cambiará a lo largo de la vida, pero detrás se esconde siempre quien tú eres.

La identidad se va formando cuando nos atrevemos a adoptar una postura determinada ante cuestiones complejas. Eso lo sabe todo aquel que no ha olvidado su infancia por completo.

Lo que a mí más me asustaba era pisar el hielo en un lago o en el río, que se hiciera un agujero y que me engulleran las aguas debajo del hielo sin que pudiera salir de allí nunca más. Ahogarme debajo de la capa de hielo mientras los rayos del sol la atravesaban. El ahogamiento en el frío de aquellas aguas. El pánico del que nadie te podía liberar. El grito que nadie iba a oír. El grito que se congelaba hasta convertirse en hielo y muerte.

No era raro ese tipo de miedo. Yo me crié en Härjedalen, donde los inviernos eran largos y crudísimos.

También ocurrió por aquella época, cuando yo tenía ocho o nueve años, que una niña de mi edad se ahogó al colarse por la fina capa de hielo del lago de Sandtjärn. Yo estuve presente cuando la sacaron. El rumor cundió rápidamente por Sveg. Todos acudieron corriendo. Era un domingo. Sus padres estaban a la orilla del lago cubierto de hielo, cuya blancura interrumpía la oscuridad del agujero. Cuando los bomberos voluntarios capturaron el cadáver de la niña con un rezón, los padres no se comportaron como se ve en las películas o como leemos en los libros. No lloraban a gritos. Se quedaron mudos. Otros sí lloraban. La maestra, lo recuerdo bien. El pastor y las mejores amigas de la niña.

Alguien vomitó en la nieve. Reinaba un gran silencio. Delante de la boca de todos los presentes se formaba una nube blanca de vaho, como señales de humo inexplicables.

La niña ahogada no había pasado mucho tiempo debajo del agua. Pero estaba totalmente rígida. La ropa de lana que llevaba crujía y empezó a resquebrajarse cuando la tumbaron en la nieve. Tenía la cara blanquísima, como si la hubieran maquillado. Y la melena rubia, que asomaba debajo del gorro rojo, parecía un puñado de carámbanos amarillos.

Pero también había otra muerte que me asustaba. Había leído al respecto en algún sitio. Después he intentado recordar dónde. Puede que en la revista *Rekordmagasinet*, que mezclaba relatos deportivos con otros de misterio y aventuras. O quizá en alguno de los relatos de viajes por África o por los países árabes. No conseguí dar con el cuento.

Trataba de arenas movedizas. De cómo un hombre, vestido con un uniforme de color caqui y con un rifle al hombro, equipado para una expedición, pisa por casualidad un banco de esas arenas traicioneras, que lo atrapan en el acto. Al final, la arena empieza a taponarle la boca y la nariz. El hombre está condenado. Se ahoga y el pelo que le cubre la cabeza desaparece finalmente sumergido en la arena.

Las arenas movedizas estaban vivas. Los granos se convertían en tentáculos espeluznantes que engullían a un ser humano. Un agujero de arena que comía carne. Los hielos traicioneros sí podía evitarlos. Cerca de los lagos y del río Ljusnan no abundaban las playas de arena. Pero mucho después, cuando paseaba por las dunas de Skagen o, después incluso, por las playas africanas, el recuerdo de aquellas terribles arenas movedizas me venía a la memoria.

Cuando supe que tenía cáncer, ese miedo volvió. Me afectó igual que la primera vez, ahora lo comprendo. La sensación que experimenté fue precisamente ésa, el pavor que me causaban las arenas movedizas. Me resistía a que tiraran de mí y me tragan. La certeza paralizante de que sufría una enfermedad grave e incurable. Me llevó diez días con sus noches, con muy pocas horas de sueño, mantenerme en pie y no quedar paralizado por el miedo que amenazaba con destruir toda mi capacidad de resistencia. Ni una sola vez, que yo recuerde, me vi tan desesperado como para echarme a llorar. Tampoco grité de angustia en ningún momento. Fue una lucha silenciosa por sobrevivir a las arenas movedizas.

Y no me vi arrastrado al fondo. Al final logré trepar como pude para salir de la arena y empecé a enfrentarme a lo ocurrido. La idea de tumbarme a esperar la muerte ya no existía. Recibiría el tratamiento que tenemos a nuestro alcance. Aunque no pudiera volver a estar del todo sano, existía la posibilidad de que viviera mucho tiempo.

Sufrir un cáncer es una catástrofe en la vida. Sólo después de transcurrido el tiempo sabemos si hemos sido capaces de enfrentarnos a él, de ofrecer resistencia. Lo que pensé y viví aquellos diez días posteriores a tan devastador diagnóstico es algo que todavía no tengo del todo claro. Puede que nunca lo comprenda. Aquellos diez días de enero de 2014, después de la fiesta de la Epifanía, son como sombras, tan oscuros como los breves días del invierno sueco. En el plano físico, sufría a veces escalofríos que hoy me recuerdan a las ocasiones en que he padecido malaria. Me pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, tapado con el edredón hasta la barbilla.

Lo único de lo que ahora estoy totalmente seguro es de haber sentido que el tiempo se había detenido. Como en un universo compacto y condensado, todo se había convertido en un punto en el que no existía ningún «entonces» ni tampoco ningún «después», sólo aquel «ahora». Un ser humano que se aferraba a la orilla de un banco de arena mortal que quería tragárselo.

Cuando por fin superé el impulso de rendirme, de dejarme engullir por el abismo, me puse a leer libros sobre qué son en realidad las arenas movedizas. Y descubrí que el relato sobre esas masas de arena capaces de arrastrar consigo a un hombre y matarlo es un mito. Todas las historias que se cuentan y que lo describen son una invención. Entre otras instituciones, lo ha investigado con experimentos prácticos una universidad de Holanda.

Pero la comparación con las arenas movedizas es, a pesar de todo, aquella a la que aún hoy me gusta recurrir.

Así fueron aquellos diez días que cambiaron por completo las premisas de mi vida. Las arenas movedizas eran el agujero infernal del que, a la postre, conseguí librarme.

El futuro se esconde en las profundidades

La primera vez que oigo la palabra «Onkalo» es en otoño de 2012. Naturalmente, entonces no tengo ni idea de que, al cabo de unos años, voy a sufrir un cáncer.

Onkalo es finés y significa «oquedad». También puede remitir a algo secreto, o al «trol que vive en las oquedades de la montaña».

Por pura casualidad, en el tren de Gotemburgo a Estocolmo, cae en mis manos un artículo de periódico sobre los trabajos que están realizando para abrir túneles y cuevas en lo más hondo de la montaña finlandesa, donde van a almacenar residuos nucleares por un tiempo prácticamente infinito. Por lo menos, por un periodo no inferior a cien mil años. Aunque los residuos radiactivos son más peligrosos –más mortíferos– los primeros mil años, debe garantizarse su conservación durante tres mil generaciones.

Yo he vivido toda la vida con la energía atómica. Recuerdo vagamente de mi infancia las protestas y el miedo a las armas nucleares y a una posible guerra devastadora entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América, que eran dos animales salvajes, que sólo a duras penas y momentáneamente se mantienen separados y pacíficos. Después vino la energía nuclear, el desastre de Three Mile Island, luego el de Chernóbil y, en los últimos tiempos, el de Fukushima. Vivo con la convicción natural de que, desde hoy mismo, el reloj va marcando los minutos que faltan para una nueva catástrofe. Yo cuestiono la energía nuclear. Con cada accidente o amago de accidente que haya podido producirse me he vuelto más negativo al respecto. Naturalmente, hacía tiempo que estaba al tanto de la lentitud con la que se eliminan las sustancias radiactivas y de lo peligrosos que son unos residuos con los que tendremos que convivir miles de años. Pero sólo aquel día de otoño de hace dos años comprendí lo que aquello implicaba de verdad.

El artículo es un editorial anónimo. Otras noticias sobre la vida amorosa de algún cantante de rock, sobre cómo distribuir el pago de impuestos sin cometer ningún delito o cómo adelgazar no sé cuántos kilos en catorce días parecen noticias mucho más importantes.

Por supuesto, no me cuesta ningún trabajo entenderlo. Vivimos la vida en el momento presente.

La gente apenas es capaz de ampliar su curiosidad o su interés a los próximos días, meses o años. O mejor aún, hasta el próximo sorteo de lotería o de juego de azar en el que uno espera ganar y liberarse de todas las obligaciones por el sencillo procedimiento de mudarse a algún paraíso del Caribe o de Asia.

Hoy en día, la gente que vive en nuestra parte del mundo no cree en Dios. Creen en la lotería y otros juegos de rasca y gana. Rascan y juegan hasta el infinito. Si aciertan a combinar la suerte y la habilidad de ganar una gran cantidad de dinero, habrán matado a la gallina de los huevos de oro. Ya no tienen que trabajar más ni que preocuparse de nada, sólo dedicarse a contemplar a la sociedad con arrogante desprecio.

De hecho, según veo, la naturaleza de los premios de lotería lo describe muy bien. Hoy por hoy uno puede ganar un sueldo fijo todos los meses –un sueldo neto, naturalmente– durante veinticinco años o incluso más.

Como sea, en aquel periódico había un artículo sobre un escondite cavado en la roca finlandesa.

Unos días después de aquel viaje en tren escribí a Onkalo para preguntar si podía hacer una visita al lugar. Me respondieron raudos y veloces que no. En la carta me decían que no deseaban que utilizara sus instalaciones como escenario de una novela de suspense. Les respondí indignado que no se me había pasado por la cabeza. Que si tenía alguna intención era más bien filosófica. ¿Cómo es posible garantizar la conservación de residuos peligrosos para la vida humana por un espacio de tiempo de

cien mil años, cuando los edificios más antiguos construidos por el hombre tienen cinco o seis mil años como máximo? ¿Cómo pueden expedir una garantía de algo que ninguno de los que vivimos hoy podrá controlar?

Recibí entonces otra respuesta, según la cual habían decidido no aceptar visitas, dado que no podían garantizar la seguridad ni en los depósitos ni en los túneles. Ni que decir tiene que me pareció aterrador y, al mismo tiempo, cómico que no pudieran garantizar la seguridad de un único visitante al tiempo que aseguraban que conservarían aquellos residuos hasta un futuro incomprensiblemente lejano, mucho después de que yo y el director que respondía a mis cartas hubiéramos desaparecido y nos hubiéramos descompuesto en nuestra tumba.

Comprendí que nunca visitaría aquel escondite finlandés de Onkalo, pero en Suecia se estaban llevando a cabo trabajos similares. Cerca de la ciudad de Oskarshamn.

Yo había visitado aquella ciudad en varias ocasiones cuando tenía dieciocho años. Mucho antes de que hubieran empezado a instalar en el país alguna base nuclear. Y ni el Gobierno ni los ciudadanos tenían aún encima de la mesa la cuestión de los residuos.

Escribí a la central nuclear de Oskarshamn y me dijeron que me recibirían encantados. Meses después, les hice una visita.

Hoy que convivo con el cáncer creo que he adquirido una perspectiva nueva e inesperada de cómo tratamos los residuos nucleares.

La burbuja en el cristal

El ingeniero autodidacta que se casó con mi tía se llamaba Viktor Sundström. Se convirtió en un buen amigo mío de juventud porque, a pesar de su edad, seguía siendo un rebelde político. Vivió casi hasta los noventa y cinco años. Nunca se cansaba de hablar de las terribles condiciones que sufrieron a finales del siglo XIX los pobres de la región de Värmland, de la que procedía.

En su momento, trató de explicarme el universo. Entonces, a mediados de la década de 1950, la teoría del *big bang* aún no estaba aceptada del todo como explicación del origen del universo. Según Viktor, el universo siempre había existido. Cuando le preguntaba qué hubo antes del universo, me decía que antes no había existido nada.

Ni que decir tiene que aquello era imposible de entender. De pronto, toda la imagen infantil que tenía del mundo se vino abajo. Recuerdo vagamente que Viktor comprendió que me había llenado de inseguridad, y quizá también de miedo, al arrebatarme aquel «antes».

—No se sabe con seguridad —dijo quitándole importancia—. El universo es un misterio.

Viktor no creía en Dios. Y le gustaba el hecho de que mi padre nos hubiera prohibido a mis hermanos y a mí acercarnos siquiera a la escuela dominical. Él nunca iba a la iglesia, salvo para acudir a un entierro. Y le era por completo indiferente lo que ocurriera con su cuerpo después de su muerte.

Para mí, Dios era una magnitud aterradora. Un ser invisible que merodeaba a mi alrededor y que podía leerme el pensamiento. Era consciente de que ni Viktor ni mi padre pensaban que aquel dios invisible hubiera creado la Tierra, los planetas y las estrellas. Durante unos años, esa certeza me generó cierta sensación de inseguridad. No me satisfacía que el universo, con todas esas estrellas que brillaban en las frías noches de invierno, fuera simplemente un gran misterio.

Tenía que haber algo más. Tenía que haber un «antes».

Por más que lo intenté, en aquella ocasión no pude concebir un espacio de tiempo de cien mil años. Sigo sin ser capaz. Puedo utilizar las matemáticas, puedo contar generaciones. Aun así, no lo entiendo. ¿Cómo puede un ser humano imaginarse un mundo comprensible dentro de tanto tiempo? ¿Cómo recrear la imagen de un descendiente dentro de tres mil generaciones, si cuento a partir de la propia? El tiempo que hay por delante se pierde en la misma bruma que cuando miramos hacia atrás. Nos rodea una niebla o, más bien, una oscuridad compacta, miremos a donde miremos. Podemos dirigir el pensamiento en todas las direcciones y dimensiones temporales, pero las respuestas que conseguimos no valen de mucho. No conseguimos penetrar lo que ni siquiera los escritores de ciencia ficción han logrado recrear.

Los investigadores, gracias a modelos matemáticos, pueden calcular desde el día en que se creó el universo hasta aquel en el que el sol se expanda y, finalmente, se trague nuestra tierra, cuando los mares se hayan evaporado y la vida haya desaparecido por completo. El sol, dador de vida, terminará siendo nuestra muerte. Como un dragón gigantesco y ardiente, devorará la Tierra antes de morir él mismo y de convertirse en una de las enanas frías. Pero los modelos matemáticos no hacen que esos abismos temporales resulten más comprensibles.

Existen otros caminos por los que aproximarse a esa misión imposible que es imaginar un mundo dentro de cien mil años. Uno de ellos es el siguiente: hace ya años le pedí a un amigo vidriero que me soplara un recipiente que contuviera una burbuja. Para un profesional con dignidad y pericia, un recipiente así es un ejemplar que hay que desechar sin contemplaciones. Pero yo pensaba en la diferencia entre verdad y mentira, entre cuento y realidad. Y en algún lugar me preocupaba también la cuestión

del tiempo y las distancias infinitas.

Existe el mito de que una burbuja encerrada en la pared transparente del vidrio se mueve. Tan despacio que no es posible apreciarlo a simple vista. Ni siquiera a lo largo de toda una vida se habrá desplazado la burbuja de modo perceptible en ningún sentido. Tardará más de un millón de años en volver a lo que en su día fue el punto de partida. La burbuja tiene, por tanto, una trayectoria, al igual que los planetas se mueven en órbitas y a velocidades definidas.

Harry Martinson escribió maravillosamente sobre ello en *Aniara*, su gran epopeya espacial. Pero si nos figuramos que no es un mito, sino la verdad, nos hallamos ante otro problema: ¿cómo vamos a controlar eso? Nadie que hoy pueda sostener el recipiente de cristal en la mano existirá dentro de un millón de años. Miles de generaciones de seres humanos no podrán transmitir a lo largo de miles de años el recuerdo exacto de lo que vieron con sus propios ojos. Y no podemos saber si el viaje de la burbuja por el cristal es verdadero o falso, si es mito o verdad susceptible de comprobación.

Tratar de ver más allá de cien mil años en el tiempo supone lograr un equilibrio entre lo que podemos imaginar gracias a conocimientos reales y lo que podemos intuir con nuestra imaginación y creatividad gracias a experiencias míticas.

El hombre es un ser que, a lo largo de milenios, se ha desarrollado hacia una funcionalidad cada vez mayor. No tendríamos la enorme capacidad creativa que parte de la fantasía y la inventiva si no fuera un rasgo necesario para nuestra capacidad de supervivencia, de proteger a nuestros hijos, de encontrar nuevas vías para conseguir alimento cuando la sequía o las inundaciones, los terremotos o las erupciones volcánicas nos alteran la vida cotidiana.

La historia del hombre, igual que la de cualquier ser vivo en el planeta, trata sobre todo de crear estrategias de supervivencia. En realidad, eso es lo único que importa. Al final, dicha capacidad se manifiesta en el hecho de que nos reproducimos y dejamos a las generaciones siguientes la tarea de vérselas con los mismos problemas de supervivencia que tenemos nosotros.

La vida es el arte de sobrevivir. En el fondo, no es nada más.

Sigo teniendo en casa, en una estantería, el jarrón de cristal con la burbuja. Si nadie lo vuelca y lo estrella contra el suelo, seguirá existiendo mucho después de que yo desaparezca.

Y creo que la burbuja se mueve. Sólo que yo no lo veo.

Testamento

Un día, en la primavera de 2013, hago testamento. Todavía faltan siete meses para que empiece a dolerme el cuello. No tengo indicios físicos ni mentales. No estoy enfermo, no tengo la sensación de que la muerte esté esperándome a la puerta de casa.

La razón por la que hago testamento es bien distinta.

Cuando mi padre murió, hace muchos años, dejó instrucciones precisas de cuál debía ser el destino de los bienes que dejaba. De ese modo, ni mis hermanos ni yo tuvimos que reflexionar sobre cuál sería su última voluntad. ¿Qué puñados de cartas había que quemar? ¿Cuáles había que conservar e incluso leer? ¿Cómo había que repartir muebles y libros? ¿Recibiría alguno de nosotros un legado? Pudimos clasificar y repartir los bienes de la herencia sin dificultad, y dedicarnos luego al duelo, que era mucho más importante.

Hacer testamento es confirmar que eres mortal. En cierto modo se hace por razones totalmente egoístas, como es lógico. Pero sobre todo, y según creo, para facilitarles las cosas a quienes siguen viviendo. Cuando uno muere, muerto está. Entonces ya no puede arreglar nada.

Vivir es poder decir sí o no. Estar muerto es hallarse rodeado de silencio.

¿Cuándo empezaron los hombres a hacer testamento? Naturalmente, cuando empezaron a poseer algo que pudiera tener valor para sus sucesores. Con el derecho a la propiedad privada surgió también la necesidad de redactar la última voluntad.

La mayoría de las personas piensan que deberían hacer testamento, pero o no lo hacen o todo queda en un bosquejo de un puñado de notas en un cuaderno. Lo van dejando. En muchos casos se debe seguramente a una superstición sencilla: tememos tentar a la muerte, que enseguida se dispone a venir en nuestra busca. En otros casos se trata más bien de la sensación de que, sencillamente, no hay tanta prisa. Todavía somos jóvenes. Ya lo haremos en su momento.

Creamos la mayor de todas las fantasías: si muero. No «cuando muera».

Pero de pronto te matas en un accidente de tráfico. O te diagnostican un cáncer espantoso que hace que te olvides por completo de toda idea de hacer testamento. Porque ya tienes bastante con tratar de sobrevivir.

Las civilizaciones no dejan testamento. Eso sólo lo hacen los hombres. Ni los mayas, ni los incas, ni los faraones de Egipto ni el Imperio romano sucumbieron a un único suceso como una colisión entre varios vehículos o la erupción de un volcán. La ruina se fue materializando poco a poco y la negaron hasta el último instante. Una civilización tan avanzada como la suya no podía sucumbir, sencillamente. Los dioses lo garantizaban. Si les hacían sacrificios y se atenían a los consejos y las exigencias de los sacerdotes o los chamanes, su civilización existiría para siempre. Se asentaba en la eternidad y sólo sufriría cambios muy lentos, sin llegar a envejecer.

Existe una suerte de denominador común entre todas las grandes civilizaciones y culturas clásicas: para quienes vivían en ellas, todas eran inmortales.

Un ejemplo significativo de una cultura que sucumbió es el de la Isla de Pascua. En la actualidad, Rapa Nui, que es como se llama en polinesio, es una isla en medio del Pacífico, sin árboles. En el paisaje ondulante y cubierto de hierba hay unas esculturas gigantescas que representan a los dioses de civilizaciones antiguas. Desde que la tripulación de un buque holandés al mando del capitán Jakob Roggeveen descubrió la isla el día de Pascua de 1722, el mundo no ha dejado de maravillarse ante esas esculturas. Algunas se han caído, otras siguen en pie allí donde las levantaron un día.

Pero lo más notable son, pese a todo, las canteras en las que un día esculpieron las estatuas, algunas de las cuales están sin terminar. Como, por ejemplo, la que debía ser la más grande de todas.

Es un dios inacabado. Que nunca terminaron y tampoco lograron transportarlo luego,

con un esfuerzo enorme y gran ingenio técnico, al lugar que los sacerdotes hubieran elegido.

Las canteras de la Isla de Pascua son como un cementerio para dioses muertos que nunca llegaron a usarse. De repente, los picapedreros dejaron a medias aquellas figuras.

¿Los obligó alguien a parar? ¿O se fueron por voluntad propia? ¿Huyeron presa de un pánico repentino? ¿Perdieron de pronto la fe en los dioses representados? Nadie lo sabe con certeza.

Pero en el caso de la Isla de Pascua se puede afirmar hoy con cierta seguridad qué fue lo que provocó la caída de tan rica civilización. O al menos, las posibilidades se han reducido a unas cuantas.

Existe un número significativo de investigadores según los cuales aquellos que colonizaron la isla en su día introdujeron en ella –sin saberlo, es de suponer– un puñado de ratas que no tenían ningún enemigo natural en aquel territorio. De ese modo, los roedores se multiplicaron a toda velocidad y se alimentaron del fruto de las palmeras que cubrían la región.

La Isla de Pascua estaba habitada por gentes de los archipiélagos del Pacífico que, en sus travesías más largas, alcanzaron aquella isla solitaria. Los bosques eran, seguramente, uno de los recursos gracias a los cuales quienes llegaron en barco se quedaron en la isla. Muchos trabajos de investigación indican que fue la devastación forestal lo que originó que aquella civilización, que llevaría unos cuatrocientos años desarrollándose en la isla, no pudiera conservarse. Sin árboles, no podían construir barcos ni para pescar ni para, durante el desesperado final, alejarse de la isla quizá hacia las costas de las que llegaron en su día. Talaron el bosque para utilizar la madera como combustible, pero también para poder transportar a los dioses rodando hasta el lugar donde debían erigirse para el culto. La tierra que antes utilizaban para la siembra se la llevó el viento cuando desaparecieron los árboles cuyas raíces la mantenían firmemente adherida a la roca. Y luego, además, estaban las ratas, que se alimentaban de las semillas, de modo que los bosques no volvieron a crecer.

Ignoramos lo que ocurrió en los últimos años de la civilización de la Isla de Pascua. No hay nada escrito. Pero las esculturas de madera que se han encontrado indican que una hambruna asoló la isla. Las figuras representan a hombres desnutridos, escuálidos. Las costillas sobresalen y son tan importantes como la expresión de sus caras.

La lucha por el alimento condujo a enfrentamientos entre los distintos grupos. No es difícil imaginar el caos social, la desesperación religiosa y la brutalidad a la que recurren los hombres cuando el alimento sólo basta para unos pocos.

Como es lógico, nadie hizo testamento. Ni una despedida personal ni nada que pueda servir de fuente para comprender lo que ocurrió los últimos días, antes de que la Isla de Pascua quedara tan desierta como lo estuvo en su día. Lo que los últimos hombres nos dejaron fue una advertencia muda para que la interpretáramos.

La isla desierta, las estatuas volcadas o a medio esculpir eran, en sí mismas, un testamento. Y, además, la constatación de que hasta las culturas más evolucionadas terminan por sucumbir.

Las culturas y civilizaciones que nos han precedido no nos han dejado su última voluntad. A través de la arqueología, la paleontología y otros campos de investigación podemos llegar más lejos, profundizar más, descubrir cada vez más detalles gracias a medios cada vez más refinados como microscopios y telescopios, para comprender qué nos precedió a nosotros y a nuestro tiempo.

Dos conceptos resumen lo que ha sido y, probablemente, también lo que va a ser: supervivencia y destrucción.

Observando el mundo en el retrovisor, podemos ver hacia dónde vamos. Claro que

nada resultará exactamente igual. La historia nunca se repite por imitación.
En nuestro caso, no obstante, podemos decir que ya hemos decidido cuál será el recuerdo más claro de nuestra civilización.
No será Rubens. Ni Rembrandt. Ni Rafael.
Tampoco Shakespeare, Botticelli, Beethoven, Bach o los Beatles.
Dejamos tras nosotros algo muy distinto. Cuando todas las manifestaciones de nuestra civilización hayan desaparecido, quedarán dos cosas: la nave espacial *Voyager*, en su eterno viaje por el espacio exterior, y los residuos nucleares en el corazón de la roca.

El hombre de la ventana

Una noche me pongo a pensar en cómo entró en mi vida el conocimiento de esa enfermedad que antes se llamaba cangrejo y que hoy se llama cáncer.

Un día, cuando tenía nueve años, empezó a dolerme de pronto la barriga. Tanto que me llevaron al pequeño centro hospitalario de Sveg. Sospechaban que se trataba de apendicitis y decidieron que había que operarme. Al final no lo hicieron. Se me pasó el dolor y el director médico, que se llamaba Stenholm, un hombre al que todos temían, llegó a la conclusión de que se me habría acumulado algo de líquido en el apéndice, pero que se habría reabsorbido solo.

En todo caso, estuve tres días ingresado en una sala común. Al fondo, junto a la ventana, había un hombre corpulento con el pelo ralo y una buena barriga. Tenía cáncer. En el lado izquierdo de un abdomen enorme tenía una herida que le supuraba. Todos los días, mañana y tarde, le limpiaban la herida, y las vendas ensangrentadas y llenas de pus acababan en un cubo metálico que se llevaban de allí. Por la reacción de los enfermos que había más cerca del hombre comprendí que la herida olía mal. En una ocasión, mientras el hombre estaba en el baño, oí a los demás enfermos decir entre susurros que se trataba de una herida cancerosa. El hombre tenía el estómago invadido de tumores, que habían avanzado hasta el extremo de que uno de ellos le había perforado la piel y aflorado a la superficie.

Nadie lo decía abiertamente, pero incluso yo comprendí, con tan sólo nueve años, que aquel hombre iba a morir. Era comerciante de caballos y vendía y compraba suecos del norte y algún que otro ardanés belga. Creo que se llamaba Svante, de apellido Wiberg, si no recuerdo mal, o quizá Wallén. Pero estoy seguro de que era tratante de caballos.

El tiempo que yo permanecí ingresado, Svante no recibió ninguna visita. Cuando no estaba descansando inmóvil en la cama, pasaba el rato delante de uno de los altos ventanales. Se quedaba allí plantado, con el camisón del hospital, que tan mal le quedaba, y la barriga colgándole, con las manos a la espalda, como un policía de patrulla, mirando por la ventana. A veces daba la sensación de que pasaban horas.

Cuando me dieron el alta, me acerqué a la ventana para ver qué era lo que él pasaba tanto tiempo contemplando.

La ventana daba al depósito del hospital. Un edificio encalado y no muy grande que se alzaba junto a una habitación para los contenedores de basura y un viejo establo abandonado. ¿Habría tenido él allí los caballos en el pasado? Cuando dejé el hospital, sabía que el cáncer era algo que olía mal y que generaba vendajes ensangrentados y llenos de pus. No era nada que tuviera que ver con mi vida, salvo como una amenaza remota que escondían en una sala de un hospital insignificante del norte de Suecia.

Me quedo sentado en la penumbra. Son las cuatro y media de la madrugada. Otro recuerdo me viene de pronto a la memoria. O más bien, yo lo recupero del archivo interior. Empiezo a pensar en algo que ocurrió hace exactamente veintiún años.

Recuerdo con toda claridad el último cigarro que me fumé. Estaba fumando delante de la puerta del aeropuerto internacional de Johannesburgo. En aquel entonces –era el año 1992– todavía se llamaba Aeropuerto Jan Smuts. Unos años después, cuando el sistema del *apartheid* quedó relegado para siempre a vertedero de la Historia, lo rebautizaron con el nombre de Oliver Tambo, el héroe independentista.

Llevaba un mes en Maputo y me sentía cada vez más decaído. Pensé que habría contraído una infección de algún virus pertinaz, un episodio de malaria que no terminaba de declararse. Estábamos ensayando una nueva obra de teatro. Por las tardes, cuando cogía el viejo Renault para ir al teatro, tenía que hacer un gran esfuerzo. El cansancio empezaba a ser una cortapisa por mucho que durmiera.

Un día paré delante del teatro y apagué el motor. Pero no tenía fuerzas para salir del coche. Me di por vencido. Llamé a gritos a Alfredo, el director de escena del teatro, que

estaba fuera colgando un cartel.

–No me encuentro bien –le dije–. Di a los actores que hoy tendrán que leer.

Volví a casa y me dormí en cuanto me tumbé en la cama. Esa noche salí a comprar algo de comer. En la tienda me encontré por casualidad con Elisabeth, una médica sueca amiga mía. Me miró extrañada.

–Oye, estás amarillo –dijo.

–¿Qué dices?

–Pero amarillo de verdad. Ven a verme mañana. A las ocho.

Al día siguiente me envió a un laboratorio. Volví con una prueba hepática que, en condiciones normales, debería dar veinte: la mía daba dos mil. Ya no recuerdo cómo se llamaba la prueba.

–De esto no puedo encargarme yo –dijo Elisabeth–. Al menos, no aquí. Voy a llamar a un hospital de Johannesburgo. Tienes que irte hoy mismo.

El viaje desde Maputo en el vuelo de la tarde con South African Airways no duró mucho, no más de cuarenta y cinco minutos. Y allí estaba yo, fumándome un cigarro delante de la puerta principal del aeropuerto. Cuando llegó el coche del hospital de Sandton, apagué la colilla con el talón. Entonces no sabía que aquél iba a ser el último cigarro que me fumara en la vida.

Un par de días después, constataron que tenía una ictericia muy grave. Yo sospechaba que la había contraído por unas verduras no muy bien lavadas que había comido en un viaje al norte de Mozambique, donde entré en un par de restaurantes de higiene dudosa.

Aquello ocurrió en la Navidad de 1992. Todavía reinaba una gran incertidumbre sobre lo que ocurriría en una Sudáfrica donde el sistema del *apartheid* se desmoronaba. Por las noches, mientras yacía en la cama convaleciente, oía de vez en cuando disparos allá fuera, en la oscuridad. Johannesburgo era una ciudad infectada de delincuencia. El odio entre las razas estaba muy extendido, tanto como el miedo.

La mañana del tercer día vino un médico a mi habitación. Era la primera vez que lo veía.

–Hemos estado examinando las radiografías que hicimos ayer –dijo con un inglés cuyo acento desvelaba que había llegado no hacía mucho, seguramente de Europa Oriental–. Hemos visto una mancha oscura en uno de los pulmones. Todavía no sabemos con exactitud qué es, pero pronto lo sabremos.

Salió de la habitación, y no se había cerrado la puerta cuando a mí ya se me había pasado por la cabeza: cáncer. El haber apagado el cigarro delante del aeropuerto no me ayudaría. Haber sido fumador significaría mi muerte.

Un recuerdo de Skellefteå, de principios de la década de 1970, me vino a la memoria. La vieja doctora Sigrid Nygren, una amante empedernida del teatro, me examinó un día. Yo tenía poco más de veinte años.

–¿Fumas? –me preguntó.

–Sí.

–Pues deberías dejarlo. O puedes sufrir un cáncer en la plenitud de la vida, a los cuarenta o los cincuenta.

Tenía cuarenta y cuatro años. Estuve dos días allí con la ictericia, esperando que los médicos me dijeran qué era lo que habían encontrado en la radiografía. Yo sólo pensaba en la muerte. Y me entregaba a una negociación patética pero al mismo tiempo de lo más natural, y me juraba que, si no tenía cáncer, en el futuro sería mucho mejor persona.

Luego, cuando el médico me dijo que sólo se trataba de una acumulación de líquido en el pulmón y que no era ningún tumor, comprendí que la causa del miedo que había sentido era mi edad. Naturalmente, yo iba a morir igual que todo el mundo, pero no quería morir en ese momento. No cuando ni siquiera había cumplido los cuarenta y

cinco.

Cuando me diagnosticaron un tumor primario agresivo en el pulmón izquierdo, una de mis primeras reacciones fue una sensación de irrealidad. Llevaba más de veinte años sin fumar... Aun así, ¿sufría cáncer? Fue una de las pocas ocasiones en mi vida que estuve a punto de empezar a quejarme. Me parecía injusto. Pero no me dejé llevar. Aunque, desde luego, no fue fácil. A veces lo único que nos queda es quejarnos.

Y así pienso ahora. Los niños, adolescentes, jóvenes o de mediana edad piensan, como es lógico, que tienen cáncer sin merecerlo. Pero para alguien como yo, que pronto habré vivido setenta años, más de lo que la mayoría de los hombres de la Tierra pueden soñar siquiera, es más fácil reconciliarse con la idea de que una enfermedad incurable se ha adueñado de su cuerpo.

Naturalmente, esto es una verdad a medias. No es así de sencillo. La muerte siempre viene a molestar, como un huésped no deseado:

–Hora de irse.

Nadie quiere morir, ni joven ni viejo. Morir siempre es difícil. Y, además, solitario.

A principios de la década de 1960, cuando estudiaba la modalidad de latín en el centro de enseñanza superior de Borås, la denostada reunión matutina era obligatoria. Entonces aún dominaban los tintes cristianos. Con escasas excepciones. En una ocasión, el extraordinario actor Kolbjörn Knudsen representó para nosotros un fragmento de *Peer Gynt*, que llamó la atención de los alumnos que dormitaban o que aprovechaban esa hora para estudiar a escondidas. En alguna ocasión, leíamos poesía, por ejemplo, poemas de Ferlin o de Gullberg, que recitaba con el nerviosismo en la voz alguno de los alumnos de más edad. Pero por lo general era un pastor el que hablaba en la tribuna. Recuerdo muy en particular al pastor de un hospital. Venía al colegio de vez en cuando y nos hablaba de los últimos minutos de jóvenes moribundos mientras él atendía sus almas en el hospital. Y todo trataba siempre de lo mismo: el horror a la muerte podía hacerse soportable también para los jóvenes si encomendaban su alma a Dios.

Aquella sentimentalidad y aquella falsedad resultaban insoportables. Él mismo casi lloraba con sus propias historias. Aquel hombre parecía salido de uno de los cuentos más beatos de la escuela dominical, pensaba yo.

Años más tarde supe del escritor alemán Georg Büchner, que murió poco después de cumplir veinte años. Para entonces había escrito en Hesse un manifiesto revolucionario, lo había perseguido la policía secreta y tuvo que huir de su país, había escrito tres obras maestras, sobre todo *La muerte de Danton* y *Woyzeck*, y, por si fuera poco, se había doctorado con una tesis sobre el sistema nervioso de los peces.

Cuando murió, vivía en la calle Spiegelgasse, en Zúrich. Había contraído el tifus. Más de una vez me pregunté cómo percibiría aquel hombre tan inteligente el hecho de que iba a morir antes de haber empezado a vivir de verdad. Debió de sufrir una desesperación y una angustia indecibles. ¿O se limitó quizá a negar la certeza que debió de dominarlo en todo momento? ¿Se comportó como parece que es habitual ante la muerte, haciendo grandes planes para el futuro que se presentará cuando uno haya dejado de guardar cama?

Se acercaba una fría mañana de invierno mientras yo dejaba vagar los pensamientos y descansaba en mi sillón rojo. Quizá me adormilé un poco. La luz de la luna ya no daba en la estantería. No podía olvidar que debía llamar a Lars Eriksson para encargarle otros veinte metros de estanterías de roble. Una madera de roble procedente de Letonia, recordé de pronto. A saber por qué el roble sueco no valía ni para hacer estanterías.

Tenía sesenta y seis años y un cáncer. En breve empezaría con la quimioterapia. Ni yo ni los médicos sabíamos si tendría éxito.

Y no me atrevía a pensar en lo que ocurriría si los citostáticos no funcionaban.

Y en esas circunstancias, tanto daba si tenía sesenta y seis años o si era un niño encamado en un hospital de Sveg que se enfrentaba a la muerte por primera vez.

Es un templo que construyeron antes de que naciera yo. Es un templo que seguirá en pie cuando me muera.

Desde muy joven, decidí que tenía que visitar dos islas del Mediterráneo. Mientras me aburría en clase, miraba el atlas y me fijaba en Creta y Malta. Claro que había oído hablar de Cnosos y de los delfines que había representados en las paredes de las ruinas del palacio. Pero, por aquel entonces, Malta no era para mí más que un nombre. Aun así, quería ir allí, sin saber muy bien qué me atraía. Tendría unos treinta años cuando, un invierno, cogí un tren a Atenas y luego el barco a Creta. Estuve un mes en Heraclión, estudiando historia, pues no creía conocerla bien. Hacía un invierno húmedo y frío. Me dedicaba a leer y a dar paseos, comía en restaurantes modestos e iba al cine de vez en cuando.

Lo de Malta fue distinto. La visité por primera vez en 2012. Hacía un calor africano. Una pared muda de implacable luz solar. Y cuando llegué, supe al fin el porqué de mi deseo.

En la costa sudoeste de la isla de Malta se alza lo que seguramente es una de las construcciones arquitectónicas más antiguas del mundo que aún siguen en pie. En una meseta con vistas al mar se yergue el templo llamado Hagar Qim, que significa precisamente «piedras levantadas». En realidad, se trata de varios edificios que se han ido uniendo unos a otros durante un larguísimo periodo de tiempo. En todo caso, se ha podido confirmar que los más antiguos tienen entre cinco mil y seis mil años. Más o menos por aquel entonces, o tal vez un poco antes, habitaban la isla campesinos que llegaron a sus costas en barco desde Sicilia. Estamos hablando del Neolítico.

El templo que hoy podemos contemplar como uno de los más antiguos que existen, aún no reducido a fragmentos o ruinas y construido por la mano del hombre, está ejecutado con una habilidad sorprendente. Es admirable contemplar la precisión con la que unieron bloques de piedra gigantescos.

De los hombres que construyeron el templo apenas sabemos algo más de lo que he mencionado, que eran agricultores y que llegaron a esta isla, a la sazón deshabitada, como colonizadores. En diversas excavaciones arqueológicas han encontrado restos de herramientas primitivas, pero nada que indique que dispusieran de organización o equipamiento militar. Llegaron allí con intenciones pacíficas, no bélicas.

Ignoramos a quién o a qué rogaban en el templo. No hay inscripciones ni leyenda alguna de quiénes eran sus dioses. Sabemos que ofrecían sacrificios de animales por los restos óseos encontrados. Pero la religión que practicaban es un enigma. Sus dioses guardan un silencio eterno.

Lo que queda es ese edificio imponente que levantaron, como un monumento del recuerdo. Debió de costarles un esfuerzo inconmensurable. Debieron de contar con arquitectos, con personas que planificaron las obras y, sobre todo, con obreros. Podemos asegurar que, en realidad, nunca terminaron el templo, sino que lo fueron reformando continuamente embelleciéndolo, aumentando su esplendor. Puede que la práctica de su religión fuera sencillamente la construcción del templo. Un culto sin palabras cuya única expresión era picar la piedra, arrastrarla, levantarla y ensamblarla. Quién sabe.

Muchos cientos de años después de la llegada de aquellos inmigrantes de Sicilia arribaron a Malta otros grupos colonizadores. También ellos llegaron con intenciones pacíficas y se fundieron con los primeros habitantes. Pero más adelante se presentaron otros más belicosos que, con el poder de las armas, conquistaron la isla y se adueñaron del templo. Nuevos símbolos y nuevos dioses serían objeto de culto a lo largo de los siglos. Al igual que en tantos otros lugares en la historia, derribaron a los dioses de sus capillas y los sustituyeron por otros.

Seis mil años es mucho tiempo, cualquiera que sea el término de la comparación. Si calculamos en treinta años la duración de una generación humana, ese amplio espacio de tiempo equivale nada menos que a doscientas generaciones.

El complejo religioso de Hagar Qim se construyó como mínimo mil años antes de que levantaran la pirámide de Keops. Los templos de los aztecas o de los mayas son más recientes todavía. Las imponentes catedrales que los maestros construyeron en Europa tienen menos de mil años; desde esa perspectiva temporal son como adolescentes.

Hagar Qim se alza allí como un monolito solitario e invita a la misma veneración que una persona de edad muy avanzada. El templo desvela una verdad tan inesperada como decisiva para lo que trato de decir: aunque es una época remota, seis mil años constituyen un periodo de tiempo de una brevedad sorprendente si lo comparamos con el hecho de que hoy estemos buscando soluciones para construir un edificio que encierre nuestros residuos nucleares durante cien mil años, como mínimo. La diferencia es demoledora, casi noventa y cinco mil años. Nada de lo que haya creado el hombre se acerca siquiera a la tarea que tenemos por delante.

Hoy podemos subir a un avión y, unas horas después, aterrizar en el aeropuerto de La Valeta. Luego, un coche nos lleva hacia el sur por carreteras sinuosas. Y allí nos espera el templo. Las columnas contemplan mudas las aguas del mar, como vigías invisibles que otearan el horizonte en busca de los nuevos colonos que puedan llegar surcando el mar.

Hagar Qim es, desde luego, un edificio antiquísimo. Pero hay pinturas rupestres y esculturas talladas en marfil que se ha calculado que tienen cuarenta mil años. Naturalmente, tanto las pinturas rupestres como Hagar Qim muestran la capacidad de creación artística del ser humano.

Pero nada preexistía ya preparado desde el principio en el mundo espiritual del hombre. Todo se ha desarrollado.

Y eso es lo que nos dice la escultura del hombre león hallada en Alemania unos días antes de que estallara la guerra en septiembre de 1939.

El hombre león

El final del verano de 1939 fue muy caluroso en Europa. En Suecia, las playas y las zonas de baño estaban llenas de gente, a pesar de que agosto tocaba a su fin. Aún vivían muchas personas capaces de recordar el calor asfixiante que se extendió sobre Europa el verano de 1914, los meses previos al estallido de la primera guerra mundial. Su preocupación crecía a medida que se endurecían las exigencias que el cabo austriaco imponía al entorno en lo relativo a las fronteras de Alemania. El desencadenante de la primera guerra mundial fue el asesinato del heredero a la corona del Imperio austrohúngaro en Sarajevo. Detrás de la guerra había tanta necedad como arrogancia, pero también verdaderos sueños políticos sobre expansión e imperios coloniales.

Y ahora volvía a correrse el riesgo de que estallara una nueva guerra. Había quienes, con razón, aseguraban que, en realidad, la primera guerra mundial no llegó a terminar nunca. Se había producido una pausa de algo más de veinte años. Ahora, el telón estaba a punto de levantarse para el segundo acto si los líderes europeos no encontraban un modo de impedir que Hitler llevara a cabo sus provocaciones. Pero las exigencias en distintos ámbitos resultaban cada día más amenazadoras. El primer ministro inglés, Chamberlain, volvió de Múnich, después de una reunión con Hitler, con un documento firmado por el canciller alemán. Muchos dudaban de que aquello fuera cierto, y consideraban que las palabras que dijo cuando bajó del avión, «Paz en nuestro siglo», debían contarse entre las declaraciones más falsas que un político hubiera hecho jamás.

Pero no todos disfrutaban del calor en la playa, ni se angustiaban por la creciente amenaza bélica. Un puñado de arqueólogos trabajaba investigando la cueva de Stadel, en los Alpes suabos, en el corazón de la Alemania sudoccidental. Que los militares nazis hubieran iniciado su marcha contra Polonia no era tan importante.

Y, de hecho, unos días antes de que estallara la guerra, el 1 de septiembre de 1939, se produjo un hallazgo. O, mejor dicho, el hallazgo de muchos fragmentos pequeños que, una vez unidos, constituirían un descubrimiento importante. Encontraron unos doscientos fragmentos de marfil de un mamut. Los reunieron con el rigor que siempre caracteriza a los arqueólogos concienzudos y apasionados.

Pero luego no ocurrió nada más. Estalló la guerra y la bolsa con los restos de marfil se quedó en el almacén de un museo hasta 1970. Entonces emprendieron la reconstrucción, tratando de unir las piezas halladas treinta años atrás. Pronto cayeron en la cuenta de que cabía intuir un todo, una suerte de escultura, pero que faltaban fragmentos muy grandes. En 1989 se exploró de nuevo la cueva y hallaron más fragmentos. Hasta hoy se han encontrado unos mil, muchos de ellos pequeñísimos.

Entonces, hace aproximadamente veinticinco años, fueron conscientes de que se trataba de un hallazgo extraordinario. Algo que reescribiría la historia de cómo empezó a crear arte el ser humano, pues vieron que la escultura que empezaba a crecer ante sus ojos representaba una figura humana, pero con la cabeza de león.

Existen figuras más sencillas talladas por el hombre que pueden considerarse más antiguas aún que este hombre león. (Aunque la escultura se conoce como el Hombre León, también podría tratarse de una mujer, si bien es menos probable.) Pero nada que pueda compararse a esa estatuilla de marfil de treinta centímetros de altura. Lo decisivo y lo verdaderamente revolucionario de esta escultura es, de hecho, la combinación de animal y ser humano.

Ahí intervino la mano de un artista cuya proeza no consistió meramente en concebir a un ser humano para luego arrancar su figura del marfil, o de concebir un animal plasmado en la pared de una caverna: lo extraordinario es que el artista presenta una creación inesperada. Creó una abstracción, algo que no existe en la realidad. Vio en su

mente algo que no existe, una mezcla de hombre y león. Es imposible saber por qué decidió representar esa visión suya. ¿Debemos ver en la escultura una indicación de que un hombre puede poseer la fuerza de un león? ¿O de que también en la fiera podemos hallar rasgos humanos? En todo caso, el artista ha representado algo que carece de modelo. Él, o ella, sabe que del marfil surgirá algo totalmente nuevo, una mezcla de lo fantástico y lo real.

¿Se imaginó que la escultura existía ya en el interior de la pieza de marfil? Y, de ser así, ¿que su misión consistía simplemente en retirar todo lo superfluo y dejar al descubierto la estatuilla del hombre león, que aguardaba allí para nacer a la vida?

Los arqueólogos que han investigado esta escultura han calculado que debió de llevar unos dos meses tallarla con los cuchillos de sílex que el escultor tendría a su alcance. Dos meses de trabajo, con luz natural.

De ello podemos sacar otra conclusión. El hombre o la mujer que talló el hombre león vivió con otros humanos que procuraban que hubiera alimento suficiente. Las necesidades del artista estaban atendidas. De lo que se derivan por lo menos dos consecuencias más. Existió algún tipo de organización social capaz de mantener a un miembro no cazador y no recolector. Además, es de suponer que el escultor era importante para el grupo como un todo. ¿Se incluía en algún tipo de rezo religioso? ¿O lo admiraban los demás miembros por lo que era capaz de hacer? ¿Lo veían como a un mago?

Que el artista fuera capaz de crear una figura simbólica implica unas características concretas de la capacidad cerebral. Lo que se llama córtex prefrontal o corteza prefrontal no pertenece a las primeras fases de desarrollo del cerebro humano. Es la parte que corresponde al lóbulo frontal y tiene que ver con nuestra capacidad de aceptar o rechazar diversos estímulos externos. En esa zona se procesan también varios tipos de información que resulta decisiva para la conducta del individuo.

En resumidas cuentas, hace cuarenta mil años, un hombre cogió un trozo de marfil. Tal vez hubiera tallado antes alguna otra figura simbólica extraordinaria. O puede que aquella fuera la primera escultura que hacía aquel artista y que, por una serie de casualidades maravillosas, haya perdurado y haya podido reconstruirse hoy casi en su totalidad. Resulta imposible saberlo. No está a nuestro alcance.

No sabemos quién era el artista. Él o ella no dejaron su firma. Y tampoco es verosímil que para aquel hombre o aquella mujer fuera importante dejarle dicho al mundo que fue él o ella concretamente quien creó aquella extraña obra de arte que representaba a un hombre y un león unidos en una sola figura.

El artista vivió hace mil trescientas generaciones. Él o ella pertenecía a lo que hoy llamamos la cultura auriñaciense, así llamada por Aurignac, el lugar de Francia donde se produjo el hallazgo. De dicha cultura procede también gran número de pinturas rupestres.

Un día de abril de 2013 visito el Museo Británico de Londres, donde tienen una réplica del Hombre León expuesta por un tiempo. Estar ahí contemplando la estatuilla y la mirada de esa cabeza de marfil supone para mí un momento extraordinario.

Me está mirando, pienso. Y yo lo estoy mirando a él.

Sin saber de dónde ha surgido la idea, de repente es como si lo reconociera.

Hace unos cientos de años nadie creía que hubieran existido las glaciaciones.

Una de las grandes hazañas del siglo XIX fue que se establecieron los periodos de frío extremo que habían afectado al planeta a intervalos de tiempo relativamente regulares. Las capas de hielo, que podían tener kilómetros de grosor, habían presionado la corteza terrestre y habían convertido el terreno en arena.

Entre las personas que desempeñarían un papel importante para la comprensión de la historia de la Tierra y de la recurrencia de las glaciaciones se encuentra un científico llamado Milutin Milanković. Él solo constituía un equipo de ciencias transversales, puesto que tenía profundos conocimientos de diversos campos del saber como las matemáticas, la ingeniería y la astronomía.

El primer científico que argumentó la existencia de varias glaciaciones a lo largo de la historia fue el glaciólogo Louis Agassiz. Algunos más siguieron su huella, pero nunca lograron explicar el contexto causal por el que las glaciaciones se sucedían con regularidad, aunque con diferente intensidad y no siempre en el mismo lugar.

Sin embargo, cuando Milanković, mediada la primera guerra mundial, decidió tratar de ofrecer una explicación de los ciclos de una vez por todas, dio un paso decisivo para comprender los cambios climáticos.

En opinión de Milanković, la explicación de los grandes cambios de temperatura se hallaba en la influencia que el Sol ejerce sobre la Tierra. Puede parecer una obviedad, pero eso no explicaba las grandes diferencias que se producían en intervalos de miles de años. Milanković utilizó sus grandes conocimientos matemáticos y astronómicos para hacer cálculos de las modificaciones experimentadas por la trayectoria de la Tierra alrededor del Sol y del movimiento de rotación. La causa de esas modificaciones, comprendió el científico serbio, debía de hallarse en el hecho de que la Tierra no sólo sufría la influencia de la atracción del Sol, sino también de la fuerza gravitatoria de la Luna y los demás planetas del sistema solar, sobre todo de Saturno y Júpiter. Tras años de trabajo, llegó a la conclusión de que los factores que regulaban los cambios en el patrón de los movimientos de la Tierra eran tres.

El primero era que la forma de la órbita terrestre cambiaba debido a la influencia de diversas fuerzas. El segundo era la variación del ángulo entre el eje de la Tierra y el plano de la órbita. Y el tercero dependía de la dirección del eje de la Tierra.

Todo ello implicaba que la irradiación solar sobre la superficie terrestre iba modificándose a lo largo de ciclos lentos. Cuando los rayos del sol se encontraban en el punto más bajo, la nieve del invierno no alcanzaba a descongelarse, sobre todo en el hemisferio norte. Lo que a su vez implicaba que la nieve se acumulara año tras año, con el consiguiente enfriamiento del clima.

Hoy por hoy, el eje de la Tierra señala un punto próximo a la estrella Polar, pero esto no es inamovible. Dentro de unos 10.000 o 12.000 años, el eje señalará un punto próximo a la estrella Vega. Luego continuará produciéndose ese cambio que implica que el eje vuelva a señalar la estrella Polar. Pero, para entonces, la estrella también se habrá desplazado, puesto que el universo se halla en constante movimiento.

Las glaciaciones pueden medirse investigando cuánta agua hay acumulada en el hielo terrestre en cada momento. En la actualidad puede establecerse con bastante seguridad cuándo se producirán las diversas glaciaciones, cuál será su duración y qué tipo de clima imperará entre una y otra. Dentro de unos cinco mil años, las cordilleras sueca y noruega estarán cubiertas de hielo permanente. La corteza terrestre se deprimirá unos trescientos metros, lo que a su vez supondrá que el nivel del mar ascienda entre cinco y cincuenta metros. Casi todos nuestros archipiélagos desaparecerán para siempre.

A esta glaciación seguirá un periodo con un clima algo más suave. Pero para entonces

ningún humano habitará Suecia. Sencillamente, hará demasiado frío.

Dentro de 20.000 años más o menos se producirá otra glaciación. El hielo alcanzará un grosor de unos 1.500 metros. A esa era glacial sucederá un periodo más cálido, y los investigadores calculan que será como el actual clima de Groenlandia. Aquellas zonas de Suecia que no estén cubiertas de hielo tendrán la corteza helada hasta tal profundidad que será imposible cultivar la tierra. Puede que haya grupos de cazadores y de pescadores que habiten las costas sur y oeste del país, pero, por lo demás, estará desierto.

La glaciación más dura culminará dentro de 60.000 años aproximadamente. La capa de hielo que cubrirá Estocolmo podría ser entonces de unos 2.500 metros. Cuando el hielo vaya derritiéndose, el nivel del mar subirá cien metros por encima del actual nivel más alto de la pleamar.

Luego, volverá el calor. Dentro de 120.000 años, el clima se parecerá más o menos al que tenemos hoy.

Según esos ciclos, las glaciaciones irán y vendrán ocho o nueve veces antes de que lo que hemos escondido en el corazón de la roca deje de ser peligroso.

Una cuestión decisiva, naturalmente, es ésta: ¿cómo puede deprimirse tanto la corteza de la tierra sin que las oquedades rocosas sufran daño, se vengán abajo y queden aplastadas?

La respuesta es muy sencilla. La montaña que se ve empujada hacia abajo conserva la forma. Todo sufre el empuje sin sufrir alteración alguna. La única diferencia es la pesada capa de hielo, y que la superficie de la tierra se encuentra más abajo.

Milutin Milanković falleció en 1958. Él nunca pudo imaginar la mayor parte de la investigación de los últimos años en torno a las glaciaciones y al clima, pero vivió lo suficiente para ver tanto la bomba atómica como la de hidrógeno. Como el científico erudito que era, debió de plantearse cómo influirían los ciclos climáticos de la Tierra en la energía nuclear y sus residuos.

Hay una fotografía suya, de cuando tenía unos treinta años. Está al lado de una mesa, elegantemente vestido. Tiene la cara tersa. Sonríe con una extraña mezcla de timidez y conciencia de sí mismo.

Pertenece a ese tipo de científicos a los que hoy en día sólo conocen unos cuantos especialistas, pero el trabajo que hizo por comprender el pasado y retirar el velo que ocultaba el futuro fue extraordinario en todos los sentidos.

Sin embargo, ¿lo sabemos todo de las glaciaciones que nos esperan? ¿Están resueltos o tienen respuesta todos los secretos y misterios?

No. Las preguntas obtienen respuesta. Y las respuestas dan lugar invariablemente a otras preguntas.

Esta mañana canta un pájaro en algún rincón del jardín. Es la primera vez esta primavera. Naturalmente, me imagino que se trata del mismo pájaro que cantaba entre los arbustos el año pasado. Me convenzo de que hay algo en los trinos que sólo ese pájaro es capaz de producir, este año igual que el pasado.

Vivimos en un país de aves y estaciones invisibles. En 100.000 años caben 400.000 estaciones. O 38.000 estaciones, si no contamos las glaciaciones, durante las cuales no habrá cambios estacionales.

Son cifras de vértigo, incomprensibles para los sentidos y para la razón.

Es como mirarse al espejo y no estar seguro de a quién pertenece el rostro que uno ve. Cuando todo se vuelve demasiado complicado y difícil de abarcar, suelo contemplar una fotografía en blanco y negro que tengo en la pared. Es una foto de cuando yo tenía nueve años. Estoy sentado en un pupitre, en el colegio de Sveg. Cuando veo esa cara llena de curiosidad y la certeza de que todo es posible en la vida, siento que vuelve la fuerza de querer comprender.

La breve glaciación interior queda atrás. Todo vuelve a ser como siempre. Todas las

verdades siguen siendo provisionales. La búsqueda de la coherencia puede continuar.
No existe nada más importante, supongo.

Imaginemos Suecia dentro de 40.000 años.

Todo es una pura suposición. Hacia atrás en el tiempo, los arqueólogos pueden partir en expediciones de diverso tipo. Y en la actualidad contamos con una tecnología genética sorprendente, que podemos utilizar como herramienta para comprender lo que ocurrió en el pasado.

El futuro no nos atrae tanto como el pasado, puesto que no hay en él nada de lo que podamos estar seguros, nada con lo que relacionar nuestras vidas. Sencillamente, la imaginación no soporta suposiciones demasiado improbables sobre cómo será la vida en un tiempo que sobrepasa todos nuestros horizontes.

Sin embargo, algo sabemos sobre lo que ocurrirá dentro de miles de años. Sabemos bastante, a decir verdad, al mismo tiempo que vivimos con un factor de inseguridad que las generaciones anteriores no conocieron: la cuestión de cómo el clima, alterado por los seres humanos, acelerará diversos procesos que no serán necesariamente naturales.

Dentro de 40.000 años se habrán producido ya grandes sucesos dramáticos. No podemos decir con exactitud cuándo, sólo que tendrán lugar. Vamos camino de esos sucesos, aunque el camino sea largo. Pero conduce en una dirección concreta. Hacia una glaciación que se producirá en algún momento dentro de, más o menos, 10.000 o 50.000 años, y que afectará a nuestra parte del mundo.

Cuando la glaciación se produzca, una capa de hielo de cerca de un kilómetro de grosor cubrirá Suecia. Debido a un peso tan tremendo el interior rocoso se verá presionado hacia abajo en la corteza terrestre. El paisaje que hoy vemos quedará sepultado a varios cientos de metros por debajo de nosotros, y todas las características que lo distinguen desaparecerán por completo. Prados, lagos, bosques, brezales, todo quedará pulverizado junto con los cementerios, los huertos y los robledales.

Debajo de ese hielo también quedarán sepultados y destruidos todos los edificios humanos. Casas, ciudades, puentes, pero también todos los objetos que hemos reunido en los museos y las bibliotecas, en los sótanos o en tesoros enterrados.

Todo quedará molido y convertido en una arenilla sin sentido y sin identidad.

Debajo del hielo yacerá un mundo mudo por completo.

Después de esta glaciación, de cuya duración no podemos estar seguros, el clima será más suave. El hombre, si queda alguno, podrá repoblar distintas parcelas del nuevo paisaje allí donde el clima sea soportable y la caza y la pesca sean posibles; se encontrará en ese punto donde todo empieza de cero. Volveremos a ser nómadas, cazadores, pescadores y recolectores.

Es imposible saber si el cerebro de esos hombres habrá sufrido algún tipo de cambio con respecto a épocas históricas anteriores. Pero todo el saber que el ser humano había atesorado habrá desaparecido. Si un móvil o un ordenador sobrevivieran a la glaciación, resultarían fenómenos totalmente incomprensibles. ¿Quizá algo que hubiera caído de un planeta desconocido del universo? ¿Algo que se les hubiera escapado de las manos a los dioses?

Nada impedirá que, cuando resuene el trueno, sea otra vez por culpa de un dios que cruce los cielos en un carro blandiendo el martillo en alto. Seguramente no se llamará Tor, tendrá otro nombre. Pero renacerán los viejos mitos. No como imitaciones, sino como algo que no haya existido jamás, dado que no quedará ningún recuerdo de los tiempos pretéritos.

El tiempo mismo habrá perdido su memoria.

¿Soy capaz de imaginar todo eso? ¿Como si fueran imágenes recreadas en el cerebro? ¿Como consecuencias lógicas que una investigación transversal puede argumentar? No lo sé. A veces creo que puedo ver lo que vendrá. Otras lo dudo.

¿Un iceberg de casi tres kilómetros de altura que cubra nuestro país, entre otras cosas? Basta con dar un paseo de tres kilómetros e imaginarse el camino como una escalera hacia el cielo para que lo incomprensible se vuelva visible.

Un día, todo ese hielo se derretirá otra vez. Si tuviéramos la oportunidad de ver por un instante el mundo después del deshielo, no reconoceríamos nada del paisaje. Nuevas montañas, nuevas playas, nuevas bahías, eso tendríamos ante nosotros. Un mapa completamente nuevo que habría dibujado el hielo. Y no hallaríamos la menor huella del pasado por mucho que buscáramos. Tan sólo la arena muda.

Pero esto no es del todo cierto. Siempre quedará algo después de la ruina de nuestra civilización.

Un vertedero subterráneo, o más de uno.

El viaje a las profundidades

Vamos en coche desde Gotemburgo hasta la otra punta de Suecia, hasta Oskarshamn. Al contrario que en Onkalo, donde recibieron con desagrado mis intentos de visitar la zona, aquí me reciben amigablemente. No parece haber ningún secretismo, como es lógico, claro. Allí trabajan para asegurar a las personas que nos van a suceder, para hacer todo lo posible por impedir que los residuos nucleares se filtren al exterior.

Hablo con uno de los jefes, es una mujer. Dice lo único que puede constituir el punto de partida de su trabajo:

–La opinión que yo tenga acerca de la energía nuclear no cuenta. Dado que dicha energía existe, alguien tiene que hacerse cargo de los residuos.

Bajamos en montacargas contruidos en la roca hasta los niveles más bajos. A tanta profundidad que el permacongelamiento no altere y dañe las cápsulas de cobre donde hoy contamos con almacenar para siempre los residuos nucleares. En el interior de una roca que, sin ninguna duda, lleva sin moverse periodos de tiempo interminables, sellarán esa basura atómica. Cuando los residuos hayan dejado de ser peligrosos, se confirmará como verdadero o falso lo que hoy no son más que suposiciones. En el mejor de los casos, nadie habrá forzado la cerradura de ese almacén de cien mil años. Pero no podremos aplacar a los dioses en los que tengamos fe para que nos permitan visitarlo en el futuro, dado que llevaremos muertos miles de años. Tampoco sabemos si, cuando no haya hielo, habrá descendientes nuestros que piensen que allí existió un día un país llamado Suecia.

No es verosímil. No es posible. También los recuerdos de los hombres son finitos. Al igual que las leyendas y los mitos, también mueren. Si existe el sueño de una nación llamada Suecia, será sólo como un vago reflejo de alguna leyenda en la que apenas tenemos motivos para creer. Nuestra realidad, la riqueza de nuestros recuerdos de triunfos artísticos y científicos y de los fracasos humanos, se habrá convertido en un cuento.

La Atlántida y Suecia tendrán entonces algo en común. Nadie podrá estar seguro de que hayan existido de verdad.

Sin embargo, sabemos cuáles son nuestras esperanzas. Que esas personas no tengan ni idea de que, justo bajo sus pies, se encuentra un peligroso almacén de residuos radiactivos. Un reloj mortal cuyo tictac seguirá sonando, aunque sea cada vez más débil, hasta que hayan transcurrido los cien mil años.

Así, el último recuerdo que deje el ser humano será ése: que nadie recuerde nada.

Lo último que dejaremos detrás de nosotros es algo que escondemos para que nadie lo encuentre.

Nunca.

El joven estudiante de medicina

La doctora que me dio el diagnóstico de cáncer, indudable e inevitable, se llamaba Mona. En primer lugar, se trataba de un tipo de cáncer «grave», y, además, lo más seguro era que fuese «incurable». Nunca cupo la menor duda sobre mis expectativas de vida futura. Nadie podía prometerme nada. Me aplicarían el tratamiento que considerasen más apropiado, pero sin garantía alguna.

Mona dio muestras de lo que llamamos «arte de curar», iba bien preparada, hablaba con calma y claridad y se tomó el tiempo necesario para responder a mis preguntas. En su consulta, el tiempo se detuvo. Seguro que tenía pacientes esperando, pero ahora era mi turno. Y el de nadie más. Se tomó el tiempo necesario y la conversación no terminó hasta que no estuvo segura de haberme aclarado todas las dudas.

Luego me asignaron como médico supervisor a Bengt Bergman, aunque todos los oncólogos colaboraban, como es lógico. Cada caso de cáncer es distinto, ciertamente, pero en todos ellos es una premisa fundamental la colaboración entre los especialistas, que intercambien y contrapongan sus puntos de vista y qué medidas proponen aplicar. Naturalmente, en esa época pensaba a menudo en los médicos que había conocido en mi vida. Cuando uno ha vivido tantos años como yo, esos médicos son muchos, en distintos países, en distintos contextos más o menos dramáticos.

Y siempre vienen nuevas generaciones de médicos.

Cecilia y Krister tienen un hijo. Un joven que acaba de empezar a estudiar medicina en la Universidad de Umeå. Si no lo he entendido mal, ya tiene decidida la especialidad que hará en su día. Quiere ser neurólogo. No le he preguntado por qué. Pero me figuro cuál sería su respuesta. Una respuesta que puedo formular enseguida. Está bien meditada.

«Existe un universo, en el cual vivimos, y que sólo en parte hemos podido comprender y explicar. Pero en nuestro interior hay otro universo del que, en rigor, tampoco sabemos mucho: el cerebro.»

Comprendo a este joven. Si es que razona así. Se ve a sí mismo no sólo como un futuro especialista en medicina, sino que quiere convertirse en uno de los que se adentran en territorio inexplorado, exactamente igual que otros, en otro tiempo, se lanzaron a buscar las fuentes del Nilo o una vía de acceso al Polo Norte. O fueron de los primeros en crear las sondas espaciales que hoy van camino de algún punto remoto de nuestro sistema solar, al corazón del silencio absoluto y la oscuridad.

Nunca he añorado explorar el universo personalmente, pero sí he sentido cierta envidia de aquellas personas que se dedican a investigar el cerebro humano. Y quizá muy en particular de quienes dedican su vida a estudiar la memoria del ser humano. ¿Por qué? Yo estoy lejos de ese modelo de investigador, seguro que me faltaría paciencia. Pero me figuro que debe de ser una aventura fascinante adentrarse a tientas en los rincones del cerebro donde almacenamos cantidades ingentes de vivencias, pensamientos, recuerdos. Y puede que llegue el día en que comprendamos cómo está construido ese universo interior.

¿Podremos desvelar un día lo que implica pensar? No sólo esos procesos químicos donde las neuronas desempeñan un papel crucial, sino lo que, en el mejor de los casos, podemos describir como el espíritu del ser humano.

A lo largo de la historia se ha comparado el espacio de la memoria de nuestro cerebro con un palacio que contiene una cantidad infinita de salas donde todas las colecciones siempre crecientes de recuerdos se colocan en distintos estantes o niveles.

El primero que utilizó ese símil fue, que sepamos, el poeta griego Simónides, que vivió en el año 400 antes de nuestra era.

Cuentan de él que un día se encontraba en una fiesta palaciega. Cuando ya se había ido a casa, el techo se desplomó y mató a todos los que, hasta hacía unos minutos,

estaban hablando y bebiendo y comiendo. Personas vivas que, de repente, habían dejado de existir. Cuando comprendió que podía recordarlo todo hasta el mínimo detalle tal y como estaba antes de que el techo se viniera abajo, empezó a pensar que el palacio existía tanto en el mundo exterior como en su mundo interior. La diferencia era que, en su cerebro, el techo no se había desplomado.

La idea de un palacio para los recuerdos ha seguido viva desde entonces bajo diversas formas a lo largo de la historia.

Una de ellas, misteriosa y sugerente, es aquella según la cual quien se mueve en esas salas infinitas es uno mismo, como una especie de máximo pontífice o de director de biblioteca que va extrayendo del pasado los recuerdos a medida que los reclama la conciencia.

Por las noches dominan los otros bibliotecarios, de natural más salvaje y anárquico. Me los imagino a veces como un grupo de surrealistas precoces o de artistas pertenecientes al dadaísmo. Mezclan recuerdos y vivencias de una forma caótica, de modo que se convierten en fragmentos irreconocibles de la realidad. Esos agentes nocturnos fabrican absurdos, pero también pesadillas, a menudo extraídas de las taquillas tóxicas donde almacenamos aquello que tratamos de ocultar detrás de puertas cerradas que se abren por la noche, cuando los malos sueños nos visitan en la oscuridad.

Pero ¿cómo es la sala del olvido? ¿Qué ocurre cuando se acerca la senectud con su mala memoria? Esa senilidad discreta pero que va en aumento y es la causa de que el contenido del palacio se vaya destruyendo paulatinamente. ¿Seguirá existiendo todo hasta que el corazón deje de latir y los impulsos eléctricos que mantienen vivo el cerebro dejen de circular para siempre como la maravillosa corriente energética de la vida? ¿Será sólo una sombra que se extiende por las salas, impidiendo que veamos su contenido?

Me imagino que el olvido guarda relación con una suerte de luz interior. O más bien será que la luz se apaga en unas cuantas salas, en algún que otro estante o nivel.

Las bombillas que afloja una mano invisible y que nadie sustituye.

El olvido es oscuridad. Queremos extinguir toda la luz de la memoria que nos pueda recordar lo que, quienes hoy estamos vivos, enterramos –u olvidamos– un día en el corazón de la montaña; aquello de cuya existencia no queríamos que supieran nada las generaciones venideras, mucho menos que pudieran detectarlo y, finalmente, encontrarlo.

Hemos encerrado a un peligroso trol de la montaña que va a vivir cien mil años. Pero no hemos escrito ningún cuento sobre él, sino que hacemos lo posible para que se olvide. Tratamos de crear un Cantar de los Cantares del Olvido. Pero ¿de verdad es eso posible? ¿Podemos engañar a las próximas generaciones con la ilusión de que no hay nada ahí enterrado? La curiosidad humana y la búsqueda constante de nuevas verdades, ¿no terminarán por descubrir al trol que hay en la roca?

No lo sabemos. Lo único que podemos hacer es confiar en que no ocurra antes de que haya transcurrido el plazo. Esos cien mil años terribles.

Naturalmente, esto encierra una paradoja. Siempre hemos vivido para crear buenos recuerdos, no para olvidar. Toda cultura se basa en la conservación y la búsqueda de recuerdos del pasado y, al mismo tiempo, en la creación de nuevos recuerdos. El arte mira hacia atrás y hacia delante. Para que no olvidemos lo que ha sido y para hablar de nuestro tiempo a quienes vendrán detrás.

El mundo del arte suele encerrar advertencias de lo que ha sido para que no se repita. ¿Qué son los grabados de Goya sobre la horrenda realidad de la guerra sino advertencias para que esas atrocidades no se repitan?

Se repiten, pero la advertencia de Goya sigue viva, lógicamente.

Los recuerdos son relatos. Puede que troceados y divididos en fragmentos, pero

relatos al fin. Yo me imagino el olvido como una habitación vacía. Nuestro universo interior, vacío y helado como el otro universo. En el olvido, el hombre queda indiferente ante sí mismo, ante los demás, ante lo que ha sido y ante lo que vendrá.

Para manipular los residuos nucleares hemos construido un palacio para el olvido. Lo que quedará después de nuestra civilización será, pues, olvido y silencio.

Y un veneno escondido en las profundidades de una catedral excavada donde nunca podrá entrar la luz.

Los primeros dioses a los que suplicó el hombre al principio de su historia estaban casi siempre ligados al sol. El mayor prodigio era, a la sazón, que el sol saliera otra vez cada mañana. En culturas que nunca tuvieron contacto entre sí existen por lo general relatos similares de cómo surgió el ser humano. En todos está presente el sol. Pero en esta civilización nuestra, que ha llegado más lejos que ninguna otra sociedad anterior, por avanzada que fuera, el último recuerdo que dejamos es sólo oscuridad.

Un mago y un timador

De una de las galerías del palacio de mis recuerdos rescato un cuadro de Hieronymus Bosch, de 1475 aproximadamente, que representa a un mago o ilusionista en plena actividad. Un monito que parece llevar una especie de máscara se atisba dentro de la cesta que sujeta el mago, que se encuentra detrás de una mesa con los tres cubiletes consabidos y unas canicas. Al otro lado de la mesa hay un grupo de espectadores y el primero es un hombre que se inclina hacia los cubiletes. Resulta imposible decir si lo que siente es sólo asombro o admiración, o si hay además en su expresión algo de suspicacia.

Y el mago sonríe. Para sus adentros, como suele decirse. No sonríe para provocar a sus espectadores. Es una sonrisa introvertida, como si pensara que, una vez más, ha creado una ilusión o ha conseguido engañar al público.

Los magos suelen dedicarse a hacer trucos amables con los dedos. Pero hubo una vez un israelí llamado Uri Geller que, desde mi punto de vista, era un timador. Viajaba por el mundo, y a principios de la década de 1970 actuó en la televisión de varios países. En esas actuaciones doblaba cucharillas solamente con la fuerza de la mente, según decía, mientras las sujetaba entre el pulgar y el índice. También era capaz de adivinar lo que otras personas, sentadas en otra sala y, por tanto, fuera del alcance de su vista, dibujaban en un papel. Dio mucho que hablar y todo el mundo se preguntaba si Geller era un charlatán experimentado o si de verdad poseía una fuerza que no sabíamos cómo manejar.

Quiso la casualidad que yo estuviera presente cuando actuó en la cadena de televisión noruega NRK. Yo fui uno de los que respondía al público, que llamaba indignado, ya que Geller actuó en directo y la centralita de la NRK casi se colapsó con las llamadas. En sus cabañas y desde rincones perdidos de Noruega, la gente había visto por televisión cómo se doblaban las cucharillas y cómo se paraban los relojes. Recuerdo muy en particular a un hombre mayor que, indignado, llamó para contarnos con voz temblorosa que su mujer había tropezado y se había roto un brazo. ¿No sería porque Uri Geller había enviado una radiación mágica a través de la pantalla del televisor?

No sé qué le respondí, pero yo nunca creí en la fuerza de Uri Geller. Había en él algo de calculador, algo que guardaba más relación con la especulación que con una práctica artística. Cuando colgué el teléfono después de hablar con el anciano, me eché a reír con una carcajada llena de ira.

Uri Geller dedicó muchos años a denunciar a quienes lo acusaban abiertamente de timador. Por lo que yo sé, nunca ganó ninguno de los juicios. Quizá fuera eso, sobre todo, un tipo que se empeña en tener razón.

No hay mucha distancia entre Uri Geller y el cinismo de todos esos especuladores que utilizan a los enfermos de cáncer tratando de venderles todo tipo de terapias inútiles. Comprendo perfectamente la desesperación que puede abocar a las personas a visitar a un charlatán. Y no sé cómo podría evitarse que eso suceda una y otra vez.

Sin embargo, estoy totalmente abierto a que se respeten diversas formas de medicamentos naturales, por ejemplo, y a que se utilicen al mismo tiempo que aplicamos lo que se llama «medicina occidental».

Pero el cáncer no puede tratarse con ilusiones. Eso lo sé yo por experiencia después de estos seis meses de tratamiento periódico y de los conocimientos que he adquirido de tantos ámbitos de la medicina como he podido.

He comprendido el triunfo que para el ser humano supone la investigación del cáncer. Y, aunque suceda mucho después de mi generación, estoy convencido de que un día venceremos a la enfermedad.

El sueño de una trinchera fangosa en Flandes

Ha transcurrido un mes, aproximadamente, desde que recibí la noticia de que tenía cáncer. En estos momentos estoy pasando un periodo de reconocimientos de diverso tipo. Pronto empezaré con la quimioterapia, y también con radioterapia, para tratar la metástasis que me carcome la nuca. Si no he entendido mal la anatomía del esqueleto, está justo en la vértebra que se fractura cuando te ahorcan, al menos en los países donde recurren a *the long drop*.

En el sueño retrocedo a la primera guerra mundial, a algún momento entre 1914 y 1918, por lo menos treinta años antes de que yo naciera. Estoy encogido en una trinchera húmeda y fangosa. No sé a qué nación pertenezco. A mi alrededor hay otros soldados. Pero ninguno dice nada. Todos permanecen mudos. Una neblina grisácea avanza silenciosa por los campos desiertos. En la distancia veo un caballo muerto atrapado en un alambre de espino. Ha muerto en plena carrera. Le han arrancado la pata trasera.

Reina el silencio. Ni un solo disparo, ni una explosión, ni cerca ni a lo lejos. Me vuelvo hacia un soldado que está allí mismo. Veo que tiene totalmente mordidas las uñas de la mano con la que agarra el rifle. Le pregunto cuándo cree que empezará el bombardeo con las granadas de mano.

Me responde en una lengua que no entiendo. Tiene los ojos desorbitados. Como si, en realidad, yo fuera su enemigo. Y puede que lo sea. Todos somos enemigos de todos en ese paisaje cenagoso.

En el sueño, yo sé que va a ocurrir algo, pero no qué. Los que estamos en la trinchera esperamos. Si no otra cosa, la muerte.

La niebla sigue avanzando discretamente sobre el ocre de la tierra fangosa, que está sembrada de cráteres tras el impacto de las granadas.

De repente, la niebla empieza a cambiar de color. Ya no es grisácea. La transformación empieza lenta pero continúa cada vez más aprisa. Ya se torna amarillenta. Demasiado tarde, los que estamos en las trincheras comprendemos que es un nuevo enemigo el que se acerca. Sólo cuando aspiramos la niebla, que se compone de gas tóxico y nos llega a los pulmones, y cuando sentimos el dolor paralizante de las vísceras al corroerse, comprendemos que tenemos encima al enemigo. Lo tenemos dentro de nosotros mismos.

Entonces me despierto. Por un instante reina la confusión en mi conciencia. El dolor no se ha quedado en el sueño. Aún lo tengo en la memoria.

¿Pertenece al sueño o a mi yo despierto?

Entonces recuerdo la broncoscopia que me hicieron el día anterior. No puede decirse que fuera agradable. Después de ponerme anestesia local y un tranquilizante intravenoso, me introducen una cámara por la garganta hasta uno de los pulmones, donde se encuentra el tumor primario. Luego introducen otro tubo muy fino con una especie de cuchilla atada a un extremo para realizar un corte en el tumor y sacar una muestra de tejido, que analizarán con más detalle. Al cabo de un rato me dolerá un poco, me dice la enfermera Marie. Y tiene toda la razón.

Con todos los tubos que tengo en el brazo me digo, medio adormilado como estoy, que aquella situación me recuerda a cuando se utilizan inyecciones de sustancias tóxicas para ejecutar a prisioneros. Aquí, en cambio, se trata de un intento de garantizar que una vida amenazada reciba el mejor tratamiento posible.

En el sueño, la broncoscopia se ha transformado en gas mostaza que se filtra como una niebla amarillenta en la garganta y los ojos de los soldados, que nada saben. Muchos de ellos mueren, otros se quedan ciegos para siempre.

Como en un cuadro de Brueghel, se conducen unos a otros desde el campo de batalla hasta el reino de los ciegos.

Pero en la oscuridad de la noche comprendo que no es tan sencillo, que no es que un dolor real en la garganta se haya transformado en el sueño de una trinchera de Flandes. Hay una dimensión más en todo esto. Ahora que estoy despierto, recuerdo que el gas mostaza no fue sólo un arma cruel que se utilizó en la primera guerra mundial, que no sólo atacó a soldados que nada sospechaban. Además, tuvo un efecto positivo en soldados con leucemia.

De aquel gas mortal de la primera gran guerra, que luego prohibieron mediante convenciones internacionales, nació también el desarrollo científico que condujo a los medicamentos citostáticos que con tanto éxito se utilizan hoy para combatir el cáncer. Ni siquiera Hitler, que mantuvo conversaciones con la industria química IG Farben sobre el uso de gas venenoso durante la primera guerra mundial, utilizó nubes tóxicas. Sus consejeros, a los que, de hecho, escuchó, le dijeron que despertaría tanta animadversión que no valía la pena.

Y ésta es la razón por la que he tenido ese sueño. Las ideas y los recuerdos que se me han pasado por la cabeza mientras dormía traían un mensaje. La trinchera es la esperanza que supone que la quimioterapia vaya a empezar. El gas mostaza no va a matarme ni a cegarme, sino a oponer resistencia al cáncer que llevo dentro. La niebla amarilla se convertirá en un fluido que me inocularán en el torrente sanguíneo en forma de citostáticos perfectamente adaptados. En el mejor de los casos, atacarán a esas células cancerosas tan agresivas que me invaden.

Por desgracia, las células sanas también se verán afectadas. En el peor de los casos, sufriré muchos efectos secundarios, como la pérdida del cabello, que se considera uno de los menos molestos.

Habrà periodos en los que el sistema inmune quede muy debilitado y el hemograma dé unos resultados tan bajos que necesite una transfusión.

Pero de ese gas mortal nace también uno de los medios más eficaces para combatir distintas formas de cáncer. Sin citostáticos de diversa naturaleza y en diversas combinaciones no habríamos podido reducir la mortalidad a los niveles de hoy.

El sueño se ha manifestado con total claridad. Me ha despabilado por completo. Me levanto, aunque no son más que las cuatro, y voy a oscuras a la habitación donde tengo los libros. En un rincón está el sillón rojo donde suelo sentarme a leer. No enciendo ninguna lámpara. El resplandor de la luz de la calle se vierte sobre una de las estanterías. Está atestada de libros. Lars Eriksson hizo todas mis estanterías a medida, con madera de roble. Me digo que tendrá que hacer algunas más. No tengo sitio para tantas pilas de libros, que no paran de crecer.

Mientras siga vivo, las pilas seguirán creciendo.

Las cuevas

Hay una ilustración de un libro que recuerdo a la perfección, a pesar de que han pasado más de cincuenta años desde la primera vez que la vi. Figura en el que fue mi ejemplar de *La isla misteriosa*, de Julio Verne. Un benefactor desconocido presta auxilio a los náufragos, ingenieros y ayudantes, cuando más lo necesitan. Entre otras cosas, les ha ofrecido quinina, pues uno de ellos ha contraído la malaria.

Al final, consiguen averiguar dónde se esconde el hombre misterioso que les está prestando ayuda. Bajan a una cueva donde el capitán Nemo aguarda la muerte en el *Nautilus*. Está a punto de hundir la nave y de convertirla en un sarcófago.

Lo que se me ha grabado en la memoria es, sobre todo, la ilustración de la cueva.

Una de las mayores aventuras que podía correr cuando yo era niño consistía en encontrar cuevas todavía sin descubrir. Empecé después de haber leído la historia del submarino del capitán Nemo. Claro que, en Härjedalen, las posibilidades de encontrar una cueva eran muy escasas. Allí donde el hielo había cubierto la tierra yacían diseminadas piedras pulverizadas, arenilla y bloques rocosos aislados. Extensiones de tierra interminables aparecían cubiertas de bosque y páramo. La naturaleza de la roca no era tal que permitiera pensar que las cuevas se hubieran formado en tiempos pretéritos. Pero la búsqueda de entradas ocultas a secretos espacios subterráneos, en lugares donde unos ríos misteriosos hubieran vaciado la roca discurriendo silenciosamente a muchos metros bajo mis pies, no dejaba de resultarme atractiva. Nunca se sabe. La naturaleza puede ser caprichosa. Al menos, eso creía yo de niño.

A veces se me antoja que todavía, en lo más hondo de mi ser, sigo buscando cuevas. Que es un impulso y un motor que nunca me abandonará. Pero quizá ya no significaría tanto si encontrara la grieta o la entrada a una antigua zorrera que, en realidad, fuera el acceso oculto a un sistema de cuevas gigante que estaba por descubrir. Lo más importante reside en la atracción, en la búsqueda misma.

Unos años después de que yo naciera, en 1950, unos niños encontraron una abertura en la cueva de Lummelunda, en la isla de Gotland. La existencia de la cueva era de sobra conocida, y se había podido examinar un breve tramo del interior. Pero, en términos generales, estaba sin explorar. Örjan Håkansson, Percy Nilsson y Lars Olsson, así se llamaban los tres chicos, estaban convencidos de que detrás de la abertura había otro sistema de cuevas aún mayor. De repente, se desprendió un peñasco. Detrás quedó al descubierto una entrada. Ahora sí podían empezar a explorar la cueva a fondo. Los chicos debieron de saltar de alegría ante aquel descubrimiento. ¡Les envidio sin paliativos ese instante!

En la actualidad, ese paso se llama «El pasadizo de los niños». Y hay muchos pasadizos de niños, o de niñas. Se descubren nuevas grutas sin cesar, generalmente por casualidad. Y ello a pesar de que hoy por hoy los espeleólogos pueden predecir dónde hay más posibilidades de descubrir grutas hasta ahora ocultas, o al menos desconocidas en época histórica. Las cuevas y cavernas que hay en las rocas nunca surgen por casualidad. Siempre existe una razón, aunque pueda variar y ser escurridiza y difícil de captar.

Los hombres siempre han buscado las cavernas para protegerse de las inclemencias del tiempo y de las fieras. Y también los animales se han refugiado en las cuevas, para mantener a raya a los cazadores, entre otras cosas.

Es en el interior de las cavernas donde encontramos la expresión más antigua del ansia humana de dejar tras de sí una huella artística.

Y es precisamente en el interior de una de esas cuevas, la de Chauvet, en el sur de Francia, donde descubrimos la firma de aquel a quien, sin reservas, podemos llamar el primer artista identificado de la larga historia de la humanidad. Decoró una gran cantidad de paredes de las cuevas con imágenes de animales. Sabemos que fue un

hombre porque la firma desvela su sexo. No está caligrafiada, dado que hace 30.000 años no había ni alfabeto ni lengua escrita.

Su firma es una serie de huellas de unas manos fuertes entre los animales. Más o menos igual que se toman hoy las huellas dactilares, se ha salpicado las manos con pigmento (de los mismos colores que ha utilizado para pintar los animales). Luego ha presionado la pared de la cueva con las palmas. Pero son muchos los pintores de cuevas que han dejado sus manos impresas en las paredes rocosas. Nuestro artista no es el único. Lo que lo hace singular y, por tanto, le otorga una identidad diferenciada es uno de los dedos.

Lo tiene torcido. No sabemos si se trata de una lesión o si es congénito. Pero, según los médicos, es muy difícil que un niño nazca con una lesión ósea que le deforme sólo un dedo. Es decir, lo más probable es que se haya causado —o le hayan causado— esa lesión de niño o de adulto.

Lo más fascinante de este primer artista identificable es que esa mano suya lesionada aparece en varias cuevas. Es verdad que todas se encuentran en la misma zona de Francia, pero, aun así, eso puede indicar que se trataba de un pintor de cuevas ambulante cuyos servicios utilizaron varios grupos que compartían el territorio pacíficamente. Al ver los animales que pintó comprendemos que poseía un gran talento. El dedo torcido no le impedía representar a los animales con gran fidelidad. Sobre todo, tenía la capacidad de plasmar sus movimientos. Uno tiene la sensación de que los animales están a punto de desprenderse de la roca y salir corriendo. Los movimientos de esos animales, la lucha de esos seres cuadrúpedos por huir o vencer a los bípedos era un rasgo fundamental de su arte, de eso no cabe duda.

Quién era aquel artista del dedo torcido es algo que jamás podremos saber, naturalmente. Perteneció a una de las oleadas de inmigración más antiguas, aunque, desde luego, no la primera que llegó del continente africano. Tampoco podemos pronunciarnos sobre el papel que desempeñaba en el grupo de cien o ciento cincuenta personas al que pertenecía. Pero puesto que le permitieron dibujar en las paredes de las cuevas, sí podemos aventurar la fundada sospecha de que ellos veían lo mismo que nosotros: a un hombre que era capaz de captar la vida y reproducirla de un modo verosímil.

¿Era joven o viejo? ¿Tenía algún ayudante? ¿Quién le preparaba las pinturas? ¿Tenía pareja? ¿Vivía con una mujer o era polígamo? ¿Tenía hijos? ¿Tenía alguna otra ocupación aparte de la de pintar las paredes de las cuevas? ¿Cazaba con el resto del grupo o lo proveían de comida de todos modos? ¿Sabía tallar también el marfil o era sólo pintor?

¿Tenía nombre? ¿Alguno de ellos tenía nombre?

No lo sabemos. Del mismo modo en que se han conservado enteras las huellas de los pies de quienes pisaron las cenizas aún calientes después de la erupción del volcán en el valle del Rift, existe la impresión de esas manos, con ese dedo torcido. Quién era, cómo vivió y cómo murió es algo que ningún arqueólogo puede averiguar. Pero me figuro que nadie lo obligaba a representar a aquellos animales en las cuevas. Si había alguna obligación, existía sólo en su interior. Y, en el grupo en el que vivía, la idea de que las pinturas podían ser un conjuro para mejorar su buena suerte en la caza. Puede que fuera así.

Existe un denominador común a la mayoría de las pinturas rupestres que se han conservado. Lo observamos también en las de nuestra región: el dibujo de los animales está ejecutado con mucha riqueza de detalles. Vemos que les brillan los ojos y que sus movimientos están representados con gran dinamismo. Sin embargo, cuando hay seres humanos, éstos parecen más bien bocetos inacabados. Monigotes garabateados con rapidez, como si no fuera necesario reproducirlos en imágenes más detalladas. Naturalmente, podemos especular sobre el porqué, pero lo más probable es que se

debiera a que los animales eran más importantes. Eran su alimento, vivían de ellos. Hoy no pintamos en las paredes de las cuevas. Dinamitamos el corazón de la Tierra y abrimos grandes catedrales en montañas que tienen miles de millones de años de antigüedad. Y allí vamos a almacenar y a encerrar los desechos de nuestra civilización. Quizá pongamos advertencias en las paredes de la roca para avisar a las generaciones venideras de que tengan cuidado con la muerte radiactiva que hay enterrada en esos contenedores de cobre.

Pero ¿cómo dirigirse a unas personas que vivirán dentro de cien mil años? ¿Y después de una glaciación? ¿A unas personas que nada saben de nuestra historia?

¿Cómo se redacta un texto de advertencia de esas características?

El paso desde el hombre del dedo torcido que pintaba las cuevas hasta los que hoy deben crear símbolos para advertir a los que quizá vivan aquí dentro de muchos miles de años es enorme.

Aunque ¿de verdad lo es?

El vertedero flotante

Cerca de Sveg, el pueblo de dos mil habitantes de la región de Härjedalen en el que me crié, había un vertedero municipal. A principios de la década de 1950, cuando arrasaba la última epidemia de polio en nuestro país, estaba totalmente prohibido acercarse allí. Sólo los que manejaban la basura, aún con coche de caballos, los que llevaban los residuos y la inmundicia hasta el vertedero, podían visitar aquel lugar donde las cornejas chillaban infatigables. Había algo aterrador en la idea de los virus y las bacterias que habría allí escondidos. A veces, cuando me despertaba por las mañanas, apenas me atrevía a estirar las piernas, horrorizado ante la posibilidad de que se me hubieran paralizado durante la noche. Y no era yo el único que abrigaba ese temor.

Lo más horrendo que podía imaginarme era que me afectara a la respiración. En esos casos, te tumbaban en un pulmón de acero y te pasabas allí años, hasta que te llegaba la hora de la muerte. Claro que aquella máquina jadeante salvó muchas vidas, pero en las fotos parecía que conservaran a la gente en una locomotora negra seccionada.

Nunca oí decir que hubiera que reducir el montón de basura del vertedero del pueblo. Los residuos no crecían necesariamente con el incremento del consumo. La mayoría de los envases se hacían aún de materiales que se degradaban rápido. He vivido lo suficiente como para recordar la época en la que enrollábamos los escasos restos del día en un periódico viejo y los arrojábamos a un cubo y de ahí a un lugar donde terminaban por descomponerse sin necesidad de otra intervención.

Me crié en la «era del cartón». Luego vino la «edad del plástico», en la que todavía vivimos.

Conservo algunos recuerdos nítidos de cómo fue cambiando todo. También de cuándo empezó a arrasarlo el plástico, lento pero implacable. Pasábamos los veranos en el archipiélago de Östergötland, lejos de la tierra de Norrland. Al igual que los demás niños, se me iban los días corriendo por la playa en busca de restos, que las aguas hubieran arrastrado a la orilla, de las embarcaciones que navegaban por vías marítimas cercanas. Lo que encontraba era, en su mayoría, corchos de las redes de pesca y de las boyas de las traineras. En los años cincuenta y sesenta era impensable no encontrar corchos todos los días.

En una ocasión, hice un hallazgo. Una serie de cuadernos de bitácora que habían arrojado al mar desde un carguero alemán procedente de Hamburgo. Jamás supe si el patrón estaba borracho o encolerizado, abatido o desesperado cuando lanzó al mar la documentación más valiosa del barco. Pero aquellos cuadernos que me trajeron las aguas eran como una visita procedente de alguno de los libros de Julio Verne.

Al principio sin que se notara mucho, luego cada vez con más frecuencia, empezaron a aparecer las boyas de plástico entre las piedras de la orilla. Hasta que llegó la última boya de corcho y, a partir de ese momento, sólo las hubo de plástico. Más adelante vinieron los cartones de leche y las botellas de plástico. Pero ni yo ni ningún otro niño las coleccionaba. El plástico era algo muerto, mientras que el corcho siempre se nos antojaba vivo entre las manos.

La visión que teníamos en mi infancia de los residuos y la basura era algo inconsciente. Tanto por mi parte como por la de los adultos de mi entorno. También en los veranos que pasábamos en la costa, donde las comidas eran, en buena parte, el contenido de latas de conserva que calentábamos en un hornillo. Cada año, al final del verano, llegaba un día en que cargábamos un bote de remos con todas las latas vacías. Lo llevábamos mar adentro, lejos de la costa, y una vez allí llenábamos de agua las latas de conserva, que se hundían en el mar.

Y allí están aún hoy, cientos de ellas, sólo de mi familia. Algunas se habrán oxidado, claro está; otras, no. La fabricación de latas de conserva no generó, seguramente,

demasiadas sustancias tóxicas peligrosas para el medio ambiente, pero la actitud era la que era: aquello que desaparecía en el mar infinito ni se veía ni volvería a molestar nunca más.

Siempre ha sido así, creo yo. Cuando los ingleses llegaron a la India en el siglo XIX con sus vapores, las damas con más de un viaje a sus espaldas comunicaban a las compañeras de travesía con menos experiencia que resultaba útil llevarse la ropa interior vieja, a menos que fueran en compañía de una criada que pudiera hacerles la colada durante el viaje. Si iban solas, podían arrojar la ropa interior usada por la válvula de ventilación. En las ondas que iban dejando aquellas naves flotaba una estela de ropa interior inglesa. Y cuando Thor Heyerdahl navegó con la Kon-Tiki entre los archipiélagos del Pacífico y la costa de Sudamérica, observó, al igual que otros, una gran cantidad de desechos humanos flotando en las aguas. Esto ocurría en la década de 1950. De mi época de marinero en la marina mercante sueca en los años sesenta recuerdo que tirábamos toda la basura por la borda de popa. La única norma era lanzar la mierda en la misma dirección que el viento.

Yo tenía catorce años cuando Rachel Carson publicó *Primavera silenciosa*, libro con el que introdujo un cambio de conciencia necesario sobre la Tierra, a la que tratábamos cada vez más como un vertedero sin fronteras. Recuerdo cómo desaparecían las águilas marinas, pues el DDT malograba los huevos y no tenían descendencia. Pero era un conocimiento pasivo. Seguí viendo como si fuera un juego la operación de llenar de agua las latas vacías de conserva y de dejar que descendieran hacia el fondo del mar hasta que desaparecían.

El hombre siempre ha dejado residuos tras de sí. Una de las excavaciones más emocionantes y difíciles que los arqueólogos pueden esperar encontrar son los vertederos milenarios, formando estratos sedimentados unos sobre otros. La mayor parte la constituyen restos de lo que los hombres han comido. Se encuentran huesos de distintos animales, peces. Pero también los vestigios carbonizados de otros restos enterrados en almacenes por lo general de varios metros de altura pueden darnos información sobre los hábitos alimentarios de otras generaciones, sobre cómo esos hábitos cambiaron y se alteraron. Esas montañas de desechos que se excavan y analizan pueden dar una cantidad abrumadora de datos que, tras un análisis y un examen exhaustivo, aportará un amplio conocimiento sobre cómo vivieron esas personas.

En la basura, la vida de las personas se hace patente. Los vertederos son un espejo en el que se refleja cómo vivía la gente en tiempos pretéritos. En ellos podemos leer cómo fue la vida cotidiana durante miles de años.

Y no sólo averiguamos qué comían aquellos hombres, nos enteramos también de los periodos difíciles de hambruna y de dificultades. Podemos ver que la sociedad se dividía en clases con modos de vida totalmente distintos. Vemos que algunas personas vivían muy bien, con acceso a alimentos más nutritivos que otras que quizá habitaban a tan sólo unos cientos de metros de ellas. Una familia, un clan estaba bien alimentado mientras el vecino moría de inanición.

Los vertederos de nuestro tiempo son diferentes y cuentan otras historias.

El mayor vertedero actual del mundo no se encuentra en tierra. Se halla en el océano Pacífico. Entre Hawái y la costa californiana hay millones de toneladas de desechos flotantes. Los marineros hablan de los cientos de kilómetros de montañas de basura que se ven obligados a cruzar con sus embarcaciones. El noventa por ciento de estos desechos se compone de plástico cuyo plazo de degradación es casi infinito. La mayor parte de dicho plástico se compone de fragmentos diminutos, a veces invisibles al ojo humano, que los peces terminan tragándose. Qué consecuencias puede tener esto hoy y a la larga es algo que podemos imaginarnos sin dificultad.

Yo tengo una fotografía de una tortuga marina que se ha encontrado una bolsa de

plástico en el mar. La bolsa se halla parcialmente llena de aire y la tortuga está a punto de meter dentro la cabeza. No sé si llega a hacerlo, pero si así fuera, la tortuga se asfixiaría allí dentro.

Naturalmente, son muchos los que trabajan hoy en día para que la montaña de basura no siga creciendo. Y contamos con unos procesos de reciclado amplísimos que no existían veinte años atrás. Se han prohibido los envases más perjudiciales para el medio ambiente. En muchos países multan a quien arroja basura en el campo. Además, quemamos los residuos para generar energía, sobre todo, destinada a la calefacción.

Pero esto no es suficiente. Sobre todo si tenemos presente que aún no se ha resuelto cómo será el almacenaje final de los desechos más peligrosos, los residuos nucleares globales. Los grandes usuarios de la energía nuclear como China y Estados Unidos ni siquiera han empezado a construir estaciones de almacenado provisionales, a la espera de que se investiguen y decidan fórmulas con soluciones definitivas.

Lo que ocurra o lo que deje de ocurrir en un país como Corea del Norte no quiero ni pensarlo. Pero lo pienso.

Las civilizaciones siempre han dejado residuos tras de sí. Cuando una cultura o un imperio se hunde, no suele pensar en hacer limpieza. Pero ni los faraones de Egipto ni los césares de Roma dejaron tras de sí residuos peligrosos o mortales.

En cambio, nosotros sí.

Yo también me convertiré en desechos algún día, pero mi cuerpo se parecerá más al corcho que al plástico. La descomposición empieza inmediatamente después de que los órganos vitales dejen de funcionar.

Durante el tiempo que llevo con el cáncer me he armado de valor y he investigado cómo se produce la descomposición del cuerpo. Saberlo me tranquiliza, la verdad. Morir es incorporarse a la más antigua de todas las tradiciones humanas. El instante de la muerte varía, al igual que la edad y las causas, pero luego todo ocurre del mismo modo. La única diferencia se da al elegir que te incineren o dejar que el tiempo y la tierra colaboren y conviertan tu cuerpo en moléculas nuevas que siempre existen, pero siempre en nuevas combinaciones.

Supongo que llegado el momento me incinerarán. He pensado si no preferiría reclamar más superficie y más metros cúbicos para que me sepulten bajo tierra en un ataúd. Que me entierren como antiguamente.

Pero creo que me abstendré. También del humo del crematorio se liberan moléculas que se mezclan con otras.

La eternidad y sus ciclos están en todas partes.

Durante unos años de la década de 1980 viví en Zambia, al norte, cerca de la frontera con Angola. La tienda más próxima se encontraba a 350 kilómetros y el lugar donde vivía, Kabompo, se había utilizado durante el periodo colonial británico como centro para rebeldes africanos deportados, que luchaban por la abolición del racismo del sistema colonial.

Mientras estuve en Kabompo se celebraron unas elecciones presidenciales en Zambia. A todos los candidatos los representaban con dibujos de animales. En parte por tradición, y en parte porque muchos eran analfabetos. Kenneth Kaunda, entonces presidente, tenía por símbolo una majestuosa águila africana. Al oponente más peligroso en la lucha por la presidencia lo habían caracterizado como una triste rata.

Está claro cómo terminaron aquellos comicios. Kaunda se quedó con la presidencia, naturalmente.

En la sociedad actual, tanto los demás como yo vivimos rodeados de letreros de advertencia y señales de prohibición. He ido comprobando cómo un número creciente de señales van dirigiendo mi vida. Claro que eso se debe a que nuestra sociedad se ha vuelto cada vez más compleja. Para que no estalle el caos, por ejemplo, la regulación del tráfico ha traído consigo nuevas señales.

En una ocasión, estando en África, le mostré a un buen amigo la señal de advertencia estándar para indicar la presencia de radiactividad. Se quedó pensando y, al cabo de unos instantes, me dijo que le recordaba más bien a un ventilador. ¿O sería la hélice en movimiento de un avión? Después de cierta vacilación, se decidió: era una señal de peligro por la proximidad de hélices de avión.

Si me llevo el dedo a los labios, lo más probable es que todo el mundo entienda que lo que quiero es que guarden silencio. Y si veo un cartel con un dedo cruzando los labios, eso es lo que significa. En todo caso, yo nunca he visto que nadie malinterprete ese gesto ni en Europa ni en África ni en Norteamérica. No es de extrañar. Con la boca cerrada, hablar es imposible. Y eso vale para todo el mundo. Es decir, no hay que imaginarse que ese símbolo —y muchos otros— proceda de una lengua primitiva común. No es necesario que las culturas hayan tenido contacto para que sean válidas las mismas señales. Nadie tiene las cuerdas vocales en el oído ni en las yemas de los dedos.

Los signos y los símbolos son herramientas muy poderosas. Pero ¿quién conocerá el valor de los símbolos dentro de miles de años, en un futuro desconocido?

Quienes tienen hoy la misión de advertir a los hombres de dentro de cien mil años de la presencia de residuos radiactivos se enfrentan a una tarea como mínimo difícil de resolver. ¿Es posible imaginar cómo debe ser un signo de advertencia para que funcione, cuando no sabemos qué lengua o qué cultura tendrán los hombres del futuro, ni qué será peligroso para ellos? Supondrá una mezcla de un complejo juego de adivinanzas y los razonamientos más avanzados de los grandes cerebros de nuestros días. Junto con las distintas formas de experiencias y conocimientos que hayamos atesorado hasta ahora.

Una vez más, el espejo retrovisor: tenemos que volver la vista atrás para poder mirar hacia delante.

Ha habido muchas propuestas de cómo elaborar esas advertencias. Una de ellas ha sido escribir un texto en todas las lenguas que hoy se conocen en el mundo. Pero resultaría un texto ingente. Existe cierta unanimidad acerca de la idea de que la solución más adecuada sería una combinación de imágenes, sonido y texto. Si es que se puede conseguir.

Otra propuesta ha sido recurrir al mundo del arte. ¿Cómo interpretarían los hombres del futuro una copia de *El grito*, de Edvard Munch, si la encontraran en el interior de

una montaña? La imagen de la mujer que grita en el puente, ¿haría comprender a los espectadores que se hallaban ante algo aterrador y peligroso? En nuestra era sí lo interpretaríamos así.

En una ocasión, le mostré una foto del cuadro de Munch a un amigo de Maputo. Enseguida lo interpretó como la expresión de un gran sufrimiento. Pero sobre cuáles serán la conducta y los impulsos de los hombres del futuro ante el cuadro de Munch sólo podemos especular.

¿Qué sonido podríamos elegir para ahuyentar a los hombres de las cuevas donde se almacenan los residuos radiactivos? ¿Quizá ese tipo de bombas de sonido que el ejército americano ha desarrollado y que hoy incluyen en su arsenal? Bombas que producen sonidos insoportables para el oído humano. ¿Es ése el camino? Pero no sabemos nada de cómo será el oído de los hombres del futuro. Puede que el infierno sonoro de las bombas no le afecte. Y además, ¿quién puede garantizar una solución de tipo técnico que dure cien mil años? Lo que hoy sabemos es que no podemos saber nada con certeza. Aun así, tenemos la responsabilidad de preguntarnos cómo advertir a los hombres del futuro.

Ahora bien, si no hay ningún modo seguro de advertencia, ¿qué nos queda? Nada, salvo una ilusión. Fingir que en el corazón de la roca no hay nada.

El instrumento del que disponemos para ello es el olvido, que no es, desde luego, muy digno de nuestra confianza.

El olvido y la mentira van casi siempre de la mano.

La balsa de la muerte

Finales de la primavera de 1816. Napoleón está definitivamente vencido y morirá envenenado con arsénico en la isla de Santa Elena, esa masa rocosa azotada por el viento del sur del Atlántico donde está prisionero.

En Francia domina un rey de la familia de los Borbones. Cuatro buques de la armada francesa tienen órdenes de zarpar rumbo al sur. Su objetivo es Senegal, en la costa occidental africana. Como consecuencia de la reorganización de Europa después del Congreso de Viena, los ingleses cederán a Francia la ciudad portuaria de San Luis.

El 17 de junio, la pequeña flota de cuatro navíos zarpa de Rochefort. Mantener unido un grupo de veleros resulta casi imposible, y pronto pierden el contacto entre sí. Aunque todos saben cuál es la meta hacia la que navegan.

Uno de los buques es la fragata *Medusa*. A bordo de la nave de tres palos viajan cerca de cuatrocientas personas. La mitad son marineros, la otra mitad, funcionarios que se adueñarán de la administración de la plaza africana donde pronto se izará la bandera tricolor.

El capitán es Hugues Duroy de Chaumareys.

No tiene experiencia, hasta el momento ha trabajado sobre todo para las autoridades aduaneras francesas. Además, ha sido contrario a Napoleón. Puesto que la mayoría de los marineros a bordo han sido partidarios suyos, no tarda en ganarse la animadversión y el desprecio de la tripulación.

Dos semanas después de que se hayan izado las velas en Rochefort, la *Medusa* encalla cerca de la costa africana. Allí hay bancos de arena que nunca se han cartografiado del todo. La *Medusa* encalla en uno que se llama Banc d'Arguin.

La nave está inmovilizada. Siguiendo las órdenes del capitán, arrojan por la borda todo lo que no es fijo, para que el barco se eleve y se aparte del banco deslizándose en la medida de lo posible. No lo consiguen. De Chaumareys da órdenes de abandonar el barco. Como los botes salvavidas son insuficientes en número, fabrican una balsa enorme. Derriban los tres mástiles para hacer con ellos la base cuadrada de la balsa. Los botes salvavidas la arrastrarán hacia la costa africana, que se esconde al este entre la neblina.

La operación de remolque fracasa. Cortan los cabos que unen la balsa a los botes salvavidas y la abandonan con sus ciento cincuenta pasajeros. El capitán De Chaumareys comete una de las acciones humanas más cobardes e ignominiosas que se puedan imaginar.

La situación en la balsa no tarda en pasar de un orden artificioso a un caos brutal. Los más fuertes arrojan por la borda a los heridos, más débiles. Se acaban el agua y los alimentos. Se impone el canibalismo. Con hachas, sacan tajos de los cadáveres y se comen la carne cruda. La balsa se convierte en un matadero humano.

Al cabo de quince días, la nave hermana *Argus* avista la balsa. Para entonces quedan quince supervivientes, pero varios de ellos mueren después a causa de las privaciones. Al final, sólo tres de los marineros se salvan y pueden regresar a Francia.

Uno de los supervivientes es el médico de a bordo, Henri Savigny. Cuando regresa a Francia, entrega al almirantazgo francés un informe de los acontecimientos. El asunto se difunde y se convierte en un gran escándalo.

Cuando se produce el accidente de la *Medusa*, el artista Théodore Géricault tiene veinticinco años. Se hizo famoso en el Salón de París en 1812, cuando presentó el óleo de un oficial de caballería a lomos de un caballo rampante, y ahora empieza a pintar un cuadro de la balsa, en el que la gente yace moribunda después del naufragio de la *Medusa*.

En un principio, se concentra en tratar de reproducir el horror que reinaba a bordo. El canibalismo; cómo arrojan por la borda a los débiles —aún vivos—; un mar donde no

se avista ningún otro barco; la desesperanza que, al final, es el único sentimiento que les queda.

Se imagina una balsa que va a la deriva surcando un mar, una balsa donde no hay dios que se preocupe por el sufrimiento de los naufragos. Cuando no queda ninguna esperanza, tampoco queda ningún dios.

El cielo está tan vacío como el mar.

A poco más de seis kilómetros se extiende la costa africana, invisible por la niebla, pero para ellos no es ninguna salvación, allí bien puede esperarles el infierno. Los hombres de la balsa están condenados a muerte.

Géricault comienza a dudar. Hace un gran número de bocetos, pero, al final, empieza a atenuar cada vez más la catástrofe. Como si se hiciera la siguiente pregunta: ¿Qué ocurre con las personas que pierden la esperanza por completo? ¿Cuando ya no queda nada?

El artista no da ninguna respuesta a la pregunta. Sencillamente, está mal formulada, o es imposible. No existe vida humana allí donde la esperanza desaparece por completo. Siempre queda algo.

La pintura que por fin deja terminada representa la esperanza humana que, pese a todo, existe incluso cuando no debería quedar nada. Al fondo del cuadro se atisba *Argus*, aunque el espectador no puede estar seguro de que los hombres a bordo hayan descubierto la balsa.

El cuadro puede contemplarse en el Museo del Louvre, en París. Cuando me veo contemplándolo me digo que es un punto de encuentro entre lo viejo y lo nuevo. Géricault estudió tanto a Rubens como a Caravaggio mientras trabajaba con la balsa. Con la misma intensidad con que estudió cadáveres y hombres moribundos en el hospital Beaujon. Dicen que incluso se llevaba al taller partes de cadáveres para examinar más de cerca el proceso de descomposición.

La mayoría de las obras de arte tienen algo que uno mira o escucha con atención. En casos excepcionales hasta puedo sentir cierto agradable aroma que fluye hacia mí. En alguna ocasión he llegado a experimentar una sensación gustativa inesperada.

Géricault consiguió algo que a pocos artistas les es dado. Munch y Bacon también lo consiguieron.

Y, naturalmente, Caravaggio y Rembrandt.

Mientras contemplo el cuadro puedo adivinar el hedor de los moribundos.

Existe una extraña contradicción en el cuadro. A pesar de que aquellos que representa están pasando hambre y se encuentran medio muertos de sed, el artista los ha pintado con unos cuerpos casi atléticos. Es lo bastante audaz como para mezclar el realismo con los ideales del arte clásico. Al distanciarse y no atenerse sólo al realismo, consigue que nosotros, que contemplamos el cuadro, ocupemos un sitio a bordo de la balsa.

Lo que me sobrecoge es el intento de Géricault de plasmar una esperanza que no existe. No sé de ninguna otra obra de arte que haya logrado expresar de ese modo lo que no podemos sino llamar un reto filosófico.

Después de la visita al Louvre, me siento en un café de la zona. Es otoño, hace frío, sopla un viento del noroeste. He venido a París a hablar de mis libros.

Observo a las personas que hay en las otras mesas y pienso que todas ellas albergan algún tipo de esperanza. De que algo salga bien, de que algo pase pronto, de encontrar la explicación a algo, de que algo que les causaría dolor no sea cierto.

Tenemos que procurar siempre que la esperanza sea más fuerte que la desesperanza. Sin esperanza no hay, en el fondo, supervivencia. Y eso vale tanto para los enfermos de cáncer como para las demás personas.

Cuando me alejo del café, ha empezado a caer una fina lluvia. Me dirijo al cementerio Père-Lachaise.

Me lleva un rato encontrar el mausoleo de Géricault. Sólo llegó a vivir treinta y dos

años. De vez en cuando se caía montando a caballo. En una ocasión, la caída fue tan brutal que la lesión que sufrió mermó su vida. Pero también tenía tuberculosis. Muy pronto supo que su existencia tenía los días más que contados.

Antoine Étex, un escultor hoy olvidado, levantó el monumento que orna la tumba. Es sentimental y horrendo. Representa a Géricault camino de la muerte, cómo va dejando caer muy despacio el pincel que tiene en la mano.

Géricault solía recurrir a sus amigos para que posaran como modelos de diversas figuras de sus cuadros. *La balsa de la Medusa* no es ninguna excepción. Uno de los moribundos tiene los rasgos de Eugène Delacroix.

La balsa de la Medusa habla, por tanto, de esa esperanza que sigue viva cuando toda otra esperanza se ha extinguido. La paradoja que, con más claridad que ninguna otra cosa, es testimonio de la voluntad de supervivencia que siempre albergamos los seres humanos.

Nos agarramos al bote salvavidas, aunque, en realidad, ya no tenemos fuerzas.

Pero la esperanza sigue existiendo. Puede que como una sombra y nada más. Pero ahí sigue.

Todo ese amor olvidado

La muerte y el olvido van unidos, del mismo modo que lo están el cáncer y el miedo existencial.

Hace muchos años, allá por la década de 1960, fui a visitar un edificio antiguo de Bastugatan, en Estocolmo, que estaban renovando. Mi visita coincidió por casualidad con el momento en que algunos de los trabajadores hicieron un hallazgo en los cimientos del edificio. Encontraron una botella de cerveza vacía que contenía un mensaje sellado. Con el burdo lápiz de un carpintero, alguien había escrito: «Aquí estuve yo con mi amada una preciosa noche de verano de 1868».

Ni nombres ni firmas. Tan sólo aquel mensaje de euforia y felicidad para una posteridad desconocida.

Todas las personas que conozco han tallado alguna vez su nombre en un árbol del bosque o han grabado su firma en una roca en la playa. Nadie quiere que lo olviden. Pero a casi todos nos olvidan.

¿A cuántos escritores recordamos y seguimos leyendo hoy día? Y no estoy pensando únicamente en los que escribieron hace cientos de años, sino también en aquellos que leíamos y sacábamos de la biblioteca y que murieron hace veinte o treinta años.

¿Cuántas de las extraordinarias novelas de Ivar Lo-Johansson prestan hoy en las bibliotecas? Strindberg sigue vivo, pero ¿y dentro de cien años?

¿Cuántos artistas no han desaparecido por completo de nuestra conciencia? Científicos, ingenieros, inventores. Y lo más importante de todo, todas las personas «normales y corrientes».

A muchos esto los trae sin cuidado. Cuando estás muerto, muerto estás. Mientras existimos en la memoria de alguien, conservamos la identidad. Pero luego, también la memoria se extingue.

Reconozco que de vez en cuando me molesta la idea de que me olviden dentro de unos años. Es un sentimiento tan ridículo y vanidoso como humano. Y por lo general consigo combatirlo.

¿De los ciento siete millones de personas que han vivido en la Tierra, la mayor parte de las cuales están muertas, a cuántas recordamos hoy? A un mínimo cada vez menor. El destino del ser humano es que lo olviden. Ni siquiera las personas que han destacado por una u otra razón sobrevivirán en la memoria para siempre. ¿Cuántos de los que viven hoy permanecerán en la conciencia de las personas dentro de quinientos años? No muchos. En los tiempos en que vivimos, la memoria es más corta si cabe que en ninguna época anterior de la historia del hombre. Nos inundan todo el rato con una lluvia torrencial de información, pero lo sabemos, y cada vez recordamos menos. Nos revientan el cerebro simbólicamente. A medida que entra la información nueva, los recuerdos anteriores van quedando en los vertederos mentales. Si nuestro palacio de recuerdos fuera real, el nivel del agua de esa lluvia constante habría subido mucho en sus salas.

Los que hoy trabajan con el almacenamiento final de los residuos atómicos saben una cosa: que nunca verán su trabajo terminado. En Suecia pasarán sesenta años antes de que los desechos queden enterrados en el interior de las cápsulas y la montaña pueda sellarse para no abrirse nunca más. La vegetación terminará por cubrirla. Derribarán los edificios y crecerá la pérdida de memoria colectiva. Cuando muera la última de las personas que participaron en el sellado definitivo, todos los recuerdos de primera mano habrán desaparecido.

La destrucción de lo que el hombre ha creado también puede suceder muy deprisa. ¿Qué ocurre con los puentes más altos del mundo si no hay mantenimiento? Se oxidan y, en pocos años, pueden perder la capacidad de facilitar el transporte seguro por encima de bahías y barrancos. Al cabo de diez o quince años, el puente se caerá. Y al

cabo de otros diez, sólo quedarán los cimientos de hormigón, que no tardarán en erosionarse. Y otras cuantas generaciones después, el puente habrá desaparecido de la memoria de los hombres.

Pero en la roca que han elegido para la conservación de los residuos radiactivos no se oxidará nada, nada será pasto de la erosión. Allí sobrevivirá la más imposible de todas las creaciones imposibles del ser humano sin alterarse durante cien mil años. Se dará un proceso invisible, eso es todo: la radiactividad irá desapareciendo muy despacio, hasta que deje de ser peligrosa para los hombres y los animales.

Yo he conocido a algunas de las personas que dedican sus vidas a ese trabajo que nunca verán acabado. La mayoría de ellos tienen muy claro que forman parte de una tradición: pertenecen al grupo de los que se pasaron la vida construyendo sin ver jamás el resultado final.

La Muralla China empezó a construirse como un medio defensivo en tiempos del primer emperador chino, Shi Huangdi, aproximadamente en el 200 antes de Cristo. En el siglo XVII todavía seguían trabajando en ella. Para entonces llevaban mil ochocientos años construyéndola. Si nos imaginamos que el trabajo fue pasando de padre a hijo, estamos hablando de más de sesenta generaciones que nunca vieron acabado ni su trabajo ni el de sus predecesores. Nunca pusieron la última piedra.

Tampoco los maestros que comenzaron la construcción de Notre Dame llegaron a ver cómo se alzaba la imponente catedral en la isla de La Cité. La construyeron entre 1163 y 1345, y fueron precisas cinco generaciones para terminarla.

En el caso de la catedral de Colonia tardaron más tiempo aún. Desde que se puso la primera piedra hasta que la consideraron terminada transcurrieron seiscientos treinta y dos años.

Otras muchas edificaciones concebidas para ser monumentales no llegaron a pasar de los planos. Cuando Hitler descansaba o se tomaba una pausa en su atroz matanza, se concentraba, junto con el arquitecto Albert Speer, en los planos y maquetas de lo que sería la nueva ciudad de Berlín, la capital del mundo. Hitler quería coronar su imperio milenario con una capital que superase a París, a Londres y a Roma. Quería construir edificios más altos, más grandes y más anchos que nada de lo que ya existiera en el mundo. Todo eso quedó en nada.

Supongo que los responsables de la conservación definitiva de los residuos nucleares en Suecia no son personas sentimentales ni poco realistas. Y seguro que comprenden lo humano que es trabajar para el mañana. No es necesario ver terminado lo que empezamos. Simplemente, forjamos nuestra parte de la larga cadena que constituye la historia de la humanidad.

Aun así, yo me pregunto, ¿qué pensarán los responsables? ¿Los que fabriquen los últimos eslabones de la cadena y estén presentes cuando las puertas de los túneles se cierran para —esperemos— no abrirse nunca más? ¿Hemos hecho todo lo que podíamos? ¿Hemos pasado algo por alto? ¿Existirá en todo esto alguna dimensión que no hayamos podido analizar a fondo?

¿Qué implica vivir con una serie de preguntas que, sencillamente, no tienen respuesta?
¿Cómo vamos a calcular lo incalculable?

Hace unos años, un asteroide de 45 metros de longitud se precipitó junto a la Tierra a una velocidad de vértigo. Se encontraba a 4.800 kilómetros de distancia y no entró en el campo gravitatorio de la Tierra. Ya se halla muy lejos. Pero tan sólo unos días antes, un meteorito estalló en pedazos en la atmósfera terrestre y los fragmentos se dispersaron sobre un pueblo ruso; muchas personas resultaron heridas.

La ciencia ha descubierto que hay aproximadamente diez mil asteroides flotando en la parte del universo que somos capaces de ver. Pero hay millones de asteroides ahí fuera. Si uno de ellos, quizá de varios kilómetros de diámetro, se estrellara contra la Tierra dentro de unos cuantos miles de años..., es imposible saber cuáles serían las

consecuencias. Por poner un ejemplo de algo que, normalmente, sólo ocurre en las películas acerca del Juicio Final que no paran de producir, dado que venden muchas entradas.

La verdad de nuestra existencia siempre es provisional. Lo que sabíamos ayer queda superado y modificado por los conocimientos de hoy. Para la mayoría de las personas, la vida consiste en algo que no consiguen acabar.

Yo tenía un amigo que era agricultor. Se fue hace ya muchos años. Un día, al principio de nuestra larga amistad, me enseñó un álbum de fotos. En él conservaba fotografías de todas las cosechas y todas las camadas que le habían nacido desde que tenía la granja. Nunca pensó en ningún final. A lo que él aspiraba era a que aquello continuara siempre.

¿Serán la energía nuclear y sus residuos algo que contravenga todos los modelos básicos de comportamiento? Ya sabemos que las sociedades y las civilizaciones no limpian nada antes de desaparecer. Pero ninguna ha dejado nunca una basura que conserve en secreto su toxicidad durante miles de años.

En eso somos únicos. Somos los únicos de la historia.

Durante más de cincuenta años soñé que un día visitaría la legendaria ciudad desertizada de Tombuctú, en la actual Mali. No tendría más de nueve o diez años cuando vi el nombre en un relato de viajes y enseguida tuve la sensación de que aquella ciudad debía de estar en el fin del mundo. Ser niño implicaba para mí buscar siempre algo que empezaba en algún sitio y que era finito. Me imaginaba que existía un lugar más allá del cual nadie podía viajar.

El camino siempre tocaba a su fin en algún punto. Del mismo modo que uno tenía que morir algún día.

El fin del mundo existía. Y allí estaba Tombuctú.

De niño pasaba mucho tiempo dibujando archipiélagos. Todos los veranos iba a una isla del archipiélago de Östergötland, lejos de la región interior de Norrland donde vivía el resto del año. Se encontraba en medio del archipiélago, perdida en una amalgama en apariencia infinita de islas, así que ponerse a dibujar resultaba de lo más natural. Era un viaje despreocupado y estimulante en mi propio relato de la creación. Allí pintaba islas con formas extrañas, bahías secretas, estrechas, con pasos muy profundos, escollos insidiosos y, por supuesto, sistemas de cuevas subacuáticas que unían las islas bajo la superficie.

Todavía hoy, cuando me veo inmerso en una conversación telefónica que me aburre o, simplemente, me siento a pensar un rato, me doy cuenta de que he llenado una hoja con una nueva variante del archipiélago que he tratado de crear desde niño.

Al final, fui a Tombuctú. A una temperatura de entre cuarenta y cincuenta grados navegaba a través del río Níger en el interior del coche en el que me llevaba el transbordador, y la ciudad se extendía delante de mí bajo la calima, polvorienta, sequerosa, con la arena revoloteando por las calles.

Había ido a Tombuctú por dos razones. La primera para verla, simplemente, y comprobar que el fin del mundo no existía, pero Tombuctú sí. Es decir, no me había equivocado del todo.

La segunda razón y, para el adulto que yo era entonces, la más importante era poder ver la cámara del tesoro, llena de manuscritos antiguos. A veces, en tiempos de disturbios, la gente de Tombuctú escondía los manuscritos en la arena. Y gracias al clima seco y caliente del desierto, los manuscritos habían sobrevivido. Ahora se conservaban en distintos archivos o bibliotecas que custodiaban con orgullo quienes vivían en la ciudad. Muchos de los manuscritos aún seguían en manos de ciudadanos de Tombuctú. Sin embargo, los consideraban tan sagrados que nadie los vendía, a pesar de que había más de un cínico especulador dispuesto a pagar cantidades incomprensibles por los más atractivos.

Los dos días que pasé en aquellos archivos fueron como el fin de un peregrinaje de cincuenta años. No sólo pude comprobar lo que siempre creí, es decir, que la afirmación de que el continente africano carecía de historia escrita era totalmente falsa, también pude sostener aquellos manuscritos entre mis manos y pensar que, mil años atrás, aquella ciudad del desierto fue uno de los centros intelectuales más importantes del mundo. Hasta allí habían acudido hombres desde muy lejos, árabes, africanos, europeos, mucho antes de que en París hubieran concebido siquiera la construcción de la Universidad de la Sorbona. A lo largo de los siglos habían mantenido allí largas tertulias, no sólo sobre textos teológicos –ante todo islámicos, naturalmente–, sino también sobre todo tipo de temas relacionados con la geografía, la astronomía y la medicina. Por primera vez comprendí el significado real de lo que podía ser un archivo. En él se custodiaban pensamientos nacidos de discusiones y desacuerdos que habían conducido a todo ese conocimiento atesorado.

Como si Tombuctú fuera una ciudad donde aún se cultivara la Ilustración.

Hoy en día, unos años después de aquella visita, sabemos que esa ciudad estuvo un tiempo bajo dominio de yihadistas islámicos que se las arreglaron para quemar algunos de esos manuscritos, cuyo contenido consideraban blasfemo.

Comprendí con angustia lo que estaba sucediendo. Pero también supe que muchos de los manuscritos se salvaron porque la gente volvió a enterrarlos en la tórrida arena del desierto a pesar de que arriesgaba la vida al hacerlo. Al parecer la mayor parte se salvó, pero no hace falta decir qué opinión me merecen unas personas que, en nombre de su dios, destruyen el conocimiento atesorado por la humanidad. Cometen atropellos contra quienes han vivido, contra quienes viven hoy y contra quienes no han nacido todavía. Y lo hacen en el nombre de Dios.

El primer archivo que recuerdo se hallaba en un sótano de la secretaría del juzgado de Sveg. En realidad no me estaba permitido bajar allí, pero, naturalmente, me salté la prohibición. Había largas hileras de estanterías donde guardaban las actas de los juicios, aunque lo más interesante era, por supuesto, las cajas de cartón donde guardaban objetos que constituían las pruebas de casos de agresión, cada uno de ellos con una nota manuscrita que informaba de cuándo y dónde habían plantado aquel objeto en la mesa del juez. Se trataba sobre todo de navajas, pero también había algún puño americano y alguna porra. También creo recordar alguna hacha con la empuñadura carcomida. Todavía me acuerdo con claridad de la pregunta que me hacía: ¿por qué guardaban todo aquello si quienes lo usaron ya habían sido condenados por sus delitos? ¿Para qué seguían teniendo allí las navajas y todo lo demás?

Hoy lo sé: los archivos existen para que no olvidemos la historia. No sólo lo que ocurrió y cómo ocurrió. Sobre todo, tenemos que ver cómo reaccionamos ante diversos sucesos.

Uno de los archivos más antiguos del mundo es el del Vaticano, en Roma. Allí se conservan los anales de la Iglesia católica, que se extienden más de mil años en el tiempo. En ese archivo podemos consultar documentos que ilustran con detalle sucesos históricos que la mayoría de nosotros conocemos. Allí se encuentra, por ejemplo, el acta judicial del proceso contra Galileo, o las misivas en las que Enrique VIII pedía al Papa el divorcio de sus esposas. Y también los interrogatorios de la Inquisición a los herejes, a quienes luego quemaban en la hoguera. Giordano Bruno fue uno de ellos.

Pero no todo trata de los brutales ataques de la Iglesia contra quienes afirmaban que la Tierra no era el centro del Todo. También hay escritos conmovedores de Miguel Ángel, por ejemplo, en los que se queja de que no le pagan el trabajo realizado.

Hasta finales del siglo XIX, ese archivo estuvo herméticamente cerrado para todos salvo para un número muy reducido de poderosos de la Iglesia católica. Hoy es un lugar más abierto, aunque aún existen «armarios prohibidos», cuyas puertas siguen cerradas al público en general. Pero el Archivo Vaticano es patrimonio de la humanidad. Incluso aquellos que no son creyentes o que son fieles de otras religiones distintas de la católica deberían estar dispuestos a defender esos archivos, dado que lo que en ellos se custodia es, sobre todo, la historia de la humanidad.

Supongo que ahí podemos encontrar parte de la solución de cómo lograr que la gente del futuro comprenda que lo que se conserva en las cápsulas de cobre en el corazón de la roca es peligroso. Quizá podríamos recoger todas las disquisiciones y comentarios, todas las propuestas, y dibujar una especie de tira cómica y grabarla en las paredes de la roca, unas viñetas que expliquen lo difícil que nos resultó imaginar cómo hacerles llegar nuestro mensaje a través de los milenios. También puede servirnos para crear cierto vínculo de confianza entre nosotros y quienes vivan dentro de cien mil años. Un archivo que no contenga «armarios prohibidos», herméticamente cerrados, puede ser un paso para avanzar en el camino.

Si será un paso en la dirección correcta o un paso que nos extravía, eso no lo sabe nadie.

Como nadie sabe nada de todo lo demás.

Existen otras clases de archivos.

Hubo un hombre que pasó la mayor parte de su vida encerrado en el psiquiátrico de Säter. No sé qué enfermedad mental padecía, creo que sufría terribles alucinaciones que le perturbaban todos los sentidos.

Lo ingresaron en el hospital en 1912 y permaneció allí hasta su muerte en la década de 1960.

Dedicó su vida a una actividad en la que seguramente estaba muy solo.

En Säter hay un museo muy pequeño sobre la visión que se tenía antiguamente de los enfermos mentales y de los tratamientos que se les ofrecían.

En una caja de madera guardan una serie de libros antiguos. Al abrirlos observamos aquí y allá, sobre todo al final, que entre las líneas hay un texto escrito a lápiz con letra microscópica. Si lo leemos con una lupa y algo de paciencia, vemos que el autor ha «mejorado» lo que dice. ¿Habría conseguido que la intriga resulte más liviana, o tal vez más oscura? En todo caso, se ha apropiado de los libros.

¿Y quién no quiere hacer lo mismo?

El filósofo y alquimista Paracelso dejó muchos escritos sobre las materias más diversas. Entre otras cosas, escribió muy convencido sobre sus denodados intentos de fabricar oro, el objetivo supremo de todo alquimista.

Sus textos se han conservado a través de muchos siglos. De vez en cuando, lo han traducido a otras lenguas.

En ocasiones, con algún error. Dicen que un afanoso alquimista allá por la primera guerra mundial fue a buscar uno de sus escritos. En él decía, entre otras cosas, que cierto metal debía tratarse envuelto en ascuas en un horno durante cuarenta días, y que así se convertiría en oro. Al menos, eso decía Paracelso en el original. Pero la traducción estaba mal. Decía que el metal debía conservarse entre ascuas durante cuarenta años.

El alquimista era un hombre mayor. Calculó que debería vivir hasta los ciento veinte años para poder seguir el consejo del Maestro.

Reunió todas las notas que había escrito a lo largo de su vida sobre cómo conseguir oro. Lo dejó todo en un archivo desconocido y desapareció de París para siempre y sin dejar rastro.

El valor de tener miedo

Más o menos al mismo tiempo que dejé atrás las arenas movedizas y empecé a enfrentarme a la situación en que me hallaba por mi enfermedad, recibí una carta de uno de mis amigos más antiguos. Lo conocí en enero de 1964, a los dieciséis años, después de haber terminado el instituto. Llevaba todos aquellos años sin verlo. Era músico de jazz en París, y sus padres tenían una panadería en Borås. Fui a verlos y me dieron su dirección.

Y ahora, cincuenta años después, recibí una carta de Göran. Había leído la noticia de mi enfermedad.

Hacía muchos años que había abandonado París, aunque iba a tocar de vez en cuando con su viejo grupo. Se había casado, tenía hijos y una colección única de tocadiscos portátiles. Y seguía tocando en diversos grupos y combinaciones musicales. «¿Qué le escribes a una persona a la que le han diagnosticado un cáncer?», me preguntaba.

Naturalmente, tenía razón. ¿Qué puede decir uno? ¿Y qué se dice el enfermo a sí mismo?

Entre las primeras cosas que ocurrieron cuando me liberé de las arenas movedizas fue que me pregunté por el valor y el miedo. Sin reconocer el miedo, ¿puede uno mostrar valor? Yo creo que no es posible. El miedo es mucho más que ese temor primitivo y básico a morir. El depredador te ve, pero tú no ves al depredador. La muerte siempre te observa como una presa legítima. Pero el miedo puede responder también a un dolor que no se deja reprimir. O al terror a que llegue un día en que ya no puedas participar de lo que ocurra al día siguiente, y al otro y al otro. El miedo a la muerte es una mezcla de motivos racionales y de lo contrario, de imaginación y de imperativo biológico. El fundamento de la vida.

El miedo es algo natural y se basa en la sencilla verdad de que lo que nos distingue de otras especies es que somos conscientes de nuestra condición mortal. Los gatos que he tenido a lo largo de mi vida nunca han tenido presente que iban a morir. Ni siquiera sabían que estaban vivos. Simplemente, se encontraban allí, día tras día, cazando, remoloneando, maullando. Nuestro yo humano no es sino la conciencia de nuestra condición mortal. Reconocer el miedo a lo desconocido es comprender lo que significa ser hombre. En el fondo, el hecho de ser es una tragedia. Nos pasamos la vida tratando de ampliar el conocimiento, el saber, las experiencias. Pero al final, todo se perderá en una nada.

Respeto a quienes creen en otra vida después de la terrenal. Pero no los comprendo. Tengo la impresión de que las religiones no son más que un pretexto para no aceptar las condiciones de la vida. Aquí y ahora, nada más. Y ahí reside también lo extraordinario de nuestra existencia, lo maravilloso.

En el primer libro que escribí, en 1973, hay un pasaje que habla de que uno puede escupir en el mar y conquistar así toda la eternidad que necesita. Y hoy, más de cuarenta años después, sigo pensando lo mismo.

Dejé, pues, las arenas movedizas a mi espalda y empecé a construir un valor que, a su vez, se basaba en la certeza de que nunca me libraría del miedo. Pero tenía que ser el más fuerte. Tenía que dominar el miedo, no dejarme dominar por él.

Hoy en día pienso a menudo en personas asustadas a las que he conocido a lo largo de mi vida. La gente puede tener miedo casi de cualquier cosa. Yo creo que nadie está libre, al menos de forma esporádica, de algún tipo de hipocondría. ¿Quién no recuerda la adolescencia y el temor a haber contraído alguna enfermedad venérea, sin necesidad de tener ningún síntoma y ni siquiera la razón más elemental para poder sospechar el contagio? A lo largo de mi vida he conocido a personas con miedo a tener gusanos de varios metros en el estómago, o a doblar una esquina, convencidos de que

allí los esperaba un hombre con una navaja, aunque fuera en pleno día y hubiera mucha gente alrededor. He conocido gente que pensaba en todo momento que el siguiente latido sería el último.

Yo tengo miedo a la oscuridad. Cuando duermo solo, dejo siempre alguna lámpara encendida. Ya sea en casa o en un hotel. Sin embargo, el miedo a la oscuridad es algo que puedo entender. Hay una explicación clarísima de por qué me asusta.

Fue en diciembre de 1958. El verano de aquel año, Suecia ganó una medalla de plata en el Campeonato del Mundo de Fútbol, cuya final se había celebrado en el estadio de Råsunda. Brasil ganó por cinco a dos. Un chico de diecisiete años llamado Pelé se mostró al mundo por primera vez. El defensa Sven Axbom lo tuvo difícilísimo para enfrentarse a un extremo derecha como Garrincha.

Pero ya es invierno en Norrland. Cuando hace frío de verdad, los maderos de las casas se retuercen, como si quisieran liberarse. Estoy durmiendo. Son las dos de la mañana. Aunque yo no soy consciente. Simplemente, estoy durmiendo. Al día siguiente no tengo que levantarme a las siete para ir al colegio porque es domingo. Pero tampoco soy consciente de eso. En el sueño, todo cesa, tiempo y espacio no caben en la mente de un niño que duerme.

Pero algo del mundo exterior atraviesa el sueño. Algo que molesta, que inquieta. Muy a mi pesar, me veo arrastrado a la superficie. Alguien trata de despertarme. Pero yo no quiero. Lo que quiero es seguir durmiendo. No sé si me he dado media vuelta o si me he tapado la cabeza con el edredón, pero la voz que me llama no se rinde. En lo profundo del sueño, creo que la reconozco, pero no estoy seguro.

Al final me despierto y abro los ojos en la oscuridad. La cortina está echada. Ninguna luz del exterior entra en mi cuarto. Todo está completamente a oscuras. Y entonces oigo otra vez la misma voz débil que me llama. Se me acerca en la negrura. Ahora sé a quién pertenece. Es mi padre el que me está despertando. Se encuentra ahí, en la oscuridad.

Todavía estoy demasiado adormilado para tener miedo. No presiento el peligro. Debería haberlo sentido. ¿Por qué me despierta a media noche? ¿Y por qué no ha encendido la luz, si quiere hablar conmigo?

Me incorporo en la cama, tanteo con la mano en busca del flexo, que es metálico y está pintado de amarillo y fijado a la pared, encima del cabecero. Sigo sin sentir el peligro. Enciendo y me quedo conmocionado. Al hacerse la luz cambian todas las premisas de mi vida.

En el suelo, delante de la puerta, está mi padre. Lleva el pijama azul oscuro cubierto de sangre. Tiene la cara muy pálida y el pelo sudoroso, algunos mechones se le han pegado a las mejillas.

No recuerdo lo que pensé entonces, cuando la oscuridad se convirtió en luz y desveló la terrible verdad de por qué me había despertado. No recuerdo las palabras que formulé mentalmente. Pero sé que trataban del miedo a que me abandonaran otra vez. Primero fue mi madre, que nos dejó cuando yo era muy pequeño. Para un niño es prácticamente insoportable que lo rechace su madre. Cuando descubrí a mi padre en el suelo, pensé que él también estaba a punto de irse. Que tampoco a él podría conservarlo.

Lo que tenía en el pijama no era sangre, sino restos de vómito.

Había sufrido un derrame cerebral, al que sobrevivió. Pero a partir de aquella noche ha pervivido en mí el miedo a lo inesperado que pueda traer la oscuridad.

Sin embargo, cuando por fin le respondo a Göran, no le cuento nada de esto. Y sí le recuerdo lo bien que solía tocar *Solitude*, de Duke Ellington.

Valor y miedo van siempre de la mano. Hace falta valor para vivir y valor para morir.

Pero yo no pienso morirme, le digo al final de la carta. Al menos, por ahora. Todavía me falta mucho por hacer.

Y sigo preparándome para las sesiones de quimioterapia que me esperan.

¿Y cómo fue lo de mi viaje a París?

La decisión de dejar el instituto la tomé de repente. Aunque no tanto. En el subconsciente llevaba tiempo preparándome para una partida decisiva. No porque me costaran los estudios. Simplemente, me parecía aburrido pasarme todas aquellas horas dormitando, porque yo ya había resuelto ser escritor. Aprender y estudiar era algo que podía hacer mucho mejor sin necesidad de estar encerrado en un aula.

Era un sábado por la tarde. A causa de una mala planificación del horario, a mi grupo le había caído el castigo de dos horas de latín al final de la jornada. Eva Jönsson, nuestra tutora y profesora de latín, era magnífica. Además, era una gran pianista a la que, en secreto, podíamos oír por las tardes cuando se sentaba a practicar en alguna de las salas de música. Por lo general, yo no tenía nada en contra de resolver el rompecabezas que eran las traducciones de latín, pero al verme allí en medio del rumor soporífero de un compañero que salmodiaba su traducción de un pasaje de *De bello Gallico*, supe que había llegado el momento. Cuando sonó el timbre, me levanté, recogí mis libros y, sin revelar a nadie mi decisión, dejé el aula para no volver nunca más. Tampoco volví la vista atrás, eso lo había aprendido de Hemingway.

Naturalmente, fue una decisión audaz y temeraria al mismo tiempo. ¿Qué iba a hacer yo en París? Apenas sabía nada de francés, no tenía dinero y sólo tenía la dirección de un músico de jazz al que no conocía. Era una idea absurda, y romántica a más no poder. La primera parte de la decisión era acertada, dejar el colegio. Pero el viaje a París carecía por completo de sentido. Ni siquiera tenía pasaporte.

Estuve un par de días pensando. Me colé en el tren a Gotemburgo y fui deambulando en medio del frío viento hasta la plaza de Götaplatsen, y luego de vuelta a la Estación Central. Antes de subirme en el tren de vuelta, debía haber tomado una decisión. París o nada. Costara lo que costara.

Lo último que hice antes de coger el tren en la estación fue entrar en una tienda de aparatos de radio de la calle Stampgatan y robar un transistor.

Aquella misma noche, le comuniqué a mi padre lo que había decidido. Se me quedó mirando como si me hubiera vuelto loco. Después de concluir mi entrecortada y, seguramente, dudosa explicación de por qué había dejado el instituto y me disponía a emprender el viaje a París, se quedó callado unos instantes. Luego me pidió que repitiera lo que acababa de decirle. Mi segunda versión resultó, según la recuerdo hoy, cincuenta años después, más breve si cabe.

—Ya. Y tú crees que te va a salir bien, ¿no? —dijo—. ¿Dónde vas a alojarte? ¿De qué vas a vivir? Nadie ha oído hablar nunca de un escritor de dieciséis años. ¿Sobre qué vas a escribir? ¿Cómo se llama el músico cuya dirección tienes?

—Göran Eriksson.

No dijo más. Pero aquella noche lo oí recorrer inquieto su cuarto. Me pregunté cómo podía nadie optar por ser padre voluntariamente.

Me hice con un pasaporte, compré un billete, vendí una colección de discos que tenía y algunos libros, lo reuní todo e hice la maleta. Una maleta que compré con el dinero que conseguí empeñando el transistor que había robado en Gotemburgo.

Todavía me remuerde la conciencia por aquel robo.

Yo tenía una novia que se llamaba Monika. Era rubia y llevaba flequillo. Y tenía los ojos muy bonitos, un tanto peligrosos. No le había dicho gran cosa de mis planes de futuro. Cuando dejé el instituto, le dije lo que pensaba hacer. A ella le pareció que no estaba en mis cabales y terminó conmigo. Pero luego, una vez que me hube instalado en la capital francesa, empezó a escribirme diciéndome que, naturalmente, estábamos juntos. Que pensaba venir para el verano. Quizá. Tener un novio en París tenía su encanto.

Mi cumpleaños es el 3 de febrero. Dos días antes, el 1 de febrero de 1965, el tren procedente de Copenhague y Hamburgo entró en el andén de la Estación del Norte. Durante el viaje fui charlando con una chica sueca que estaba leyendo a Blaise Pascal. Yo no sabía quién era, y la chica me prestó un libro. Lo leí sin comprenderlo. Llevaba una maleta negra medio vacía, con un par de zapatos, unas cuantas camisas y algo de ropa interior. En el bolsillo interior de la chaqueta tenía el pasaporte y doscientos francos que, en aquella época, equivalían a doscientas coronas. Tampoco entonces suponía mucho dinero. Además, lo peor fue que tenía un dolor de muelas horrible que empezó cuando el tren dejó atrás la frontera belga.

Permanecí sentado sin moverme hasta que el tren se paró por completo y me imaginé que estaba de nuevo en el banco del colegio. Luego me levanté y bajé del tren. A partir de aquel instante no volví a pensar en volver a clase.

En París hacía frío. La gente estaba helada, y yo también. Me senté en un café de la estación, pedí café y coñac, con la esperanza de que se me pasara el dolor. Pero no fue así.

Tenía una dirección en París. Un nombre, Göran Eriksson. Un músico de jazz sueco al que no había visto nunca. Vivía más o menos todo lo lejos que se podía vivir de la Estación del Norte, al final de la calle más larga de París, la calle de Vaugirard, delante mismo de la Puerta de Versalles. El taxista me miró con escepticismo y me pidió parte del pago por adelantado. Se lo di. El dolor de muelas era ya espantoso. Cuando llegué al edificio y *la concière* me dejó entrar a regañadientes, Göran me abrió la puerta con un clarinete en la mano. Como la cosa más natural del mundo, me ofreció un colchón. Aquella noche se me fue el dolor de muelas mientras dormía. Al día siguiente, cuando me desperté, tomé conciencia de que estaba en París.

Me quedé allí hasta después del verano. Más de medio año. Por las vías más extrañas conseguí un trabajo en negro en un taller no muy grande donde limpiaban y reparaban clarinetes y saxofones. Creo que todavía hoy sería capaz de desmontar un clarinete y luego volver a unir las piezas. Con los ojos cerrados.

Sobrevivir era siempre difícil. Göran no tenía dinero. Nos ayudábamos mutuamente. Pasaba gran parte de mi tiempo libre en clubes de jazz, Caveau de la Huchette, Le Tabou y otros. Comía en los sitios más baratos que encontraba.

Pero estaba en una universidad. Aprendí lo más importante de cuanto hay que saber: cuidar de uno mismo. Afrontar las decisiones que uno toma. Mientras viví en París, no me convertí en escritor. Tampoco era eso lo importante. Di el primer paso para convertirme en un hombre con conciencia. El gran paso que me permitía seguir adelante a partir del gran descubrimiento que hice delante de la Casa del Pueblo de Sveg.

Al final, hacia los últimos días del verano, sentí que mi estancia en París había terminado. Göran y yo nos dimos un apretón de manos. Luego volví a Suecia en autoestop. Mis antiguos compañeros de clase ya habían empezado el curso siguiente. Fui caminando hasta el edificio de ladrillo rojo del colegio, pero no entré, y pensé que nunca me arrepentiría de mi decisión.

Y así ha sido. Lo que mejor recuerdo del tiempo que pasé en París fue que comprendí lo que significaba estar en lo más bajo de la sociedad. En mi caso, trabajador sin contrato, con la ropa ajada, más de una vez hambriento. La gente identifica la pobreza sin problemas. Seguramente, por el miedo que les produce la idea de verse en esa situación.

Pero claro, yo sólo estaba de visita en ese mundo que Jack London describe en *El talón de hierro*. Yo siempre podía abandonar y volver a Suecia, retomar el instituto y estudiar latín hasta terminar el bachillerato.

Sin embargo, no fue eso lo que hice. Incluso una visita limitada y momentánea a lo más hondo implica enfrentarse a una de las principales decisiones de la vida: ¿qué tipo de

sociedad quiere uno contribuir a formar?
Y esa pregunta ha marcado toda mi vida.

Los hipopótamos

Durante aquellos seis meses de mediados de la década de 1960, París me enseñó que elegir es necesario. Todos los días tenía que elegir entre fumar o permitirme una comida un poco más cara que la del día anterior. Elegía a qué museos ir y cuándo podía dedicar el día a deambular por ahí, a observar a la gente y a imaginar lo que escribiría en un futuro que todavía se hallaba lejos en la línea del tiempo.

Elegir y tomar decisiones era tomarse la vida en serio. Eso lo aprendí en París, cuyos ciudadanos aún tenían muy presente la recién terminada guerra colonial de Argelia. Fue poco antes de que estallaran con toda su fuerza las protestas contra la guerra de Vietnam. El profesor era yo y, al mismo tiempo, todas las personas que pasaban a mi lado por la acera o que entraban en el metro.

Aunque más adelante he elegido mal de vez en cuando en la vida, nunca podrá compararse con la derrota que supone no elegir en absoluto. Me sorprenden con frecuencia las personas que se dejan llevar por la corriente, que nunca se cuestionan su existencia ni promueven las rupturas necesarias. La gente se separa. Naturalmente, es una forma de ruptura. Pero las decisiones que van más allá, las que determinan en torno a qué quieres emplear tu vida, éstas son las más importantes de cuantas nos planteamos y debemos tomar mientras vivimos.

En Antibes hay una tiendecilla de especias que vende también biscotes y otros alimentos básicos. Suelo ir cuando estoy en la ciudad. Allí hay un hombre desde las siete de la mañana hasta que la tienda cierra, doce horas después. Pasa el tiempo viendo la tele en un televisor pequeño. Cada vez que entro en la tienda, me lo encuentro mirando la imagen iluminada de la pantalla. Parece que ve prácticamente todos los programas. Casi a su pesar, deja de ver la tele para cobrarme. Antes de que salga, ya está otra vez enfrascado en ella.

Siempre es muy amable. Parece que se encuentra a gusto. Pero la vida que lleva me aterra. ¿De verdad ha elegido pasarse los días viendo la tele y encuentra en ello el sentido de su existencia?

La vida se compone, por lo general, de casualidades que se cruzan en nuestro camino y de nuestra capacidad para adoptar decisiones conscientes según la situación.

Un día doblo una esquina y me encuentro por azar con la mujer con la que me casaré más adelante. De ninguna manera podía saber que aparecería caminando precisamente allí y en aquel momento. Pero sí pude o más bien pudimos elegir juntos y por separado adoptar una actitud concreta ante esa casualidad: nos casamos.

La decisión más difícil en la que me he visto involucrado a lo largo de toda la vida ha tenido que ver con un aborto en dos ocasiones. Las dos veces presioné para que las mujeres en cuestión abortaran. Eran ellas las que debían elegir, era decisión suya, naturalmente. Pero hoy creo a veces que fui demasiado lejos en mis intentos de persuadirlas. En cierto sentido, lo convertí en mi decisión, a pesar de que siempre debe ser la mujer quien decida sobre su cuerpo.

Pero yo creo que también he tomado decisiones y he elegido caminos que exigían cierto grado de valor y de generosidad. Sobre todo en una ocasión en que di muestras de una generosidad económica que en aquel momento, desde luego, no me podía permitir.

Las posibilidades de elección que tiene una persona permiten también que pueda atreverse a elegir de qué lado quiere estar en una sociedad injusta, que vive en tensión entre los distintos campos de fuerza de la indecencia. Ello constituye la base del hecho de que todos somos seres políticos, lo queramos o no. Vivimos en una dimensión esencialmente política, un contrato que tenemos con todos nuestros contemporáneos. Pero también un contrato cuya vigencia se extiende hasta aquellos que aún no han nacido.

¿Según las condiciones tomamos una decisión u otra? ¿Con qué expectativas elegimos lo que hacemos, lo que pensamos o lo que encontramos repulsivo? ¿Qué elegimos y qué descartamos?

Tener la posibilidad de decidir a qué quiere uno dedicar su vida es un gran privilegio. Para la inmensa mayoría de las personas del planeta, la vida es supervivencia elemental, en un plano mucho más dramático.

Las cosas siempre han sido así para el género humano. Comer o que te coman, poder protegerse de los depredadores, los enemigos y las enfermedades. Procurar que nuestra descendencia sobreviva y salga al mundo tan bien equipada como sea posible para la vida que le espera. A lo largo de la historia, muy pocas personas han podido dedicarse sin más a algo distinto de sobrevivir. Ciertamente es que nunca han podido hacerlo tantas como hoy. Pero aun así la mitad de la humanidad, como mínimo, vive hoy sin opciones.

Los que no se veían obligados a dedicar todo su tiempo a la supervivencia pura y dura ostentaban el poder, sea cual sea la organización social de la que hablemos. Por lo general no tenían ocupación alguna, dado que los mantenían otros. Podían ser sacerdotes o templarios, su misión era aplacar a dioses o interpretar los caminos inescrutables del destino. Las rebeliones y las revoluciones, en el fondo, siempre se han basado en lo mismo. Cuando la gente, a pesar de trabajar muy duramente, no puede sobrevivir y, al final, sólo le queda la rebelión. Los argumentos en el instante de la revuelta rara vez han sido de otra naturaleza. Aunque después, en una fase posterior, la cuestión del derecho a algo más es la que domina.

Naturalmente, sé que para muchas personas no existen opciones. Es el caso de todos esos miles de millones de personas pobres que no poseen absolutamente nada, que tienen que preguntarse cada día cómo van a proveer a su familia de comida y demás necesidades. La posibilidad de elección y de decisión de cambiar el rumbo es un lujo inimaginable para esas personas.

Todos los años que llevo viviendo en África he visto la misma lucha por la supervivencia que no parece descansar ni un solo día. La preocupación se renueva cada noche.

Hace unos años visité Jaipur y Nueva Delhi, en la India. Una noche, ya bastante tarde, cogí el tren en Jaipur. A lo largo del terraplén se divisaba una interminable e ininterrumpida hilera de luces de la gente que vivía allí, a tan sólo unos centímetros de las vías del tren. Yo iba atravesando sus vidas, cabañas miserables desde donde veían pasar el tren despacio, casi con cuidado, en dirección a Nueva Delhi. Pensé que era como el viaje que hace Marlow por un río negro y amenazador en *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. En este caso no había agua alrededor del vagón del tren donde me encontraba, pero, aun así, era como si me deslizara por aquel río negro hacia algo parecido a la perdición.

En la década de 1980 veía cerca de Lusaka, la capital de Zambia, a mujeres y niños sentados al filo de la carretera pulverizando piedras para convertirlas en macadán. El polvo formaba remolinos en el aire, el calor era brutal. Alguna de las personas que venían conmigo dijo que aquellas mujeres estaban tan cansadas que no eran capaces de pensar más allá de que tanto moler piedra les daría, después de todo, comida para ellas y para sus hijos. Aparte de eso, no tenían en la cabeza nada más. Estaban demasiado cansadas para todo lo que no fuera pura supervivencia.

Las personas que viven en los márgenes extremos de la sociedad no tienen elección. Echarse a morir en la calle no es una elección. Morir de inanición tampoco es una alternativa. Hoy en día disponemos de todos los recursos necesarios para erradicar la pobreza absoluta y conseguir que todas las personas estén a este lado de la frontera de la inanición. Pero elegimos no hacerlo. Es una elección que sólo puedo considerar como criminal. Pero no hay ningún tribunal que, a escala global, pueda demandar a los

delincuentes responsables de que la inanición y la pobreza no se combatan con todos los recursos disponibles. Y es una elección que nos obliga a todos a involucrarnos y a asumir nuestra responsabilidad.

Hoy, tantos años después de mi estancia en París en aquella época en la que recogía colillas de las aceras, comprendo con más claridad que nunca el privilegio que es poder elegir. Aparte de aquellos meses, siempre me he encontrado en el lado adecuado de la frontera, un lado en el que he tenido tiempo y fuerzas y el estómago lo bastante lleno para poder considerar varias opciones.

En muchas ocasiones he elegido mal y he tenido motivos para arrepentirme, aunque no he podido revocar las decisiones tomadas. Pero lo más importante es que nunca me he dejado llevar por la corriente sin oponer resistencia, sin intervenir alzando la voz.

Aunque... eso no es del todo verdad.

Una vez, pronto hará treinta años, sí me dejé llevar por una corriente. Ocurrió en Zambia, a orillas de uno de los afluentes del gran río Zambeze, en las regiones del noroeste del país, en la zona de Mwinilunga. Me encontraba en un bote pequeño de motor fuera borda. Éramos cuatro personas apiñadas en aquel espacio escaso e inestable. Habíamos navegado a contracorriente y ahora volvíamos con el motor apagado para pescar peces tigre mientras nos llevaba la corriente. El río se bifurcaba en un punto, y allí debíamos girar hacia el brazo del río que nos conduciría hasta el lugar donde teníamos la tienda y el coche. Era importante poner el motor en marcha a tiempo, dado que allí mismo había un lugar donde se reunían hipopótamos. Habían tenido crías hacía poco y estaban extremadamente agresivos. Pocas personas saben que el hipopótamo, con su insidiosa calma, es uno de los animales africanos que más seres humanos mata cada año.

Como cabía esperar, el motor no arrancó cuando empezamos a tirar de la cuerda. En un principio nos lo tomamos a risa, pero nos acercábamos rápidamente a la bifurcación y ya entreveíamos las cabezas de los hipopótamos por encima de la superficie del agua. No teníamos la menor posibilidad de alejarnos de ellos con los remos. Si íbamos a parar en medio de la manada, sería nuestro fin. Volcarían el bote y nos matarían partiéndonos en dos de un bocado con sus gigantescas mandíbulas.

En el bote reinaba la calma mientras el hombre que se encargaba del motor, que era el que mejor lo conocía, tiraba febrilmente de la cuerda de arranque. No había nada que decir. Ninguno de nosotros dudaba de lo que ocurriría dentro de unos minutos si no lográbamos arrancar el motor. Arrojar al agua y tratar de alcanzar la orilla a nado no era una solución: el río estaba lleno de cocodrilos. Ninguno de nosotros llegaría vivo a tierra, antes se vería arrastrado al fondo y ahogado para convertirse en pasto de los cocodrilos.

Por suerte, el motor arrancó por fin. Y conseguimos virar a tiempo.

Aquella noche se impuso un silencio insólito en el campamento. Se oía el crepitar del fuego mientras las sombras de las llamas bailaban deslizándose por nuestra cara.

Muchos años después, hablando un día con uno de los integrantes del grupo, le pregunté qué pensó al ver que los hipopótamos estaban cada vez más cerca. Respondió sin necesidad de reflexionar. Ya lo había pensado muchas veces.

—Busqué una alternativa. Pero no había ninguna. Es la única vez en mi vida que me he rendido. Cuando el motor arrancó, creí por un momento que Dios existía. Lo que allí había ocurrido no era cosa de este mundo.

—Se habían mojado las bujías —dije—. El compañero que trataba de poner en marcha el motor permitió que entrara demasiada agua. Aquello no tenía nada que ver con ninguna religión.

Aquel amigo mío de la excursión pesquera no dijo nada. Para él, un dios era mejor explicación que un par de bujías en mal estado.

Era su elección, no la mía. Dios o un par de bujías.

Cada uno eligió una cosa.

Una catedral y una nube de polvo

Dos mujeres a las que conocí por casualidad me enseñaron lo que puede ser la felicidad inmensa y lo contrario, un dolor inconmensurable. Para mí, representan los dos extremos de la vida. Sin el dolor intenso no creo que podamos vivir del todo. Nadie quiere enfrentarse a la tragedia, pero es una parte indisociable de la vida.

En 1972 fui a Viena. En realidad, iba camino de Hungría, quería ir a Budapest, pero en la frontera húngara no me admitieron el pasaporte sueco, aún vigente, pero muy desgastado y estropeado. Tuve que esperar en una estación gélida, bajo vigilancia policial, hasta que me metieron en un tren rumbo a Austria. Luego no fui a Budapest, al menos no en esa ocasión. En Viena me dediqué a deambular, sin saber muy bien qué hacer con aquel viaje truncado. Fue un invierno muy frío. Para mantenerme en calor entraba de vez en cuando en alguna cafetería.

Mientras paseaba sin seguir ningún mapa, sino mi inspiración en cada momento, me vi de pronto delante de la imponente catedral de San Esteban. Entré y contemplé la nave. Era mediodía, poca gente. Los gruesos muros dejaban fuera todos los sonidos. Allí dentro reinaban la atemporalidad y el silencio. En eso se parecen todas las iglesias, con independencia de su aspecto o de la religión que en ellas se practique.

Me senté en un banco y me quedé observando la inmensidad que me rodeaba.

No recuerdo ninguna catedral que no me haya hecho pensar en los artesanos que la construyeron. Tenían que trabajar muchas generaciones seguidas antes de que la última piedra estuviera puesta, la última tesela de la vidriera emplomada en su sitio, las esculturas, minuciosamente ideadas, perfectamente talladas.

Mientras paseaba la mirada me detuvo de pronto en una mujer que estaba sola sentada en un banco, con la cabeza inclinada. Yo me encontraba detrás de ella, en un rincón, pero a juzgar por lo encorvada que tenía la espalda, me dio la sensación de que estaba desesperada. Sumida en un dolor inmenso. La veía inmóvil, sola en el banco, pero también sola y encerrada en sí misma en aquella catedral enorme.

Las desgracias y las tragedias despiertan en nosotros por lo general una curiosidad un tanto desagradable. Nos paramos cuando vemos que ha habido un accidente de coche. Miramos de reojo al pasar al lado del coche siniestrado. Si viene una ambulancia por la calle, mucha gente se para hasta que las sirenas dejan de sonar y el vehículo se detiene ante un edificio. Los más curiosos esperan hasta que sacan a la víctima en la camilla.

Nos paramos porque queremos asegurarnos de que no somos nosotros los que vamos en esa camilla.

Me levanté del banco y fui andando por el lateral hasta que llegué ante el altar. Allí me di media vuelta. La mujer solitaria tenía la cabeza apoyada en las manos, pero por el pelo y la frente de piel oscura advertí que era africana.

Estaba en el banco, sin nadie alrededor. Entrelazaba las manos apretando con fuerza. Traté de imaginarme lo que habría ocurrido. ¿Le habrían dado una noticia fatal? ¿Se refería a ella misma o a otra persona? Por el pasillo central de la iglesia llegó caminando un sacerdote, echó una mirada inquisitiva hacia el banco donde estaba la mujer, pero no se detuvo. Yo me quedé allí en las sombras, apoyado en una de las columnas de la bóveda, sin dejar de observarla. La curiosidad empezaba a resultarme incómoda, pero me era imposible apartarme de allí.

Llevaba allí un rato, cinco minutos, quizá, cuando comprendí que había algo que podía y que, además, debía hacer. Dudé un instante, pero luego me acerqué al banco de la mujer y me senté a su lado. Levantó la vista enseguida, como si la hubiera asustado, o como si hubiera entrado a la fuerza en un espacio que ella consideraba propio. Primero en alemán, luego en francés y finalmente en inglés, le pregunté si podía hacer algo. La mujer no comprendió lo que le decía. Creí entender que hablaba algo que recordaba al

árabe, aunque no parecía ser norteafricana. Mi presencia no aliviaba su soledad. Al contrario, la mujer parecía más inquieta si cabe. De repente, se levantó y se fue. Me volví a mirar y la vi salir corriendo a la luz del sol que brilló cuando abrió la puerta de la catedral.

Nunca volví a verla. Pero, cuarenta años después de aquella visita a la catedral de San Esteban, sigo convencido de que estaba luchando contra una pena indecible. No sé de dónde salió ni adónde fue. Ni siquiera sé si sigue viva. Pero pienso en ella a menudo, como una suerte de icono del dolor, tengo su imagen colgada en una de mis paredes interiores. Y me recuerda algo que todo el mundo debe saber: que la tristeza debe vivir en nuestro interior para que su contrario pueda manifestarse. El cuento del Príncipe Simpenas es un relato que vale para todas las generaciones. Ningún príncipe, como tampoco ningún hombre normal y corriente, puede esconderse de la tristeza y pensar que tiene el privilegio de no sentirla jamás.

¿Y la alegría inconmensurable? Fue otra mujer, otro continente, otra época. Casi veinte años exactos después del día que crucé las puertas de la catedral de San Esteban. Y también en ese caso se trataba de una mujer africana. La conocí en un campo de prisioneros de Mozambique, habilitado para refugiados de Zimbabue y de Sudáfrica que volvían a casa después de la brutal guerra civil que había finalizado a principios de la década de 1990. Aquellas personas esperaban inquietas sin tener la menor idea de si también volverían algunos conocidos. Aunque todos confiaban en que familiares o amigos desaparecidos desde hacía tiempo se encontrarán en alguno de los coches que, con la plataforma de carga atestada de personas, recorrían la carretera en medio de una nube de polvo alejándose de la frontera. Los niños buscaban a sus padres; los padres, a sus hijos; los amigos, a sus amigos; los parientes, a sus parientes; los paisanos, a otros paisanos. Cuando el convoy de camiones se detuvo, estalló el caos. La gente bajó de los camiones con sus fardos y sus bolsas de plástico. Un ruido como de un enjambre de abejas nerviosas llenó el aire.

De repente se oyó un chillido. Pero no era un grito de guerra. Era un grito en el que resonaba una alegría brutal y sorprendente. Recorrió el caos humano como un impulso eléctrico. Luego se hizo el silencio. Sólo se oían los gritos, que resonaban entrecortadamente. Entonces vi que procedían de una joven de unos dieciocho años. En medio de aquella multitud de personas allí reunidas, las que habían llegado en los camiones y las que esperaban con aquel calor sofocante, se había abierto como una pista. En el centro de la explanada de arena había un hombre y una mujer de edad. Y allí estaba la joven dando gritos, rasgándose las vestiduras y el pelo y bailando alrededor de la pareja de ancianos.

Tardé un rato en comprender que eran sus padres, que habían llegado en uno de los camiones. Luego supe que la habían separado de ellos cuando no tenía más de siete u ocho años. En todo ese tiempo, no supo nada de ellos. Y había acudido allí con la esperanza de encontrarlos. Fue pura casualidad que estuvieran allí. Había muchos lugares como aquél. Nadie sabía quién iba a parar a uno o a otro. Nadie sabía dónde esperar exactamente. Y muchos no volvían. Estaban muertos.

En cierto modo, aquello fue un milagro. Se habían reencontrado. La joven expresaba su alegría bailando y rasgándose las vestiduras. Los ancianos no hacían nada, no se movían.

Yo me quedé observando cómo la joven le cogía la mano al padre y lo saludaba con una inclinación. Su madre y ella se rozaron luego la cara cuidadosamente con las yemas de los dedos.

Lo último que vi de ellos fue que los tres subieron a otro camión, que desapareció en una nube de polvo.

La catedral de San Esteban y la nube de polvo de África articulan mi vida de algún modo.

Con independencia de que ahora esté enfermo.

Segunda parte
El camino a Salamanca

Sobre el cáncer sé con certeza varias cosas. La primera, que las enfermedades tumorales siempre han estado presentes en la vida. Algunas enfermedades cancerígenas han aumentado en nuestras sociedades y en nuestro tiempo. Lo que comemos y el medio ambiente en el que vivimos constituyen el caldo de cultivo idóneo para que algunas formas aumenten, en tanto que otras quizá disminuyan. Pero se han encontrado tumores en los huesos de los dinosaurios. Y también los primeros hombres lo sufrieron, tanto los neandertales como los hombres de Cromañón, así como individuos del *homo habilis*.

No es de extrañar. La base de la vida es la división celular, que se produce continuamente desde el estadio fetal hasta el día en que morimos. Nuestras células se renuevan millones y millones de veces. Que una de las divisiones, en alguna ocasión, se tuerza y ponga en marcha el proceso que conduce a la formación de tumores benignos o malignos no es extraño. Lo raro sería lo contrario, podríamos pensar. Hay que observar cierta cautela a la hora de hablar de la perfección de la naturaleza.

Lo segundo que sabemos del cáncer es que nadie puede estar totalmente seguro de que se va a librar. Y si vivimos lo bastante, aumentan las posibilidades de padecerlo. El riesgo es algo mayor en los hombres que en las mujeres.

Es cierto que hay familias en las que el riesgo de sufrir ciertas formas de cáncer es genético. Igual que hay unas familias más susceptibles que otras de tener cáncer. Aunque no hay explicación plausible para ello.

En mi familia, por lo que yo sé, no ha habido muertes por enfermedades tumorales en las tres últimas generaciones. En cambio, uno de cada dos miembros, hombre o mujer, ha muerto de enfermedades cardiovasculares. Por ejemplo, tanto yo como mis hermanos sufrimos hipertensión arterial.

Reconozco cierta arrogancia en este tema. Más de una vez he dicho que no creía que yo pudiera enfermar de cáncer, que lo que provocaría mi muerte sería seguramente un cortocircuito en la cabeza.

Es decir, me equivoqué.

Lo tercero que sabemos del cáncer es que no es contagioso. Puedo estar rodeado de personas con cáncer sin necesidad de preocuparme. El cáncer no se contagia ni por el aire, ni por los fluidos corporales ni por el contacto a través de las manos.

Aun así, hay personas que se comportan como si fuera una enfermedad contagiosa. No son mayoría, pero las hay. Cuando digo que tengo cáncer, dan un paso atrás invisible para no acercarse demasiado al tumor.

No es nada extraño. No hace muchos años, un diagnóstico de cáncer era tanto como una sentencia de muerte. El cáncer acababa en muerte. Los médicos solían verse impotentes. Ni siquiera podían mitigar todos los dolores. No sólo era una enfermedad mortal, también era una forma muy dolorosa de morir.

Cuando me dieron el diagnóstico, no se me pasó por la cabeza mantenerlo en secreto, claro. ¿Por qué iba a hacerlo? Lógicamente, no sé cómo habría reaccionado si el diagnóstico hubiera sido de sífilis. Es una enfermedad que puede evitarse. Es contagiosa. Pero del cáncer no podemos protegernos más que de un modo muy marginal. No aspirar demasiado vapor de gasolina, para evitar el tipo de cáncer frecuente entre los conductores de camión. No comer demasiada carne roja, para evitar tumores en los intestinos. No destrozarse el hígado bebiendo alcohol, y, naturalmente, no fumar.

Pero yo soy no fumador desde hace veinticinco años y, aun así, tengo un tumor en el pulmón. Aunque apueste por todos los números de la ruleta menos uno, no puedo descartar que la bola caiga en ése. El cáncer no promete nada.

La sombra del pasado se proyecta aún hoy sobre la enfermedad. De nada sirve que las

posibilidades de tratamiento y los resultados no dejen de mejorar y desarrollarse. El cáncer no podrá erradicarse del todo igual que la viruela o, esperemos, la malaria, pero el índice de mortalidad irá descendiendo progresivamente. En la actualidad, dos terceras partes de los afectados tienen buena esperanza de vida. Y esa cifra irá aumentando.

Sin embargo, ahí sigue la sombra. Lo noto, además, en las distintas formas de reaccionar que tiene la gente cuando le digo que estoy enfermo.

Cuando decía que tenía tortícolis, a algunas personas casi les parecía cómico, del mismo modo que puede resultar gracioso que la gente que no oye bien malinterprete lo que decimos. Pero cuando desvelé que no era ni tortícolis ni una hernia, sino una metástasis en una vértebra, ya dejó de tener gracia. Algunos se lo tomaron como era de esperar, con una actitud de amable comprensión, consternados, preocupados. Otros se quitaron de en medio. Dejaron de llamar. Se escondieron en la sombra del cáncer.

Todo este tiempo he pensado con frecuencia en las palabras que Selma Lagerlöf escribió en *El cochero*: «Dios, deja que mi alma alcance la madurez antes de cosecharla».

Sin atender a la alusión religiosa, es una verdad general incluso sin la carga de la fe cristiana. Aquellos que han alcanzado cierta forma de madurez espiritual no se esconden en las sombras. Siguen llamándome. Sigo siendo un ser vivo, no una persona que está al borde de la tumba a punto de caer dentro.

No me importa confesar que me he llevado algunas sorpresas. Gente que pensé que se apartaría, que se quedaría en la sombra, ha sido lo bastante fuerte para seguir siempre en contacto, en tanto que otros de los que esperaba más se han escabullido y han desaparecido del horizonte.

Aunque no condeno a nadie. La gente es como es. Uno no necesita tener muchos amigos, pero debe poder confiar en los que tiene.

El cáncer es una enfermedad terrible. Además, es algo por lo que uno pasa en soledad, aunque esté rodeado de médicos, enfermeras, familiares y amigos. Rara vez se nota que lo tienes. Nadie que no sepa que estoy gravemente enfermo puede imaginárselo, dado que no he perdido peso, ni tampoco el pelo. Tengo el mismo aspecto de siempre, me comporto como siempre. Estoy muy cansado, pero eso no tiene por qué significar que esté enfermo. Podría haber puesto punto final al trabajo con un libro o con una obra de teatro.

Pero ¿y yo? ¿No me estaré escondiendo yo también en la sombra? ¿No estaré huyendo yo también para refugiarme entre los arbustos, como el animal herido que de hecho soy?

En una ocasión, en Zambia, hace ya muchos años, participé en la búsqueda de un león herido por un disparo. Éramos cuatro hombres con sendos rifles. Caminábamos guardando una distancia de quince metros entre nosotros. Paul, que iba el primero, se paró de repente y levantó la mano. Era cazador y explorador africano e impresionaba mucho a todo el mundo. La mano en alto no significaba sólo que debíamos parar, también teníamos que cargar las armas. Hasta aquel momento, él era el único que llevaba un cartucho en el tambor. Señaló un arbusto que había enfrente, a unos cincuenta metros de nosotros. Si Paul decía que el león estaba allí, no cabía ninguna duda de que así era.

El macho herido trataría por todos los medios de mantenerse totalmente inmóvil en su escondite, pero si nos acercábamos demasiado, el animal nos atacaría en un último intento desesperado por librarse de nosotros y también del dolor que le causaba el disparo.

¿En qué arbustos me estoy escondiendo yo? ¿Cómo es ese intento mío de huir, además de vano y condenado a muerte?

No he llegado al punto de negarme a aceptar que estoy gravemente enfermo. Tampoco

he tenido ningún sentimiento de injusticia. Tal idea no se me ha ocurrido siquiera. Si hubiera sido una enfermedad contagiosa, habría podido protegerme y evitar riesgos. No es difícil protegerse del contagio del VIH, por ejemplo. Se puede conseguir con unas precauciones mínimas.

A veces, por la noche, sueño que estoy sano. Que es otra persona la que ha enfermado. Me veo allí, delante de gente a la que conozco pero a la que, por alguna razón, no soy capaz de reconocer, y lamento su desgracia.

La verdad es que seguramente, como todos los demás, yo sueño con ser la excepción. Que un día me verá libre de esta enfermedad terrible y podré decir que todos los síntomas han desaparecido de forma milagrosa.

Pero sé que no sucederá. Es una enfermedad incurable. Aunque pueda vivir tanto tiempo que incluso llegue a morir por otras causas. O llegue a ser tan viejo que seguir viviendo no me parezca tan importante.

Vérselas con el cáncer es una lucha que se desarrolla en muchos frentes al mismo tiempo. Lo principal es no malgastar las fuerzas en combatir con ilusiones. Necesito toda la energía para fortalecer mi capacidad de oponer resistencia al enemigo que me ha invadido.

No luchar contra molinos de viento que han adoptado la forma de unas sombras.

Dientes fosforescentes

Me regalaron mi primer reloj con manecillas fosforescentes hacia finales de la década de 1950. Todavía lo recuerdo como una experiencia mágica y extraordinaria.

Puedo recordar el resplandor de color verde la primera vez que lo vi encerrado en un armario oscuro.

En 1895, el físico alemán Wilhelm Röntgen descubrió que algunos rayos podían atravesar diversos materiales, pero quedaban grabados en placas fotográficas. Hoy en día sabemos la importancia que ese descubrimiento tuvo y aún tiene para la medicina. Una simple rotura de la muñeca o una fractura de la tibia pueden analizarse hoy con detalle gracias a unas radiografías y curarse con las medidas adecuadas. Con los rayos X también pueden localizarse manchas difíciles de detectar en los pulmones de una persona. Pero los rayos X no sólo desvelan enfermedades, también son fundamentales a la hora de curar enfermedades tumorales, puesto que la radiación puede dirigirse de modo que ataque precisamente las células enfermas.

Lo que no se sabía era que la radiación tenía otra cara, una cara terrible. Hoy podemos decir que los pioneros no fueron lo bastante precavidos antes de saber si el descubrimiento no tendría algún lado sombrío de carácter adverso. Y fueron muchos los que se vieron afectados al no tener ni idea de lo que implicaba la exposición a aquella radiación invisible.

En 1915, un americano descubrió un color fosforescente que llamó «antioscuro». Se llamaba Sabin Arnold von Sochocky y no tenía ninguna pretensión científica. Quería ganar dinero. En la empresa que creó, sus empleados —por lo general chicas, a menudo de no más de doce años, sin formación, en muchos casos analfabetas— pintaban de ese color fosforescente las manecillas de los relojes o crucifijos para que pudieran verse en la oscuridad. Para que los pinceles fueran lo bastante finos, los prensaban entre los labios.

A veces, para divertirse, se pintaban los dientes y las uñas. Luego entraban en una habitación oscura para ver cómo brillaban.

Naturalmente, nadie les había advertido que la radiactividad podía ser peligrosa. Además, la revista médica *Röntgen*, que se publicó en Estados Unidos en 1916, declaraba que «los rayos X no tenían ningún tipo de efectos secundarios nocivos. Los rayos X son para las personas lo que la luz del sol para las plantas».

Durante la primera guerra mundial, aumentó el interés y la necesidad de que distintos instrumentos brillaran en la oscuridad. Varios años después del final de la guerra en 1918, se calcula que en Estados Unidos había alrededor de dos mil empleados a jornada completa que trabajaban con esa pintura.

Pero algunos de los que llevaban ya unos años trabajando con ella habían empezado a morir. Las enfermedades variaban.

Nadie decía la verdad. Un dentista llamado Theodore Blum sí informó de que uno de sus pacientes tenía la mandíbula corrompida, y que sospechaba que se debía a que el paciente en cuestión trabajaba pintando relojes con pintura fosforescente, y que ésa era la causa de la lesión. El paciente murió poco después. Pero no pasó nada. Los relojes con las manecillas fosforescentes siguieron con su tictac.

Tuvo que llegar el año 1925 para que las declaraciones de lo peligroso que era trabajar con rayos X atravesaran la compacta muralla de silencio que se había levantado en torno al tema. Y fue precisamente Von Sochocky, quien creara en su día la empresa de pintura fosforescente, el que con más vehemencia advirtió de todas las consecuencias que podían sufrir quienes la utilizaban. Para entonces, había abandonado la empresa. Y, a aquellas alturas, él tenía en el aliento más radiactividad que quienes trabajaban en la que fue su compañía.

Una investigación desveló la terrible realidad. Las jóvenes fueron entrando una tras otra

en una habitación oscura. Allí constataron los médicos que las muchachas eran prácticamente fosforescentes. La cara, los brazos, las piernas y la ropa: todo brillaba con aquel color intenso.

Además, casi todas estaban enfermas. Los hemogramas revelaban que estaban intoxicadas por la radiactividad a la que habían estado expuestas.

La verdad que descubrieron era muy sencilla: quienes creían que la radiación radiactiva pasaba a través del cuerpo sin más se habían equivocado. Permanecía en el esqueleto y, al final, si las dosis eran demasiado altas y continuadas, la persona que las recibía terminaba sufriendo cáncer y teniendo una muerte dolorosa.

Asimismo, averiguaron que también quienes examinaban a las personas que habían estado trabajando con las pinturas radiactivas se exponían a grandes riesgos. El químico Edwin Lehman, que trabajó con la radiactividad, estaba sano y murió al mes siguiente. Contrajo una enfermedad fulminante que le afectó a la sangre y acabó con él en tan sólo unas semanas.

En 1927, cinco trabajadoras de una fábrica que habían enfermado denunciaron a la empresa para la que trabajaban. La empresa que Von Sochocky había fundado y que tantos esfuerzos estaba haciendo por dismantelar.

Existen muchas pruebas de la gran desesperación y el sentimiento de culpa que experimentó cuando supo el precio que sus jóvenes empleadas habían tenido que pagar.

Los periódicos llamaron a las afectadas «Las cinco condenadas a muerte». Pedían una compensación por las lesiones y el sufrimiento que padecían. A una de ellas le habían operado la mandíbula veinte veces y tenía la parte inferior del cuerpo paralizada desde la cintura. La llevaron a la sala de vistas en una camilla, junto con las otras dos que no podían mantenerse en pie. Una de ellas ni siquiera pudo levantar la mano para hacer el juramento antes de prestar testimonio.

Las cinco mujeres perdieron el primer juicio. Los abogados de la empresa lograron hacer valer la idea de que las lesiones eran tan antiguas que la posibilidad de exigir daños y perjuicios había prescrito. Pero las mujeres no se rindieron, a pesar de que cada vez estaban más enfermas. Varias de ellas llegaron ya moribundas a la sala de vistas.

Pero contaban con el apoyo de muchas personas que estaban indignadas con todo el sufrimiento que habían tenido que soportar. Marie Curie, que había descubierto los principios básicos de los rayos X, dejó un mensaje extraño: recomendaba a los enfermos ingerir hígado de ternera.

Ella murió al cabo de unos años a causa de una hemopatía que contrajo como consecuencia de la exposición continuada a la radiactividad.

Muchos años después, cuando dos de las mujeres que pertenecieron al grupo de «Las cinco condenadas a muerte» ya habían fallecido, un mediador logró poner fin a aquella larga lucha. A cada una de las mujeres le asignaron una mínima parte de la suma reclamada. Pero ya no tenían fuerzas para seguir. Mucho después, descubrieron que también las tumbas eran radiactivas. Los contadores Geiger detectaban radiactividad entre las cruces y las lápidas.

Seis meses después murió Von Sochocky a consecuencia de la contaminación radiactiva. Se le habían podrido las manos, la boca y las mandíbulas a causa del cáncer. Pero nunca dejó de luchar para conseguir que los afectados recibieran una indemnización y que las condiciones laborales de quienes trabajaban con pinturas radiactivas cambiaran radicalmente y tuvieran un buen equipo de protección.

Y esto condujo a que quienes más adelante trabajaron en el Proyecto Manhattan en la construcción de la bomba atómica pudieran confiar en que el equipo los protegía para que no enfermasen igual que las trabajadoras de la fábrica.

Ninguno de los ingenieros, los físicos o los técnicos que crearon la bomba atómica que

luego lanzaron sobre Hiroshima y Nagasaki se arriesgó a que se le pudieran las mandíbulas.

Del mismo modo podemos hablar de las lesiones y el sufrimiento que acarrió el asbesto. El mundo occidental sigue exportando buques para desguazarlos en la India, por ejemplo. Buques llenos de asbesto. Y los trabajadores que se encargan de ello no suelen tener acceso ni siquiera a una simple máscara. Muchos de ellos mueren de asbestosis.

Las fibras microscópicas que libera el asbesto entran en los pulmones y al final se extienden formando una gruesa capa que impide que los trabajadores puedan respirar con normalidad. Muchos de los afectados aseguran que se sienten como si se estuvieran asfixiando muy despacio. Un trabajador de la mina australiana de Wittenoom decía que era como si «le llenaran los pulmones de cemento líquido».

Ocurre una y otra vez, y ocurrirá siempre. El hombre pone en marcha nuevos proyectos sin tratar de hallar la cara oscura que puedan ocultar.

El riesgo existe siempre. Y cuando se presenta, puede desencadenarse una catástrofe desproporcionada.

Las jóvenes de la fábrica que se pintaban los dientes y las uñas con pintura fosforescente y se reían con la ocurrencia fueron sacrificadas en el altar de nuestra siempre escasa paciencia.

Es facilísimo correr riesgos cuando está en juego la vida de los demás.

Son muchas las fotografías que he visto en mi vida y que recuerdo y que me gusta volver a ver. Imágenes que han captado un instante que, al igual que en los sueños, cuentan algo de mí mismo, a pesar de que yo no aparezco en ellas.

Y hay fotografías que sé que nunca olvidaré. Imágenes en blanco y negro que nunca palidecen o desaparecen.

Recordar y no olvidar nunca no es exactamente lo mismo.

La primera imagen es en blanco y negro, granulada, tomada en 1919 o 1920. No sabemos quién es el fotógrafo. La copia que he visto ofrece una imagen vaga, casi borrosa. Es como si el fotógrafo hubiera retrocedido ante lo que iba a fotografiar.

La imagen está tomada al aire libre. Al fondo se atisba el muro de un jardín o unos árboles.

Representa a un grupo de hombres, veteranos de guerra. Son franceses. Han elegido vivir solos, y ello a causa de las lesiones que sufrieron durante la guerra. Tienen la cara deformada por las esquirlas de granadas y por el impacto directo de armas de fuego. En algunos casos, también tienen otras heridas. Les falta una pierna, un brazo, una mano.

Pero son esas heridas horrendas de la cara las que los han impulsado a retirarse del mundo. No hay que fijarse mucho en la imagen para comprender que la gente debía de apartar la vista con náuseas y desprecio si, al caminar por la calle, se cruzaban con cualquiera de esos hombres. No sólo tienen la cara deforme. Es como si llevaran grabada en el semblante arruinado la brutal locura de la guerra. No tienen mandíbulas, nariz, boca, les falta la frente, las orejas, los ojos. Es como si los hubieran maquillado para actuar en una película de terror moderna, donde lo repugnante se convierte en uno de los principales medios de expresión.

Pero ahí están esos hombres de distintas edades colocados delante de una cámara. Todos van bien vestidos, están serios. Miran directamente a la cámara. Nadie trata de esconder sus lesiones.

A veces me pregunto por qué harían la foto. Quién pagó al fotógrafo. ¿Ellos u otra persona? Desde luego, no es la foto que uno manda a casa para felicitar la Navidad. ¿Es pura especulación o un intento serio de hablar de la devastación que supuso la guerra entre quienes lucharon sin morir en las trincheras o en cualquiera de los absurdos ataques para recuperar unos cientos de metros de tierra bombardeada?

A pesar de las difíciles lesiones, puede reconocerse lo que un día fue una cara con su personalidad.

En el momento de la foto vivían solos en un caserón enorme aislado tras un alto muro. Ignoro lo que hacían allí. Pero cada mañana se verían para desayunar. Tampoco sé cómo se las arreglarían algunos de ellos para comer teniendo la boca y las mandíbulas mutiladas. Pero lo más importante, lo que cuenta esta imagen es que esas personas están vivas.

La foto dice: «Aquí estamos. A pesar de todo. Y pese a todo, vivos todavía. Pese a todo, dispuestos a posar bien vestidos, con expresión grave delante de una cámara que capta un instante y lo difunde por el mundo entero».

Las lesiones que esos veteranos de guerra tienen en la cara recuerdan también a las que pueden sufrir quienes se han visto expuestos a altas dosis radiactivas en un accidente.

En un submarino atómico ruso, un grupo de voluntarios entran en la sala de un reactor donde se ha producido un accidente. Su muerte no es sólo dolorosa: el cuerpo se les corroe literalmente ante los ojos de los demás marineros.

Me imagino que existe un vínculo invisible entre las muchachas que se pintaban los dientes con pintura radiactiva y los soldados que posan ante la cámara. No existe

ninguna relación obvia entre ellos, salvo ese sufrimiento indecible.

También hay algo que une a esas personas con los niños muertos que aparecen con la cara vuelta en el cuadro de la iglesia de Släp.

La segunda foto es, en realidad, toda una serie de fotografías tomadas en unos cuantos minutos. Una patrulla militar ha detenido en algún lugar de Yugoslavia, durante la segunda guerra mundial, a unos partisanos sospechosos de haber atacado a un grupo de soldados alemanes en una emboscada. Ahora los van a ejecutar sin juicio, sin un consejo de guerra siquiera. Los van a ejecutar basándose sólo en las sospechas. La mayoría de los partisanos son muy jóvenes, igual que los soldados alemanes.

Los han colocado en hilera en medio de una plantación. Se ven almiares de heno al fondo, de modo que podemos estar seguros de que fue a finales de verano o principios de otoño. Además, hace calor. Los soldados alemanes llevan uniformes gruesos y, disciplinados como son, tienen las guerreras abrochadas hasta el cuello, mientras que los que esperan a morir visten sólo los pantalones y la camisa abierta.

Los soldados alemanes llevan consigo un fotógrafo. Tampoco en este caso es posible averiguar quién hizo las fotografías. Si se trata de un reportero alemán o de un colaborador yugoslavo.

Colocan a los reos delante de unos almiares. Los soldados preparan las armas.

Entonces, ocurre algo extraño. Uno de los soldados alemanes suelta el arma, se quita la guerrera y se coloca entre los hombres a los que van a ejecutar. No es posible saber por las fotos si está tranquilo o alterado. Simplemente, ha dejado el pelotón de ejecución y ha cambiado de bando. En lugar de disparar, elige que le disparen.

No hay nada en las fotos que indique que se produjera ningún intercambio verbal airado entre los soldados y el camarada que había dejado el arma. Nada que indique que los soldados tratan de convencerlo para que vuelva, ni con palabras ni con órdenes ni con un intento físico de apartarlo de los partisanos yugoslavos.

Eso es lo verdaderamente indignante de esas imágenes. Todo parece continuar según el plan. Siguen con lo que habían empezado. La disciplina militar no falla.

En la última foto, los partisanos están muertos, junto con el soldado alemán. Puesto que se había quitado la guerrera y el casco, no es posible distinguirlo de los demás.

En esta última foto, los soldados ya no están. El fotógrafo tiene que haberse quedado unos minutos. No hay signos de que los soldados se hayan llevado a su camarada muerto. Dado que cambió de bando, es como si no existiera. Es sólo uno de los que hay que ejecutar.

Las fotos suscitan muchas preguntas, naturalmente, y provocan muchos sentimientos.

¿Qué movió al soldado alemán a sacrificar su vida, aunque con ello no ayudara a los que murieron con él? ¿Qué hizo que la situación le resultara tan insoportable que prefirió dejar de vivir? ¿Se vio tan identificado con los jóvenes partisanos que sabía que sería imposible seguir viviendo si participaba en aquella ejecución sumaria?

Imposible saberlo. Igual que tampoco sabemos lo que pensaban sus compañeros. Debió de pillarlos desprevenidos, pero cumplieron sin cuestionarla la orden cuyo eco quedó resonando en el aire, dirigieron el arma hacia aquel que acababa de fumarse un cigarro con ellos. Dos fotos, las dos tratan de la guerra y sus víctimas. Las dos tratan también del valor. Tomar las decisiones más importantes y difíciles que una persona puede tomar. Elegir la muerte en lugar de la vida. Sacrificar la vida por unos completos desconocidos que, además, han cometido acciones hostiles contra tus compañeros.

¿Puedo decir que lo entiendo?

Para poder responder a eso, tendría que saber cómo habría reaccionado yo en la misma situación.

Y no lo sé. Lo único que puedo hacer es mirar la foto siempre que tenga ocasión y no dejar nunca de esforzarme por comprender.

Al igual que todo lo demás ha cambiado en mi vida, hoy por hoy cada nuevo día representa un reto. Tengo que arreglármelas para orientar mis pensamientos en otra dirección que no sea la enfermedad. Invertiré a diario cierta cantidad de tiempo en preguntarme cómo estoy, si noto algún efecto secundario nuevo o si tengo por delante un buen día. Pero si no consigo apartar esos pensamientos a un lado con un buen golpe, la batalla estará perdida desde el principio. En ese caso el riesgo de que la resignación, la apatía y el miedo me ganen la partida será grande. ¿Qué quedará entonces? ¿Tumbarse de cara a la pared?

Cuando, al cabo de unas tres semanas, logré salir arrastrándome de las arenas movedizas, empecé a ofrecer resistencia al golpe mortal que significaba aquel diagnóstico. Era obvio cuál sería la mejor herramienta para ello: los libros. Coger un libro y perderme en el texto en los momentos difíciles ha sido siempre mi modo de buscar alivio, consuelo o, al menos, un respiro. Cuando los asuntos amorosos se torcían, echaba mano de un libro. Como consuelo después de un fracaso en el trabajo teatral o con textos cuyo final se me resistía, siempre he tenido los libros. Como linimento, pero más aún como instrumentos para desviar los pensamientos hacia otro lugar. Para hacer acopio de fuerzas.

Y así fue también en esta ocasión. Siempre tengo las mesas llenas de libros que no he leído todavía. Pero ahora había ocurrido algo nuevo para mí. No podía dedicarme a libros que no hubiera leído antes, aunque fueran de autores por los que sentía un interés enorme. No era capaz de asimilar todas aquellas cosas novedosas, desconocidas. Leer un libro nuevo era adentrarse en el texto como quien emprende una expedición. Pero yo solamente podía vagar sin rumbo fijo. Leía una página, pero no entendía lo que decía. Las palabras eran como puertas cerradas a cal y canto. Y yo no tenía la llave.

Por un tiempo, los libros me dieron miedo. ¿Estaban defraudándome ahora que los necesitaba más que nunca en la vida?

No, de ninguna manera. Pues cuando cogía un libro que había leído con anterioridad, las palabras se abrían otra vez. Era lo nuevo y lo desconocido lo que me superaba. Sin embargo, lo que había leído antes, quizá incluso varias veces, surtía el mismo efecto de siempre. Al leer, mis pensamientos se apartaban de la enfermedad.

El primer libro que abrí fue una de las muchas traducciones que, a lo largo de los años, había acumulado del *Robinson Crusoe* de Defoe. La de Jean Rossander es pesada, pero muy próxima al original inglés. Además, contiene las ilustraciones clásicas de Walter Paget.

No conozco una novela mejor que *Robinson Crusoe*. Contiene el secreto de la diferencia entre un relato bueno y uno malo.

Robinson Crusoe trata de un náufrago que pasa muchos años en una isla desierta, solo y con unas cabras por toda compañía. Al final, se hace amigo de un salvaje que ha conseguido librarse de que lo devoren los caníbales en cuyas manos cayó prisionero, con toda la parafernalia colonial que los rodea a los dos. Pero la verdad es que Robinson nunca está solo. El lector está siempre a su lado, invisible. Y eso es lo que hace que el relato sea mágico. Si el lector se queda fuera y sólo mira de lejos lo que ocurre en el texto, nunca se crea esa comunión entre él y lo narrado que pretenden todas las novelas. Pero en *Robinson Crusoe*, el lector está invitado a participar. Y vive el relato ahí, en la arena, tan náufrago como Robinson.

En segundo curso de primaria en el colegio de Sveg, la señorita Manda Olsson repartía unos cuadernillos de escritura de color gris. Teníamos que inventarnos historias y escribirlas. Al cabo de una semana, debíamos entregar el cuaderno con un cuento, largo o corto, eso no importaba. Yo fui a casa, me encerré en el baño y escribí una

versión de Robinson Crusoe que me ocupó una página. Al día siguiente, le entregué muy ufano el cuaderno a la señorita Olsson. Había llenado el cuaderno entero de historias y de aventuras, hasta la última página. La señorita Olsson me dijo que no había podido leer nada de lo que había escrito, porque lo había hecho tan rápido y tan a la ligera que era imposible. Corrí demasiado. Pero me dio otro cuaderno, y me reconvino amablemente para que escribiera con una letra que fuera legible.

En fin, el caso es que aparté todos los libros que tenía por leer e hice una pila con aquellos que quería leer de nuevo. Así no amenazaban sorpresas. Sólo iba a moverme en territorio conocido y bien trillado.

Y la cosa fue bien hasta que empecé la primera sesión de quimioterapia. Uno de los efectos secundarios que sufrí fue la irritación de la mucosa del ojo. Me lloraban continuamente. Si leía demasiado, era como si delante del texto se formara una capa de vaho. No podía ver bien las palabras. Si descansaba una hora más o menos, se me pasaba. Pero la neblina volvía enseguida si lo retomaba.

Entonces empecé a combinar la lectura con otra actividad y empecé a mirar fotografías de obras de arte. También en este caso elegí obras que ya conocía. Y nunca más de una al día. Empecé con los artistas que más han significado y aún significan para mí: Caravaggio y Daumier. En su mundo, por ajeno que sea, siempre me siento en casa. A veces pienso que Caravaggio, que pintó motivos tan variados, nunca plasmó el mar en un óleo. En el caso de Daumier, son conocidas sus caricaturas políticas, pero no son muchos los que saben que también fue un gran pintor y escultor.

Cada imagen que significa algo para mí tiene, además, una historia que contar, aunque las puertas que abre no son las mismas que los textos escritos.

Siempre me reafirmaba en la idea de que el ser humano es un ser narrante. Más *Homo narrans* que *Homo sapiens*. En los relatos de los otros nos vemos a nosotros mismos. Toda obra de arte sincera contiene un fragmento pequeñísimo de un espejo.

La tercera vía para apartar la vista de la enfermedad también era una vía natural: la música. Si preguntas a personas que sufren un dolor intenso o una tristeza profunda, siempre te dirán que la música les reporta el mejor consuelo. Empecé a revisar todos los discos e iba pasando del jazz a la música clásica y de la música popular africana a la electrónica.

Sobre todo escuchaba a Miles Davis y a Beethoven. De vez en cuando también a Arvo Pärt, y el blues del delta de los estados del Sur.

Conseguí no obsesionarme con la enfermedad procurando no romper nunca la rutina. Libros, ilustraciones y música. Así podía resistir lo insoportable que era dirigir toda la atención a la enfermedad, al tratamiento y al hecho de andar siempre buscando nuevos síntomas. Además, me daba más fuerza en los momentos en que tomaba conciencia de lo que me pasaba. Porque yo no era sólo una persona que sufría una enfermedad grave. Era también el que era antes de la enfermedad, yo mismo. Era posible vivir en dos mundos al mismo tiempo.

Pero había días en que ni los relatos, ni las ilustraciones ni la música ayudaban. Los días en que no podía ni salir de la cama por el cansancio que me causaba el avance violento pero seguramente positivo de la quimioterapia en la lucha contra tumores y metástasis. Algunos días los pasaba vagando en un universo ingrátido, vacío y gélido sin sentido, sin objetivo. Entonces comprendía a las personas que, estando muy enfermas, prefieren quitarse la vida.

Podía comprenderlo, pero, al mismo tiempo, sabía que era algo que yo ni quería ni podía hacer. No quería exponer a mis seres queridos a ese suplicio, obligarlos a preguntarse siempre si no podrían haber hecho algo más, después de todo.

Al cabo de dos meses, en la mitad del tratamiento de quimioterapia, me di cuenta de que en mi vida se había implantado una especie de nueva normalidad. Nada volvería a ser como antes del diagnóstico. Aun así, era como si la vida empezara a cobrar una

forma que, en los peores momentos, nunca creí que fuera posible.

Los días eran más claros. No mucho, pero ya no estábamos en pleno invierno. Y un mirlo demasiado precoz empezó a cantar una mañana desde la antena del televisor. Pensé que podría ser la leyenda de mi lápida:

HE OÍDO CANTAR AL MIRLO, LUEGO HE VIVIDO

Pero cada vez pensaba menos en la muerte. Estaba presente, sin necesidad de invocarla para que saliera de las sombras. Leía mis libros, veía las ilustraciones y escuchaba música, todo lo cual tenía que ver con la vida.

Un día, al cerrar un libro que acababa de releer –se trataba de *El corazón de las tinieblas*, de Conrad–, me levanté y vi una de las pilas de libros nuevos que había apartado hacía casi dos meses.

Todavía era pronto. Pero tan sólo unos días después empecé a leer libros de ese montón.

La luz había viajado un largo trecho y durante mucho tiempo. Y, finalmente, había llegado. Al menos por el momento.

Bola de fuego en París, 1348

Una noche me despierta una pesadilla. Estaba soñando con las ratas gigantes que vi mientras estuve en París en los años sesenta. Sobre todo cuando recorría de madrugada la larga calle de Vaugirard, camino de mi casa en la calle de Cadix.

Eran unas ratas tan grandes que parecían gatos bien alimentados. Iban galopando antes de desaparecer en los desagües.

Si pienso en ratas, pienso en gatos. Y en la oscuridad de la noche recuerdo cómo, según la leyenda, en el invierno de 1348 apareció una bola de fuego enorme sobrevolando París. Como todas las apariciones inesperadas, el suceso se interpretó inmediatamente como un mal presagio.

El verano de 1348, la peste alcanzó París. Y como solía ocurrir cuando estallaba una epidemia, París la sufría mucho más. La aglomeración de las zonas más céntricas de la ciudad, que estaban superpobladas, significaba que sólo aquellos que huían de la ciudad podrían evitar el contagio. ¿Y adónde irían los pobres, que eran la mayoría? Se quedaban, y morían.

Naturalmente, nadie sabía cuál era la procedencia de la epidemia, ni cómo se propagaba de una casa a otra, de una persona a otra. Pero, como siempre, buscaban una explicación y, por supuesto, un cabeza de turco.

En este caso, cundió el rumor de que eran los gatos de la ciudad los que habían originado la muerte de tantas criaturas.

Podría haberseles ocurrido que eran los judíos, o los romaníes o cualesquiera otros. Pero en aquella ocasión aseguraban que los culpables eran los gatos. Y se sabía desde antiguo que las brujas y los gatos compartían algún tipo de oscuro secreto.

De modo que arremetieron contra todos los gatos de la ciudad. Seguramente ninguno se libró de que lo mataran y lo arrojaran al Sena.

Gracias a ello, lógicamente, los verdaderos difusores de la enfermedad, las ratas y las pulgas, se libraron de su único enemigo natural. Se multiplicaron en número, igual que los casos de contagio. El número de personas que morían a diario en París no tardó en ascender a ochocientas. Los cementerios estaban atestados. Ya no quedaban personas que enterraran a los muertos, los dejaban que se pudrieran en las casas y en las calles. Los sacerdotes abandonaban a los moribundos al comprobar que ellos también estaban contagiados y debían preparar su propia muerte.

Los que podían huían de la ciudad. Los ricos comerciantes, los aristócratas y las clases altas del estamento eclesiástico. Sus carruajes abandonaban a diario aquel hedor de muerte. Muchos de ellos murieron, a pesar de todo. Pero otros tantos sobrevivieron, puesto que tenían dinero y la posibilidad de huir.

Los que se quedaron y no se contagiaron vivían como suelen hacer los hombres cuando la muerte parece inevitable: convirtieron sus últimos días en una pura orgía. Un cronista desconocido describió París en aquella época como «una ciudad con la moral y la decencia colapsadas».

La peste asoló París durante ocho meses. Cuando por fin empezó a remitir, la mitad de la población de la ciudad había muerto. Los cementerios estaban tan abarrotados que sobresalían de la tierra brazos y piernas. Los perros de la ciudad acudían allí por las noches para devorar los cadáveres, que estaban enterrados bajo una finísima capa de tierra.

El olor a cadáver en estado de descomposición cubrió la ciudad durante un año entero. Sólo en torno a 1350 empezó a volver la nobleza poco a poco.

¡Pero y los gatos muertos! ¿No podríamos verlo como un símbolo general de nuestra historia? ¿No habremos matado a los gatos en lugar de dejar que cacen a las ratas?

El ser humano corre riesgos. El riesgo, a la par que la curiosidad permanente, nos ha conducido hasta donde nos encontramos hoy. Pero si falta la precaución, puede

resultar peligroso. Quizá nos habría llevado algo más de tiempo llegar hasta aquí, pero también habríamos podido evitar algunas de las terribles consecuencias y catástrofes que llevaba aparejadas el éxito.

La cuestión es cuánto de esa falta de precaución y de reflexión es inherente a la naturaleza humana. Hay jóvenes que se matan conduciendo el coche o la moto el mismo día que les dan el permiso de conducir. En su fuero interno saben que la velocidad es mortal y, a pesar de todo, pisan el acelerador hasta el fondo, hacen adelantamientos temerarios y, de repente, frente al radiador o la cabeza del motor, se alza ese árbol o ese muro que resultará mortal.

Las chicas, con la misma edad, son bastante más precavidas. Se sacan el permiso de conducir, pero no se matan al volante. El hecho de que, según el parámetro biológico, estén en la tierra para tener hijos es, naturalmente, la base de esa precaución. Y el que nazcan más niños que niñas es necesario para equilibrar la balanza, dado que mueren jóvenes muchos más chicos que chicas. En las playas de Normandía, en 1944, o en los campos de batalla de Francia entre 1914 y 1918, por poner dos ejemplos, los que se abalanzaban hacia la línea de fuego de los cañones eran chicos jóvenes. Allí no había mujeres. A nadie se le ocurrió siquiera la idea de que pudieran enviar mujeres a la guerra, salvo en calidad de enfermeras, conductoras o secretarias. Al contrario, debían quedarse en casa fabricando las granadas que luego matarían a los otros hombres jóvenes que pertenecían a lo que llamaban el enemigo.

Pero vayamos de la antigua fabricación de granadas a la provincia de Alberta, en el norte de Canadá. En una zona tan grande como Florida, se encuentra el yacimiento de arenas petrolíferas más rico del mundo. No son prospecciones petrolíferas, es una actividad minera. En los últimos diez años, Estados Unidos ha importado más petróleo de Alberta que de Arabia Saudí.

Naturalmente, a corto plazo y con una perspectiva miope del mundo, es una decisión sensata. Pero la extracción del petróleo vinculado a la arena tiene un efecto devastador en el medio ambiente. Los vertidos carbónicos que generan las explotaciones de Alberta son casi dos veces más contaminantes que los de Arabia Saudí.

En la actualidad hay científicos que aseguran que esa extracción tan costosa y tan perjudicial para el medio ambiente de las arenas petrolíferas constituye el límite a partir del cual empieza a ser dudoso que podamos manejar el calentamiento global.

James Hansen, que trabaja en la NASA en cuestiones relacionadas con el clima, dice que «en lo que al control del calentamiento global se refiere, podemos dar por terminada la partida».

Claro que la cuestión más importante es la de reducir el amplio uso de combustibles fósiles. Es algo que todo el mundo sabe, salvo quizá los climatólogos más fanáticos y corruptos que siguen los intereses de la industria. Pero puede que la explotación de las arenas petrolíferas de Alberta sea un ejemplo más claro que otros a la hora de ilustrar hasta qué punto evitamos considerar las consecuencias de nuestros actos antes de poner en marcha proyectos que siempre nos parece que son para el bien de la humanidad.

James Hansen trabaja, como he dicho, en una sección de la NASA. No sé si ya estaba allí hace treinta y seis años. Me figuro que no.

En 1977 se lanzaron al espacio el *Voyager 1* y el *Voyager 2* desde el Centro Espacial Kennedy, en cabo Cañaveral. Estas naves iniciaron el viaje más largo de la historia del hombre; un viaje que aún sigue. Hoy, las dos naves espaciales se encuentran a una distancia de diecinueve billones de kilómetros del sol, y más lejos aún de la Tierra. Las señales radiofónicas que se lanzan desde nuestro planeta y que captan el *Voyager 1* y el *Voyager 2* tardan treinta y cuatro horas en hacer el viaje.

En la actualidad, esas naves (que yo habría querido llamar *Resande man*, «Hombre viajero», por el buque sueco que surcó los mares hace doscientos cincuenta años) se

encuentran en los límites de nuestro sistema solar. Las dos pueden informar todavía de los vientos solares y los campos magnéticos que rigen la parte del universo más cercana. Pero los Voyagers pueden traspasar en cualquier momento la última frontera del sistema solar y desaparecer en otra parte del universo, donde dominarán otros campos magnéticos. Nadie sabe cuándo sucederá tal cosa, salvo que ocurrirá «pronto». Lo cual, en términos astronómicos, pueden ser meses o años.

Nuestro *Resande man* continuará su solitaria travesía navegando en popa redonda en su no menos solitaria vía marítima mientras las dos naves vayan unidas. Seguirán enviando señales y ofreciéndonos relatos sobre los mares desconocidos que constituyen el universo.

Cuando pienso en todos los éxitos científicos y técnicos que han posibilitado ese viaje, me llena de admiración que hayamos sido capaces de lograrlo, con todos los «si» y los «pero» que hubo que resolver antes de lanzar las naves espaciales. Y todo ello me impulsa a creer que también llegará un día en que vencamos el cáncer. Al igual que seremos capaces de tratar todos esos residuos nucleares que estamos acumulando.

Y todo ello, mientras el *Resande man* se pierde más y más en las profundidades de un mundo del que nada sabemos.

¿Acaso un mundo al que podríamos llamar Eternidad?

¿Cuánto dura la eternidad?

Cada vez comprendo mejor hasta qué punto fue decisivo el periodo que, siendo muy joven, pasé en París. Me formó en muchos sentidos.

No todos igual de agradables, quizá.

Por ejemplo, en aquella época conocí a una mujer a la que, durante mucho tiempo, deseé la muerte.

Al cabo de un mes, cuando se me había acabado el dinero, me las arreglé para encontrar un trabajo como ayudante de reparador de clarinetes y saxofones. El señor Simon limpiaba y cambiaba las válvulas, y entonces yo volvía a montar los instrumentos.

El taller, que era pequeño, estaba en un patio trasero en lo alto del barrio de trabajadores de Belleville. Había otro empleado, un hombre orondo de cierta edad, que era tan cobarde como mala persona. Cuando el señor Simon andaba por allí, no decía nada. Pero en cuanto el propietario viajaba a alguna tienda de música para recoger o entregar los instrumentos, aquel hombrecillo redondo no paraba de soltar comentarios vitriólicos sobre mi trabajo. Que si llegaba tarde, que si era lento trabajando, que si no lo hacía lo bastante bien... Y, sobre todo, que trabajaba ilegalmente y la policía podía ir por mí el día menos pensado.

Yo nunca le respondía, puesto que me recordaba a esos personajes bufonescos de Charles Dickens. Me fiaba más del señor Simon, que era un hombre amable.

Dado que vivía por la Puerta de Versalles, tenía un buen trayecto que hacer todas las mañanas, y a la vuelta por la noche. Cambiaba de línea de metro tres veces. Empezaba a trabajar a las siete, y siempre me dormía en el metro por las mañanas. A veces me despertaba mucho después de mi parada. El señor Simon me miraba apesadumbrado o quizá más bien melancólico cada vez que llegaba media hora tarde, pero nunca me decía nada.

Tenía que bajarme en una estación que se llamaba Jourdain y, desde allí, me esperaban diez minutos a pie. Todas las mañanas me cruzaba en la acera con una mujer desdentada que se me quedaba mirando. No sé adónde iba. Dado que nunca llegaba a la misma hora, todas las mañanas esperaba no encontrármela. Pero siempre aparecía, como si supiera cuándo llegaría yo. Iba vestida de negro y se mordisqueaba el labio inferior con la mandíbula desdentada.

Yo no la conocía y no la saludaba, no sabía quién era. Tampoco me había hecho nada. Aun así, llegué a odiarla. Era como un gato negro, o como una bruja que quería hacerme daño y por eso me miraba fijamente cuando me veía llegar tambaleándome de cansancio por las mañanas.

Sin saber cómo, me obsesioné con ella y con la idea de querer verla muerta. En mis pensamientos la mataba una y otra vez, a puñaladas, golpeándole la cabeza con piedras o estrangulándola.

Treinta años después de haber dejado París, hice una visita a la ciudad y a la calle de Belleville. Me bajé del metro en la estación de Jourdain y recorrí el antiguo trayecto hasta el taller del señor Simon. Me llevé un sobresalto al ver a la anciana acercarse por la acera. Un ser menudo vestido de negro. Pero no era ella. Seguramente a aquellas alturas estaría muerta.

Como es lógico, he tenido ganas de matar o de golpear a otras personas a lo largo de mi vida, gente que me ha insultado o que se ha comportado mal de alguna forma. Pero han sido tormentas sentimentales fugaces y pasajeras que he olvidado en la mayoría de los casos. Tengo motivos sobrados para alegrarme de no ser una persona especialmente rencorosa.

Aquella mujer de la calle de Belleville fue la única que no se libró nunca de mi ira permanente, hasta que volví treinta años después.

No creo que pueda explicar esa sensación de forma racional. Puede que mi situación de entonces, las duras circunstancias en las que vivía para poder permanecer en París, me hicieran dirigir la rabia en forma de odio contra aquella anciana desconocida.

Hoy pienso que, por desgracia, es un rasgo muy humano. En aquella ocasión, busqué un cabeza de turco en el que descargar la rabia por lo mucho que me costaba ganar dinero para comer y pagar el alquiler. Y ella se cruzó en mi camino.

Aun así, me niego a utilizar la palabra «maldad». No creo en tal cosa. Que los hombres de todos los tiempos, incluido el nuestro, hayan cometido malas acciones no es lo mismo. Los que dicen que hay quienes nacen perversos nos arrojan a una forma de ver el mundo y a una época en que aún se creía en el pecado original. Uno nacía malvado igual que nacía con pecas o pelirrojo.

En mi vida he conocido personas que han cometido atrocidades de una barbarie insoportable. He conocido a soldados niños que han matado a sus padres o a sus hermanos. Pero no porque nacieran malvados. Cometieron esos actos brutales mientras a ellos también les apuntaban con un arma a la cabeza. Tuvieron que elegir entre su propia vida y la de aquellos a quienes se veían obligados a matar.

¿Qué habría hecho yo a los trece años de haberme visto en la misma situación? La única respuesta sincera es que no lo sé. Puedo desear haber actuado de forma diferente, pero no es seguro que lo hubiera hecho.

Ni siquiera cuando, en los Balcanes, los vecinos empezaron a despedazarse mutuamente podemos decir que estallara una maldad agazapada e inherente. Se trata, una vez más, de que se han impuesto unas circunstancias perversas.

Siempre hay alguien que anda especulando y que gana cuando se producen ataques brutales.

«La barbarie siempre ha tenido rasgos humanos. Eso es lo que la convierte en algo tan inhumano.»

Así lo escribí hace cuarenta años. Y no tengo ninguna razón para modificarlo hoy.

He sufrido el odio de otros y la violencia de otros. No muchas veces, pero sí el número suficiente como para haber agotado el número de vidas extra con las que casi todos nacemos.

Tampoco me he visto involucrado en muchas peleas. Naturalmente, fumaba con otros chicos en el patio del colegio. Por lo general, me pegaban, porque, aunque era rápido, no era demasiado fuerte. Además tenía la mala costumbre de enzarzarme en peleas que sabía que estaba condenado a perder. Pero siempre esperaba encajar un derechazo bien plantado. Lo cual ocurrió en alguna ocasión.

Pero las peleas eran inocentes. Algo de sangre en la nariz, poco más.

Cuando tenía quince años trabajé durante un tiempo en la marina mercante sueca y estuve varias veces en Middlesbrough. Trabajaba en la naviera que transportaba el hierro sueco a todo el mundo. Y Middlesbrough era un destino recurrente. Una noche bajé a tierra, me emborraché y luego no sabía volver al barco. Pregunté por el camino a una muchacha. Quizá no entendió mi inglés, qué sé yo. De repente, unos jóvenes se acercaron corriendo y me acusaron de haberme dirigido a ella como si fuera una prostituta. No era cierto. Me dieron una paliza y, no sé cómo, me quitaron los zapatos. Conseguí volver al barco, aunque descalzo, estaba lloviendo y chorreaba sangre de las cejas y los labios. Pero tampoco fue para tanto. Cuando subí a bordo me encontré con el tercer oficial, un marinero noruego que se limitó a sonreír con cierta ironía y me sugirió que, la próxima vez, me pusiera unos zapatos antes de bajar a tierra cuando llovía.

Sin embargo, hubo ocasiones en que sí fue grave. Una vez creí de verdad que iba a morir.

Ocurrió en Lusaka, la capital de Zambia, la primavera de 1986. Una noche, ya tarde, después de cenar en un restaurante, fui a coger el coche para dirigirme a la casa de

unos cooperantes noruegos donde me alojaba. Como de costumbre, iba mirando bien por el retrovisor. No era infrecuente que a los vehículos de cuatro ruedas los obligaran a salirse de la carretera para robarlos mientras amenazaban con armas al conductor. No vi ningún coche sospechoso detrás de mí cuando abandoné la carretera principal y entré en la zona residencial en la que vivía.

Pero me había equivocado. Uno de los coches que me había adelantado sabía dónde iba a parar. Debieron de tener vigilada la casa desde muy temprano.

Como de costumbre, giré hacia el portón que había en el muro y pité dos veces. Era la señal para que los guardias abrieran y yo pudiera entrar con el coche.

A veces estaban durmiendo, o simplemente tardaban un poco en abrir. En esa ocasión me alegré de que no se dieran demasiada prisa. Los guardias habían empezado a abrir, pero cuando vieron lo que estaba a punto de suceder, hicieron lo único correcto. Pararon y se quedaron callados. Si hubieran empezado a armar escándalo, el tiroteo habría sido inevitable.

Un coche apareció detrás de mí, me adelantó y me cortó el camino. De pronto, por la ventanilla abierta, me pusieron un revólver en la sien. Hice lo que sabía que tenía que hacer, les enseñé las manos sin hacer movimientos bruscos.

Pero sabía que existía un gran riesgo de que me pegaran un tiro en la cabeza. Era lo habitual cuando atacaban los ladrones. En Zambia te condenaban a muerte por el mero hecho de enseñar un arma, aunque no fuera un arma de verdad o estuviera descargada. Los tribunales del país no sólo sentenciaban a muerte, sino que mandaban colgar ellos mismos a la mayoría de los condenados, de modo que quienes robaban casas o coches mataban a tiros a sus víctimas. Como si pensarán que no importaba si disparaban o no, dado que, en caso de que los atraparan, iban a morir de todos modos.

Yo seguía notando el arma, una de verdad, en la sien. Me sacaron del coche de un tirón y me dio tiempo de apreciar que el hombre negro que sostenía el revólver tenía los ojos inyectados en sangre y olía intensamente a marihuana. Tampoco eso era insólito. Es tan normal como en Suecia, donde los ladrones de bancos suelen drogarse antes de dar el golpe. También a ellos les entra angustia cuando van a asaltar un banco.

Cuando me obligaron a tirarme al suelo, me convencí de que aquello era el fin. Pensé que era una forma de lo más absurda de morir. Y, además, demasiado pronto, porque todavía no había cumplido los cuarenta.

Sin embargo, no recuerdo haberme quedado paralizado o haber sentido un miedo pánico a la muerte. Sólo resignación. Y el aroma a tierra mojada que me presionaba la cara.

Puede que pensara que aquélla sería mi última experiencia. El aroma a la tierra africana húmeda. Pero, de repente, el coche arrancó con estruendo y los ladrones desaparecieron.

Lógicamente, luego se produjo la reacción, empecé a temblar, se me aceleró el pulso y me pasé varios días sin dormir. Pero no puedo recordar que sintiera odio hacia el hombre que me había apuntado con el arma a la cabeza. Era como si la gratitud al ver que la bala no se disparó fuera mucho más fuerte.

Esta historia tiene un epílogo. Un día, unos meses después, llegó una carta de la policía: habían logrado recuperar el coche, que detectaron a punto de cruzar la frontera con el Congo, donde iban a venderlo. Uno de los ladrones había muerto de un disparo. Me pidieron que identificara al hombre por una foto que me enseñó la policía.

Aunque no le vi la cara más que unos segundos, supe enseguida que era él. Me dijeron que tenía diecinueve años y que, con toda probabilidad, ya había matado a tres o cuatro personas.

La vida es breve. En tanto que la muerte dura mucho, muchísimo.

—¿Cuánto dura la eternidad? —pregunta el niño.
¿Quién responde a esa pregunta?

Habitación número uno

Siempre me ponían la quimioterapia en la misma habitación de la sección de oncología del Hospital Sahlgrenska. Era una habitación muy desgastada, pero siempre estaba muy limpia. La silla, que se hallaba encajada en un rincón —era todo muy estrecho, la habitación era pequeña—, tenía una funda de color azul claro y los reposabrazos eran de madera deslucida. La única ventana era alta.

Desde la cama veía un trozo de cielo, que en aquellos meses de invierno solía ser gris. La sesión empezaba cuando una de las enfermeras me cogía una vía en el brazo o en la mano. Dado que tengo las venas muy profundas, de las que es difícil sacar sangre y además se defienden de las agujas que tratan de clavarles, podía llevar media hora fijar la vía por la que debía entrar la medicación. En alguna ocasión la enfermera de turno se daba por vencida y llamaba a otra para que lo intentara. A veces las venas se tensaban, otras se rompían, pero al final la aguja se quedaba clavada en su sitio.

La medicación venía en bolsas de plástico. Por lo general, eran cinco. Una de ellas, de color rojo. Cuando me explicaron por qué, me di cuenta de que debería haberlo deducido por mí mismo: el contenido era sensible a la luz, de modo que la bolsa no podía ser transparente.

Llegaba a la habitación número uno varios minutos antes de las nueve y media. Cinco horas después, aproximadamente, había terminado. El contenido de las bolsas se había difundido por el sistema circulatorio. La mayor parte del tiempo estaba solo en la habitación. No hacía falta que nadie controlara que el líquido fuera cayendo como debía. De vez en cuando entraba una enfermera y me preguntaba si había ido a los servicios. Era importante que los riñones funcionaran bien.

Y así era. Iba bebiendo agua y té. Al cabo de una hora, me levantaba e iba a los servicios con el gotero. Los riñones funcionaban.

De cuando en cuando veía por la ventana un pájaro volando despistado. Puede que los pájaros tengan sus hospitales, me decía. Pero ¿podrá un pájaro sueco tener cáncer? Sigo sin saber la respuesta, aunque yo creo que sí.

Durante la tercera sesión de quimioterapia recibí una visita inesperada en aquella habitación número uno. Estaba tumbado en la cama y me había adormilado. Una enfermera acababa de ponerme la tercera bolsa, la del contenido sensible a la luz. Oí que se abría la puerta.

Pero quien venía no era una enfermera, sino una joven que no tendría ni veinte años. No la había visto antes y pensé que sería una de las auxiliares a las que todavía no había tenido oportunidad de conocer, pero no iba vestida como un trabajador del hospital.

Comprendí que era una paciente, como yo. Se quedó allí mirándome. Le brillaban los ojos y se movía despacio, como si cada paso, cada movimiento le supusiera un esfuerzo casi insuperable. Estaba delgada y pálida y tenía los ojos hundidos en la oscuridad de unas ojeras muy marcadas, como si le hubieran maquillado el cansancio en la cara.

Luego me di cuenta de que llevaba una peluca negra. No era su pelo.

La quimioterapia o la radioterapia se asocian siempre con la pérdida del pelo. Yo me había librado de ello. Es cierto que perdía algo de pelo, pero no se me caía a grandes mechones ni me lo encontraba cubriendo la almohada al despertarme por las mañanas. Ya había notado que la gente, cuando me miraba, echaba una ojeada a la cabeza. La caída del pelo y el cáncer iban de la mano.

Por esa razón, yo también miraba de reojo la cabeza de los demás pacientes cuando iba a la consulta. Había quien llevaba peluca y quien no se molestaba en ocultar la calvicie. Yo me imaginaba que para las mujeres era más difícil. Aunque eso eran prejuicios. Había más hombres que mujeres que ocultaban la pérdida del cabello bajo

una peluca.

La muchacha me miraba como si la hubieran despertado del sueño, como si la hubieran arrancado de una ensoñación.

No parecía sueca. Sea eso lo que sea. Tenía unas facciones semíticas, pero, naturalmente, podía haber nacido en Suecia. Los fundamentos de nuestro país se basan en la inmigración y la emigración. Todos hemos llegado de alguna parte. En mi caso, pueden rastrearse mis orígenes hasta Francia y Alemania.

La saludé con un gesto, le sonreí y le pregunté si estaba buscando a alguien. No parecía comprender lo que le decía. Se tambaleó un poco y se sentó, o quizá se desmayó en la silla de reposabrazos raídos. La muchacha se retrepó y cerró los ojos.

De repente, tomé conciencia de que estaba muy enferma. La tierra ya la atraía hacia sí, a pesar de lo joven que era. Aquello no era cansancio, era pura extenuación. Al verla así en la silla me di cuenta de que apenas irradiaba algo de vida. Estaba a punto de desaparecer, de abandonar este mundo.

Volvió a abrirse la puerta y entró una mujer de unos cincuenta años. Me miró fugazmente antes de sujetar con mucho cuidado a la joven que estaba en la silla. Le habló en árabe. No entendí lo que decía, pero comprendí que era su madre.

También vino el padre, un hombre tímido no muy alto y con la cara surcada de arrugas. Tampoco él se fijó mucho en mí, tendido como estaba con la vía en el brazo. Sólo les preocupaba su hija. Con muchísima ternura, la ayudaron a levantarse y a salir de la habitación.

Yo no existía. Sólo les interesaba su hija, que estaba enferma.

Se cerró la puerta. Se oyó un eco, como si se tratara de la pesada puerta de una iglesia. La muerte había venido a visitarme, me dije, sin ocultarme que el encuentro con la muchacha y con sus padres me había llenado de temor. ¿Por qué había abierto la puerta de la habitación número uno? ¿Qué mensaje quería traerme? ¿Acaso se dedicaba la muerte a enviar emisarios aquí y allá?

Cuando llegó una de las enfermeras para ponerme la siguiente bolsa de medicación, no pude evitar hablarle de la inesperada visita. Le dije que me había parecido que la chica estaba muy enferma. La enfermera asintió mientras cambiaba la bolsa y comprobaba que el líquido caía por el tubo a la velocidad adecuada.

Luego me confirmó que sí, que estaba muy enferma. Lo dijo de un modo que me hizo comprender que la muerte no le andaba lejos. Pero no le pregunté qué tipo de cáncer tenía. Nadie habla de los otros pacientes. Todo el mundo conserva su integridad.

No pude por menos de hacer una pregunta que no tenía nada que ver con la enfermedad de la joven.

—¿Por qué ha entrado en mi habitación?

Pensé que la pregunta no tenía respuesta, pero no era así.

—Hubo una fuga de agua en su habitación y no había ninguna otra libre en la planta de cuidados, así que estuvo aquí una semana, hasta que pudo volver.

Y luego, como un paréntesis que, en realidad, yo no debía saber:

—La enfermedad le ha afectado al cerebro. A veces desaparece. Los padres la buscan hasta que dan con ella. Están siempre aquí. Es su única hija. Los demás hijos murieron en no sé qué guerra de la que vinieron huyendo.

Ya no me contó más. Si la chica tenía un tumor cerebral o si la perturbación mental tenía otro origen, nunca lo supe. Y tampoco es importante. Cuando entró en mi habitación, la muchacha iba camino de algún sitio, sólo que no sabía cuál.

Y aunque yo estaba tumbado en la cama, aquélla era a sus ojos una habitación vacía.

Nunca he vuelto a verlos, ni a ella ni a sus padres. Ni siquiera sé cómo se llama. Ni si está viva.

Pero cada vez que vuelvo a la habitación número uno para recibir el tratamiento o una transfusión de sangre, cuando la anemia es tal que no puedo mantenerme en pie sin

perder el equilibrio, me la imagino en la silla de los reposabrazos raídos.
Algo quería aquella joven, aquella emisaria de la muerte. Pero aún no sé cuál era el mensaje que traía.

Corría 1985. Yo había cumplido treinta y siete años. Había salido dos días antes del Algarve, en el sur de Portugal, a las cuatro de la mañana. Iba de regreso a Suecia. La primera noche dormí en el piso de arriba del taller de una gasolinera al norte de Lisboa, donde alquilaban una habitación que olía a diésel y a aceite de motor. El coche que llevaba era pequeño y poco pesado. No tenía por qué dejarlo en un garaje por las noches, porque estaba seguro de que nadie querría robarlo. Tampoco asaltarlo, porque estaba prácticamente vacío. Cuanto poseía entonces cabía en una maleta que llevé conmigo a la habitación.

Al día siguiente continué hacia el norte. Era agosto, hacía mucho calor. Había mucho tráfico, puesto que acababan de empezar las vacaciones en Europa, y las grandes ciudades se vaciaban de gente que se dirigía al sur, a la Costa Azul, a la Costa del Sol española y, precisamente, al Algarve. Yo iba camino de casa con el manuscrito de un libro que estaba casi listo. A través de un camarero de un café de Albufeira, había alquilado un apartamento con vistas al mar en el que pude escribir.

Había sido un buen periodo de trabajo. Durante un mes, hubo un circo por allí cerca. Me acostumbré a la música y a los aplausos. Y fui a ver la última función. Al día siguiente, tanto el circo como yo recogimos nuestras pertenencias y nos fuimos.

En la radio del coche iba escuchando las noticias que se iban sucediendo. No parecía que hubiera ocurrido nada importante. Y también parecía que hubiera ocurrido todo lo importante. Como de costumbre, las noticias me resultaban prácticamente incomprensibles.

Tenía decidido tomar rumbo al este antes de llegar a Oporto y cruzar los montes hasta llegar a España. Ya veríamos dónde pasaba la noche, pero calculaba que tendría que conducir muchos kilómetros.

En aquella época era director de un teatro y reflexionaba a menudo sobre cómo tomaba las decisiones en mi vida. En el retrovisor veía que estaba bronceado. Pero mis pensamientos eran blancos. Pálidos, más bien. Me había pasado el verano con una insistente inquietud. ¿Cómo me las arreglaré para dirigir una parroquia tan difícil de manejar como suele y, lógicamente, debe ser un teatro?

Iba conduciendo por la sinuosa carretera de montaña que constituía la frontera entre Portugal y España. Por la tarde, llegué a las llanuras infinitas del oeste de España. Kilómetros y kilómetros de carretera sin una sola curva, cruzando un paisaje totalmente seco. En un tramo conté hasta más de treinta kilómetros antes de llegar a una mínima desviación del terreno, apenas perceptible. Pero luego continuó otra vez aquella recta interminable que era la carretera.

En algún lugar me detuve y me senté a la sombra de un árbol reseco. Me comí lo que llevaba y estuve espantando moscas un rato antes de seguir.

Aquella tarde, cuando ya había anochecido, llegué a Salamanca. Había recorrido muchos kilómetros desde que salí de la gasolinera a las afueras de Lisboa. Decidí que pasaría la noche en Salamanca. Di unas vueltas sin rumbo con el coche por el centro de la ciudad, hasta que encontré un hotel que no parecía muy caro. Además, había un aparcamiento cerca.

Era una habitación estrecha y alargada y seguramente fue en su día parte del pasillo de la casa de una familia pudiente, que luego se había convertido en hotel. Pero la cama era cómoda. Me di una ducha, me cambié de ropa y me eché un rato. De algún lugar allá fuera se oía a dos personas que discutían casi tranquilamente. Capté alguna que otra palabra. Era obvio que discutían por lo que discute todo el mundo: dinero.

Estuve durmiendo un rato y soñé con el largo camino que había recorrido ese día. Pero había algo extraño, ningún cianotipo del viaje que había hecho horas atrás. El coche

era el mismo, al igual que el paisaje. Incluso las noticias en la radio eran repetición de las que había oído.

Pero no iba solo en el coche. Había alguien a mi lado, en el asiento del copiloto. Y seguramente también iba alguien en el asiento trasero, pero no me atreví a volverme para ver quién era.

Yo iba conduciendo. Pero también era yo el que iba en el asiento del copiloto. Yo, de adolescente. Ninguno de nosotros decía nada. De vez en cuando lanzaba una mirada a la versión más joven de mí mismo. Naturalmente, lo reconocía. Uno suele recordar su imagen de tiempos pasados.

Me quedé tumbado en la cama tratando de comprender cuál sería el mensaje del sueño. Yo creo que, sea cual sea la historia soñada, las ensoñaciones siempre tratan de uno mismo, aunque uno sueñe con otras personas. Aquel sueño significaba que mi yo joven aún era importante para mí. Cada vez estaba más convencido de que el que iba en el asiento trasero también era yo, aunque quizá no me atreví a comprobarlo porque podría haber sido yo de viejo, quién sabe.

Era la hora de la cena, poco antes de las nueve de la noche. Me levanté y dudé si preguntarle al recepcionista, que era un hombre mayor con un pie tullido, si podía recomendarme un restaurante por allí cerca. Pero en ese momento sonó el teléfono del hotel, así que lo dejé y salí a la calle. Hacía una noche de mucho calor y reinaba una oscuridad tan sedosa como la que suele haber en África y en el sur de Europa. Yo iba recorriendo las calles sin rumbo fijo. Los sonidos de la noche eran los mismos que en cualquier otro lugar del mundo. Jóvenes que reían o que, en general, hablaban a voces, coches, perros que ladraban, música ruidosa de algún bar. Y el tañido de las campanas de las iglesias que, de repente, traspasaba la pared de ruidos.

Había algo atemporal en aquella noche salmantina. Tenía esa sensación liviana que sueles experimentar cuando te encuentras en un lugar en el que nadie, nadie sabe ni que estás ni quién eres.

De Sveg a Salamanca, recuerdo que pensé. Es un largo viaje, del interior de una Norrland nevada y melancólica a la vieja ciudad española de Salamanca. El viaje ha durado muchos años. Nadie habría podido predecir que, un día, una calurosa noche de agosto, me vería aquí, buscando un restaurante.

Dudé varias veces delante de otros tantos locales, pero continué. Al final me detuve en un lugar que parecía más una tasca de barrio, llena de gente que viviría por allí cerca, seguramente, que un restaurante orientado sobre todo a los turistas. Entré y me asignaron una mesa en un rincón. Tanto la silla en la que me senté como la mesa se movían un poco, pero no dije nada. El camarero, que iba vestido de blanco y negro, se me acercó y me sugirió la ternera. Era el mejor plato de la noche, aseguró. Se había dado cuenta de que no hablaba español pero lo entendía más o menos. Se tomó el tiempo necesario para hablarme despacio y claro. Me sugirió un vino de la región. Yo acepté todas sus sugerencias. El hombre tendría unos sesenta años, más o menos la edad que tengo yo ahora, cuando escribo estas líneas. Tenía el pelo ralo, el bigote canoso y una nariz muy prominente y puntiaguda. No parecía estresado por la cantidad de trabajo mientras se movía entre las mesas y los numerosos clientes.

Comí la ternera acompañada del vino, que estaba un poco rancio, y luego me tomé un café. Los clientes empezaron a irse y las mesas se fueron quedando vacías. Tenía la cabeza embotada después de un viaje tan largo y de tantos tramos de carretera sin curvas, que reclamaban toda mi atención. No recuerdo que estuviera pensando en nada en particular.

De repente, estalló una discusión en una mesa. Un hombre de edad y una mujer joven empezaron a lamentarse ruidosamente ante el camarero. Algo le pasaba al postre que acababan de servirles. El hombre lo apartó indignado y –según creo– aseguró que no se podía comer y que era un escándalo que se lo hubieran servido siquiera. El

camarero se quedó escuchándolo en silencio. No con la cabeza inclinada como un escolar avergonzado, sino sin apartar la mirada de la pareja. Cuando ya parecía que el hombre no encontraba más palabras que decir, lo relevó la mujer. Hablaba con voz chillona y, por lo que pude captar, me dio la impresión de que se limitó a repetir lo que había dicho el hombre.

El camarero sostenía en la mano la bandeja, cargada de vasos y tazas de café que había ido recogiendo de las mesas.

Lo que vino después sucedió muy deprisa. La mujer no había terminado de hablar con aquella voz estridente cuando, de pronto, el camarero levantó la bandeja en el aire por encima de su cabeza y la lanzó contra el suelo de modo que las copas, los vasos y las tazas se hicieron añicos. Luego se quitó tranquilamente el delantal blanco y lo tiró al suelo. Y se fue. Dejó el restaurante en mangas de camisa, no se volvió a mirar, y desapareció.

Se hizo un silencio cada vez más denso. El cocinero había salido de la cocina, pero el hombre de la caja no se movió. Llamó a un hombre negro que salió de la cocina con los guantes de fregar puestos y que empezó a recoger los cristales. El hombre de la caja se levantó y se disculpó ante los pocos clientes que quedaban. Todos se apresuraron, terminaron de comer y pagaron. Al final, sólo quedaba yo. El hombre negro limpió los últimos restos del suelo. Le pagué al hombre de la caja, que me hizo un gesto resignado, pero no dijo nada.

Salí a la noche castellana. Por el camino de vuelta al hotel pasé por la Plaza Mayor, una de las más grandes que he visto en la vida. Aún había muchos jóvenes en la calle. Por algo en Salamanca la quinta parte de la población son estudiantes.

Cuando iba a girar por una de las perpendiculares en dirección al hotel, descubrí al camarero que había tirado la bandeja y el delantal. Estaba fumando un cigarrillo delante del escaparate de una agencia de viajes y parecía muy concentrado en sus pensamientos. Me paré y me quedé observándolo. En la ventana había publicidad de viajes alrededor del mundo. No sé si estaría leyendo las ofertas o si simplemente estaba pensando.

Cuando terminó el cigarro, aplastó la colilla con el zapato y se alejó de allí. Lo vi esfumarse en las sombras, entre dos farolas. Y no volví a verlo más.

Aquella noche me quedé despierto en la cama un buen rato. Tenía de pronto la necesidad imperiosa de tomar una decisión. Era exactamente igual que el estallido repentino del camarero, hasta aquí podíamos llegar, y la resolución con la que salió del restaurante; todo suponía un reto para mí también. Me encontraba en la plenitud de la vida, en mitad de ese periodo que se caracteriza porque rebosa tanto de riesgos como de posibilidades.

Comprendía mejor que nunca que, una vez más, debía decidir de una vez por todas a qué quería dedicar mi vida. Aquella vida tan breve que rodeaban dos eternidades, dos tinieblas inmensas. El tiempo que me quedaba ya no era tanto como diez años atrás.

Aquella noche, en la vieja ciudad celta, mientras yacía desvelado hasta el amanecer, también yo tiré una bandeja simbólica al suelo, me quité el delantal y salí al calor de la noche.

Pensé que los únicos relatos verdaderamente importantes trataban de rupturas. De la ruptura de personas, de la ruptura de sociedades enteras, a través de revoluciones o de catástrofes naturales. Escribir, me dije, era iluminar con la linterna los rincones en penumbra y, en la medida de mis posibilidades, desvelar lo que otros trataban de esconder.

Existen dos tipos de narrador que se encuentran en una lucha constante. Uno entierra y esconde, mientras que el otro cava para desvelar.

Al amanecer pude dormir unas horas. Cuando me desperté, me dolía la garganta y tenía fiebre. La idea de seguir conduciendo los doscientos kilómetros que me

separaban de Madrid y luego seguir hacia el norte buscando la costa, rumbo a Francia, no me entusiasmaba. Decidí quedarme un día más en aquel hotel, que no era tan caro. Aquella noche volví al restaurante. Pero no llegué a entrar. Vi por la ventana que el camarero era otro.

Al día siguiente, continué el viaje. De Sveg a Salamanca el camino había sido muy largo. Pero quedaba el viaje desde Salamanca, cuyo final desconocía.

La bandeja se estrella contra el suelo. Las tazas y las copas se hacen añicos.

Se produce una ruptura. Se plantea una pregunta.

El hombre que se bajó del caballo

La enfermedad hace que esté más disperso que de costumbre. No sé cuánto tiempo dedico al día a buscar gafas, papeles, teléfonos, frascos de medicamentos, libros y manzanas que dejo por ahí a medio comer.

Sin embargo, cuando no era nada olvidadizo ni estaba disperso pasé muchos años buscando un árbol en concreto.

Tenía que estar en algún punto de la vieja carretera que unía Cambridge y Londres. Incluso debía haber una placa que dijera que allí, precisamente, un joven se bajó del caballo y se sentó a la sombra del árbol para tomar una decisión vital.

No llegué a encontrar el árbol, seguramente, porque no me tomé el tiempo necesario para buscarlo en serio. Y ahora me arrepiento. Pero sé que el árbol sigue allí, custodiado como el recuerdo de una persona a la que la historia ha olvidado casi por completo.

Se llamaba Thomas Clarkson. Cuando su padre murió, tenía seis años. Desde entonces vivió en la pobreza, pero consiguió ayuda para estudiar en la Facultad de Teología de Cambridge. Nadie dudaba de su inteligencia ni de la firmeza de su fe. Su camino como sacerdote de la Iglesia anglicana parecía trazado y prefijado.

El mínimo legado que Thomas Clarkson recibió apenas cubría lo esencial, y siempre tuvo que buscar diversas fuentes de ingresos para mantenerse.

Un día vio que se anunciaba un concurso para participar en el cual había que escribir un ensayo sobre la esclavitud.

Corría el año de 1785. La Revolución francesa no tardaría en estallar para proclamar lo inhumano de la esclavitud. En Inglaterra se habían oído las protestas cada vez más airadas de los cuáqueros, que estaban en contra de que se pudiera poseer personas y explotarlas en condiciones laborales durísimas.

Thomas Clarkson decidió enseguida participar en el concurso. Lo que más le interesaba no era el tema, sino la posibilidad de ganar una cantidad de dinero que le permitiera afrontar los gastos de la universidad.

Clarkson viajó a Liverpool y entrevistó a capataces de esclavos y a armadores. Y, en secreto, se vio con esclavos fugitivos que vivían en los barrios bajos en condiciones infames.

No todo el mundo tenía el mismo interés en hablar con él. El comercio de esclavos movía grandes sumas de dinero anualmente. Quienes se enriquecían no estaban dispuestos a que sus pingües ingresos peligraran. En una ocasión, unos desconocidos trataron de arrojar al Clarkson al mar desde un vapor.

Pero Thomas Clarkson ya no podía ignorar los datos que tenía delante. Poco a poco, la idea de la atractiva suma que ofrecían como premio fue apagándose y empezó a centrarse en la espantosa vida de los esclavos africanos en las plantaciones de azúcar del Caribe o en las de algodón, al sur de los Estados Unidos.

Clarkson escribía por las noches a la luz de un candil. De las sombras surgían las voces que había oído y las caras que había visto. Allí estaban los armadores, que observaban arrogantes a los africanos como si de cualquier otra mercancía se tratara. Quizá fueran seres vivos, pero también las cabras y los animales exóticos lo eran. Recordaba las palabras de los capataces, según los cuales la brutalidad y la disciplina férrea eran imprescindibles para que la carga de negros no armara jaleo, sembrara el caos, se amotinara o se arrojara al mar en un suicidio colectivo.

Pero sobre todo pensaba en los esclavos que habían conseguido huir y que ahora vivían aterrados planteándose la posibilidad de que los atraparan y los devolvieran a sus «dueños». Y en cómo los azotarían antes de meterlos en otro buque camino de su destino final, donde los aguardaba una subasta.

Thomas Clarkson escribió el ensayo y lo envió al comité del concurso. Cuando, al cabo

de un tiempo, supo que había ganado el premio y que estaba invitado a una ceremonia solemne en la que iban a presentar su escrito, dudó si asistir o no. ¿No debería terminar el discurso de agradecimiento hablando del azote que, como una sombra, se extendía sobre la nación británica en forma de un sufrimiento humano injusto?

Recibió el premio y las loas que lo aguardaban, pero no dijo nada de lo que pensaba en realidad.

El primer destino de Thomas Clarkson como pastor fue Londres.

Un día de principios de primavera montó en su caballo y puso rumbo a la capital. Hacía un día precioso, pero en su fuero interno estaba cada vez más inquieto a medida que se acercaba a Londres.

A mediodía se detuvo y bajó del caballo. Se encontraba en Wadesmill, en Hertfordshire, por donde hoy pasa una autopista, la primera autopista de peaje de toda Inglaterra. Se sentó a la sombra del árbol que yo anduve buscando doscientos años después, aunque sin encontrarlo. El caballo pastaba a su lado. Era un día apacible, pero en el interior de Thomas Clarkson se había desatado la tormenta. Comprendió que tenía que tomar una decisión.

Clarkson no dejó información ni oral ni escrita de cuánto tiempo estuvo sentado a la sombra del árbol antes de tomar la decisión más importante de su vida. La distancia entre Cambridge y Londres es de unos cien kilómetros más o menos. Es decir, tuvo tiempo de pasar bastantes horas allí sentado.

Cuando por fin se levantó, ensilló el caballo y siguió cabalgando, ya estaba resuelto. En realidad, se había decidido mucho antes, pero hasta ese momento no se lo había dicho a sí mismo ni al Dios en el que siempre creería.

No quería ser pastor. Quería dedicar su vida a luchar con todas sus fuerzas para abolir la esclavitud y para que liberasen a todos los esclavos. Aquello que, por casualidad, lo llevó a participar en un concurso literario, le cambió la vida por completo.

Thomas Clarkson nunca rompió la promesa que se había hecho. Vivió tanto que tuvo la oportunidad de conocer la ley de abolición de la esclavitud, *Slavery Abolition Act*, en virtud de la cual el comercio y la posesión de esclavos eran ilegales en todo el Imperio británico.

Su vida no fue nunca fácil, con frecuencia fue peligrosa. Los poderosos enemigos que se granjeó desde el día en que hizo la primera visita a los ambientes esclavistas de Liverpool siguieron acosándolo. Sufrió incontables agresiones e intentos de asesinato. Pero Thomas Clarkson vivió sesenta y un años desde el día en que tomó su decisión y murió finalmente de muerte natural. Sabía que su vida había valido la pena todos los esfuerzos.

Thomas Clarkson es hoy un personaje prácticamente olvidado. Aparte de la placa conmemorativa en el árbol que no conseguí encontrar, no hay ningún otro testimonio de su recuerdo. Algún que otro busto, un cuadro o dos y, naturalmente, el recuerdo que quedará registrado para siempre en el libro de las personas que lograron imponerse al comercio de esclavos y al sometimiento.

Thomas Clarkson forma parte del oscuro grupo de héroes que son los mejores representantes del género humano. Esos héroes han actuado en los campos más diversos, hombres, mujeres y, con una frecuencia sorprendente, también niños y jóvenes. Personas que corrieron riesgos enormes y se sobrepusieron al miedo que tan a menudo debieron de sentir.

Pero lo que acabo de escribir no es del todo cierto. Porque el comercio de esclavos es algo que aún existe en el mundo. Aunque Thomas Clarkson y sus iguales cortaron las raíces de un comercio que sancionaban los sistemas judiciales, no desapareció ese deseo brutal de ganar dinero comerciando con personas. El comercio de esclavos es hoy una práctica ampliamente extendida por todo el mundo. No para cortar la caña de azúcar en las islas caribeñas ni para recolectar algodón en los campos ardientes de los

estados sureños. Ahora ese comercio se da en forma de prostitución, trabajo infantil en entornos terribles y personas que se ven obligadas a recoger tomates, bayas y frutos secos en condiciones de esclavitud. Carecen de derechos, los engañan en el salario y viven separados, apartados de sus familias.

La prostitución en el mundo es peor que nunca en la historia de la humanidad. Las personas de las que abusan suelen ser muy jóvenes. Las obligan a someterse con métodos violentos.

Otras personas dan un paso al frente. Ofrecer resistencia a la violencia y la opresión no es sólo un derecho, sino una posibilidad que tenemos. La posibilidad de no aceptarlas.

También hoy hacen falta personas que se bajen del caballo y se sienten a la sombra de un árbol para tomar decisiones radicales.

Siempre las hay en alguna parte. A pesar de todo.

Mientras el niño juega

No puede decirse que sea creyente, nunca lo he sido. De niño traté de rezar una plegaria por las noches, pero me parecía una falsedad.

Ahora que tengo cáncer pienso a menudo en la gente que encuentra consuelo en la fe. La respeto, aunque no la envidio.

Sin embargo, casi como si se tratara de una convicción religiosa más o menos difusa, tengo una certeza sobre las personas que puede que vivan en la Tierra dentro de muchos miles de años y después de terribles glaciaciones. Y es que las embargará una alegría elemental.

Sin ella, el ser humano no sobrevive. Sería tanto como amputarle el alma.

Podemos haber desarrollado todas las estrategias de supervivencia imaginables, pero la verdadera fuente de energía de nuestros éxitos son las ganas de vivir y la alegría de vivir que tengamos. Si la equiparamos con una curiosidad y un ansia de saber permanentes, obtendremos la imagen de la verdadera capacidad única del hombre.

Los animales no se suicidan. Los hombres lo hacen cuando desaparece la alegría de vivir, por lo general a causa de un dolor físico o psíquico terrible. Es absurdo preguntarse quién fue el primer hombre que se quitó la vida prematuramente, puesto que no es posible responder. Pero disponemos de documentación abundante que confirma que el suicidio ha estado presente entre los hombres como una sombra a lo largo del nacimiento y la caída de las civilizaciones. Aunque lo más probable es que Cleopatra no recurriera a una serpiente, podemos estar seguros de que se suicidó. Infinidad de personas se han ahorcado, se han ahogado, se han pegado un tiro o se han envenenado a lo largo de la historia. En muchos casos podemos comprender por qué a un ser humano le resulta insoportable la vida; en otros, nos quedamos atónitos, asustados al comprender lo poco que sabíamos de alguien que muere de pronto.

Albert Camus escribió en una cita ya célebre: «Sólo existe un problema filosófico serio verdaderamente: y es el suicidio. Juzgar si la vida merece la pena vivirla o si no es responder a la pregunta fundamental de la filosofía».

La respuesta a esa pregunta es el deseo de vivir.

Hoy en día sabemos más acerca de lo que implican esa alegría y ese deseo de vivir que hace treinta o cuarenta años. En última instancia, se trata de procesos químicos. Lo queramos o no, nuestras experiencias espirituales también consisten en diversos procesos fisiológicos mensurables.

Cuando antes hablaba del joven que decidió convertirse en neurólogo..., pues éstos son los procesos que deberá examinar y comprender. Son expediciones tortuosas, y los resultados, difíciles de interpretar. Pero nuestra comprensión de los procesos internos que hacen de nosotros seres humanos aumenta a diario.

Muchas personas se oponen al oír que incluso el enamoramiento más apasionado es química. El amor y la pasión erótica tienen que ser otra cosa, pensamos. Y claro que lo son. Esos procesos químicos que estallan como la fuente mágica del enamoramiento conducen a determinadas acciones, desde hacer un regalo a escribir poesía, desde sufrir un insomnio permanente a experimentar celos o una alegría inconmensurable. Pero al principio son células y procesos químicos los que deciden cómo nos sentimos y cómo pensamos, cómo amamos y cómo sufrimos por la humillación de los celos.

Me cuesta ver que esos procesos químicos tengan que suponer algún tipo de degradación de las pasiones humanas. Diría incluso que al contrario. Miguel Ángel no habría pintado peor si hubiera sabido cuanto hoy sabemos acerca de los prodigiosos procesos invisibles que dirigen los sucesos y decisiones fundamentales de nuestras vidas.

Pero ¿y la alegría y el ansia de vivir? Supongo que puede describirse de la siguiente manera: un niño jugando. Totalmente inmerso en el juego y en sus pensamientos. Y

está cantando. Una cancioncilla que tararea sin letra.

El tiempo se ha detenido. No existe. Las paredes de la habitación son blandas y ondulantes. Mirar hacia fuera y mirar hacia dentro es lo mismo.

El niño juega y canturrea. La vida es perfecta.

¿No será que hay sentimientos tan fuertes que, sencillamente, no pueden expresarse con palabras, sino que hay que cantarlos? El tararear del niño expresa lo mismo que el cantante de fado portugués o que la soprano que canta el aria «La reina de la noche» de *La flauta mágica*.

Sin la alegría de vivir, sin el ansia de vivir, no hay seres humanos. Quienes se ven privados de su dignidad y luchan por recuperarla, luchan en la misma medida por su derecho a reconquistar las ganas de vivir. Las personas que tratan de salir de un campo de concentración o de sociedades agrarias depauperadas e ir a los prósperos países de Europa, y cuyos cadáveres arriban a las playas de Lampedusa y de Sicilia, también pretendían recuperar la alegría de vivir.

A veces oigo a gente que habla con desprecio de los emigrantes que llegan a Europa como «buscavidas».

Por supuesto que lo son. Todos lo somos, todos buscamos la felicidad, aunque la palabra «felicidad» nos resulte difícil cuando nos han destrozado la vida fuerzas sentimentales o comerciales, eso es lo que buscamos, precisamente, la posibilidad de una vida decente basada en el ansia de vivir.

¿Por qué partieron millones de europeos a Norteamérica y a Sudamérica hace ciento cincuenta años? Exactamente por las mismas razones.

El niño sigue tarareando en la playa o en el jardín o en la acera, jugando y cantando una canción sin letra.

No hay ni humanidad ni civilización posible sin la figura de ese niño. En el árido mundo de la biología, no hay otro objetivo que el de que nos reproduzcamos en la despaciosa danza permanente de las generaciones. Pero en una definición algo más profunda del sentido de la vida podríamos decir que cada generación está obligada a dejar todas las preguntas sin respuesta a la siguiente, que tratará de llegar a las respuestas que nosotros no hemos sido capaces de encontrar.

Naturalmente, llegará un día en que finalizará esa danza que iniciamos en los profundos y nebulosos orígenes de la historia, cuando dijimos adiós al chimpancé y emprendimos un camino por cuenta propia. Si algo sabemos de nuestra historia es que, tarde o temprano, todas las especies se extinguen o se convierten en algo del todo distinto. No hay razones para creer que no le vaya a ocurrir lo mismo a aquella a la que nosotros pertenecemos. El hecho de que seamos lo más logrado del desarrollo no nos salvará de que un día nosotros también nos extingamos.

Nadie sabe cuándo ni cómo. Quizá podamos suponer que tenemos en nosotros unas fuerzas destructivas tan enormes que terminemos aniquilándonos a nosotros mismos. Pero no podemos saberlo con certeza. Un loco con acceso a un gran arsenal de armas nucleares podría acabar con todo hoy mismo, simplemente apretando un botón.

Contra lo que acabo de decir se puede esgrimir lo que yo llamo la «historia de las barricadas». Todas las revueltas o revoluciones tratan de que los últimos de una sociedad exigen el derecho al deseo y la alegría de vivir. Por lo general, quienes consideran que tienen derecho a decidir sobre las condiciones de vida de los demás sofocan brutalmente dichas insurrecciones.

Después de las revueltas estudiantiles de Mayo del 68 en París, las autoridades francesas asfaltaron las calles del entorno de la Sorbona. Hoy no hay modo de levantar los adoquines que las forman, pero, naturalmente, nada puede impedir que quienes quieran rebelarse encuentren otros medios para construir las barricadas.

Entre tanto, el niño sigue jugando, tarareando esa melodía sin letra.

Pero no todos los niños juegan.

Éste es el relato de dos niños que dedicaron todo el tiempo a sobrevivir.

Hace unos quince años había dos hermanos que vivían en la calle del teatro de Maputo donde yo trabajo. Uno de los hermanos tenía alrededor de cinco años. Si le preguntabas la edad, no sabía decírtela a ciencia cierta. Pero su hermano (al que él cuidaba) tenía tres, según pudimos calcular.

Es decir, un niño de cinco años cuidaba de otro de tres.

Durante un tiempo estuvieron durmiendo en la caja de un frigorífico que encontraron por ahí. Era antes de que empezaran a embalar los frigoríficos en plástico. Cuando desaparecieron las cajas de cartón, muchos niños se quedaron sin casa.

Dormían muy pegados dentro de la caja. El mayor solía lavar al pequeño por las mañanas. Pero, como es lógico, no tenían ropa para cambiarse. No he conocido nunca a nadie, ni antes ni después, tan desprovisto de pertenencias. Vivían siguiendo la huella de Francisco de Asís, aunque, naturalmente, ellos no sabían quién era.

De día vagaban mendigando por la ciudad. Muchos se interesaban por los dos hermanos, claro, pero dado que la ciudad estaba llena de niños abandonados que vivían como ratas o como perros callejeros, no sacaban mucho en limpio mendigando. Hacia el atardecer, volvían y se metían en el cartón.

Vivieron allí, en la calle, varios años. Los dejábamos dormir en el teatro cuando hacía muy mal tiempo. Les dábamos ropa, que ellos convertían enseguida en algo comestible vendiéndoselo a otros niños callejeros por un mendrugo de pan. A pesar de que dependían por completo de lo que les diera la gente, el hermano mayor, por lo menos, mostraba cierta dignidad extraña pero incuestionable. Era como si supiera perfectamente que estaba llevando a cabo con brillantez una tarea imposible: ser padre de su hermano, ¡a pesar de que entre los dos no sumaban más de ocho años!

Sin embargo, nunca los vi jugar. Sus vidas eran supervivencia y poco más. Había una gravedad amarga, o quizá mejor serena, en su voluntad de mantener a su hermano limpio y procurar que comiera a diario. No había tiempo ni espacio para el juego.

Solían estar muy callados. Cuando el mayor hablaba con el pequeño, lo hacía siempre en voz baja, al oído, como si tuviera grandes confesiones y secretos que contarle sólo a él.

Un día llegaron unas personas de una misión católica y se llevaron a los niños. Semanas después habían vuelto a la calle, pero para entonces su caja de cartón había desaparecido. Otros niños callejeros se habían apropiado de su hogar. Pasaron un tiempo durmiendo en una escalera, hasta que encontraron otra caja. Más pequeña, en esta ocasión, porque era de un congelador.

Una tarde, aparecieron con un perro lanudo. Dios sabe de dónde lo habían sacado. El perro también tenía que acomodarse con ellos en la caja.

Un buen día se esfumó igual que había llegado. Alguien había visto cómo los dos hermanos se lo vendían a otro niño por medio pollo.

Traté de hablar con ellos. Pero el mayor vigilaba al pequeño como un halcón. No consentía que nadie en quien él no tuviera confianza se le acercara. Y, seguramente, no confiaba en nadie. Los niños de la calle no suelen tener motivos para confiar en ningún adulto. A pesar de todo, existe una razón para que a los niños los separen de sus padres y vayan a parar a la calle, a vivir en una caja de cartón.

Los niños callejeros han existido desde que las primeras civilizaciones empezaron a destruir la sociedad de clanes. Y no son una cuestión exclusiva de los países o las ciudades más pobres del mundo, también en los países más ricos hay niños que viven en la calle.

A lo largo de todos los años que llevo en Maputo, he tratado de hacerme amigo de

algunos niños de la calle. Me ha ido más o menos bien. A veces podía llevarme varios años establecer un contacto que no se basara sólo en mentiras como respuesta a mis preguntas. Muy a menudo, esos niños morían antes, dado que llevaban una vida atroz. Algunos se mataban esnifando, otros morían de malaria o de diarrea. Alguno moría de una paliza.

Con los dos hermanos conseguí finalmente mantener alguna conversación. Supe que pertenecían al nutrido grupo de niños que abandonan de forma voluntaria un entorno familiar imposible. El comportamiento de los leones, que, cuando se hacen con una manada, devoran a la progenie del macho al que sustituyen, también se refleja en la vida de las personas. Cuando un hombre se casa con una mujer que tiene hijos de una pareja anterior, puede ocurrir que los eche a la calle. O que les haga la vida tan imposible que ellos mismos se vayan por iniciativa propia. Y las madres no pueden protestar, porque podría significar pasar hambre o incluso la muerte. O la prostitución, como única salida.

Nunca vi pasar por la calle a nadie que pudiera ser un familiar. Los niños vivían en un vacío sin pasado y sin futuro. Literalmente, sólo se tenían el uno al otro. Un universo vacío y desierto empezaba justo en el horizonte de su calle.

Al mismo tiempo, era una gran historia de amor. Cuando al pequeño le dolía la barriga, el hermano mayor le acariciaba el pelo mugriento. Las expresiones de amor y de cariño se me antojan heredadas, no aprendidas.

Nunca llegué a saber cómo se llamaban. El mayor decía que su nombre era Joao, pero de pronto un día lo cambiaba por Armando, como si fuera lo más normal del mundo. El pequeño quizá se llamara George, o Vitor. Nunca lo supe. Y apellido no tenían. Naturalmente, ninguno de los dos tenía documento de identidad.

Un día, no estaban. La caja estaba vacía, mojada, y seguramente pronto la utilizarían otros. Ignoro qué les ocurrió. Cuando desaparecieron debían de tener nueve y siete años. Nunca volví a verlos, a pesar de que los buscaba siempre que paseaba por la ciudad o que la recorría en coche. Pregunté a mucha gente, pero nadie sabía adónde habían ido.

Sin embargo, algo me dice que están vivos y que hoy son adultos. A pesar de que los niños de la calle suelen vivir poco, creo que esos dos hermanos se las han arreglado para sobrevivir. Precisamente, porque se tienen el uno al otro.

Hay otros casos de niños de la calle que salen adelante. Hace unos años conocí a una niña que se llamaba Elena. Unas monjas católicas la encontraron en el arroyo recién nacida. Si la hubieran dejado allí una hora más, habría muerto. Su madre la había abandonado poco antes del amanecer y había desaparecido sin dejar rastro. Nunca la encontraron. Y puede que tampoco la buscaran con mucho empeño, puesto que sabían que no darían con ella.

Elena fue a parar a un orfanato donde creció, fue al colegio y tuvo una vida decente. Cuando la conocí, tenía dieciocho años y estaba a punto de empezar la universidad. Le pregunté qué pensaba estudiar.

—Quiero ser abogada —respondió—. Y pienso especializarme en derecho del menor. Porque resulta que sé mucho sobre ese tema. Yo vine a este mundo en un arroyo. Siempre que me acuerdo de los dos hermanos, pienso en Elena.

Naturalmente.

Hay personas que dicen que Dios es un reloj.

Pero un reloj que no anda. Que funcionó en su día pero que se ha parado. Puede que nunca se le haya dado cuerda o que nunca hayan bajado las pesas. O, sencillamente, que Dios nunca haya necesitado ningún reloj, dado que Él es el tiempo mismo.

Para esas personas, Dios es el relojero. Su cielo es una Suiza, una relojería por la que Él se pasea y en la que ve a los ángeles fabricar relojes que, por los caminos de la magia, colocan en las almas de los hombres.

Dios es el tiempo, mientras que a los hombres se les ha concedido la posibilidad de medirlo, de sentir miedo o veneración.

Medir el tiempo, calcular el tiempo, establecer horas concretas es algo que los hombres llevan haciendo toda la vida, muchos miles de años. Pero eso es lo único que nosotros, por nuestra parte, podemos medir e interpretar gracias a los hallazgos arqueológicos. Probablemente, las personas con un cerebro desarrollado siempre han sentido una gran fascinación por algo que quizá no tenga ni nombre. «El tiempo.» En un principio, el instrumento para medir el tiempo era la naturaleza misma. El sol salía por oriente y se ponía por occidente. Pero no exactamente en el mismo lugar ni al mismo tiempo que el mes anterior. Al principio se interpretaba el tiempo en razón de las similitudes y las diferencias que se repetían año tras año. Nadie sabía, y todo el mundo creía que lo que había detrás de esas variaciones era el aliento y la voluntad de los dioses, que iban y venían.

Los primeros medidores de tiempo pergeñados o contruidos por el hombre fueron los relojes de sol. La naturaleza y el movimiento de las sombras daban testimonio de la regularidad del sol y del mundo. Al marcar con muescas un círculo en una roca, veían que se repetía el proceso. Luego combinaban esas muescas con los cambios climatológicos, calor y frío. Y vieron cuándo había que sembrar o salir a cazar un animal u otro.

Comprendieron también que los animales no tenían relojes de sol. No les importaba nada el aliento de los dioses. Lo que, a su vez, debía de significar que carecían de alma.

Si le pusiéramos un reloj a un mono en la muñeca, o si atáramos un reloj de cuco al lomo de un caballo, lo consideraríamos maltrato animal.

En nuestra opinión, los animales llevan una existencia sin tiempo. Sólo nosotros somos conscientes de que el tiempo y el espacio no pueden separarse. El tiempo es el espacio. No podemos verlo, pero está ahí y lo traspasa todo y rige nuestra existencia.

De los muertos decimos a veces que «han dejado el tiempo», lo cual es, naturalmente, un sinsentido, o un circunloquio poético para indicar que el corazón deja de latir, que se para el reloj biológico que todos llevamos dentro.

Yo no tendré que experimentar tal cosa. Pero me resultaría embarazoso que alguna de las personas de mi entorno dijera en mi lecho de muerte que he «dejado el tiempo». Nunca he vivido en el tiempo. Siempre he tratado de vivir en medio de mi vida y de la vida de otros.

En África vi que muchas mujeres hermosas llevaban en los brazos relojes que no funcionaban. Los llevaban como adornos, no para medir el tiempo.

Y eso me enseñó a su vez algo acerca del tiempo. Y que el tiempo no tiene por qué regirnos siempre.

Se cuenta que el gran filósofo Platón construyó hace dos mil años un ingenioso despertador para que sus alumnos de la Academia ateniense se despertaran a tiempo por las mañanas. Utilizó uno de los primeros métodos conocidos para medir el tiempo: el agua. Con ayuda de dos vasijas, un poco de chatarra y un sistema de agua que goteaba continuamente creó un despertador tremendo. Cuando el agua había llenado

una de las vasijas, caía en la otra, donde estaba la chatarra, que se volcaba. La chatarra caía en una base y formaba un gran estruendo. Todo el mundo se despertaba. Había empezado el día.

Platón construía despertadores, pero también reflexionó mucho sobre lo que era el tiempo en realidad. Al estudiar historia de la filosofía comprobamos que apenas hay un filósofo importante que no haya dedicado muchos esfuerzos a reflexionar sobre este fenómeno. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es el curso del tiempo? ¿Qué sentido tiene el tiempo? Todos se han pronunciado acerca del tiempo de las formas más variadas, desde Aristóteles hasta Wittgenstein. Pero nadie ha logrado explicar qué es el tiempo para el individuo.

El tiempo es tuyo, podríamos decir. Tuyo y de nadie más. Lo que hagas con él es decisión tuya. Puedes ignorarlo o llevarlo contigo como un compañero de viaje en el largo trayecto vital que termina cuando regresamos a la misma oscuridad de la que partimos.

Pero el tiempo no sólo se ha medido con las manecillas de un reloj. Una imagen habitual son los frescos que aún vemos en las paredes de muchos edificios suecos con la célebre escalera de las edades del hombre. Los ejemplos más antiguos en nuestro país se crearon a partir del siglo XVII.

Abajo a la izquierda está la cuna, abajo a la derecha, dos ancianos centenarios que dan el paso del último peldaño hacia la muerte. En la cima de la escalera está el hombre en el punto culminante de su madurez, los cincuenta años.

Naturalmente, en la época en que se hizo la escalera, la sociedad era por completo distinta a la de hoy. Se puede hacer una nueva versión más acorde con la sociedad actual, pero seguiré hablando de la vida y del tiempo, que van de la mano.

Los latidos del corazón son, sabido es, el símbolo más común para hablar del tiempo, que va haciendo tictac en el interior de todos nosotros. Con unos cuantos latidos más por minuto de los sesenta segundos que tiene el minuto, el corazón late millones de veces desde el nacimiento hasta la muerte.

Sea lo que sea el tiempo, vivimos siempre con él en el pasado. En el preciso instante en que pienso la palabra que voy a escribir y la escribo, el tiempo lo ha transformado todo en algo del pasado. No importa qué hagamos, recordemos o soñemos, no existe el ahora, sólo el pasado. De este modo, siempre vivimos con un pie en un tiempo que ya se ha ido, que no volverá.

El tiempo y nuestra capacidad de medirlo también pueden desvelarnos secretos. El tiempo puede ser una balanza en la que pesamos nuestras acciones.

En el momento en que escribo estas líneas podemos leer en el periódico que el hielo de Groenlandia, que tardó mil quinientos años en formarse, se ha derretido en menos de veinticinco. Así pues, la cantidad creciente de dióxido de carbono de la atmósfera ha alterado el equilibrio climático. Ya nadie puede negar que hace más calor. El hielo milenario se derrite. Nadie puede negar tampoco que la causa es la acción del hombre. El tiempo es, pues, un instrumento con el que podemos desvelar las consecuencias de nuestras acciones.

¿Y el futuro? ¿Existirá entonces alguien que pueda medir el paso del tiempo?

¿O se habrá parado el reloj para siempre?

Noche de invierno

Desconfío de la gente que dice que nunca tiene miedo. Creo que mienten. No tanto a mí como a sí mismos.

Lo que más miedo causa a la gente es la muerte. A lo largo de mi vida en numerosas ocasiones he creído que estaba en peligro de muerte. Aunque, peligrosas de verdad, me sobran dedos si cuento con las dos manos.

Una vez estuve a punto de dormirme al volante, pero tuve el tiempo justo de girar al oír el claxon de un camión que, de lo contrario, me habría arrollado. Me dirigí a un aparcamiento y salí del coche. Era invierno, casi las tres de la madrugada. Me quedé allí mientras veía pasar algún que otro coche por la carretera. Poco a poco me fue inundando el miedo a hurtadillas. Qué cerca había estado. Como un parpadeo. En la oscuridad, con treinta y seis años y unos meses.

Pero me he visto en situaciones peores. Y no se trataba de mí. Recuerdo una noche en Kitwe, en Zambia, cuando una mujer india a la que estaban asaltando en su casa lanzó una llamada de socorro desgarradora a través de la radio. Estaba convencida de que los ladrones la iban a matar. Ni ella ni yo logramos contactar con la policía. Oír el miedo en su voz fue de las peores experiencias de mi vida.

Recuerdo que se me pasó por la cabeza que la mujer habría pensado lo mismo que yo cuando me atacaron. Era una forma terrible de morir. Tan joven. Y era tan innecesario, una vida perdida. Por un puñado de billetes de Zambia, un reloj y un Toyota Landcruiser que ya había visto sus mejores días.

El miedo nos protege, nos avisa, quizá incluso nos ayude a soportar lo insoportable.

El miedo y el olvido van juntos, naturalmente. Pero no más que el miedo y la memoria.

Si no hubiéramos necesitado el miedo para sobrevivir como especie, no lo habríamos sentido.

Del mismo modo que los poderes de la imaginación y la sugestión, que también son instrumentos de supervivencia de una exactitud prodigiosa.

Al principio del tratamiento contra el cáncer me hicieron muchísimas pruebas. Entre otras, me radiografiaron la cabeza. El día en que Eva y yo fuimos a la clínica para que nos informaran del resultado fue uno de los peores. ¿Se habría extendido el cáncer al cerebro? De ser así, sólo se me ocurría pensar que mi vida se acabaría muy pronto.

Pero Mona, que era mi médica en aquella ocasión, dijo que no habían encontrado nada. Eva me apretó fuerte la mano y le dijo a Mona:

—¡Gracias! ¡Gracias!

En aquel instante sentí un alivio indecible. Recordé la travesía por el río, y los cocodrilos que habrían acabado conmigo. Pero también me vino a la memoria un partido de fútbol en Fredrikstad, en Noruega.

Estaba en una de las últimas filas de mi sección de las gradas. De repente vi al fondo a un niño que miraba las gradas atestadas de gente. Tenía la cara desencajada de dolor, y empezó a llorar. Enseguida comprendí por qué. Había ido a comprar un helado o una salchicha y, al volver, había perdido de vista a su padre o a quienquiera que lo hubiera llevado. Se encontraba totalmente solo, de un modo aterrador, solo y perdido en medio de aquella muchedumbre. Estaba a punto de ir a buscarlo, pero su padre lo había visto, se había levantado y le estaba haciendo señas.

Jamás olvidaré el alivio de aquel niño.

En 1972 terminé el primer libro que había decidido enviar a una editorial. Había escrito tres manuscritos antes, que no pensaba que fueran lo bastante buenos. Tenía decidido no enviar nada, a menos que estuviera seguro de que iban a aceptarlo y a publicarlo. Naturalmente, era una idea soberbia y temeraria. Nadie puede saber algo así con certeza.

Fui con el manuscrito a un buzón, pero dudé un buen rato antes de dejarlo caer. Era una tarde de primavera. Todavía puedo recrear todo el episodio. La soledad delante del buzón. El manuscrito en el sobre oscuro. El futuro, que eché en una caja de latón oscura. ¿Conduciría al abismo o no?

Me pasé todo aquel largo verano esperando. Nada parecía romper el silencio, hasta que un día de agosto apareció en el buzón una postal con la fotografía del poeta Dan Andersson. El editor al que había enviado el manuscrito decía que lo habían leído y que habían decidido publicarlo.

¿Cómo me sentí? Recuerdo que estaba desnudo junto al buzón y que notaba el suelo frío bajo los pies descalzos. ¿Sentí alegría? ¿Euforia? Lo que recuerdo es que sentí un gran alivio que me traspasó el cuerpo como una corriente cálida. No me había equivocado. El manuscrito era lo bastante bueno como para que lo publicaran.

Me senté en el suelo y respiré hondo. Luego solté el aire.

La sensación de alivio ha estado presente toda mi vida y ha sido como mínimo tan importante como la de alegría. Cada vez que he estrenado una obra de teatro que ha tenido una acogida razonablemente buena he sentido, ante todo, alivio. La alegría y quizá incluso un punto de orgullo han sido menos importantes y, sobre todo, han pasado enseguida.

Los días que salen las reseñas de un nuevo libro pueden resultar una tortura. Si la cosa va más o menos bien, aparece otra vez el alivio. Si no va tan bien, me afecta durante unos días, hasta que se me pasa el malestar. Y, entonces, al final, también en esos casos me embarga el alivio.

Quien debió de sentir un alivio infinito en 1797 fue el médico rural Edward Jenner, que ejercía en el condado de Gloucester, en Inglaterra. Hay un retrato en el que podemos ver su cara. Tiene los labios carnosos, los ojos claros y abiertos, la nariz grande. Hay algo convincente en ese semblante. Parece lleno de confianza en sí mismo.

El retrato es de 1797. Después de que Jenner hubiera experimentado el gran alivio

decisivo de su vida, a la edad de 47 años.

Jenner nació en Berkeley, el lugar en el que luego ejercería toda su vida. Había sido ayudante de un médico de la zona y cursó estudios de medicina en Londres. A la edad de 23 años y con el título bajo el brazo, regresó a su pueblo, donde su padre era pastor.

Berkeley era el campo. Jenner conocía en la consulta a todo tipo de personas. La mayoría de ellas eran campesinos que trabajaban la tierra y cuidaban del ganado. Aprendió a reconocer sus enfermedades, pero también escuchaba lo que ellos sabían sobre por qué afectaban a algunos y a otros no.

Había un relato que se le había quedado particularmente grabado en la memoria. Decían que las ordeñadoras, por lo general muchachas jóvenes, que habían sufrido la viruela bovina no contraían la viruela, que era mortal. Jenner reflexionó mucho al respecto y terminó intuyendo lo que había detrás. Pero ¿se atrevería a comprobar aquello de lo que cada vez estaba más convencido? ¿Qué pasaría si se equivocaba? Pondría en peligro la vida de una persona, porque sólo con una persona podía hacer las pruebas. Además, tenía que ser un niño, dado que ellos eran los más afectados por las recurrentes epidemias de viruela.

En 1796 hizo un experimento con un niño de ocho años que se llamaba James Phipps. Infectó al pequeño inyectándole en un brazo pus de la viruela bovina. Más adelante, cuando el niño se vio expuesto al contagio de la viruela, resultó que era inmune.

Al ver que el niño no enfermaba ni moría, Edward Jenner debió de experimentar una sensación de alivio absoluto. Estaba en lo cierto. Y se había atrevido a hacer aquel primer intento vacunando al niño.

Jenner vivió lo que Schopenhauer llamaría después los tres estadios de toda verdad. Primero se burlaron de él, luego le pusieron todas las trabas posibles y, al final, terminaron por considerar aquella verdad como una obviedad.

En un dibujo satírico de principios del siglo XIX vemos a una serie de personas cuya cabeza se ha transformado en la cabeza de una vaca después de haber recibido la vacuna de Jenner, que usó por primera vez el término *vaccination* (del vocablo latino *vacca*, vaca).

Ya en 1797, Jenner envió un informe del caso de James Phipps a la Royal Society. Allí lo desestimaron y le dijeron que las pruebas aportadas eran insuficientes. Jenner continuó poniendo su vacuna, experimentando también con su propio hijo, que apenas tenía un año cuando lo infectó con la viruela bovina. En 1798 Jenner volvió a la Royal Society con los resultados. Sus investigaciones y sus ensayos revolucionarios tardarían aún cierto tiempo en penetrar el muro de prejuicios y dudas. Al final, era imposible seguir negando que la vacuna salvaba muchas vidas. Jenner se hizo famoso. La verdad había vencido. Una vez más, debió de sentir un gran alivio. Terminó dedicando su vida a estudiar las posibilidades de las vacunas y los riesgos que también conllevaban.

Vivió hasta el año 1823. Me figuro que, de vez en cuando, se veía con James Phipps, o al menos pensaba en él: la primera persona a la que le dio la posibilidad de vivir en lugar de morir de viruela.

El alivio es una de las sensaciones más fuertes que podemos experimentar.

Extraviado

En una ocasión, me extravié en un bosque enmarañado y denso de Västra Götaland. Fue una danza fantasmagórica conmigo mismo entre los árboles y el atardecer inminente. Tenía trece años, nos habíamos mudado de Härjedalen a Borås unos meses atrás.

Borås era para mí una gran ciudad. La primera mañana de domingo que pasé allí salí temprano, con dos objetivos concretos: quería averiguar cuántos cines había y quería aprender a volver a la calle de Södra Kyrkogatan, donde por el momento vivía. Aquella mañana encontré seis cines. Todavía recuerdo el nombre de cinco de ellos, el último se me ha olvidado. ¿Palladium, quizá?

Más adelante, aquella primavera, fuimos de excursión con el colegio. Era a finales de abril o principios de mayo. Todavía hacía frío por las noches, pero había luz. Sólo conservo recuerdos borrosos del porqué de la excursión. Fuimos en autobús. Entreveo en la memoria las caras medio borrosas de los que entonces eran mis compañeros. Nos detuvimos en una granja de color amarillo, situada en pleno bosque, que alquilaban para albergar cursos y congresos. Un hombre con unas gafas redondas, muy bajito y rechoncho nos hablaba con voz chillona de la historia de Västra Götaland. La punta de una flecha antigua iba pasando de mano en mano.

Después dimos un paseo por el bosque hasta llegar a unas ruinas. De esa parte, mis recuerdos son muy vagos y difusos. El hombre de las gafas redondas no vino con nosotros. Quien ahora nos hablaba del convento de Varnhem era una mujer de pelo cano. Sin embargo, no nos encontrábamos en Varnhem, de eso estaba seguro. El convento se hallaba más lejos, hacia las ciudades de Skara y Linköping.

Y ahí se acabó la excursión. Alguno de los profesores que nos acompañaban dijo que nos reuniríamos en la granja al cabo de treinta minutos. Lo mejor era seguir el mismo sendero por el que habíamos llegado. Pero claro, si alguien se atrevía, podía tomar un atajo.

Lo último fue un sarcasmo. En los bosques de Västra Götaland no había depredadores. Hacía más de cien años que los osos y los lobos habían desaparecido de la zona.

Así que yo decidí tomar un atajo. Hasta el edificio amarillo de la granja habría unos dos kilómetros. Y tenía claro en qué dirección estaba. Me divertía la idea de llegar primero y estar allí esperando cuando llegaran mis compañeros. Me puse en marcha a toda prisa y, unos metros después, me había engullido el bosque. Era más denso y escabroso de lo que yo pensaba. Pero el trecho que debía cubrir no era largo. Corrí rodeando unas colinas no muy altas, encontré oquedades en varias rocas que había entre los árboles. Pero la casa no aparecía. Primero fue una sensación sorda, luego comprendí cuál era la situación: me había extraviado. No tenía ni idea de dónde me encontraba. El bosque estaba en silencio. Tan sólo un leve rumor en el atardecer. Ni las voces de mis compañeros en la distancia, ni coches, nada. Dado que estaba nublado y que se oía la lluvia en el aire, no podía determinar dónde se encontraba el sol. Primero traté de volver sobre mis pasos para encontrar el camino. Pero había pocas huellas en el terreno. Imposible ver por dónde había llegado. Los árboles y las rocas eran un laberinto en el que no se apreciaba ningún patrón.

Podía estar muy cerca o muy lejos del camino. El diablo me había seguido con pasos sigilosos y había ido borrando las huellas.

Intenté moverme en distintas direcciones y fui tomando nota de las rocas que tenían formas singulares o que estaban junto a un árbol de raíces profundas.

Pero fue inútil. Sospechaba que estaría cometiendo los errores habituales de las personas que se pierden. Creía que avanzaba en línea recta, pero, seguramente, me estaría moviendo en círculos.

No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas. Me preguntaba si habrían empezado a

buscarme. O si no habían contado a los alumnos y no se habrían dado cuenta de que yo no estaba. No tenía ningún amigo íntimo que me echara en falta, dado que llevaba muy poco tiempo en aquella ciudad con seis cines, demasiado nueva para mí.

Creo que aquella tarde no sentí miedo de verdad en ningún momento. Quizá el anochecer inminente debió de asustarme, puesto que cada vez tenía menos tiempo para dar con el camino, pero no estoy seguro. Seguí buscando, porque era lo único que podía hacer.

De repente, oí voces. Me paré y presté atención. Eran un hombre y una mujer que estaban hablando. Hablaban finés. Las voces sonaban cada vez más cerca. Entonces descubrí un sendero que discurría allí mismo, muy cerca de donde yo me encontraba. Me agaché detrás de un árbol caído y medio podrido y atisé a las dos personas, un hombre y una mujer de unos cuarenta años que se acercaban con sendas bolsas de comida. Recordé entonces que, de camino a la granja amarilla, habíamos visto unos cuantos bloques de pisos de reciente construcción que parecían haber sido arrojados en medio del bosque. Recuerdo que pensé que allí vivirían sin duda todas las modistas finlandesas que trabajaban en Algot.

Cuando perdí de vista a los dos finlandeses, seguí el camino y encontré la granja. El autobús en el que habíamos ido no estaba. La casa parecía desierta. Pero entonces apareció un hombre en la escalera de la entrada. Fumaba en pipa. Habría oído mis pasos en la grava.

—El hijo perdido —me dijo el hombre—. ¿Te has extraviado?

—Sí, eso creo.

—¿Has tomado el atajo?

—Sí. Y me he perdido.

—Los atajos pueden ser peligrosos —dijo el hombre—. Puedes llegar antes, pero también cabe la posibilidad de que te pierdas y no llegues nunca.

—¿Me ha buscado alguien?

—Han estado esperando un rato. Luego me han pedido que te buscara yo. —Se quitó la pipa de la boca y soltó un silbido tenue. Un perro acudió despacio desde el interior de la casa—. *Stella* lo encuentra todo. Tiene un olfato increíble. Había pensado esperar media hora más antes de soltarla. Pero has vuelto tú solito. Voy a llamar al profesor y luego te pediré un taxi. Lo ha pagado el colegio.

No tardé en olvidar el suceso en el bosque. Unas cuantas bromas de los compañeros y el ceño fruncido y la cara seria del profesor, eso fue todo. Supongo que nunca consideré que aquello mereciera un lugar en la memoria.

Muchos años después empecé a soñar con aquella casa y con mi vagar errático por el bosque. En el sueño, todo era aterrador. El hombre y la mujer que hablaban finés en el bosque eran personas peligrosas que me atacarían si llegaban a descubrirme. Los árboles del bosque y la tierra blanda ocultaban viejas trampas que se abrirían bajo mis pies en cualquier momento. Cuando llegaba a la granja, estaba absolutamente desierta. Todo estaba cerrado. No podía entrar. Y empezaba a hacer mucho frío. Como si la primavera se hubiera esfumado y me hallara otra vez en pleno invierno riguroso.

Era un sueño recurrente. Yo lo interpretaba como que el episodio del bosque había sido, pese a todo, una experiencia traumática. Pero en el fondo no me creía del todo esa explicación.

Ahora que tengo cáncer comprendo muy bien la sensación de extravío. Me encuentro en un laberinto que no tiene ni entradas ni salidas. Sufrir una enfermedad grave es haberse extraviado en el propio cuerpo, en el que sucede algo que uno no puede controlar.

Hace unos años fui a buscar la casa amarilla. Me llevó varias horas dar con ella. Allí seguía, amarilla como entonces, aunque se le había caído parte de la pintura. Ahora pertenecía a una iglesia libre. Deambulé un rato por los alrededores. Del sendero del

bosque no quedaba ni rastro. Lo había sustituido una carretera más ancha que atravesaba el bosque con otro recorrido. Pero los árboles y las rocas parecían los mismos. Y los bloques de pisos construidos en el bosque también eran los mismos que vi en su día.

Me preguntaba qué habría sido de la costurera finlandesa y su marido. ¿Seguirían vivos?

Naturalmente, no lo sé.

Cuántas preguntas. Qué pocas respuestas.

El camino a Salamanca Segunda parte

En mis sueños, todavía puedo recorrer los tramos rectos e interminables desde la frontera montañosa entre Portugal y España.

En mis sueños, el camino a Salamanca no sólo incluye el relato del camarero que, de repente, se harta de todo y deja el delantal. También hay otro recuerdo, igual de extraño a su manera.

Ocurrió al día siguiente. También en esta ocasión fue en una cafetería donde servían unos platos, pocos, en una sala interior cuyas paredes estaban cubiertas de fotografías de hermosos caballos de raza.

Me senté a una mesa de la terraza que se encontraba en la acera. Era poco después del desayuno y había muchas sillas vacías. Pedí un café y empecé a planificar mentalmente la continuación del viaje. Si aguantaba, intentaría llegar hasta Lyon ese día. Pero comprendí que, para conseguirlo, debería haber salido varias horas antes. Decidí que me bastaría con cruzar la frontera francesa. No tenía prisa.

La prisa es casi siempre una manifestación de necesidades humanas ficticias.

De repente me fijé en una señora de unos sesenta años que estaba sentada a una mesa. Tenía delante un vaso de leche grande. Al lado, una copa de jerez. Vi que vertía el jerez en la leche y la removía con una cucharilla.

Vestía con elegancia y llevaba pulseras y collares brillantes. Naturalmente, ignoro si eran auténticos o no.

Entonces descubrí que estaba asustada, tanto que le temblaban las manos. Podía verlo desde mi mesa.

Si no era miedo, pensé que debía de estar sufriendo un dolor terrible. Algo la tenía preocupada.

Se la veía totalmente inmersa en sus sentimientos. No parecía advertir el tráfico ni a las personas que pasaban por la acera. Aquellas manos temblorosas constituían la frontera de un mundo que no era el suyo.

No tocó el vaso de leche. Todavía no sé a ciencia cierta qué fue lo que me fascinó de ella. ¿Su inaccesibilidad, tal vez?, ¿la curiosidad de saber por qué se aislaba así del mundo?

Un coche de policía pasó por la calle con las sirenas aullando a todo volumen. Ni siquiera entonces reaccionó.

Yo llevaba unos diez minutos observándola cuando un camarero se le acercó y le dijo algo. Ella se levantó bruscamente. El vaso de leche estuvo a punto de volcarse, pero el camarero consiguió cogerlo a tiempo. Entre tanto, la mujer había entrado en el café. Me volví y vi por la ventana que se había acercado a la barra y cogía el auricular de un teléfono que le daba el cajero. La mujer escuchó sin decir nada. De vez en cuando la perdía de vista, cuando la gente pasaba por delante de la ventana.

La conversación fue breve. Ella colgó y se derrumbó en una silla. Ahí estaba la explicación. Aquella mujer esperaba una llamada con una información que temía oír. Acababa de recibirla, y resultó tan terrible como se había figurado.

Pero me equivoqué. En aquel café de Salamanca aprendí que la expresión de alegría y la de dolor pueden ser idénticas. La alegría puede expresarse como alivio, el dolor, como resignación. La manifestación externa es la misma.

La mujer volvió a la mesa, donde aún seguía el vaso de leche mezclada con jerez. Se sentó y bebió hasta la mitad. Ya no le temblaban las manos. Toda ella irradiaba alivio. Rara vez he visto a una persona que, estando tan serena, transmitiera tanta alegría desbordante. Quizá no había recibido la noticia esperada de una muerte. El temor de que le anunciaran una enfermedad tal vez se había transformado en la gran alegría de saber que estaba sana.

De repente, le entró prisa. Dejó el dinero en la mesa, junto con la leche a medio beber, se levantó y se alejó por la acera.

Entonces hice algo que todavía me sorprende. No me cuesta reconocer que puedo sentir curiosidad por aquello que, en rigor, no me incumbe. La curiosidad representa para mí una fuente de inspiración indiscutible. Llamé al camarero y, con un español pobre, le pregunté si sabía quién era la mujer que se había dejado en la mesa el vaso de leche.

El camarero asintió.

—La señora Carmen —dijo—. Siempre viene con su marido. Está muy enfermo. Pero acaban de comunicarle por teléfono que no es mortal. Así que se ha ido a abrir la sombrerería que tienen. Me alegro por ella. No tienen hijos, sólo se tienen el uno al otro.

Pagué y me fui. Una hora después logré salir del laberinto de aquella ciudad y su compleja red de carreteras, y puse rumbo al norte.

Esto ocurrió hará cerca de treinta años. Nunca he vuelto a Salamanca, pero a veces pienso que debería. Como una peregrinación. Todos tenemos nuestro lugar de peregrinación, que no está necesariamente relacionado con ninguna idea ni sentimiento religioso.

En Salamanca vi rebelarse a una persona y poner punto final. Pero también vi la alegría serena, casi invisible, de una mujer que acababa de enterarse de que no iba a quedarse sola.

Por aquel entonces, yo tenía treinta y cinco años más o menos. Ahora tengo casi el doble. Aún hay muchas cosas inciertas en la vida. Es obvio que he vivido más de la mitad de mi vida. Y que las decisiones más importantes ya las he tomado. No voy a elegir una nueva forma de vida. Naturalmente, pueden producirse rupturas de diverso tipo, pero puedo decirme con tranquilidad: así fue mi vida.

Nunca volveré a Salamanca. Serán otros los que se sienten en la terraza de una cafetería y vean a alguien tomar leche mezclada con jerez. O los que visiten un barrio de tabernas donde un camarero, de repente, se harte y arroje el delantal.

Envejecer es mirar atrás. Podemos vivir el recuerdo de sucesos y de personas de forma distinta. Como cuando volvemos a un libro que ya hemos leído muchas veces. Siempre encontramos algo nuevo.

Desde que tengo cáncer, me invade la sensación de que en todos los recuerdos que me vienen a la memoria encuentro algo nuevo. Sólo ahora he visto a aquel camarero y a la señora Carmen con toda claridad. Antes, el contorno estaba borroso. Ya no. Se han convertido en imágenes congeladas perfectamente definidas. El delantal del camarero se ha quedado en el aire, como un ala desprendida del cuerpo. Las manos temblorosas de la señora Carmen se cierran como garras.

La vida es un viaje tumultuoso entre lo que nos causa miedo y lo que nos da alegría. En el mejor de los casos logramos atesorar buenos recuerdos a lo largo de ella. Por más que, en nuestro mundo, sean demasiadas las personas que se ven obligadas a olvidar para vivir.

Nunca volveré a Salamanca. Aun así, tengo la sensación de que siempre he estado de camino hacia ese lugar. En secreto.

Tercera parte
El títere

El suelo de tierra

Una vez tuve la ocasión de velar el lecho de muerte de una joven de diecisiete años cuya vida se extinguía paulatinamente.

El lecho era un colchón cubierto con una sábana vieja. Dado que en aquella habitación hacía mucho calor, sólo se cubría con un retazo de tela muy fina. El colchón estaba directamente en el suelo.

No había electricidad. Cuando entré en la habitación, llevaba una vela en la mano.

Su madre y sus hermanos estaban fuera de la casa, alrededor de una hoguera en la que cocinaban la comida, un revuelto de arroz y verduras. Ninguno de ellos parecía comprender del todo que su hermana mayor se estaba muriendo. Esperaban que yo, después de ver a la muchacha, pudiera salir y decir que no tardaría en ponerse bien. Se había contagiado del VIH. Y había desarrollado el sida. En aquel país africano tan pobre en el que vivíamos tanto ella como yo, no había posibilidades de salvarla. Fue antes de la aparición de los antirretrovirales.

El novio de la chica trabajaba en Sudáfrica. Él se lo contagió. Y ahora ella iba a morir.

Me senté en cuclillas en la penumbra. Se hallaba allí tumbada con los ojos abiertos como mirando a un objeto lejano. O quizá no veía nada, quién sabe. Estaba tan cansada que su madre y sus hermanas tenían que llevarla cuando necesitaba ir a la letrina.

Recuerdo la primera vez que la vi, tres años atrás. Tenía catorce años. Ya entonces era preciosa.

Ahora ya no lo era. Estaba escuálida. Tenía la cara cubierta de úlceras de una cantidad infinita de erupciones de herpes. Había empezado a caérsele el pelo.

Han transcurrido veinte años desde que la vi allí tumbada en el suelo, con la mirada perdida en una visión misteriosa. En mi recuerdo es una pálida fotografía en blanco y negro. Muy despacio, la imagen de su cara se va esfumando.

A lo largo de los años, he pensado en ella en más de una ocasión. Cuántos años tendría si hubiera sobrevivido. Qué habría hecho de su vida, qué aspecto tendría.

He pensado en ella igual que he pensado en otras personas que han muerto. Nunca he comprendido por qué hay que interrumpir las relaciones o la amistad con los muertos por el simple hecho de que ya no existan como seres vivos. Mientras yo los recuerde, están vivos.

Carlos Cardoso, el extraordinario periodista africano, murió asesinado en Maputo en plena calle, hace ya quince años. Había desafiado a los criminales que colaboraban con altos cargos de la política. Ellos lo condenaron a muerte y lo ejecutaron.

Con Carlos hablo casi todos los días. Son conversaciones que mantengo en la cabeza, pero él está presente y para mí aún es muy importante como uno de mis mejores amigos.

Sin embargo, esta primavera, cuando recibí la primera sesión del tratamiento contra el cáncer que llaman de inicio, pensé a menudo en la muchacha que murió en aquel suelo de tierra. Más a menudo que antes. Empecé a preguntarme si no habría visto mi propia muerte en la suya. Aunque yo no terminaría mis días en el suelo de tierra de un cuarto penumbroso con una vela como única fuente de luz.

En mi memoria regresaba sin cesar a la noche en que la vi por última vez. ¿No estaría intentando decirme algo a mí mismo?

Nadie me había pedido que fuera al poblado de las afueras de Maputo donde vivía. Supe de la muchacha y de toda aquella familia tan pobre cuando, por casualidades de la vida, conocí a una de sus hermanas pequeñas, que había perdido las dos piernas en un terrible y artero accidente con una mina antipersonas. Sobre esta niña, Sofia, escribí después varios libros. Cuando visité a Sofia y a su familia, la hermana mayor, Rosa, la que ahora estaba moribunda, no andaba por allí, sino que, por lo general, se

encontraba en una parcela alejada, trabajando el huerto del que vivía toda la familia. Precisamente la tarde en que fui al poblado acababa de salir del mohoso apartamento de Maputo en el que vivía, después de preparar los ensayos que me esperaban en el teatro al día siguiente. Estábamos trabajando en una versión de *Lisístrata*. Habíamos eliminado todo lo griego, pero el argumento básico en el que las mujeres inician una huelga amorosa para obligar a sus maridos a firmar la paz resultaba tan vigente en la actualidad como dos mil años atrás, cuando Aristófanes escribió tan genial comedia.

No sé por qué me entró aquella preocupación. De repente supe que tenía que ir al poblado aquella misma noche. Y eso hice.

Al final caí en la cuenta de por qué ahora pensaba en ella tan a menudo. Recordé cómo me había acuclillado en el suelo, muy cerca de ella, y clavé en el suelo la vela encendida. No dijimos nada. Lo único que se oía era el murmullo de las voces de su familia que se encontraba fuera alrededor del fuego, delante de la choza. Y el jadeo de su respiración, como si cada suspiro le exigiera un esfuerzo enorme. Yo trataba de imaginar en qué estaría pensando y qué sería lo que veía en la penumbra con aquellos ojos despiertos que, al mismo tiempo, expresaban un cansancio infinito.

Cuando por fin se volvió hacia mí y nuestras miradas se cruzaron, me oí formular una pregunta.

—¿Tienes miedo de lo que te espera?

Debí haberme mordido la lengua. No se le pregunta a una moribunda de diecisiete años, que no ha tenido la oportunidad de empezar a vivir en serio, si tiene miedo a morir.

Creo que sonrió al responder:

—No —dijo—. No tengo miedo. ¿De qué iba a tener miedo? No tardaré en levantarme. Pronto estaré curada.

Una semana después había muerto. Una de sus hermanas pequeñas hizo autoestop y un camión la llevó a la ciudad, así que, cuando terminé los ensayos, estaba esperándome. Con una voz tenue, tímida y susurrante, me contó que Rosa había muerto.

Naturalmente, no me sorprendió. Aun así, me eché a llorar. Algunos de los actores que bajaban del escenario se asustaron al verme. Nunca me habían visto llorar. Quizá pensarán que los blancos nunca lloran...

Ahora que vivo con esta lucha singular contra el cáncer, comprendo que me hago la misma pregunta que le hice en su día a Rosa. ¿Cómo de asustado estoy? ¿Me niego yo también a reconocer que la muerte siempre está cerca, como una posibilidad, cuando a uno le diagnostican un cáncer?

No lo sé. Pero creo que trato de ser sincero conmigo mismo. Claro que tengo miedo. De repente, unas olas gigantescas se yerguen salidas de la nada y azotan mi litoral, por dentro y por fuera.

He tratado de levantar una empalizada para resistir lo que me asusta. Si ocurriera lo peor, si el cáncer se extendiera y fuera imposible detenerlo, moriría. Ante eso no hay nada que hacer, salvo mostrar el mismo valor que hay que tener para llevar una vida decente. Uno de los argumentos más importantes para mantener la dignidad y tratar de conservar la calma es que, después de todo, yo no tengo diecisiete años ni voy a morir antes de haber empezado a vivir de verdad. Con mis sesenta y seis años, he vivido más de lo que la mayoría de las personas del planeta pueden soñar siquiera. He vivido una vida larga, aunque sesenta y seis años no sean hoy lo mismo que antaño.

Al hojear un ejemplar antiguo de *¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?* del año 1964, veo que la mayoría de los «fallecidos del año» tienen entre sesenta y setenta años. Hay algunos de ochenta, pero ni por asomo tantos como hoy.

Lo que más asusta es, naturalmente, que la muerte sea dolorosa.

Pero hoy existen menos razones que antes para abrigar ese temor. En la actualidad,

son pocos los dolores que no pueden controlarse.

Existe además una escapatoria extrema; pensar en ella me aporta cierta seguridad. Si se diera el caso de un dolor insoportable que no se pudiera paliar, podría pedir que me sedaran. Así abandonaría durmiendo esta vida y este mundo. Prefiero eso que tener que suicidarme. Es algo que no quiero hacer, por mis seres queridos. Si estuviera solo en la vida, podría ser una opción, pero hoy por hoy no lo es.

Mi temor más profundo tiene un origen bien distinto. Disparatado, infantil. Me da miedo pensar que estaré muerto mucho tiempo. Es un miedo absurdo, casi vergonzoso. En la muerte no existe el tiempo, no existe el espacio, nada. Mi participación en la danza de la vida ha terminado. Me he caído de la escalera de las edades del hombre en el último peldaño.

Pero ¿no será ésa la verdadera seguridad? ¿El hecho de que mi miedo se base en una idea absurda de que la muerte se parece a la vida? ¿Que valen las mismas leyes y la misma conciencia? Claro que eso no es así.

Nunca sabré si era verdad que Rosa, moribunda en aquel suelo de tierra, no tenía miedo. Si respondió con sinceridad a aquella pregunta mía tan descarada y tan falta de delicadeza. Nunca sabré si se estaba engañando a sí misma o si sabía perfectamente cuál era la situación.

Es como si la joven africana estuviera ayudándome a responder las preguntas y guiándome por las vías tan dificultosas que discurren entre la vida y la muerte.

Mientras escribo esto acaban de darme la cuarta sesión de quimioterapia de lo que llaman «tratamiento de inicio». Dentro de unos días sabré si los citostáticos han surtido efecto o no.

Naturalmente, estoy preocupado y tenso. A veces, sobre todo por las noches, me despierto con una preocupación que es casi un ataque de pánico. Entonces me levanto y salgo a la oscuridad de la noche primaveral. Un ostrero que no tiene ganas de esperar al amanecer chilla desde la playa.

Por lo general, no me lleva más de unos instantes recobrar la calma, una calma frágil, pero calma al fin. Y entonces tengo a veces la sensación de que Rosa está allí mismo, muy cerca. Como un fantasma, como un espectro, no como un alma en pena o un alma bendita, sino sólo como un recuerdo y, por lo que a mí respecta, como un dolor permanente.

Y lo más importante de todo: como un recordatorio de lo que ocurrió aquella vez, sobre aquel suelo de tierra.

De puntillas, de una sombra a otra

Sólo podemos recordar el pasado. El futuro no nos da recuerdos.

Es una obviedad que nadie cuestionará. El tiempo es una flecha que corta el aire en una única dirección. Hacia delante. No podemos dar la vuelta al tiempo y pedir que la flecha vuele hacia atrás. No existen las máquinas del tiempo. Teoremas matemáticos, a veces en forma de esquema, pueden abordar de forma filosófica la cuestión del regreso a lo que ha sido. El juego de impedir que la abuela y el abuelo se conozcan y, por tanto, que uno llegue a nacer. Pero eso no son más que juegos mentales. En la práctica, no puedo no haber nacido.

Los pensamientos que abrigo no existirían si el viaje en el tiempo hubiera sido posible. Mis recuerdos no habrían existido jamás y, por tanto, tampoco habrían podido erradicarse.

Las cuestiones sobre el tiempo y el universo son las de mayor envergadura, las más difíciles. Se ocupan de ellas los cerebros más avezados. Los procesos químicos del cerebro que constituyen la esencia del pensar trabajan a alta presión. De vez en cuando, se producen descubrimientos prodigiosos.

Puedo recordar lo que no se sabía cuando yo era joven y lo que se sabe hoy. Desde el punto de vista del universo, la cuestión de los agujeros negros es totalmente nueva. La identificación del ADN es otra revolución científica que nadie podía imaginar siquiera setenta y cinco años atrás.

Todo pensamiento trata de hallar, en definitiva, un sentido más allá de la mera imposición biológica de la reproducción. Tanto por la supervivencia de la especie humana como para que nuestras preguntas, aún sin responder, algunas incluso sin formular, se enfrenten a los cerebros pensantes de las nuevas generaciones.

Todos nos hacemos preguntas. Es algo que tenemos en común. No conozco a nadie que no haya sentido curiosidad por las estrellas una noche de invierno y que no se haya preguntado por la existencia, el sentido y el curso de la vida. En este sentido, podemos decir que el poema «El duende», de Viktor Rydberg, es una reflexión filosófica equiparable a los relatos de los grandes pensadores.

Muchos abandonan, dejan de preguntar, se encogen de hombros y continúan con sus vidas como si no existieran los misterios. Algunos se rinden en la juventud, otros persisten hasta más avanzada la vida. Pero, al final, siempre se produce ese encogerse de hombros filosófico. Y los comprendo. Además, para millones de personas del planeta es un lujo inaccesible poder sacar tiempo para pensar.

Ésa es una de las mayores injusticias del mundo en el que vivimos, que algunas personas tengan tiempo para pensar mientras que a otras nunca se les ofrece esa posibilidad. Poder buscar el sentido de la vida debería incluirse en las declaraciones de derechos como algo obvio.

Otras personas encuentran su verdad en las religiones. Y otras observan las estrellas. Siendo niño, una noche de invierno en que me había desvelado, vi a un perro solitario correr a la luz vacilante de una farola y luego desaparecer otra vez en la oscuridad. A veces pienso que todas mis preguntas sobre la vida y la muerte, el pasado y el futuro, tienen que ver con aquel perro solitario que corría de puntillas de una sombra a otra.

Nuestra capacidad para admirarnos nos convierte en seres humanos. De ese modo, el cielo nocturno también es un espejo en el que vemos nuestro rostro. Me imagino que el mío es tanto más veraz cuanto mayor es mi admiración.

En mi mundo, las verdades siempre son provisionales. Nada de lo que he pensado en mi vida ha permanecido inalterado. Las verdades son como naves que se balancean en el mar. Hay que darles el rumbo adecuado. Navegar dejando atrás bajíos y atolones. Variar la velocidad o la cantidad de velas desplegadas.

Una nave que regresa de un viaje es una nave distinta de la que partió. También la

verdad viaja por mi cabeza y por mi vida. Para que esas verdades sobrevivan, a veces tengo que cuestionarlas y buscar un cambio.

Cuando tenía veinte años, el ataque a Vietnam por parte de Estados Unidos fue una línea divisoria importante y, en muchos sentidos, decisiva. En aquel entonces consideré que era correcto oponerse a la agresión americana, y así lo veo también hoy. Pero cuando terminó aquella guerra y las tropas estadounidenses se hubieron retirado, Vietnam atacó a la vecina Camboya, y entonces me pareció correcto condenar a Vietnam igual que antes había condenado a las tropas americanas.

Para asombro mío, en muchos casos el sentimentalismo sustituyó entonces a la razón: ¿cómo podía atacar yo al valeroso pueblo vietnamita? La gente lloraba en el sofá asegurando que los vietnamitas tenían todo el derecho del mundo a atacar Camboya.

Para mí era una evidencia fundamental. A veces hay que poner la verdad boca abajo para que la cosa se mantenga en pie.

Bertolt Brecht escribió que pensar era una de las actividades más placenteras que conocía. Estoy de acuerdo con él. Tratar de resolver una cuestión dando un paseo o concentrado ante el escritorio es liberador y vigorizante al mismo tiempo. Y, desde luego, también placentero.

Todos los pensamientos son posibles. No hay vallas ni fosos ni minas en el terreno del pensamiento. Todo es un paisaje libre. Las personas que gobiernan en regímenes tiránicos o dictatoriales lo saben y temen la libertad de pensamiento de la gente. De modo que recurren a diversos métodos para obligarla a que, de un modo más o menos consciente, ejerzan la autocensura. Que cavén fosos en el cerebro allí donde antes no los había.

Yo sé bien lo que implica la autocensura. En determinadas circunstancias, hace veinticinco años, decidimos que no íbamos a representar ciertas obras en el teatro de Maputo. Adujimos argumentos racionales. No íbamos a tener público, no contábamos con actores que encajasen en esos papeles, la obra o el tema que teníamos en mente no era, después de todo, tan importante como pensábamos... Formulamos una cantidad infinita de argumentos para justificar que era una decisión sensata. Pero, en el fondo, sabíamos que todos estábamos ejerciendo la autocensura. Existía el riesgo de que el poder no reaccionara positivamente a lo que habíamos decidido llevar a escena. Podíamos tener problemas. En el peor de los casos, podían cerrar el teatro. Y yo podía verme en la situación de tener que salir con lo que llamaban un 24/20: tendría que dejar el país en veinticuatro horas y la maleta no podría pesar más de veinte kilos.

Si hicimos o no lo correcto podría discutirse. Yo todavía no estoy seguro. Pero el teatro sigue allí. Nunca se vio amenazado, nunca lo cerraron. Hoy en día, además, podemos ser francos y decir abiertamente que fue la autocensura quien eligió, no nuestra voluntad libre, independiente y creativa.

El principal reto es la voluntad de aproximarse a nuevas formas de pensar. No vacilar a la hora de cuestionar las verdades ajenas y de tomar otros caminos. Daré un ejemplo: si un teatro me pidiera un día que escribiera una obra sobre una huelga, seguramente decidiría hablar de un esquirol. Esto significaría acercarse al objetivo desde una dirección inesperada. En el mejor de los casos, las preguntas en torno a la huelga se harían desde una perspectiva que llevaría a unas reflexiones diferentes. Nuevas ideas, nuevas conclusiones.

Los descubrimientos decisivos en el seno de diversos sectores industriales proceden por lo general del trabajo en el taller, no de las salas donde los ingenieros cobran por pensar en soluciones a diversos problemas. Un día, el trabajador de la fábrica llama a la puerta del director y le presenta una propuesta que implica una mejora decisiva de una parte del proceso de elaboración, que de este modo resulta más rápido y económico.

El hecho de que hayamos desarrollado la capacidad intelectual guarda relación,

lógicamente, con la supervivencia. En último término, lo único que queremos es sobrevivir. Queremos vivir, no morir. Cada vez que veo a una persona rebuscando en los contenedores de basura veo ante mí ese sencillo axioma: queremos vivir. A cualquier precio.

¿Y no podemos darle la vuelta a este razonamiento? Nuestra actividad racional se debe fundamentalmente a que queremos evitar la muerte a cualquier precio. Después de todo, la vida es algo que conocemos. La muerte es para nosotros algo extraño, aunque sepamos que la carne se corrompe y que al final sólo quedan los huesos.

Pero también pensamos en lo que implica la muerte. ¿Existen otros mundos, o sólo oscuridad? Eso conlleva a su vez que, tarde o temprano, nos veamos ante ese muro al que ya me he referido. ¿Qué había antes del tiempo y el espacio? ¿Qué había antes de que existiera algo?

¿Es «nada» lo mismo que «eternidad»?

Mi abuela paterna vivió casi cien años. En el último tramo de su vida sufría de vez en cuando ataques de miedo a morir. En esas ocasiones, se tumbaba en la cama y cerraba los ojos. Muy fuerte, como un niño que cree que así puede hacerse invisible.

Yo me sentaba a veces con ella en el borde de la cama, entonces abría los ojos despacio y yo le preguntaba qué era lo que la asustaba tanto, aunque sabía la respuesta.

—La muerte —decía—. La veo venir. La cuestión es no pensar, apartar todo pensamiento, tratar de resistir el instante. Es lo único que puedo hacer. Hasta que llegue el próximo ataque.

¿No será ése el más difícil de todos los pensamientos? ¿No pensar en absoluto?

Mantua y Buenos Aires

Una vez, hace muchos años, fui a Italia y visité la ciudad de Mantua. Participaba en un festival de literatura. Era un cálido día de primavera y yo buscaba un tanto distraído algún restaurante donde comer.

De repente me vi en la plaza más grande de la ciudad. La gente estaba formando un círculo en cuyo centro iban a representar una función de teatro callejero. Me quedé y pensé que, ya que estaba allí, al menos podía ver cómo empezaba.

Vi toda la representación. Duró cincuenta minutos. Cuando finalizó miré al público y constaté que la mayoría de la gente que la había visto seguía allí.

Muchos, además, estaban tan emocionados como yo. El sombrero que habían puesto en el suelo no tardó en llenarse.

Dos actores habían representado toda la obra. Un hombre joven y una mujer no menos joven. Iban vestidos con algo que debía recordar al traje de un bufón medieval. En un primer momento, eso me inquietó. He visto demasiadas obras teatrales en las que la promesa de ver a un titiritero medieval nunca pasaba de una imitación ridícula.

Pero aquellos dos actores jóvenes no tardaron en dar vida a los trajes. En una suerte de Tierra de Nadie atemporal, representaron una historia de amor con pinceladas trágicas y cómicas. No hablaban mucho, el tráfico alrededor de la plaza era intenso y ruidoso. Además, por todas partes había cafeterías con la música alta. Pero con un ingenio y una imaginación sorprendentes, los jóvenes superaron el ruido y crearon una sensación extraordinaria de cercanía con el público. La obra presentaba muchos giros, mantenía la emoción. No me limité a mirar esperando el final, sino que me preguntaba todo el rato: ¿qué va a pasar ahora?

Los jóvenes actores representaban el amor y todas sus dificultades de un modo sobrecogedor. En ningún momento fueron pretenciosos, su actuación resultó verosímil de principio a fin.

Cuando terminó la representación, comprendí que acababa de ver una de las mejores actuaciones teatrales de mi vida. Mientras el público se dispersaba, yo me quedé viendo cómo los actores recogían el escaso atrezo. Luego, se acucillaron a la sombra de un árbol para contar el contenido del sombrero. Comprendí que eran pareja también fuera del escenario. Expresaron la alegría por el contenido del sombrero abrazándose fuerte.

Dudé si acercarme y decirles que me había gustado mucho la función. Cuando por fin empecé a cruzar la plaza en dirección a ellos, era demasiado tarde. Ya se habían levantado y se habían metido a toda prisa en un viejo coche no muy grande. Los vi esfumarse al girar en la esquina.

Siempre he lamentado no haber llegado a tiempo de darles las gracias. Con la cantidad de veces que había ocultado mi falta de entusiasmo y había dado las gracias a los actores por una función... En este caso, me había encantado lo que había visto, pero cuando fui a decírselo ya no estaban.

No sé quiénes eran, ni cómo se llamaba la obra ni quién la había escrito. Sólo sé que aquellos actores eran muy jóvenes y tenían mucho talento. Aún hoy sigue siendo una de las mayores experiencias artísticas de mi vida.

Hay otra representación que me acompaña como un recuerdo fascinante desde hace más de quince años. También en este caso fue una casualidad.

Yo había ido a Buenos Aires para hablar de mis libros. Ya había estado en la ciudad antes, pero muy poco tiempo. Fui en busca de material para el libro que estaba escribiendo. Esta vez tenía más tiempo y me tomé una tarde libre.

No había andado muchos pasos cuando descubrí algunos sin techo acurrucados por todas partes, en los portales y debajo de los escaparates iluminados. No personas solas, sino, en muchos casos, familias enteras. Así que yo iba cruzando los salones y

los dormitorios de todos ellos. Naturalmente, conocía la crisis capitalista que estaba sufriendo Argentina, pero no estaba preparado para comprobar que hubiera afectado tan duramente a personas que ya vivían con lo justo.

Fue una experiencia dolorosa. Tomé una perpendicular cuyas aceras eran tan estrechas que nadie podía dormir en ellas. Fui deambulando al azar hasta que entré en un restaurante más bien pequeño, lleno de argentinos.

No recuerdo qué comí. Pero la camarera cojeaba y trabajaba con una eficacia que no había visto en la vida.

Hacia las once, pagué y salí. Puse rumbo al hotel y eché a andar. Al cabo de un rato me encontraba cerca del cruce de la avenida Corrientes y la avenida Callao. De repente, un grupo de personas dificultaba el paso. Habían formado un corro y observaban algo que estaba ocurriendo en el centro. Oí música, tango argentino, de un altavoz. Conseguí atravesar la muchedumbre como pude hasta que vi qué era lo que los había reunido allí.

Cuatro parejas bailaban tango en la calle. Iban vestidos siguiendo las diversas modas del siglo XIX. Y eran muy buenos. No sólo bailaban sino que, además, representaban una pieza teatral en la que entraban en juego los celos y otras pasiones. Dos de los bailarines tenían por lo menos setenta años. Otra de las parejas apenas había cumplido los veinte. Iban cambiando de pareja y de estilo de baile. Tan sólo la luz vacilante de las farolas iluminaba el espectáculo. Habían elegido el lugar perfecto para su actuación. El público se encontraba fuera de los círculos de luz, y ellos bailaban bajo una luz cambiante mientras iban pasando de una zona más iluminada a otra en semipenumbra, según lo que quisieran expresar con la danza.

Nadie pronunció una palabra. A veces se detenían como si se hubieran congelado en medio de un movimiento. Luego continuaban, cambiaban de pareja y seguían hablando de la maldición y el júbilo de las pasiones.

Fue brillante. Unos bailarines técnicamente brillantes, con capacidad dramática suficiente para contar algo al tiempo que se movían por el paisaje ondulante del tango.

Una de las bailarinas, la más joven, tenía un carisma especial. En un principio no supe qué era. Luego comprendí que era ciega. Sin embargo, cerraba los ojos cuando los cerraba el hombre con el que estaba bailando.

Después del espectáculo, me acerqué al lugar donde se hallaba limpiándose el sudor de la cara. Estaba tan agotada y sudorosa como los demás, y se alegraba como ellos del tintineo de las monedas y del crujido de los billetes en los sombreros que iban pasando entre el público. Los pasaban todos menos ella.

Igual que los actores de Mantua, aquellos bailarines vivían de lo que los espectadores dejaban en el sombrero. Por la noche pensé en los miles y miles de sombreros que los artistas callejeros, a veces de una maestría milagrosa, alargan o pasan a diario. Artistas grandes de verdad, como los actores de la plaza de Mantua y los bailarines de Buenos Aires.

Era más de medianoche cuando acabó el espectáculo. Uno de los bailarines hablaba con su mujer, que tenía un niño en brazos. Todos los artistas estaban cansados. Bailar tango durante más de una hora exige una buena condición física y unos músculos bien entrenados. No sé cuántas actuaciones habían tenido aquella noche. ¿Dos? ¿O la que yo había visto era la tercera?

Volví al hotel tropezándome con las familias que dormían acurrucadas en las aceras. Hacía fresco. Pensé que recordaría Buenos Aires por los bailarines de tango. Los recordaría tanto como a las familias que dormían en la calle.

La encrucijada donde actuaron los bailarines parecía una cueva. Las fachadas que se erguían en la noche, la luz pálida de las farolas, el sonido de la música que rebotaba en las paredes...

A veces, uno sabe que una vivencia le quedará para siempre en la memoria.

Algo que nunca podrá sustituirse por nada.

El pájaro tonto

En una ocasión, a mediados de la década de 1980, me lancé a la búsqueda de una máquina de escribir.

Por aquel entonces yo vivía en Zambia, en la frontera con Angola, y tuve que viajar hasta la isla de Mauricio.

Un escritor noruego la había dejado allí. La mía se había roto y no tenía arreglo. Yo sabía que la máquina estaba en un hotel que llevaba el curioso nombre de El Coco Colonial. El propietario era un francés que, en su juventud, había estudiado filosofía en París con Michel Foucault. En la ladera que desembocaba en el mar y que se extendía delante del hotel había plantado un ejemplar de todas y cada una de las clases de cocoteros existentes. De ahí el nombre.

El propietario, que vino a saludarme la misma noche que llegué, resultó ser partidario del viejo orden colonial. Nunca conseguí enterarme de si era sincero o, por el contrario, lo decía con ironía. Vivía solo en una casa al lado del hotel. Me invitó unas cuantas veces. Siempre después de medianoche. Lo que más le gustaba era discutir de filosofía. Nos quedábamos hablando hasta el amanecer y, si la memoria no me falla, jamás estuvimos de acuerdo en nada. Pero no discutíamos. Aquellas conversaciones nocturnas irradiaban algo sereno e irreal.

La máquina de escribir verde se encontraba allí. Mi intención era llevármela a Zambia, pero pesaba demasiado. Así que la utilicé solamente los diez días que estuve en la isla. Alquilé un coche e hice excursiones a Pamplémousses y su espléndido jardín botánico. Una flora densa y húmeda cubre la isla. En muchos lugares se extienden grandes plantaciones de caña. La población es una mezcla de africanos e hindúes. Y, naturalmente, también existe un grupo de blancos, la mayoría de ellos franceses, desde la época colonial. No hace más de veinte años que la isla de Mauricio se independizó de Francia y se constituyó en república.

Lo último que hice fue visitar la capital, Port Louis. Aparte de pasear un rato por las calles de la ciudad y observar la vida cotidiana de la gente, tenía un objetivo concreto. Quería ir al museo donde se conserva un esqueleto de dodo, un ave de una especie extinta. Si no recuerdo mal, tenían un modelo del aspecto externo del ave, con plumaje y todo.

Es una experiencia curiosa la de encontrarse ante una especie que existió pero que se ha extinguido. Claro que el dodo no desapareció de la faz de la Tierra como los dinosaurios, hace millones de años. Había dodos vivos hace tan sólo cuatrocientos años.

El nombre, «dodo», viene del inglés, que a su vez procede del portugués *doudo*, que significa tonto, sencillamente. Los marineros portugueses que llegaron a la isla de Mauricio, donde vivía aquella ave sin alas, observaron que no manifestaba temor alguno por los hombres, puesto que nunca había visto a aquellos seres erguidos. En otras palabras, era facilísimo matarla. No había que cazarla ni que atraparla con un lazo ni que dispararle. Sólo había que acercarse y darle con un palo en la cabeza o torcerle el pescuezo. Aquel animal no sabía cómo protegerse.

El dodo era un ave grande. Un ejemplar adulto podía pesar más de veinte kilos. Si había escasez de alimentos, los marineros bajaban a tierra y cogían las aves necesarias para el almuerzo. La carne del dodo no tenía muy buen sabor, pero, lógicamente, servía mientras no hubiera otra cosa. Además, los huevos también se comían, y podían aprovechar el plumón.

El dodo sólo existía en Mauricio. El que determinadas especies se desarrollen en islas aisladas ocurre en todo el planeta. Como el dodo no tenía ningún enemigo natural antes de que el hombre arribara a la isla, había perdido la capacidad de volar.

El dodo se extinguió en muy poco tiempo. Todavía a finales del siglo XVI había

informes de la gran cantidad de ejemplares que había en la isla de Mauricio. Doscientos años después estaba prácticamente extinguido. A algunos los llevaron vivos a Inglaterra, otros fueron pintados por marineros con dotes artísticas.

Los hombres no tuvieron participación alguna en la extinción de los dinosaurios. Sencillamente, el hombre no existía. Pero en el caso del dodo, no cabe la menor duda. Fueron los hombres quienes, con sus actos, erradicaron al pájaro «tonto».

Hoy en día tenemos varios miles de especies animales en peligro de extinción. El hombre ya no persigue a las ranas, los venados o los tigres, pero sí se están extinguiendo los rinocerontes, puesto que los asiáticos creen que el polvo del cuerno de este animal tiene poderes afrodisiacos. Sería una medida sensata segarles el cuerno a los rinocerontes, así la caza no tendría ningún atractivo. Los rinocerontes se ven expuestos a grandes sufrimientos. Si no se toman medidas drásticas, nuestros nietos sólo podrán verlos en los zoológicos.

El exterminio de ciertos animales es el precio que pagamos por nuestro modo de vivir. El saqueo del planeta Tierra sigue produciéndose a velocidad constante, aunque hoy estemos infinitamente más concienciados que hace diez o veinte años.

Por supuesto, hay movimientos de resistencia. Individuos que se unen formando grupos y que animan a la defensa de la biodiversidad con el sencillo argumento de que, al empobrecer la Tierra reduciendo el número de nuestros compañeros de viaje, nos empobrecemos a nosotros mismos y nuestro desarrollo como personas.

¿Puede ser tan importante una especie de ave o un determinado tipo de rana? Sí. Tratándose de la biodiversidad, no hay paliativos.

Todo lo que se haga en nombre de la defensa de la biodiversidad no tiene por qué ser bueno, naturalmente. Muchas de las medidas adoptadas están mal ideadas y resultan perjudiciales para sus objetivos. Soltar a los visones de las granjas suecas derivó en que esos animales hayan acabado con buena parte de la población de aves marinas del Báltico, como el negrón especulado y el eider común. Los visones les roban los huevos. No son un elemento natural de la fauna del archipiélago de Östergötland y de Småland. Por mucho que quisiéramos salvar a aquellos visones enjaulados, eso no daba derecho a soltarlos, liberando así a la muerte que acabó con las aves marinas, cuyo número ya estaba regulado por la caza en otoño y primavera. No se puede liberar a un animal y erradicar con ello a otro. ¿A quién se le puede ocurrir semejante idea? ¡Sólo a los hombres!

Me quedo en el archipiélago. Todos los veranos de mi niñez, e incluso muchos después, los pasé en una isla del archipiélago de Östergötland. La pesca era uno de mis principales entretenimientos. La idea de que la perca fuera a desaparecer de allí un día por completo era del todo impensable. ¿La perca, desaparecida? Era como decir que la luna iba a dejar de salir por las noches.

El verano de 2013 vi una única perca, de no más de cinco centímetros de longitud. El año anterior, no había visto ni una sola.

Lo mismo ocurre con el más grande de nuestros escarabajos. El ciervo volante. En la isla de la que hablo hay casi exclusivamente robles. El ciervo volante, que se alimenta de la madera del roble, nunca ha sido muy numeroso. Pero había. No era preciso buscar mucho para ver uno. Hoy han desaparecido.

Por todo el planeta se produce este exterminio imperceptible de animales y plantas. Tigres y rinocerontes llaman mucho nuestra atención; el ciervo volante, no tanto. Pero los animales se ven afectados por el mismo proceso, con independencia de su tamaño, su belleza o su condición salvaje. La causa de todo esto es nuestro paso por la tierra, nuestro deseo irrefrenable de consumir aquello que la tierra sólo puede darnos en dosis concretas y muy medidas.

Es una lucha. Entre quienes tratan de proteger a los animales y las plantas del exterminio y detener ese saqueo insensato, y quienes miran para otro lado y piensan

que todo aquel que quiere un coche y tiene dinero para comprarlo debe poder hacerlo. ¿Cuántos coches nuevos salen a las calles de China a diario? ¿Cuarenta mil? ¿Más? ¿Y qué harán todos esos compradores de coches cuando las carreteras, aun siendo autopistas de varios carriles, estén tan saturadas que sea imposible moverse?

De todas las imágenes y comparaciones que describen lo espeluznante que es el mundo en el que vivimos, hay una que me viene a la memoria con frecuencia. Se trata de una fotografía, tomada desde un avión o un helicóptero, de la red de autopistas de Los Ángeles. Seguramente, la imagen sería parecida si se fotografiara cualquier gran ciudad del mundo, Shanghái, São Paulo o Ciudad de México. Los carriles sinuosos y apiñados recuerdan a la cadena de montaje de la película de Chaplin *Tiempos modernos*. Los coches, como hormigas, forman filas compactas. Y todo lo envuelve el aliento maloliente de la ciudad moderna.

En cierto modo, esas autopistas, los humos y el dodo extinto están relacionados.

Progresamos vertiginosamente. Pero en la balanza, el platillo de lo constructivo y el de lo destructivo están cada vez más desequilibrados.

Se dice que hoy, con la técnica del ADN, deberíamos poder recrear animales de especies extinguidas. Pero ¿qué es eso sino un sueño imposible que disimula todo lo que ha ocurrido y lo que sigue ocurriendo?

La muerte existe. Igual que el exterminio. En el mundo racional nadie vuelve de entre los muertos.

El esqueleto del dodo será cuanto nos quede de esa ave que no tuvo la posibilidad de sobrevivir una vez que los primeros marineros bajaron a tierra en las playas de Mauricio.

El dodo no sabía lo que era un enemigo. Y por eso, lógicamente, lo consideraron tonto.

Al final, ¿quién habrá para escuchar?

Entrar en una cueva es como desaparecer en un bosque denso. La luz cambia. Cada vez hay más penumbra; en la cueva, al final, la oscuridad es total. Los sonidos que antes nos rodeaban se van apagando, y se hace el silencio.

Pero en el interior de la cueva surge también otro fenómeno que ha atraído nuestra imaginación desde siempre. Resuena el eco. Puedes susurrar y el eco vuelve a ti mucho más alto. Si te mueves sólo unos pasos a uno u otro lado, el eco cambia. Puede llegar de muchos puntos al mismo tiempo. O moverse en círculos a tu alrededor. El eco está vivo.

No es de extrañar que la gente de hace unos cuarenta mil años imaginara que el eco eran las voces de lo sobrenatural. En la más honda oscuridad del interior de una cueva empezaron a hablar las paredes de piedra. No podían verse la cara ni el cuerpo, pero allí estaba la voz. Y hablaba la misma lengua que los hombres.

Pero el eco era más sorprendente aún. Los arqueólogos hicieron un descubrimiento prodigioso hará unos treinta años.

El investigador musical Igor Reznikoff recorrió solo varias veces las cuevas francesas de Arcy-sur-Cure, en Borgoña, hacia mediados de la década de 1980. Es un sistema de cuevas con numerosas pinturas rupestres de veinte mil años de antigüedad como mínimo. Reznikoff observó que la mayoría de las pinturas se hallaban en la parte alta de la cueva, donde estaba más oscuro y había más dificultad a la hora de pintar. Asimismo, tomó nota de que ocurría lo mismo en muchas otras cuevas. ¿Por qué los artífices de aquellas pinturas no prefirieron trabajar allí donde había más luz y donde las condiciones de trabajo eran mejores?

Reznikoff iba caminando y hablando en la oscuridad, bajo y alto, a veces entre susurros, otras cantando. Siempre escuchando el eco y sus modificaciones. En los lugares en que el eco presentaba un carácter muy particular, encendía una de sus linternas. Entonces comprobaba, sin excepción, que justo allí se concentraba la mayor parte de las pinturas. Sencillamente, no podía ser casualidad. Examinó las cuevas, un sistema tras otro, buscando ecos con cualidades singulares en la oscuridad, y encendía la linterna cuando creía haber encontrado algo. Según los resultados que luego presentó, no fallaba.

El eco y las pinturas rupestres estaban relacionados. Además, también comprobó que los motivos pictóricos podían vincularse con determinadas propiedades acústicas del eco. Si era un eco agudo, o si estaba formado por muchos ecos trabados procedentes de diversos puntos, podía tener la certeza de que toda una manada de búfalos enormes o de mamuts se había reunido en un espacio muy pequeño, como si la manada se hubiera desbocado.

Cuando el eco presentaba otro tipo de variaciones, había en las paredes puntos aislados de color, o una línea de puntos, quizá incluso la impresión de una mano.

Y eso no es algo que sólo exista en Europa. En varios barrancos de Utah y de Arizona se repite exactamente el mismo patrón. Las pinturas rupestres coinciden con las variaciones del eco.

No podemos estar seguros de por qué se plasmaron en las cuevas las pinturas rupestres ni de por qué el eco desempeñaba un papel tan importante. Las pinturas de esa época son representaciones de la realidad, animales, manos, naves... Pero eso ocurrió mucho antes de la creación del hombre león. Los ejecutores de aquellas pinturas no se habían convertido aún en artistas, en el sentido que nosotros le otorgamos a la palabra: quienes usan su capacidad para crear objetos que no existen. Las abstracciones que presuponen que aquel que contempla la obra de arte también tiene la capacidad de hacer asociaciones en torno a su significado.

Los pintores rupestres estaban influidos por el eco. La decisión de *dónde* debían

pintar y de *qué* debían pintar guarda una estrecha relación con cómo variaba éste. Pero ¿quiere eso decir que interpretaban el eco como una especie de «música»? Imposible decirlo. Lo que sí sabemos es que, en la misma época en que los pintores de las cuevas escuchaban el eco, otros hombres fabricaban flautas con las que hacer música.

Los hombres que vivieron hace cuarenta mil años no sabían cómo explicar el eco. En una llanura en campo abierto no se producía ninguno. Era necesario que hubiera rocas o cuevas. Lo más probable es que creyeran que se trataba de seres mágicos, espíritus que existían en el interior de la montaña y que les hablaban por el procedimiento de devolverles sus propias palabras, pero desfiguradas, cambiadas, a veces deformadas hasta quedar casi irreconocibles.

Así mismo los hombres de aquella época debieron de observar que los sonidos podían viajar sobre una gran extensión de agua. También allí reinaba un vínculo mágico entre seres invisibles que gobernaban la vida de los hombres.

El eco era magia y divinidad. No podemos demostrar nada, pero sí imaginar la posibilidad de que implorasen al sonido igual que a las rocas o los árboles personificados. Muy pronto, en los orígenes de la historia del hombre, pudo existir algún tipo de sacerdotes cuya misión fuera rezarle al eco.

Es posible seguir desarrollando la idea. Las cuevas donde el eco era particularmente peculiar pudieron ser catedrales o incluso una suerte de teatros. Iluminadas por antorchas que insuflaran vida a las luces y las sombras, casi como si se hubieran desgajado de las rocas; puede que los hombres se reunieran para adorarlas, al tiempo que una multitud de voces transformaba el eco en un extraordinario coro supraterráneo. Puede que los hombres se movieran en rítmicas danzas, todos juntos o sólo los líderes del ritual.

Claro que las ceremonias no tenían por qué verse siempre marcadas por una seriedad trascendental. Quién sabe si los momentos de súplica no estaban impregnados de alegría de vivir. Es fácil imaginar a nuestros antepasados como hombres apesadumbrados y melancólicos, puesto que llevaban una vida muy dura y el alimento, igual que la supervivencia, rara vez estaban garantizados.

El eco sigue existiendo en las cuevas igual que las pinturas. La sensación mágica es patente. A pesar de que hoy somos capaces de explicar el fenómeno acústico, no se puede afirmar que la experiencia de nuestros antepasados fuera menos digna. Quizá incluso al contrario, podríamos decir: en los instantes mágicos en que el eco retumbaba entre las paredes de la cueva, ellos tal vez se armaban de fuerza y de valor para sobrevivir de un modo que no podemos ni imaginar.

Lo que ocurría en esas cuevas se convierte en una mezcla de lo verosímil y aquello que no pueden ser más que suposiciones. ¿Se parecerían los ritos mágicos y religiosos a lo que hoy llamamos «festividad»?

Lo más probable es que aquellos hombres no fueran muy distintos de nosotros. Incluso podríamos darle la vuelta al razonamiento y decir: nosotros somos como ellos. Somos y seremos siempre la misma familia.

¿Cómo veían esos primeros antepasados el silencio, lo contrario del ruido y del eco? ¿Era importante, les infundía seguridad, o resultaba más bien aterrador? Puesto que vivían en un mundo que, en sí, era infinitamente mucho más silencioso que el nuestro, puede que lo vieran como algo normal. No había máquinas, ni ciudades, ni vehículos de tracción mecánica ni altavoces. El mundo era silencioso, y no había más sonidos que los de la naturaleza. El rumor del viento, el rugir de la tormenta, el trino de los pájaros.

En la actualidad el silencio es cada vez más insólito. A veces se me ocurre que también el silencio está en vías de extinción.

El eco, en cambio, nos sobrevivirá a los seres humanos. Incluso cuando nuestras

voces hayan dejado de existir, las piedras se soltarán y caerán con un estruendo que se propagará gracias al eco.
Pero ¿quién habrá para escucharlo?

El agua salada

Una vez mandé perforar un pozo en una isla. El que habían cavado cien años atrás ya no daba agua suficiente. Dado que la isla no se hallaba en un lago de agua dulce, sino que estaba rodeada de agua de mar, decidí contratar a unos poceros expertos. Resultó que tenían una capacidad extraordinaria para interpretar la geología de las rocas del archipiélago y encontrar el punto exacto en el que hallar agua potable, sin correr el riesgo de que el pozo se llenara de agua salobre o directamente salada. Sin ningún tipo de equipamiento técnico, confiaban exclusivamente en su experiencia.

Cargaron la perforadora en una vieja plataforma remozada de las que se usaban para transportar ganado y arribaron a la isla un día de septiembre, muy temprano. El viento estaba en calma; el cielo, despejado; la escarcha se acercaba a medida que iban pasando los días y las últimas hileras de aves migratorias abandonaban el país, casi siempre por la noche. Se las oía sólo como un rumor de alas. Abandonaban el país sin ser vistas. Pero sus alas entonaban un canto.

En rodear la isla, que estaba dividida por un barranco que se abría entre dos laderas montañosas, se tardaba algo más de media hora. Cuando jugaba allí de niño, lo veía como una tierra salvaje sin límites donde los riscos, los despeñaderos, las cuevas, los hormigueros, los ciervos volantes y alguna que otra víbora siempre daban alas a la imaginación. Era el valle de los Mumin y el paisaje de Winnie The Pooh al mismo tiempo. Pero también la tierra salvaje y desolada de continentes desconocidos, Australia, aunque también África y la sabana.

Los dos poceros habían elegido el lugar en el que iban a perforar. Una vez en el interior de la roca, seguirían por debajo del nivel del mar, aunque no sabían exactamente cuántos metros deberían taladrar para encontrar agua. Sabían que la cosa podía ir mal. La montaña podía estar quebrada, no había otra garantía de que encontrarían agua potable que la experiencia que tenían y que les dictaba cuál era el mejor lugar para practicar el agujero.

Pasaban las horas. La perforadora iba abriéndose camino a través de la roca, diez metros, veinte metros..., en busca del manantial.

Hacia mediodía, la cabeza de la perforadora encontró agua. No era salobre, era muy salada, directamente. Pero a ellos no pareció importarles.

—Es una bolsa de agua salada —dijeron—. Cuando se haya vaciado, aparecerá el agua potable. No hay más que bombearla y extraerla.

Uno de ellos sacó de la mochila un vaso que limpió con un pañuelo blanco. Lo sostuvo al sol y comprobó que estuviera limpio. Luego lo llenó de agua salada del agujero y me lo alargó.

—Pruébala —dijo.

—¿Agua salada? —pregunté.

—Bueno, con la punta de la lengua. Unas gotas. Por eso no te vas a morir. Después te diré qué es lo que has bebido.

Primero pensé que se estaba burlando de mí, como cuando se le dice a la gente que no está acostumbrada a viajar en barco que «le dé de comer a la sobrequilla». Sin embargo, algo me decía que no era el caso. Cogí el vaso y bebí un poco. Era agua salada. O al menos salobre. El pocero me quitó el vaso.

—Lo que acabas de beber —dijo— procede de una bolsa de agua salada que se encuentra en el interior de la montaña, a cuarenta metros de profundidad. Esta agua está ahí estancada desde la última glaciación, hace diez mil años. Cuando el hielo se derritió, parte del agua salada del mar se acumuló en este tipo de bolsas. Y ahí lleva diez mil años. O trescientas generaciones, podríamos decir. Y ésta es la primera vez que sale de nuevo a la superficie.

En más de una ocasión he pensado en aquel instante en que bebí unas gotas de agua

de una era glacial. Pero nunca con tanta frecuencia como después de que me diagnosticaran el cáncer. En los momentos más bajos, he tratado de hacer cálculos de cuánto he vivido y cuánto podría vivir en distintas circunstancias. ¿Sobreviviré muchos años o me quedarán sólo unos cuantos? ¿Qué es un año en días, horas y minutos? ¿Cuántos segundos más podré seguir viviendo? Estos cálculos resultan absurdos, un simple conjuro inútil para ver la vida y el momento de la muerte como algo que se puede prolongar o retrasar transformando la realidad en fórmulas matemáticas.

Pero ni la vida ni la muerte pueden reescribirse como fractales o como ecuaciones de segundo grado. Claro que uno puede contar los latidos del corazón o el número de glóbulos rojos y blancos. Pero la vida nunca podrá ser la expresión de una medida geométrica.

Aun así, encuentro cierto consuelo en el recuerdo del vaso lleno de agua de época glacial que me dio a probar el pocero. La forma de contemplar la vida de un hombre puede estrecharse o ensancharse de muchas formas. Desde la última glaciación han pasado por la península escandinava trescientas generaciones. Ante mí, o más allá de mi época, aguardan otras trescientas, hasta que los glaciares cubran de nuevo el país y aplasten la corteza terrestre. Se formarán nuevas bolsas de agua salada, y puede que otros poceros perforen la roca con sus máquinas.

Al otro lado de la ventana que tengo al lado de la mesa donde estoy escribiendo estas líneas crece un fresno. Sólo después de que florezca el roble, que es el último en primavera, despierta el fresno. Me lo imagino como el pastor de los demás árboles, vigilando que las hojas de todos estén verdes antes de florecer él.

El árbol del que hablo ya existía cuando yo nací. Y seguirá ahí cuando me haya ido. Casi todos los árboles, a excepción de algunos abedules escuálidos, estaban ahí cuando nací, y seguirán en pie cuando haya dejado de existir.

A veces se me ocurre pensar que en aquellas gotas de agua del deshielo que tragué hace tantos años cabía una eternidad. La vida dura lo que dura. Resulta dudoso el uso del concepto de tiempo cuando se trata de la vida propia o de la de otros. Unos viven mucho. Pero para el muerto, el tiempo no existe. Cuando uno muere, muerto está, a menos que sea creyente y confíe en la resurrección o en la reencarnación en otra cosa o en otro ser.

La muerte es el mayor misterio de la vida. Me pregunto a veces hasta qué punto las bolsas de agua salada que los poceros encontraron en la montaña afectaban a su forma de ver la vida. No creo a quienes aseguran que la mayoría de las personas rehúyen pensar siquiera en lo inevitable de la muerte que les espera. No creo que sea verdad en absoluto. Seguro que no era yo el único que a la edad de ocho o nueve años pensaba, por temporadas incluso casi a diario, en la muerte que aguardaba en algún lugar más allá del horizonte. Los demás niños también lo pensaban, entonces igual que hoy.

Por otro lado, me produce cierta preocupación el hecho de que en Suecia, en la actualidad, uno pueda pasarse la vida entera sin ver más muertos que los que aparecen en la pantalla del televisor. Si ocultamos el hecho de la muerte, la vida terminará por resultar incomprensible. No digo que haya que llevar a los escolares a la morgue como actividad extraescolar, pero ¿cómo conseguiremos que los jóvenes respeten la vida si la muerte queda relegada a las funerarias y los hospitales? El que la muerte haya desaparecido de un país como Suecia constituye una gran derrota cultural. No presagia nada bueno para el futuro.

Los poceros dejaron la isla con su máquina. La plataforma de madera desapareció arrastrada por un barco de pesca cuyo viejo motor Säffle hacía bastante ruido. Me dieron instrucciones de cómo debía vaciar toda el agua salada, dejando que fluyera constantemente hasta que el depósito de agua dulce hubiera perdido todo el sabor a sal.

—¿Cuánto puede tardar? —pregunté.

Estaba claro que no era la primera vez que el mayor de los dos poceros oía aquella pregunta.

—Es imposible decirlo —aseguró—. Varía de un pozo a otro. Tú ve probando el agua. Cuando sea potable del todo, no tienes que seguir vaciando.

La sal tardó aproximadamente una semana en desaparecer. Desde entonces, el agua siempre ha sido excelente. Y ni siquiera en los periodos en los que usábamos la lavadora a toda máquina hemos sufrido escasez.

En realidad, no sé cómo funciona exactamente. Pero cuando me invade la preocupación más profunda, el recuerdo de los poceros, la perforadora y el vaso de agua del glaciar es una de esas cosas que me devuelven la serenidad. No tengo ningún argumento razonable para explicarlo, tampoco los tengo de índole sentimental. Es así, sin más. Esa agua ha estado en el corazón de la montaña siempre, desde que la capa de hielo se derritió en su día y la tierra emergió del mar. Muchas de esas bolsas de agua salada seguirán ocultas en el seno de la montaña y no estallarán hasta que una nueva corteza de hielo cubra nuestra región de Europa.

Vivo entre dos glaciaciones, me digo. Los árboles que había aquí antes de que yo naciera, y que seguirán aquí cuando me haya ido, no existirán, en todo caso, siempre.

Un día sucumbirán ellos también, al igual que todas las formaciones de las islas, los arrecifes, las playas, todo lo que he conocido a lo largo de mi vida.

La vida es eso y nada más: unas gotas de agua salada en un vaso.

El búfalo de ocho patas

¿Qué pensaban los pintores cuando plasmaban aquellas imágenes, sobre todo de animales, en las rudas depresiones de las paredes rocosas? Allí, donde buscaban protección de las inclemencias del tiempo y de las fieras que amenazaban su existencia. Pero en aquellas catedrales suyas, creación de la naturaleza, también había pinturas decorativas.

¿Tenían la menor idea de que sus pinturas sobrevivirían, o de que se someterían al juicio de las generaciones venideras? ¿Cumplirían las imágenes simplemente una función en sus vidas, en su tiempo? Con el desarrollo del cerebro del hombre llegó la capacidad de pensar mirando al futuro, de hacer planes. Quizá desempeñara un papel importante para quienes pintaban las paredes de la cueva. Pero ¿qué papel? ¿Eran esas imágenes mensajes y avisos de aquella época para la siguiente? ¿O soñaban que los animales cuya figura habían plasmado se liberarían de la roca un buen día y saldrían corriendo de la cueva a la realidad, donde podrían llegar a crecer, no ser sólo figuras sombrías a las que los chamanes en trance pudieran invocar para mantener a raya el hambre, la enfermedad y las fieras?

¿Eran las pinturas rupestres un modo de sacrificio? En lugar de sacrificar un toro o un reno, sacrificaban las imágenes, mientras que los animales de verdad servían de alimento para los hombres.

En Chauvet, una cueva de los Alpes de Suabia, puede verse la imagen de un animal que se diferencia por completo de las demás. Es una representación totalmente distinta de cuantas se han encontrado en el resto de las cuevas que ha examinado el ser humano.

Es un búfalo de ocho patas.

Presenta tanto lujo de detalles como las imágenes que lo rodean. La única diferencia es el hecho absolutamente sorprendente de que tiene ocho patas.

No es difícil comprender por qué. La intención del pintor es clara y patente. Quiso reflejar un animal en movimiento. A su modo, al menos treinta mil años antes de que naciera el arte cinematográfico, trató de captar el movimiento de las patas del animal mientras corría. Como a cámara lenta, la distancia entre cada pata y la modificación del ángulo visibilizan la fracción de segundo que habría durado el movimiento en la realidad.

Ésa es la única imagen de un búfalo pintado con ocho patas que conocemos. Naturalmente, cabe la posibilidad de que, en una cueva aún por descubrir, existan pinturas de animales con las patas en movimiento. Pero hasta la fecha no disponemos de ningún otro ejemplo.

Como en un raptó de inspiración, el pintor desconocido quiso investigar algo extraño. Algo que quizá nunca hubiera intentado con anterioridad. Captar un movimiento mientras se está produciendo. Lo que, en la realidad, sucede tan deprisa que el ojo humano no es capaz de captarlo.

¿Qué ocurrió una vez que el pintor hubo terminado el trabajo? ¿Qué opinaban sus contemporáneos al ver aquellas ocho patas? ¿Qué pensaban? ¿Les despertó curiosidad o indignación el hecho de que el artista hubiera roto un tabú? Lo único de lo que podemos estar del todo seguros es que la pintura existe, nadie la borró ni la cubrió con otra pintura.

Pero la imagen cuenta algo más. Si la examinamos con detenimiento, el laberinto de patas y los ojos del búfalo nos dicen algo más.

El animal está huyendo. Fuera del campo de la imagen, en la pared de la cueva, hay un depredador, quizá unos cazadores. El búfalo está huyendo para salvar su vida. La pintura trata de narrar el impulso del animal de evitar el peligro y la muerte.

Quienquiera que pintara ese animal que huye asustado invirtió mucho trabajo y mucho

talento. Captó el movimiento de las patas y la expresión inequívoca del terror en los ojos. La imagen está a punto de estallar, tal es la fuerza que el miedo a morir genera en el animal que está huyendo para salvar su vida. Es como si el búfalo estuviera desgajándose de la roca para poder aumentar la velocidad y alejarse lo suficiente del depredador o de los cazadores.

No parece que cambiara una sola línea. Los colores forman capas sencillas. El artista sabía lo que quería pintar y no vaciló.

No es la obra de un principiante. En aquella época, las personas apenas vivían más de treinta años, pero ese hombre llevaba muchos años pintando.

Cada figura le exigió tiempo y esfuerzo. Igual que en el caso del creador del hombre león, las necesidades materiales de este artista debieron de satisfacerlas otros hombres, que estaban dispuestos a permitir que él se dedicara a pintar.

En la misma cueva hay otro grupo de animales, caballos y rinocerontes. Mientras observo las pinturas, tengo la clara intuición de que fue el mismo hombre el que cubrió de pinturas toda aquella galería. En otras cuevas se puede apreciar que intervinieron otros artistas, pero precisamente en la cueva Chauvet parece ser un único artista el autor de lo que hoy podemos contemplar.

De la penumbra de la historia se alzan de pronto los primeros individuos. No son personas, sino animales. Y no tardarán en crearse también las primeras esculturas de rostros de personas, que nosotros encontraremos más de mil generaciones después.

En la actual Eslovaquia encontraron hace unos años una figura de marfil de cinco centímetros de altura. Representa la cara de una mujer y la llaman «La Mona Lisa original». Es una cara que tiene unos treinta y cinco mil años. Se trata de una escultura en la que se refleja a un individuo con la singularidad de todos sus rasgos. Lo más llamativo es el ojo izquierdo. Tiene el párpado cerrado. Tenía el ojo lesionado. En la boca se adivina un amago de sonrisa.

Podemos suponer que hubo una modelo viva para la escultura. Seguramente, alguien que pertenecía a la familia o al clan del artista. ¿Sería su madre, su hermana o la mujer con la que vivía?

En cualquier caso, del misterio de la historia surge aquí un individuo. Es una de las personas más antiguas cuya imagen podemos contemplar. ¿Qué pensó al ver la estatuilla que representaba su cara? Debió de parecerle prodigioso que alguien pudiera hacer una copia tan pequeña de ella. Debió de preguntarse si en aquel fragmento de marfil no habitaría un espíritu semejante al suyo.

La tenue sonrisa me ha acompañado toda la vida, desde la primera vez que vi la estatuilla. Hay en ese rostro un halo de introspección, al tiempo que sabe que lo están observando.

El recuerdo de esa escultura me conduce a otro recuerdo. La primera vez que fui a África, pronto hará cuarenta años, iba con el propósito, tan firme como erróneo, de encontrar diferencias entre los africanos y yo.

Lo único que encontré fueron similitudes. Comprendí que todos pertenecemos a la misma familia. Puesto que la especie humana procede del continente africano, puede decirse que la madre primigenia de todos nosotros tenía la piel negra.

Y al observar esa estatuilla, tallada hace más de treinta mil años, pienso que la modelo también pertenece a mi familia. No es una extraña. En la sonrisa esquiva veo algo que soy capaz de comprender y de reconocer.

Es tan atinado como fácil pensar que reímos por las mismas razones.

Yo soy parte de los artistas rupestres. Y ellos son parte de mí.

Desvelado el secreto de los pintores rupestres

La pasada primavera, el día anterior a que empezaran a aplicarme otra serie de dosis de quimioterapia, fui a una librería y me compré unos libros. Era un consuelo o quizá un premio para compensar lo que me esperaba.

Cuando me tumbé en la cama de la habitación número uno para que me inyectaran la última dosis de la primera serie, tenía en las manos un librito titulado –equivocamente, como luego comprobaría– *El misterio más antiguo de la Humanidad*.

Lo abrí por el principio lleno de suspicacia, pero tras haberlo leído me di cuenta de que lo absurdo era el título, que pretendía ser comercial. Era un libro fascinante que arrojaba una nueva luz totalmente reveladora sobre muchas de las dudas relativas a las obras de arte más antiguas del mundo, las pinturas rupestres ocultas en cuevas inaccesibles.

Un ilustrador francés, Bernard David, ha planteado una serie de cuestiones decisivas sobre la técnica de los pintores rupestres. Sin duda, se diría que trataron de ponerse las cosas lo más difíciles posible. ¿Por qué elegían para pintar aquellas oquedades a las que sólo se accedía a través de pasajes estrechos y penumbrosos?

Otra cuestión que lo tenía desconcertado era por qué los ojos de los animales estaban tan mal colocados, cuando todo lo demás estaba hábilmente ejecutado desde el punto de vista anatómico. Un día, David creyó que había descubierto el secreto de los pintores rupestres. Hizo repetidos experimentos en el sótano de su casa e invitó a participar en ellos a otras personas, entre las que también había niños. El resultado fue tan asombroso como convincente.

Sacó la conclusión de que los pintores rupestres de la lejana prehistoria elegían las zonas más oscuras por una razón muy concreta. Iban buscando la oscuridad, precisamente.

Colocaban estatuillas de los animales que querían representar delante de alguna fuente de luz primitiva. Gracias a las sombras que cubrían la pared de la cueva, podían reproducir con fidelidad el contorno del animal.

Pero los ojos del buey, del león o del caballo no arrojaban sombras, y el artista tenía que pintarlos a mano alzada.

Es una técnica que todos podemos utilizar. Basta con salir una oscura noche de invierno y dejar que la luz de la entrada nos alumbre por detrás, y enseguida se perfilará una sombra enorme. Los hombres parecen gigantes, más o menos grandes según se acercan a la fuente de luz o se alejan de ella.

David y el historiador de la literatura Jean-Jacques Lefrère escribieron el libro que yo tenía en mis manos mientras los citostáticos llegaban al torrente sanguíneo a través del brazo. Apenas me di cuenta cuando Marie, o cualquier otra de las enfermeras, entró para ponerme la siguiente bolsa.

En cuanto llegué a casa, bajé al sótano con la estatuilla de un elefante que me había traído de África muchos años atrás. Sujeté a la pared un papel blanco, encendí un farol y coloqué el elefante. Enseguida se convirtió en un gigante cuyo cuerpo rebasaba los márgenes del papel. Cambiando la lámpara de lugar y distanciándola más de la estatuilla pude perfilar con un rotulador las sombras plasmadas en el papel. Cuando encendí la luz del techo, allí estaba el elefante, en la pared, sin contacto alguno con el suelo, como los animales representados en las cuevas.

Le pinté un ojo a mano alzada, puede que no del todo en su sitio. Seguramente, lo que hacían los pintores de las cuevas era calcar. Ni siquiera necesitaban tener talento artístico. Aunque es menos probable, puede que también los niños pintaran el contorno de las sombras proyectadas.

Para mí fue una gran experiencia dar un paso más en el conocimiento de un mundo del que tan poco sabemos, aparte de esas representaciones de animales en los rincones

más oscuros de las cuevas.

El ilustrador francés y su colega tenían, además, una idea muy audaz acerca de lo que significan los dibujos de esos animales. En lugar de defender que tengan relación con mundos simbólicos mágicos o religiosos, los autores del libro sugieren que esos dibujos pueden ser una conmemoración de los familiares muertos. Ignoramos si los hombres de aquella época tenían nombre, pero es probable. Y, de ser así, lo más verosímil es que fueran nombres de animales. ¿Podrían ser esas figuras de animales una suerte de pinturas mortuorias de fallecidos cuya memoria quería conservar la tribu, el grupo o el clan? Eso explicaría también por qué, a lo largo de miles de años, pintaron encima de esas pinturas, que quedaron tapadas por otras nuevas. Sería tan natural como lo que ocurre con nuestros cementerios, que se remodelan de forma periódica, con la consiguiente desaparición de las cruces o las lápidas antiguas.

Esta explicación de las pinturas rupestres no es, lógicamente, más que una suposición fascinante. Pero no es ése el caso del descubrimiento de la técnica de la proyección con luz, que, con bastante probabilidad, desvela el secreto del método utilizado por los pintores de las cuevas.

Al igual que otros niños, hubo un tiempo en que me dediqué a calcar diversos motivos, sin que por ello pueda asegurarse que tuviera dotes pictóricas.

La única valoración artística que podemos hacer de los pintores anónimos de las cuevas es, por supuesto, la de su habilidad a la hora de pintar a mano alzada un ojo, por ejemplo. Algunos están mejor ejecutados que otros. No sólo porque la localización sea anatómicamente más exacta, sino porque la expresión es más viva. Ningún ojo se parece a otro. La variación de cada pintor respondía a una elección artística.

El descubrimiento de la proyección de sombras no resta valor a las fascinantes imágenes de animales que, miles de años después, siguen cautivando nuestra mirada, ya sea en las láminas de un libro, en una película o en la cueva misma.

El arte siempre ha acompañado al hombre en su desarrollo, hasta convertirse en lo que es hoy.

Y para seguir desarrollándose en el futuro. Hasta convertirse en algo nuevo e inesperado.

La felicidad ante la llegada de una furgoneta destartalada en primavera
En mi infancia, la primavera en Härjedalen era, entre otras cosas, el sueño de la llegada del circo.

La mayoría de las personas de mi generación que se criaron en pueblos pequeños en los que, en realidad, nunca pasaba nada sorprendente, recuerdan la época en que se derretía la nieve y llegaba por fin el circo. A lo largo del duro invierno surgían a menudo las imágenes de aquellas caravanas pintadas, de aquellos hombres tan fuertes que, con martillos de madera, clavaban las estacas que servían de base para las jaulas y para levantar la carpa, aquellas lenguas tan extrañas que surcaban el aire de una caravana a otra, donde los artistas vivían sus misteriosas e inaccesibles vidas.

Era una idea ingenua y romántica, por supuesto, y sigue siéndolo. Pero también era totalmente cierta. Venía a visitarnos el mundo de ahí fuera. Como un saludo de una tierra y de unas gentes del otro lado de aquellos bosques infinitos que se extendían en torno a aquel valle que era mi hogar y que recorrían las frías aguas de un río.

Todo empezaba con la llegada de una furgoneta abollada y destartalada, por lo general con el tubo de escape roto. De ella salían unos hombres con cubos llenos de espesa cola y unas brochas de mango largo, y se ponían a pegar carteles. Siempre se presentaban con prisa, y también se daban prisa en irse. La cola blanca lo salpicaba todo y lo dejaba pegajoso.

Unos días más tarde, llegaba la procesión de caravanas. Sólo los circos grandes se desplazaban en tren, pero el pueblo en el que yo vivía era demasiado pequeño, así que teníamos que conformarnos con circos más pequeños. Se presentaban con sus caravanas, camiones y remolques tirados por tractores humeantes.

En el mundo de ahí fuera había muchos tubos de escape rotos.

Uno de esos circos se llamaba Scala. Pero había otros cuyos nombres he olvidado. Por lo general, el espectáculo era muy similar en todos. Parecían cortados por el mismo patrón.

Si uno tenía suerte y podía ir a la sesión, le esperaban unos momentos deliciosos. Desaparecía la normalidad. En las alturas, bajo el techo de la carpa, flotaban los acróbatas casi en estado de ingravidez. Todavía puedo recordar sus gritos cuando se arrojaban para que el compañero los agarrara de las manos.

Abajo, en la pista, los artistas hacían juegos malabares con un montón de pelotas y de bolos, en solitario o a dúo. Lo que hacían en todo momento era cuestionar y poner a prueba la normalidad. Los payasos eran lo más parecido a lo netamente humano que incluía el programa. Iban tropezando y dando traspies, gritando y llorando, echándose agua unos a otros, y, con lo ridículos y torpes que parecían, se asemejaban a nosotros, a quienes los contemplábamos desde las gradas. Aunque nunca eran tan buenos como Chaplín.

Perros que cabalgaban a lomos de los caballos, morsas que se arrastraban y el director que nos pedía unas veces silencio y otras aplausos. Dirigía al equipo con mano de hierro, y al público lo guiaba para que siguiera la menor señal cuando blandía el látigo con la mano enguantada de blanco. Era un hombre aterrador, el único que me causaba angustia durante el espectáculo. Mientras que todos los demás transformaban la realidad en un paraíso luminoso, él era el vínculo con la realidad de la que uno venía y a la que no tardaría en volver. Él era el maestro severo, o el borracho que a veces daba tumbos por las calles y despreciaba a los niños que se le acercaban más de la cuenta.

No sé si todavía hay circos que viajan a los pueblos en primavera o en verano para suspender transitoriamente las leyes gravitatorias de la aburrida normalidad. Si no es así, será la prueba de que existe una pobreza creciente incluso en medio de todo el bienestar y del desarrollo tecnológico, vertiginoso y siempre sorprendente. Aunque podamos ver lo mejor de lo mejor del arte circense en internet o en la televisión, nunca

será más que una copia insulsa. El circo es estar ahí y presenciar la transformación. Hay que compartir el espacio con los acróbatas y los malabaristas.

Todos congregados como una comunidad, neutralizando juntos el espacio, deteniendo el tiempo, unidos en un estado de sobrecogimiento que, a falta de otra expresión, podría llamar una embriaguez de felicidad.

La gran aventura es ver que lo que esos artistas hacen es posible de verdad. El hombre de goma tiene esqueleto, a pesar de que hace un nudo con todo el cuerpo. La mujer asiática de ojos oblicuos consigue mantener todos los platos en movimiento sobre esos palillos tan delgados, sin que se le caiga ninguno en el serrín que cubre el suelo. El circo no es sino exhibición de la capacidad humana, perfeccionada y conservada gracias al entrenamiento y a una disciplina férrea.

Todos los días del verano esparcían miles de toneladas de serrín en la pista. La carpa estaba montada, los postes bien afianzados, la lona tensada.

Y seguro que hoy sigue siendo así en muchos lugares.

Hace ya mucho tiempo pasé un verano en Albufeira, al sur de Portugal. Alquilé un apartamento en un edificio anodino. La misma noche de mi llegada tenía lugar por allí cerca la primera representación de un circo ambulante. Oía la música y los aplausos todas las noches, y veía las idas y venidas del público.

Era el circo de toda la vida. Y aquello era Albufeira, pero podría haber sido Sveg.

Como quiera que sea, el arte circense evoluciona sin cesar. Hace veinte o treinta años apareció inesperadamente algo nuevo. Y así se llamó, de hecho, «el nuevo circo». El abanderado fue y sigue siendo el Circ du Soleil, que hace giras por todo el mundo con diversos equipos. La base de sus espectáculos era la misma: acróbatas, malabaristas, payasos. Lo nuevo era que relataban una historia. Ya no era una cadena de números aislados lo que presentaban al público antes de salir todos juntos al final para compartir los aplausos.

En este nuevo circo, siempre existe una historia de amor o algún otro relato, no contado con palabras y por un grupo de actores, sino por un grupo de artistas de circo.

Pero los artistas de circo son actores. Nos atraen con el mismo saber genuino con que captan nuestra atención los actores en el escenario. A veces pienso que la única diferencia es el serrín del suelo.

Cuando veo un espectáculo circense bueno de verdad, enseguida me entran ganas de participar. Naturalmente, yo no sé volar bajo la cúpula de la carpa ni hacer malabares con diez bolos. Me daría por satisfecho si pudiera contribuir llevando y retirando los objetos que necesitan los distintos artistas para realizar su número.

Lo mismo ocurre con el teatro. Si asisto a una representación que no me interesa, sólo pienso en irme cuanto antes. Pero si es una buena representación, siento enseguida el mismo deseo irresistible que en el circo, el impulso de levantarme, salir a escena y sentarme a la mesa en la que los actores están degustando una cena fingida.

Los nuevos espectáculos de circo han desarrollado el arte circense hasta extremos sorprendentes. Por lo general, evitan el sentimentalismo y crean historias de grandes pasiones que se representan ante nuestros ojos. La creatividad de la que hacen gala esos artistas, en su mayoría muy jóvenes, me llena de admiración y, al mismo tiempo, me confirma más que nunca la idea de que no existen límites para la capacidad del ser humano de *crear*. Puede que el paso del artista que un día se puso a tallar la figura del hombre león en una pieza de marfil hasta las volutas aéreas de los acróbatas en lo alto de la carpa del circo no sea tan grande.

Los delfines vuelan sobre la cresta de las olas en el palacio de Cnosos. Los acróbatas surcan ingravidos el aire de la carpa del circo Scala, que pasará unos días en un pueblecito norteño.

Los que nos encontramos entre el público lo vemos. Pero también participamos en ello. Al mismo tiempo.

El mutilado de guerra de Budapest

Un día de principios de la primavera de 1972, Eyvind y yo nos encontramos en la Estación Central de Copenhague. Éramos jóvenes colegas, jóvenes directores de teatro que escribían. Íbamos a coger el tren a Milán, donde nos habían prometido que podríamos ir a La Comune, el teatro de Dario Fo y su mujer, Franca Rame, para ver cómo trabajaban. Pasamos la noche durmiendo mientras cruzábamos Alemania Occidental, desayunamos en Suiza y, entrada la tarde, bajamos en la gran Estación Central de Milán. La primera noche reservamos una habitación de hotel barata para los dos. Al día siguiente, empezamos a buscar alojamiento. No teníamos mucho dinero. Nos ofrecieron un garaje en una casa en derribo, sin camas, pero, con toda seguridad, llena de ratas. Rechazamos el ofrecimiento y seguimos buscando.

El mismo día conocimos a Dario Fo, que había olvidado por completo nuestra visita. En su teatro, casi todo parecía caótico. Antes de entrar había que pasar un control de seguridad exhaustivo. Dario Fo y Franca Rame recibían amenazas de muerte continuamente. En aquellos momentos, estaban ensayando la obra que más tarde se conocería como *Muerte accidental de un anarquista*.

Aquella tarde, Eyvind y yo fuimos a tomar café a una terraza. Estuvimos hablando de que al día siguiente teníamos que encontrar un alojamiento barato o, de lo contrario, nuestro plan de quedarnos en Milán por un tiempo fracasaría económicamente. Una persona se acercó a nuestra mesa, quería vendernos un reloj. Le dijimos que no queríamos ninguno. Puede que uno de los dos sonriera, no lo recuerdo, pero, de repente, unos amigos del vendedor de relojes aparecieron de entre las sombras. Un puñado de jóvenes de unos veinte años que nos acusaron de habernos reído del vendedor de relojes. A Eyvind le rompieron la nariz y a mí me dieron una patada en el estómago que me dolió unos días.

Después de una noche sin pegar ojo, Eyvind cogió un avión y volvió a casa. En el hospital de Malmö le colocaron bien la nariz. Yo me quedé en Milán, sin saber qué hacer. Seguramente, Dario Fo también se estaría preguntando qué había sido de aquellos dos suecos tan entusiastas que pensaban quedarse nada menos que un mes. Dejé Milán y cogí un tren a Viena y, de allí, a Budapest. Era la primera vez que visitaba tanto el país como la capital. Y, además, me daba vergüenza volver tan pronto a Suecia.

En la estación de Budapest vi a un hombre que, seguramente, era un mutilado de guerra. Estaba mendigando borracho cuando, de repente, apareció un empleado de los ferrocarriles húngaros y le dio una patada. Las muletas salieron volando, las monedas que tenía en la gorra se esparcieron por el sucio suelo de piedra de la estación.

Mientras el mutilado se arrastraba por el suelo, el empleado de la estación se colocó bien la gorra y se alejó de allí.

Todo ocurrió tan rápido que me pareció irreal. Miré alrededor. La gente iba y venía apresuradamente, los mensajes incomprensibles de los altavoces, que a mis oídos sonaban como ataques de ira, llenaban con sus ecos el vestíbulo de la estación. Pero nadie ayudó al inválido que se arrastraba por el suelo en busca de las muletas, al tiempo que iba recogiendo las monedas que había conseguido reunir.

Fue una experiencia paralizante. La brutalidad parecía algo natural y todos los testigos presenciales la aceptaban sin más. Ni siquiera el hombre de las muletas protestó cuando le dieron una patada. Reaccionó como si lo que le había ocurrido fuera totalmente natural.

Era de ley que se viera tirado por los suelos. Pero ¿según qué ley? ¿La ley de otro que él ha contravenido al mendigar?

Nadie le ayudó. Ni siquiera yo. Fue un instante terrible. Cuando volvió el guardia que lo

había golpeado, temí que se repitiera la escena. Pero el mutilado se fue de la estación dando saltitos sobre las muletas. Es decir, su delito había sido mendigar en la estación. Lo que ocurriese fuera no le interesaba al vigilante lo más mínimo.

Los días transcurrieron en Budapest como en otras ciudades a las que, siendo joven, llegaba sin haberlo planeado. Recorría las calles, me sentaba en cafés baratos, paseaba en barco por el río, visitaba librerías y trataba de leer los carteles de los teatros que encontraba en el camino. Aunque seguramente lo principal era esperar a que llegara el momento de emprender el viaje de vuelta a casa, lo que debería hacer tarde o temprano.

Una noche me permití el lujo de llamar a Estocolmo para hablar con mi padre y contarle dónde estaba. Le di el número del hotel, por si alguien preguntaba por mí.

Fue una conversación breve. Y fue la última vez que hablamos, aunque, lógicamente, ninguno de los dos lo sabía entonces.

Murió aquella misma noche. Quisieron localizarme, pero nadie sabía que él tenía escrito mi número de teléfono en el papel que se había guardado en el bolsillo del pantalón.

En cualquier caso, nunca olvidé al mutilado, ni el hecho de que ninguno de los presentes, ni siquiera yo, reaccionara enseguida. Como si aquello fuera una representación teatral en la que cada uno, y no menos el mutilado, sabía cuál era su papel y se atenía a él hasta salir de la estación.

Era una brutalidad atroz y manifiesta. En aquel entonces yo no había visto nada parecido en la vida real. Verlo en una película no era lo mismo en absoluto. En ese caso, el juego de roles se desplazaba a una dimensión en la que el actor mataba a gente a cambio de buenos honorarios.

Muchos años después fui testigo de otro tipo de brutalidad, que se convirtió en un eslabón de unión con el mutilado de Budapest. Ocurrió en Maputo, a finales de la década de 1990. Todavía me cuesta contar esa historia.

Yo vivía en un edificio de tres plantas, en el centro de la ciudad. Estaba mal construido, era de principios de la década de 1970, cuando Frelimo, el movimiento de liberación nacional, se aproximaba desde el norte. Unos meses después, los militares se rebelarían en Portugal y derribarían la dictadura fascista, cosa que, a su vez, aceleró la derrota portuguesa en las colonias africanas. Continuaron construyendo, pero no había tiempo de dejar que el cemento se solidificara del todo. Cuando me mudé al apartamento, las paredes exudaban agua.

En una casa de la misma calle vivía un matrimonio portugués que llevaba mucho tiempo en el país.

Tenían personal de servicio; entre otros, una chica negra de unos veinte años. Empezaba todas las mañanas sirviéndoles el desayuno a las seis. Para entonces, llevaba despierta desde las tres y media, y había recorrido a pie todo el camino desde el barrio de chabolas en el que vivía. Le esperaba una larga jornada antes de poder volver a casa para dormir unas horas. Había minibuses que recorrían parte del camino, pero dado que le pagaban poquísimo, no podía permitirse sacrificar el dinero en un billete.

Un día la joven comunicó al matrimonio que se había quedado embarazada. La mujer quería despedirla de inmediato, pero el hombre dijo que era una chica limpia y que hacía muy buen café. La dejaron quedarse.

Nació el niño. La joven se quedó en casa una semana más o menos. Luego, empezaron otra vez las largas jornadas laborales. Y siempre llevaba al niño a la espalda.

Pero en un momento dado la mujer de la casa le prohibió que entrara con el niño. La sirvienta tenía que dejarlo fuera, en la escalinata. Cuando le tocara darle de mamar, tendría que salir y hacerlo en la calle.

Me lo contaron otros vecinos, que estaban indignados por un comportamiento tan racista, por la humillación que sufría la joven y que, según ellos, no debía continuar. ¿No era Mozambique independiente desde hacía cerca de veinticinco años? ¿Cómo podía seguir viva aquella brutalidad colonial?

Nos agrupamos para elevar una protesta, escribimos cartas y amenazamos con ir a la policía si no permitían a la joven entrar en la casa con el niño.

Esto hizo que la despidieran de inmediato. Sabíamos que existía ese riesgo, naturalmente, de modo que ya le teníamos preparado otro trabajo.

Y claro que, desde entonces, he visto cosas peores. Sin ir más lejos, los niños soldado que matan a sus padres. No por maldad, sino con una pistola en la sien y resonándoles en los oídos estas palabras: «Si no lo haces, serás tú el que muera».

¿Qué habría hecho yo de niño en la misma situación? Es fácil imaginarse como un héroe, más difícil pensar en lo poderosa que es la voluntad de sobrevivir.

Pero el recuerdo de aquel suceso en Budapest y el de la joven sirvienta de Maputo son la inscripción de la puerta que conduce a mi archivo privado de experiencias del infierno.

Una visita en la que algo empieza y también termina

En lo más apartado del archipiélago de Gryt, en Östergötland, se encuentra la isla de Lökskär. Trato de ir allí una vez al año. Casi siempre en otoño. Por lo general resulta imposible atracar, así que tengo que saltar del barco de Tommy Ljung y confiar en que no voy a resbalar. Unas horas más tarde, Tommy viene a buscarme.

Es un peñasco solitario que sobresale del agua precisamente allí donde Suecia empieza y también termina, según de dónde venga uno.

Es un islote silencioso, mudo. Las piedras no hablan. El terreno reflexiona sobre su historia.

Está prohibido bajar a tierra en la época de apareamiento de las aves. El islote se encuentra tan alejado que los visones no aparecen nadando por allí con sus mordiscos fatídicos, tal y como sucede en otras islas más interiores del archipiélago.

Aquí, en esta soledad y este silencio, hubo un tiempo en que vivieron personas. No alcanzo a comprender cómo lograban sobrevivir en esta aridez. Si se desataba de pronto una tormenta, tenían que salir corriendo a los inestables barcos que tenían para salvar sus redes. A menudo se ahogaban. A veces, los cadáveres aparecían entre las redes, como si la muerte quisiera mostrar su cruel captura. En otros casos desaparecían sin más y no volvían a verlos jamás.

Llegaron allí en el siglo XVIII. Al menos, es la primera vez que figuran en el censo. «Residente en Lökskär.» Hasta la década de 1850 hubo siempre alguna que otra persona viviendo en la isla de forma permanente. Luego, quedó desierta. Y los visitantes ocasionales se esfumaban tan silenciosamente como llegaban.

¿Acaso los despediría la isla con su mano pétrea?

Es un peregrinaje que se repite. Recorro la isla bajo el azote del viento y el frío y pienso en los años pasados y en los años por venir. Entre la aridez de las rocas no hay evasivas, no hay excusas. Aquí uno no puede mentirse a sí mismo. Las rocas afilan las verdades y las convierten en cuchillos cortantes.

A veces creo adivinar las sombras de las personas que vivieron aquí en su día. Siguen aquí, vigilando mis pasos. Sus rostros están grabados en la piedra gris de los acantilados, que a veces tienen cierto tono ocre.

Aún se aprecian algunos restos de las viviendas que habitaban los pobres pescadores. Todo lo que era de madera se ha podrido, naturalmente, pero todavía se pueden encontrar los pilares sobre los que se asentaban las casas, en una hondonada de la parte noroeste de la isla, al abrigo de los vientos de todos los puntos cardinales. Las casas apenas son más grandes que una cabaña o incluso que las casitas construidas para jugar. Ahí vivían, dependiendo por completo de lo que el mar pudiera ofrecerles. No podían criar más que una vaca, a lo sumo, porque la hierba era escasa y el brezo rojo no se podía comer.

Suelo quedarme a contemplar esas piedras que siguen allí donde las plantaron en su día los colonizadores, que, por necesidad y superpoblación de las islas interiores, se vieron obligados a instalarse en aquel islote solitario. Si me quedo mirando un buen rato, a veces tengo la sensación de que las piedras se desplazan lentas hasta el lugar, para mí desconocido, del que una vez las arrancaron.

Los zarzales crecen hasta la estrecha bahía en que atracaban los botes, al abrigo del viento.

No queda otro rastro de sus vidas. Nada grabado en la piedra, ninguna argolla ni amarres encastrados en las rocas que dan a la parte más profunda de la bahía. Puede que los investigadores de los parajes rurales hayan recorrido el lugar con detectores de metales, sin éxito que yo sepa.

Ni siquiera hay tumbas de aquellas personas. Cuando el hielo lo cubría todo y era resistente o cuando el agua estaba en calma, transportaban a los muertos a la iglesia

de Gryt, y allí los enterraban, aunque no quedan en el cementerio lápidas de los habitantes de Lökskär.

Un día de 1837, un niño se quema al volcar un caldero de agua hirviendo. Muere «muy rápido», escribe, con letra puntiaguda, el pastor.

Unas líneas más abajo hay constancia de que Emma Johannesdotter se ahogó. La vida en aquella isla nunca fue fácil.

Pero debió de haber ocasiones en que la gente abrazaba la isla diciendo: «Aquí está mi hogar. Aquí debería encontrar también la alegría».

Incluso en una isla tan inhóspita debieron de vivir momentos de dicha. Noches en las que pudieron dormir tranquilos después del amor. A veces creo ver a una mujer que se tumba sobre una roca y deja que el sol le caliente los brazos desnudos.

Instantes de paz. Esperanza de que algún día la vida sea mejor. Aunque eso sólo puede ocurrir si se marchan de allí a otra isla más próspera. O a otro país. A otro mundo. Pero ¿qué mundo sería ése?

Rara vez, más bien nunca, la población costera dejó Suecia para dar el salto a América durante las grandes oleadas migratorias del siglo XIX. En comparación con los habitantes de Småland, los de la costa, al menos, tenían pescado incluso en los años de mayor hambruna.

Un precioso y despejado día de principios de otoño iba remando cerca de la isla cuando vi de pronto una red de arrastre que se había soltado y que iba alejándose de la isla, mar adentro.

A la luz del sol que penetraba hasta las profundidades del mar vi unos peces muertos y un pato, que se había enredado en la red.

Pensé que así me imaginaba yo la libertad.

La libertad. Siempre huyendo. De quienes tratan de limitarla.

No puedo decir con seguridad quién fue la última persona en dejar aquel lugar, pero quienes sí lo saben aseguran que fue una mujer que, ya mayor, recuperó la isla. Con ella desaparecieron unas generaciones que habían vivido y soportado una vida durísima para ganarse el sustento en Lökskär.

De sus esfuerzos y penurias no queda nada. Mientras camino por la isla este día gélido de otoño pienso que debía de tener exactamente el mismo aspecto hace ciento cincuenta años. Las piedras, los árboles, no muy altos, el brezo; y el rumor del mar, que nunca cesa del todo. Las aves marinas sobrevuelan el terreno sostenidas por las corrientes y, desde arriba, otean las aguas en busca del alimento que puede que yo arroje al mar.

Una vez en el pico más alto del islote, me imagino que he subido a la torre de una iglesia. Si miro al oeste, veo las islas y atolones que terminan por convertirse en una línea continua de tierra firme. Por lo demás, mire uno a donde mire, sólo se ve mar.

Es difícil pensar que lo que tengo delante desaparecerá un día. No dentro de millones de años, sino de cuarenta o cincuenta mil, cuando la próxima gran glaciación destruya el paisaje, pulverice las rocas y deseeque el mar. Este mar que hoy es de color plumizo será entonces blanco, o beis, según lo sucio que esté el hielo. El rumor de las olas será sustituido por el bramido del hielo al retorcerse y encogerse antes de quedar totalmente inmóvil. Donde ahora me encuentro, en la cima más alta de la isla, el hielo tendrá varios kilómetros de grosor.

Cuando se derrita, Lökskär habrá dejado de existir. En su lugar reinará un paisaje que hoy no podemos ni imaginar.

¿Habrá mar o no lo habrá? ¿Tierra firme o islas? ¿Mares o lagos de agua dulce? Imposible saberlo. No es posible predecir los movimientos del hielo.

Pero si hay seres humanos, habrá que volver a dibujar los mapas.

Cerca de un precipicio que se encuentra en la orilla este de la isla se ve una formación rocosa que parece una silla con un respaldo muy alto. Suelo sentarme en ella un rato

cuando estoy por allí, encogido para protegerme del viento, que siempre sopla frío. En la distancia veo de pronto un barco de vela que navega de popa redonda para recogerse en un puerto desconocido. Un marinero rezagado que apura los días de otoño, antes de que llegue el invierno. Muy pronto, también la isla cerrará para el invierno. Un museo del pasado que se entrega al retiro invernal.

La mujer del saco de cemento

Ignoro cuánto tiempo de mi vida he dedicado a las relaciones con mujeres. No empezaron, desde luego, de un modo muy alentador. A mi madre no la conocí hasta la edad de quince años. Hizo lo que suelen hacer los hombres: se largó. Lo cual era absolutamente insólito en 1950. Que los padres desaparecieran, en cambio, sí era habitual. Todavía vivimos en un mundo en que una cantidad ingente de padres desaparece. No están presentes en las familias que han contribuido a crear.

Sin embargo, que las madres no estuvieran se consideraba casi como algo sospechoso en aquel pueblecito del norte donde crecí. Como es lógico, yo era consciente de lo insólito de la situación. Mi anciana abuela paterna, que se movía silenciosamente por la casa y pasaba la mayor parte del tiempo zurciendo calcetines, logró crear una especie de equilibrio en nuestro hogar. A pesar de todo, la figura de la madre desaparecida siempre estaba latente.

Hay una fotografía en la que estamos mi madre y yo; creo que nos la hizo el fotógrafo Fåhraeus. Al ver aquella foto, en la que mi madre, tan guapa como era, me tenía sentado en las piernas, tengo la impresión de que habría preferido dejarme en el suelo, levantarse e irse de allí. Algo que, en efecto, hizo poco después. De los primeros años de mi infancia no tengo el menor recuerdo de ella.

Seguramente, una de las peores cosas que le pueden ocurrir a un niño es que lo abandone su madre. Alguien menos curtido que yo se habría culpado y habría dudado de su valor como persona.

En mi caso, no recuerdo haber pensado así nunca. Más bien estaba sorprendido. Por alguna razón oscura, siempre comparo ese asombro con el que experimenta un niño cuando de pronto se le pincha un globo y se convierte en un triste jirón de goma. El asombro que provoca el que tu madre no tenga a bien estar ahí cuando te despiertas por la mañana o cuando te vas a dormir por la noche. Del mismo modo en que un globo de un suave color pastel explota de repente y deja de existir con un estallido.

La vi por primera vez en un restaurante de Estocolmo. Estaba en Stureplan, y ya no existe. Pero cada vez que paso por aquella plaza recuerdo nuestra cita: estaba sola, sentada junto a la ventana. La había visto en fotos y sabía que, físicamente —la cara, el pelo, los ojos—, me parecía mucho a ella. Me acerqué lleno de curiosidad y expectación. Cuando vio que me dirigía hacia su mesa, levantó las manos abiertas a modo de escudo.

—No te acerques demasiado, estoy resfriada.

Nunca lo olvidaré. Cada vez que escribo una obra de teatro o un guión para una película, trato de superar esa situación y esa réplica. Pero me pregunto si alguna vez lo conseguiré.

Nos hicimos amigos, aunque sin intimar demasiado, durante los diez años siguientes, hasta su muerte. Creo que tanto ella como yo ocultábamos la desconfianza mutua. En un par de ocasiones traté de hablar con ella de lo que había pasado cuando yo era niño. Pero entonces se ausentaba, iba a la cocina y, cada vez que volvía, olía más a whisky. Terminé por dejar el tema. Nunca mantuvimos aquella conversación. Supongo que se avergonzaba, que no tenía valor para enfrentarse al hecho de que había abandonado a su hijo.

Hoy, cuando su traición ya se ha desdibujado, creo que puedo comprenderla. Dio a luz a cuatro hijos pero, en realidad, no creo que tuviera instinto maternal. Era demasiado inquieta, le faltaba paciencia, siempre quería estar en otro sitio... Me reconozco en bastantes de estos rasgos. En más de un sentido, su vida fue una gran tragedia, seguramente innecesaria. Pero en aquella época, una mujer casada y con hijos no tenía muchas posibilidades de elección. Hoy soy capaz incluso de sentir respeto por aquel acto de rebelión, que debió de ser difícil y doloroso por muchas razones.

Cuando pienso en ella, recupero el recuerdo de una mujer a la que vi con un saco de cemento. La imagen de mi madre y la de esa otra mujer africana difieren por completo, tanto en el tiempo como en el espacio. Aun así, pueden estar cada una en una orilla del río de la vida y de la muerte y saludarse.

Vi el suceso a través de la ventanilla de un coche, a las afueras de Lusaka, en Zambia. En el arcén había una mujer africana arrodillada. A su lado, dos hombres aunaban esfuerzos para levantar un saco de cemento, que le colocaron en la cabeza. Era un saco de cincuenta kilos. Luego le ayudaron a ponerse de pie. La vi echar a andar vacilante bajo aquel peso enorme. Era como si se encaminara directa al sol, con el polvo del camino arremolinándose alrededor.

De pronto, reaccioné. Me dirigí a los dos hombres que se habían sentado a la sombra de una chabola y les pregunté si no comprendían que llevar tanto peso en la cabeza le destrozaría la espalda a aquella mujer. Supongo que, a ojos de aquellos hombres, quedé como un blanco entrometido.

Sin el menor atisbo de ironía, uno de ellos respondió:

–Nuestras mujeres son fuertes. Lo pueden aguantar.

Dijo esas palabras lleno de orgullo.

Aquella mujer desvelaba una verdad sobre el mundo en que vivimos. No sólo llevaba una carga encima de la cabeza, también la llevaba dentro de la cabeza.

En cuanto a la adolescencia, no puedo presumir de haber tenido una visión de la mujer muy decente que digamos. Mis primeras experiencias amorosas estuvieron marcadas por el hecho de que quien debía asumir los riesgos de un posible embarazo era la mujer. Aquello no era asunto mío.

Naturalmente, comprendo a la perfección que uno de los movimientos políticos más importantes de Occidente después de la segunda guerra mundial fue el cambio en la situación de la mujer. Aunque en la actualidad sigue siendo uno de los principales retos de los países en vías de desarrollo, no se puede negar que han cambiado muchas cosas. El gran desafío consiste en erradicar esa concepción que se sustenta en una lectura errónea de los textos religiosos, sobre todo del islam y el judaísmo. Las mujeres todavía tienen que sentarse al fondo del autobús cuando son los judíos ortodoxos los que deciden. Las mujeres de los países mayoritariamente islámicos todavía luchan por los derechos humanos fundamentales. Entre otros, el derecho a decidir sobre su propio cuerpo.

Una vez, en un pueblecito de Norrland, conocí a una mujer muy mayor. Me contó un suceso decisivo en su vida. Se había criado en la pobreza, se casó joven con un leñador y, antes de haber cumplido veintiséis años, tuvo siete hijos. Llegado ese punto, se dio cuenta de que no podía más, pero la idea de negarle a su marido la única alegría que le quedaba le resultaba imposible.

Entonces se enteró de que había una mujer que iba por los pueblos hablando de amor. No era una palabra que ella utilizara. En todo caso, en alguna ocasión, al hablar de sus hijos, o cuando hablaba con ellos. Pero era una palabra demasiado elegante y extraña para ella y su marido. Le habría dado vergüenza pronunciarla, como si al hacerlo se sintiera mejor que los demás.

Una vez, en pleno invierno, fue a la Casa del Pueblo, un local helado que se encontraba a diez kilómetros de allí, para escuchar a la mujer que hablaba de amor. La llamaban Ottar y hablaba una curiosa mezcla de noruego y sueco, pero todo el mundo la entendía perfectamente. Lo más importante de su mensaje era que ya no había que engendrar hijos no deseados en las largas noches de invierno. En el frío helador de una letrina, Ottar les ponía un pesario, que impedía que la mujer se quedara embarazada y que el hombre tuviera que renunciar a un placer que ahora también experimentaba ella.

–Ottar me cambió la vida –dijo la anciana–. Lo que hasta aquel día había sido

sufrimiento, se convirtió en una vida digna. Hasta aquel día, el amor entre mi marido y yo siempre había estado acosado por la desesperación.

Uno de los mayores retos a los que se enfrenta el mundo es el de otorgar más influencia a las mujeres. La mayoría de ellas tienen una enorme responsabilidad con respecto a la familia y la producción de alimentos, pero su responsabilidad política y económica es inexistente.

Yo no creo que los hombres y las mujeres piensen de forma tan distinta. Existe una fe excesiva en lo que se ha dado en llamar «pensamiento masculino y pensamiento femenino». Lo que el mundo sufre es la parcialidad del pensamiento masculino, donde las voces de las mujeres no se oyen en absoluto.

Esa situación nos aboca a un mundo ilógico. Es como si persistiera la costumbre burguesa clásica: después de la cena, los hombres se retiran a un lugar, mientras las mujeres se recogen en otro. Si una mujer trataba de romper ese modelo, enseguida la llamaban al orden.

Pero para que surja un nuevo orden, el hombre tiene que dar un paso atrás y dejar sitio a la mujer.

Quienes no creen que esto haya de suceder no han entendido mucho de lo que de verdad implica ese cambio.

Aún hoy continúa la batalla entre quienes llevan el saco de cemento y quienes lo cargan en la cabeza de la mujer.

Un invierno en Heraclión

El invierno de 1978 pasé unos meses en un hotel de Heraclión, la ciudad más grande de Creta. Fue la última vez que hice un viaje largo de verdad. Empecé una fría mañana de invierno en Oslo, en la entonces llamada Estación del Este, y terminé en Atenas unos días más tarde. Una locomotora de vapor tiraba de los vagones de nuestro tren mientras cruzábamos Yugoslavia, por entonces todavía una unidad nacional. Por la mañana, cuando nos acercábamos a la frontera griega, asomé la cabeza por una ventanilla para respirar el aire, que ya se había liberado de las garras del invierno. Me entró una carbonilla de la locomotora en el ojo y tuve molestias la primera semana que pasé en Creta.

El hotel era sencillo, sin encanto, barato. Podía decirse que yo era el único huésped. El desayuno consistía en pan reseco, café aguado y un poco de mermelada. En la recepción había un hombre que siempre parecía inmerso en la resolución de problemas matemáticos un tanto raros, que desarrollaba en el papel de carta del hotel. Yo había ido a Creta para ver Cnosos, y quería visitar la casa en la que vivió Kazantzakis, el gran escritor griego. Pero por encima de todo quería estar tranquilo. Llevaba una mochila y una bolsa de mano. Las dos atestadas de libros. Para que cupieran todos, había tenido que quitarles la cubierta a algunos.

Eran sobre todo libros de historia de la cultura. General y específica. Desde el nacimiento de la civilización europea clásica hasta lo que me rodeaba en aquellos momentos. El otoño anterior había llegado a la conclusión de que tenía grandes lagunas en mi comprensión de cómo se había forjado la cultura europea. Todo lo que había antes de Voltaire, Diderot y Rousseau se me antojaba borroso, inconexo. Así que iba a leer a fondo y ponerme al corriente de los sucesos que habían contribuido a la creación del mundo en el que vivía y que esperaba poder transformar.

El que Creta hubiera sido el centro de aquel desarrollo histórico no me influyó a la hora de elegir el destino de mi viaje. Lo más importante fue que un buen amigo me informó de que, en invierno, los hoteles de Creta eran baratísimos.

Por las mañanas salía temprano y daba un paseo que, por lo general, terminaba en el muelle. Después de tomar algo en algún café, para compensar el escaso desayuno del hotel, me sentaba en la habitación, cubría el espejo que había encima del escritorio con una camisa y abría los libros. Aún recuerdo el entusiasmo ante la certeza de que iba a aprender algo que ignoraba el día anterior. Cuando la limpiadora llamaba a la puerta, sobre las once de la mañana, me levantaba y salía. A menudo llovía en la isla, así que me compré un paraguas. Solía pasear durante horas.

Luego almorzaba en los restaurantes más baratos que podía encontrar. Casi siempre, pescado fresco. Después seguía leyendo, paraba para cenar y continuaba hasta la noche.

Aprendía algo nuevo cada día. Creo que nunca he dormido tan bien como en aquella habitación y en aquella cama tan mala. El conocimiento es bueno para el descanso nocturno.

La noche de Fin de Año estuve un buen rato en un bar y bebí tanto que me fui al hotel haciendo eses. El recepcionista se había dormido cuando llegué dando tumbos. Me costó alcanzar la llave en el casillero.

Al día siguiente me desperté muy temprano, con la resaca aporreándome horriblemente la cabeza y las arcadas agolpándose en la garganta. Todo aquel que ha bebido mucha *retsina* de mala calidad sabe cómo acaba la cosa.

Ese día en lugar de leer estuve escribiendo en mi diario (que nunca llegaba a ser más que una ambición) sobre lo que, a aquellas alturas, pensaba que significaba el concepto de civilización. A pesar del dolor de cabeza, o quizá por eso, conseguí formular atinadamente mis reflexiones.

Había algo que no encajaba en el modo de utilizar el concepto de civilización. Los textos eran inconsecuentes. A veces sustituían el término por cultura o por tradición, sin aclarar por qué. Empecé a preguntarme si el concepto de civilización fallaba. En las definiciones y análisis que yo había manejado lo habitual era definirlo por oposición a barbarie. El hombre civilizado había dejado tras de sí al hombre primitivo.

Pero ¿era aquello verdad? La antigua Grecia era un estado esclavista. La libertad de pensar y de actuar se limitaba a unos cuantos hombres elegidos que cumplían los requisitos de ser ciudadanos ya fuera de Esparta o de Atenas. Las sociedades han alumbrado pensamientos y han llevado a cabo acciones que pueden calificarse de cualquier cosa menos de civilizadas. Siempre había alguien que preparaba la comida, que cuidaba de los niños o que limpiaba los suelos. Y a esas personas se las trataba mal. No sólo se las consideraba seres inferiores, sino que además se las acosaba física y psíquicamente.

Por otro lado, dicha actitud no constituye ningún capítulo cerrado en la historia. Aún existen personas sin rostro y sin nombre, seres que están ahí para servir y que se ven obligados a vivir en la humillación y el miedo más profundo. Por si fuera poco, existen en todos los continentes.

Cuando viajamos a países árabes, por ejemplo, intuimos a esas sombras sirvientes tras las fachadas blancas. Asoman de pronto y se esfuman en el acto. Prácticamente todas esas personas proceden de países pobres de Asia o de África. Trabajan de continuo. Son, a menudo, muy jóvenes. Sus posibilidades de mantener el contacto con la familia son limitadas. Además, están totalmente desprovistas de derechos. La menor protesta o renuencia en el trabajo diario puede suponerles un despido inmediato. El regreso a la pobreza y quizá vivir en un estercolero.

¿Cómo definir el concepto de civilización? ¿Qué es una persona civilizada? Las respuestas han variado a lo largo de la historia. Y siempre se han basado en la premisa de que civilización es algo que nos enseñan, al contrario que los incivilizados que, por necesidad o por falta de posibilidades, no han alcanzado la felicidad de ser «civilizados». El concepto de civilización se ha utilizado con frecuencia como coartada para cometer abusos. En el siglo XIX, cuando empezó en serio el expolio de las riquezas de África, resultó sumamente útil. Los países europeos que participaron en el asentamiento en aquel continente contaban con tres armas, las tres empezaban por la consonante ce, y las tenían listas para usar.

La primera eran los cañones, el poder armamentístico. Siempre estaba presente como una amenaza, y lo utilizaban cuando se consideraba adecuado, por lo general de modo indiscriminado.

Entre los derechos de las personas civilizadas se encontraba el de exterminar a quienes se oponían a lo que los dominadores consideraban que les beneficiaba.

Entre la civilización y la barbarie estaba la muerte, sólo eso.

La segunda era la cruz. Durante la colonización de África le pusieron a Jesús un casco en la cabeza y una espada en la mano. La base para elevar a todos los negros, tan salvajes y bárbaros, a las alturas de la civilización radicaba en la posesión de la fe verdadera. Los dioses y las doctrinas animistas que la mayoría de los africanos habían profesado a lo largo de los siglos debían desaparecer. Los misioneros allí enviados se veían a sí mismos como soldados de Dios. Eran guerreros con salacot y con biblias en lugar de cañones, listos para usarlas indiscriminadamente.

La tercera era la contabilidad. Nadie que no respetase las leyes económicas del mundo occidental y la brutalidad inherente al mercado capitalista podía alcanzar la deseada civilización.

El arma desconocida del colonialismo era la mentira. Me pregunto si alguna vez se ha mentado tanto y de forma tan sistemática como durante la oleada de humillantes agresiones que en el siglo XIX se cometieron contra el continente africano.

Seguramente había muchos europeos que creían con firmeza en su discurso sobre la civilización. Pero quienes controlaban las invasiones sólo querían simplificar el proceso de colonización. Querían esperar tranquilos mientras saqueaban las materias primas de África igual que antes la habían saqueado llevándose a las personas.

Sobre estas cuestiones reflexionaba yo en Creta aquel invierno de 1978. Todo aquello me hacía dudar de que fuera posible crear una civilización digna de tal nombre mientras la esclavitud y la tiranía gobernaran la Tierra. ¿Acaso puede funcionar una verdadera civilización, sin esclavitud y sin otros abusos más o menos ocultos, cuando sólo abarca una mínima parte del mundo?

¿Será ilícito soñar con la posibilidad de crear una civilización mundial que no se base en ningún tipo de opresión?

Sea lícito o no, es un sueño necesario. Y seguro que la próxima generación no sabrá hacerlo mucho mejor que nosotros.

Pero puede que nuestros sucesores sean menos necios de lo que hemos sido y somos nosotros.

En los mares nadan las ballenas, cada vez más desorientadas y perdidas a causa de todas las ondas de radio y los impulsos eléctricos que envía el hombre.

Por la tierra vagan miles de millones de personas que apenas se atreven a creer que existe una vida más decente que la que se ven obligados a llevar.

Recuerdo aquel invierno en Creta. Un periodo de muchas lecturas. Y una soledad inmensa que nada enturbiaba.

Catástrofe en una autopista alemana

A mediados de la década de 1980 fui en coche a lo que por entonces se llamaba Yugoslavia. Fue unas semanas antes del solsticio de verano. Una mañana, muy temprano, subí a bordo de un transbordador entre Limhamn y Dragör. En aquella época tenía un coche muy viejo.

No me encontraba en un buen momento de mi vida. Era director de teatro y, demasiado tarde, había comprendido que era tan ingenuo como temerario pensar que podría compaginar la dirección con la escritura de novelas y obras dramáticas. Por si fuera poco, aquel año se había caracterizado por continuos conflictos de personal en el teatro, que me condujeron a tomar decisiones necesarias aunque desagradables. Y allí iba, huyendo prácticamente en el coche rumbo al sur. Conduje sin parar. Ya entrada la noche, llegué cerca de Hannover. Pensé seguir hasta que no pudiera más y luego dormir en la parte trasera del coche, donde había levantado el asiento para poder colocar un colchón.

La sensación de huida disminuía a medida que iba dejando kilómetros a mis espaldas. Como el viejo Citroën no tenía muchos caballos, me adelantaban continuamente. Pero ya no tenía prisa. Pronto llegaría a la frontera yugoslava. Y no sabía qué iba a ocurrir después. Se me había pasado por la cabeza ir a la isla de Krk y quedarme allí hasta que tuviera que volver al norte. Entonces decidiría cómo afrontar el nuevo año que me esperaba en la dirección del teatro. No quería que se repitiera lo que había vivido los últimos meses. Había cometido todos los errores posibles.

Al sur de Hannover, ya por la tarde, empecé a sentir un gran alivio. Tenía ante mí como mínimo treinta días en los que nadie llamaría a la puerta de mi despacho para plantarme los problemas encima de la mesa. Ni actores iracundos que se hubieran enzarzado en alguna discusión con un director de escena, ni ningún representante sindical que protestara por la nueva normativa de los cupones para el almuerzo. De repente, era fácil pensar. Recordé un aforismo que había leído en una ocasión: «No te tomes la vida demasiado en serio. De todos modos, no saldrás vivo de ella».

Un autobús me adelantó por la autovía. Eché una ojeada rápida y comprobé que estaba lleno de jóvenes. Quizá de una escuela o un equipo deportivo. El autobús se puso delante de mí. Tenía abierta la ventanilla del techo. De repente, vi a un muchacho adolescente que asomaba la cabeza y sacaba el tronco. Me saludaba con la mano. Sonreí, pero no recuerdo si le devolví el saludo. Trepó un poco más arriba. No había ningún riesgo de que se cayera, aún tenía los muslos dentro del autobús.

En ningún momento miró hacia delante. Nadie dentro del autobús, ni el conductor ni ninguno de los otros chicos se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. Cuando sucedió la catástrofe, ya era demasiado tarde.

Era un viaducto de poca altura. El autobús podía pasar por debajo sin problemas, pero nadie se imaginó que un chico sin camiseta iba a asomarse por la ventanilla del techo. Cuando el borde de cemento del viaducto le dio en la cabeza, justo por el cuello, se la reventó. Los huesos, la piel y el cerebro destrozado volaron por los aires y fueron a estamparse contra la luna delantera de mi coche. Yo no iba a mucha velocidad, de modo que pude frenar y apartarme en el arcén, a pesar de que la luna estaba prácticamente cubierta de aquella masa. El autobús se echó también a un lado de la carretera, los frenos chirriaron al frenar. La mayoría no sabía lo que había ocurrido. Enseguida me di cuenta de que yo era el único que había visto cómo había muerto aquel joven.

De la ventanilla colgaba aún el cuerpo seccionado. Recuerdo que tenía la mano en la palanca del limpiaparabrisas cuando de pronto me detuve. Me quedé de piedra. Estaba totalmente conmocionado, se me salía el corazón por la boca. Empecé a llorar. Lo que acababa de ver era incomprensible, pero del todo cierto. Lo que más doloroso me

pareció fue que, seguramente, el chico en ningún momento tuvo conciencia de lo que iba a suceder. No ya porque así habría podido bajar la cabeza, sino porque no fue consciente de que su vida llegaba a su fin. Murió sin saberlo.

Las ambulancias y la policía llegaron al mismo tiempo que los bomberos. Entonces salí del coche y llamé a un policía. El hombre se sobresaltó al comprender qué era lo que cubría el parabrisas de mi coche. En un alemán rudimentario pero suficiente le conté lo que había visto. El hombre lo anotó en un cuaderno y luego llamó a un técnico de la Científica que acababa de llegar y que recogió parte de lo que había en el cristal con un tubo de plástico. Luego me indicó con un gesto que podía limpiar el parabrisas.

Continué el viaje y no paré hasta que dieron las cuatro de la madrugada. Para entonces había recorrido muchos más kilómetros hacia el sur. Entré en una de las muchas *Raststätte*, esas áreas de descanso que flanquean las autopistas alemanas y que tanto se parecen entre sí. Aparqué el coche entre dos camiones cuyas cortinas estaban echadas y de los que salían unos ronquidos discretos, y me acomodé en la parte trasera del coche. El rumor de la autopista se sobreponía a todos los demás ruidos. Dos personas pasaron delante del coche. Una de ellas soltó una risotada, a saber por qué.

Poco a poco me fue venciendo el sueño. Y sólo entonces desapareció la imagen del chico que se asomó a la ventanilla del techo del autobús.

Llegué a Krk, encontré un hotel barato donde las cucarachas huían apresuradamente cada vez que encendía la luz del cuarto de baño. Me quedé allí todo el verano. No era capaz de seguir viajando en busca de algo que ni sabía qué era. Fue un periodo de desasosiego. Me lo pasé ejerciendo la autocrítica, pero conseguí el propósito de tomar una decisión sobre cómo afrontar mi papel de director general del teatro el año siguiente. Después sólo me quedaría otro año para que todo terminase. A finales de julio, cuando dejé Krk y emprendí el regreso al norte, lo hice en un estado que, supuse, podía describirse como «tener ganas de pelea».

El segundo año fue mucho mejor que el primero. Continué otro largo año más, hasta que pude dejar el cargo en manos de un sustituto. Para entonces, y con gran sorpresa por mi parte, me habían pedido con insistencia que me quedara y, además, me habían ofrecido la dirección de otros teatros. Naturalmente, rechacé las ofertas. Lo único que me interesaba era empezar a escribir cuanto antes, después de aquella interrupción involuntaria que había durado más de tres años.

El contrato vencía el último día del mes de junio. Ese año no busqué refugio fuera del país. Además, vendí el coche. A pesar de que el teatro estaría cerrado todo el verano, emprendí el viaje desde mi casa en Escania hasta la noruega Våxjö la noche en que debía dejar el puesto formalmente. Pero antes, aquella misma noche estival, abrí la puerta de mi despacho y me senté. Lo había recogido todo y había desechado aquello que ya no servía. El escritorio de color negro estaba vacío. Lo único que había era una carta que le había escrito a mi sucesora. Le deseaba suerte y le recordaba aquella regla no escrita según la cual el mejor día en el trabajo de director general de un teatro es el primero. A partir de ahí, siempre hay alguien insatisfecho. Y si uno es consciente de ello, le resulta más fácil protegerse de los golpes que recibirá a todas horas.

Dejé un benjamín de *champagne* al lado de la carta. Luego me quedé en la penumbra de la noche, observando mi reloj de pulsera. Exactamente a medianoche se habría terminado mi contrato. No lo sentía como una liberación, como salir de una cárcel. Tan mal no me había ido, sobre todo en la segunda etapa. El teatro había recibido incluso un premio por una de las representaciones. Aquel viaje al despacho vacío me pareció de pronto un tanto ridículo. Pero allí estaba, esperando a que el reloj diera la medianoche.

Entonces me acordé de pronto del chico que murió decapitado en el techo del autobús. Apenas había pensado en él desde que volví de Krk. Pero ahora volvía a recordarlo

saludándome alegremente durante sus últimos segundos de vida. ¿Por qué me acordaba de él justo en aquel momento? Me resultaba incomprensible. Pero cuando dieron las doce de la noche, él era el único cuya sombra me acompañaba allí.

No sentí nada cuando todo hubo pasado. Ni alivio, ni liberación ni alegría ante el futuro. Era como si tuviera que empezar de nuevo desde el principio. De repente, dudaba de mi capacidad para volver a escribir. Tal vez la hubiera perdido mientras trabajaba como director de teatro.

Al final me levanté, apagué la luz, cerré con llave y metí las llaves por la ranura del correo. Era como si hubiera encerrado el recuerdo del chico del autobús en aquel despacho vacío.

Me senté en el coche que había alquilado y me fui de allí. No volví la vista atrás, como suele decirse en las rupturas definitivas.

Muchos años más tarde, como un mes después de haber recibido la noticia de que padecía un cáncer grave y, seguramente, incurable, me llegó por correo un sobre abultado. En el remitente sólo constaban unas iniciales que me resultaban desconocidas y el sello de Estocolmo, sin apartado de correos, ni el nombre de la calle ni el código postal.

En el sobre había un puñado de cartas dirigidas a Henning Mankell. Pero no eran para mí. Databan de 1899, 1900 y 1901, once en total. Se las habían enviado a mi abuelo y tocayo Henning Mankell, que, en 1899, tenía treinta años. Él vivía por entonces en la calle de Cardellgatan, en Estocolmo, y unos años después, en 1905, se casó con Agnes Lindblom y se mudó a Floragatan, donde vivió hasta su muerte en 1930.

Leí las cartas, todas ellas firmadas por un tal Harald, siempre sin apellido. Supe que vivía en Upsala, en cuya universidad estudiaba. Y que tenía unos veinte años. Es decir, se llevaban diez años. Pero de las cartas no se deducía cuál era la naturaleza de su relación.

Eran unas misivas extrañas. Apenas había información cotidiana ni preguntas acerca de la salud ni saludos a amigos comunes... Harald le escribía a Henning para hablarle de su angustia existencial, de sus dificultades para encontrarle sentido a la vida y de sus reflexiones constantes sobre diversas cuestiones morales. Se refería repetidamente al deseo sexual sin rastro de amor que le provocaban ciertas mujeres. A menudo, las cartas finalizaban en mitad de un razonamiento, y la siguiente carta empezaba con las mismas preguntas.

De las cartas de Harald era imposible deducir lo que pudo haberle respondido Henning. Podían leerse todas seguidas como un monólogo. Un joven que estudiaba no se sabía qué en la Universidad de Upsala, que salía por las noches con sus amigos a beber ponche en el bar. Luego se cansaba de la vulgaridad de las conversaciones de sus amigos y se iba a casa a escribirle cartas a Henning.

Las leí todas y las guardé. Mi abuelo Henning murió dieciocho años antes de que naciera yo. Hoy no existe nadie que pueda decirme quién era aquel Harald. No figuraba el apellido, ni había ninguna fotografía. Tan sólo aquellas cartas que un desconocido me hizo llegar.

Comprobé con asombro que, durante la lectura de las cartas que el remitente anónimo había dejado en el buzón, no dediqué un solo pensamiento al cáncer. Descubrí que en Harald, en buena parte de sus reflexiones, podía reconocerme a mí mismo. Eran reflexiones que yo me hacía cuando tenía su edad.

Enseguida pensé también en el chico del autobús, que moría una y otra vez en mis recuerdos; aquel último saludo que culminó en una gran catástrofe. Debí de escaparse del despacho del teatro donde creía haberlo dejado encerrado para siempre. De pronto comprendí que también me reconocía a mí mismo en él. La inquietud de Harald y la sonrisa del chico muerto son parte de mí. O quizá debería decir que yo soy parte de ellos. Uno no se ve a sí mismo en otros. Nos vemos a nosotros mismos en

todos los demás.

Cuando escribo estas líneas nos encontramos a finales de mayo. Ya quedan lejos aquellos días terribles de enero y de febrero en que partía todas las mañanas, muy temprano, en dirección al hospital Sahlgrenska, para someterme a pruebas de todo tipo antes de que me aplicaran la quimioterapia. La primera fase del tratamiento ha terminado. Me he librado bastante bien de los efectos secundarios. Nada de náuseas; cansancio, sí, pero no paralizante. Sólo he perdido unos kilos. En dos ocasiones me han tenido que hacer una transfusión, pero el sistema inmune no ha flaqueado en ningún momento.

Ahora me administran una dosis menor de quimioterapia cada tres semanas. La visita al hospital no dura ni una hora. De cómo se comporten los tumores dependerá el tiempo que deba continuar con el tratamiento. Si siguen disminuyendo o al menos dejan de crecer, puede durar meses e incluso años.

Mientras escribo esto, recuerdo de pronto una fotografía. Me paso un buen rato buscando en álbumes y cajas de cartón hasta que encuentro lo que busco. Es una fotografía en blanco y negro del cuarto curso de primaria de la escuela de Sveg. De 1957. Yo estoy en el centro de la última fila y tengo un aspecto muy serio.

Abajo, en la esquina derecha, hay tres niños sentados. El hecho de que se encuentren juntos es del todo fortuito. No eran amigos ni compartían el tiempo libre después del colegio. Simplemente, les tocó sentarse así.

Hoy están muertos los tres. Uno de ellos se mató, según me contaron, bebiendo etanol los últimos días de su vida. El otro se pegó un tiro hace unos años, se disparó en la cara con una escopeta de perdigones. El tercero murió de una enfermedad, no sé cuál. Pero, mientras posaban ante el fotógrafo, ninguno de los tres sabía que serían los primeros de la clase en morir. En la instantánea no hay nada que lo desvele.

Y también en ellos me reconozco. Llevo en mi interior a vivos y muertos, y supongo que, de la misma manera, yo también existo dentro de otros que se reconocen en mí.

O que se reconocieron en mí, al menos mientras vivieron.

Los celos y la vergüenza

Una noche de primavera de hace ya muchos años deambulaba por una ciudad de Norrland, destrozado por los celos.

Era como si la ciudad que me rodeaba hubiera perdido el color. La existencia se había convertido en una especie de realidad vidriosa en blanco y negro. El empedrado de la acera se movía bajo mis pies. Por todas partes se me antojaba ver oquedades que podían abrirse en cualquier momento.

No hacía mucho que había conocido a una mujer de otro país y había empezado a quererla con pasión. Hablábamos por teléfono todas las noches.

Aquella noche no respondió a la llamada. La preocupación me empujó a la calle, de una cabina telefónica a otra. La llamaba cada diez minutos, pero nada.

Era como vivir en una maldición para mí desconocida. Las traiciones de los amigos cuando era niño, las promesas rotas de los mayores, nada podía compararse a lo que sentía aquella noche.

Hace más de cuarenta años. Pero creo que aún es uno de esos instantes de la vida que puedo reconstruir con detalle. Uno de esos instantes en que todo giraba en torno a una sola cosa: que alguien respondiera al teléfono para decirme que el amor seguía vivo.

Era una clara noche primaveral, aunque llovía intermitentemente. Hacia las tres de la mañana estaba empapado, pero continué aquella peregrinación humillante de cabina en cabina. Un coche de policía pasaba a mi lado de vez en cuando, y los hombres que había dentro me observaban con suspicacia. Pero yo no iba haciendo eses, ni llevaba mercancías robadas. Y me dejaron en paz.

Ahora, tantos años después, al recordarlo con distancia, me veo como una sombra negra sacada directamente de alguna de las novelas de Dostoievski, pero no dando vueltas por la noche en una ciudad sueca, sino en Moscú o en San Petersburgo.

Los celos hicieron honor a su nombre. Literalmente, tenía fiebre. Enfermé mentalmente, pero también sufría un dolor físico. Tenía un nudo terrible en el estómago y cada suspiro era una tortura. Buscaba de forma desesperada una explicación de por qué no respondía a mis llamadas. No encontré ninguna. De ahí que lo único que podía imaginar era que, en aquel preciso momento, otro hombre la abrazaba desnudo en ardiente excitación.

Llegué a un puente muy largo, empecé a cruzarlo. De repente, me detuve y lancé un grito al vacío.

El grito, de Edvard Munch, representa una verdad humana de lo más profunda.

No me respondió hasta la madrugada. Empecé a llorar cuando por fin cogió el auricular. Había una explicación de lo más sencilla: había colgado mal el teléfono y se había quedado profundamente dormida.

Sentí un alivio perturbador. Se acabaron los celos. Los nudos de la tensión se fueron deshaciendo poco a poco en finísimos hilos que terminaron por esfumarse.

A lo largo de mi vida he sido víctima de los celos de vez en cuando. Pero nunca como en aquella ocasión. Sin embargo, he aprendido a distinguir cuándo otros son presa de los celos. Casi siempre es por amor, infidelidad, miedo a que te abandonen. Pero los celos pueden aparecer en las situaciones más inesperadas. En un teatro, el reparto de papeles puede provocar un odio que, en el fondo, son celos. En la literatura, el *Otelo* de Shakespeare nos ofrece un relato insuperable.

La lista podría ser muy larga. Entre los escritores, los celos suelen provocarlos desde las críticas hasta las cifras de ventas. Yo he visto a un agricultor mirar con inquina la excelente cosecha del vecino, cuando la suya no ha venido cargada de ricos frutos.

En una ocasión vi a dos taxistas que se peleaban por una parada. La causa, según supe luego, era que el coche de uno de ellos era mucho peor que el del otro.

Pero ¿dónde nacen los celos? ¿Y por qué?

Recuerdo una vez, en la década de 1980, cuando la cuestión del sida era una novedad aterradora, que les pregunté a varios amigos cómo creían que reaccionarían si les dijeran que lo habían contraído. En aquel entonces, un diagnóstico de infección era tanto como una sentencia de muerte. Era antes de que existieran los antirretrovirales y de que se supiera cómo funcionaba en realidad aquel virus una vez que invadía a una persona, cuyo cuerpo se convertía en huésped hasta que todo hubiera pasado.

Como cabía esperar, las respuestas fueron de lo más variadas, pero una se repitió más de una vez, y era aterradora. Naturalmente, se trataba de una respuesta que esas personas jamás habrían dado en público si se lo hubiera preguntado un periodista o un médico. Pero a mí me lo dijeron abiertamente:

–Contagiaría a otros. No quiero morir solo.

Mi pregunta ante semejante respuesta era lógica:

–¿Por qué deseas la muerte de otros? Uno siempre muere solo.

–No soportaría que otros vivieran más que yo.

En esa respuesta están los celos definitivos. Otros seguirán viviendo cuando yo muera. Hay incluso quienes tendrán la desfachatez de no haber nacido siquiera cuando yo deje de respirar.

Eso es grotesco e inhumano, pero he conocido a personas a las que les cuesta ocultar la envidia que les inspiran sus hijos, porque éstos seguirán vivos cuando ellos mueran. Veo a personas de cincuenta años que se visten con vaqueros demasiado ajustados y juveniles para ahuyentar a la muerte que los acecha.

Hay ciertas personas que nunca abandonarán el sueño del elixir de la vida. Para ellos no basta pensar que, por lo general, vivimos más que nuestros padres. No podemos modificar la herencia genética. Al menos, por ahora. Aunque es posible que ese momento llegue antes de lo que creemos, y que la gente empiece a clonar a sus hijos, convirtiéndolos en copias de sí mismos, sin los posibles fallos en la cadena del ADN.

Los celos de los hombres son distintos de los de las mujeres. Quien ha visto un león apoderarse de una manada con sus leonas, ha visto al hombre macho. El león destroza a dentelladas a la descendencia de su antecesor a fin de dar paso a su progenie. Un hombre que se une a una mujer separada rara vez, por no decir nunca, mata a los hijos de ésta, pero no es infrecuente que los eche de casa. En África he visto muchos casos. A muchos de los niños callejeros que pueblan las grandes ciudades africanas los han echado de casa cuando su madre, quizá viuda, ha encontrado otro marido que pueda mantenerla. Probablemente la expresión «se ha visto obligada a encontrar» sea más exacta. En los países pobres, lo primero que pierden las mujeres es su capacidad de elegir.

Los celos son una cuestión de supervivencia. La falta de interés que la existencia biológica siente por lo que no sea nuestra propagación como especie. En sentido biológico, puede ser indiferente con quién tengamos hijos. Sin embargo, en esa elección intervienen complejas leyes sociales y económicas.

El amor es un invento moderno. Las antiguas generaciones tenían clarísimo que a los hijos había que colocarlos en contextos económicos y sociales favorables.

En muchos sentidos, todavía es así, naturalmente. En numerosas culturas casan a los niños en cuanto nacen. En esas circunstancias, lo que llamamos amor es algo que, en el mejor de los casos, puede surgir después de haber consumado el matrimonio, no antes.

Que los celos de hombres y mujeres sean distintos no es de extrañar en un mundo en que los hombres tienen el poder y las mujeres la responsabilidad. Los hombres reaccionan con celos cuando sospechan que su elegida podría tener hijos con otros hombres, aunque ellos se pasan la vida desmadrándose.

Las mujeres en cambio sienten celos si creen que otra mujer quiere arrebatarse a su

pareja, puesto que, en ese caso, se quedarán solas con la responsabilidad de los hijos. Es una descripción grosera, pero los únicos celos que yo he sentido en relación con una mujer fueron los de aquella noche ya lejana en una ciudad de Norrland.

Los celos son difíciles de soportar. Que los franceses tengan en su legislación un apartado específico para el «crimen pasional» es lógico. Es humano. E incluso en países que no cuentan con una legislación tan clara como Francia, los jurados valoran si en la comisión de un delito los celos han tenido algo que ver.

Dicen que la gente se avergüenza de sentir celos. Que es indicio de una extraña necesidad de poseer o de envidia, fruto de la debilidad de carácter. Es algo que no puedo entender. ¿Por qué iba a avergonzarme por comportarme como un ser humano? En su sentido más profundo, los celos significan que estoy en condiciones de expresar unos sentimientos eminentemente humanos.

Una vez conocí a un hombre que se llamaba Olof. A la edad de 87 años empezó a sospechar que Irma, su mujer, que tenía 86, lo engañaba con otro hombre de la residencia en la que vivían. Estaba tan furioso por los celos como lo estuve yo.

Todo se arregló cuando comprendió que su mujer le había sido fiel.

Irma vivió hasta los 101 años, y Olof hasta los 99. Cuando Olof murió, Irma hizo algo que llevaba años esperando poder hacer. Revisó todos los papeles que había dejado su marido, para obtener respuesta a una pregunta que llevaba sesenta años atormentándola. ¿Le fue infiel Olof cuando ella esperaba su segundo hijo? Entre aquellos documentos encontró la prueba que buscaba.

Confesó que sintió el golpe de una oleada. Una oleada de agua negra, densa y oleosa. Celos.

Pero se le pasaron. Después de todo, Olof se quedó con ella. Y ella lo perdonó. Vivió dos años más, hasta que se fue durmiendo con un crucigrama a medio resolver en el pecho.

El vigésimo octavo día

Un día de 2013 en que hace un frío insólito en Maputo me siento a comer con un médico suizo. Tiene poco más de cincuenta años, se llama Renée y ha operado del corazón a cuatro mil niños desde que empezó a estar en activo. Es un hombre tranquilo que no llama mucho la atención. Precisamente ese día se ha pasado tres horas operando a un *blue baby* que, de lo contrario, habría muerto, si no enseguida, sí antes de cumplir cinco años.

Le pregunto cómo le afecta ir a trabajar a diario para, literalmente, salvar la vida de niños pequeños que, de no ser por él, no habrían tenido la posibilidad de crecer ni de admirar lo que puede ser la vida. Un tanto indeciso, me responde que, naturalmente, es un motivo de alegría constante. Pero que él sólo hace su trabajo, igual que los demás. Luego empieza a hablar de los tres casos en los que, según él, fracasó. Tres casos en que los niños murieron y de los que, aun sin haber cometido ningún fallo, se siente responsable.

Lo escucho, pero no creo que tenga ninguna responsabilidad personal en lo que dice. Por su modo de describir los distintos casos, me da la impresión de que lo que causó la muerte de los niños fue una serie de circunstancias adversas y de complicaciones inesperadas.

Luego me habla de los encuentros con los padres de los niños. Recordaba la rabia contra él, contra el médico, fruto del dolor y la conmoción. Naturalmente, hay que comprender que necesitaran a alguien a quien culpar. Aun así, era un dolor que le costaba sobrellevar.

La conversación se ha prolongado a pesar de lo agotado que está. Junto con un equipo de enfermeras especializadas que llegaron en avión ha realizado catorce operaciones en ocho días. Esta noche regresará a su casa en Lausana. Dentro de dos días, volverá a operar en su hospital.

Cuatro mil operaciones. Por lo general, corazones diminutos a los que él dará la oportunidad de bombear sangre durante quizá ochenta años más.

De pronto, empieza a hablarme de su amor por el corazón. Lo que dice me parece lírico, pero, en el fondo, está siendo muy objetivo. El corazón es un músculo. Nada más. Como un músculo del muslo o de la espalda, también tiene una función específica. Bombea sangre. Luego, Renée empieza a contarme los secretos del corazón, totalmente desconocidos para mí; un relato fascinante.

—Cuando nace un niño, el corazón ya lleva tiempo latiendo —dice—. Tiene un recorrido largo antes de que el niño venga al mundo. Después de la fecundación, los músculos del corazón empiezan a moverse despacio el vigésimo octavo día. Al cabo de tres días de entrenamiento, el corazón empieza a latir el día trigésimo primero.

—¿Así de exacto? —pregunto.

—Así de exacto. Pueden darse casos aislados de treinta y dos o treinta y tres días. Pero si el corazón no ha empezado a funcionar antes del trigésimo quinto día, el niño no vivirá.

La conclusión es obvia. Cuando nace un niño, su corazón lleva latiendo ocho meses. Todos los procesos fisiológicos fundamentales los decide desde un primer momento ese músculo pertinaz que bombea la sangre por el cuerpo sin parar.

Renée descansa después de una intensa semana de trabajo y saborea una copa de vino. Sonríe continuamente con amabilidad. Le gustan los corazones. El suyo, el mío, el tuyo. Sospecho que, en algún momento, habrá jugado a calcular cuántos latidos se producen en el mundo durante un minuto o una hora. Un cálculo aproximado de la cantidad de latidos de una persona que vive ochenta años da un número de doce cifras.

El corazón es un músculo que lo tiene ocupado todos los días.

Le pregunto por las tortugas, que pueden vivir ciento cincuenta años, y me dice que la constitución de su corazón es más sencilla. Puesto que viven y se mueven muy despacio, el corazón les funciona mucho tiempo, en tanto que otros animales de frecuencia cardíaca más alta sólo viven un año o dos.

Luego empieza a hablar de otra característica extraordinaria de ese músculo maravilloso que es el corazón. En realidad, está programado para funcionar de treinta y cinco a cuarenta años. Lo que hace unas generaciones era una edad avanzada también en Europa aún es una esperanza de vida media en muchos países pobres. Pero el músculo del corazón ha resultado gozar de una resistencia insospechada. El músculo continúa trabajando, aunque tenga que bombear el doble de rápido de la velocidad para la que está diseñado.

Según Renée, el corazón es perfecto, puesto que no cabe la menor duda de cuál es su función. Otros músculos del cuerpo pueden hacer varios movimientos, ejecutar tareas que exigen mucho esfuerzo o ejercicios deportivos. El corazón sólo tiene una misión, bombear la sangre oxigenada por todo el cuerpo hora tras hora sin interrupción.

Le pregunto por qué eligió la naturaleza precisamente ese sistema para bombear la sangre por el cuerpo. En los primeros estadios de desarrollo de la vida en la Tierra, debieron de existir otras posibilidades.

Renée responde que el modo de funcionar del corazón reviste una gran sencillez. Y esa sencillez es la que lo hace tan resistente y le permite latir tantas veces antes del final. En esa sencillez está la fortaleza del músculo del corazón. Y también es la razón por la que sabemos todo lo que se puede saber de su constitución y funcionamiento, a diferencia de lo que ocurre con el cerebro, que todavía es en gran medida un territorio por explorar.

A Renée no le sorprende lo más mínimo que el corazón se haya convertido en el símbolo del patriotismo o del amor más apasionado. Él se refiere a nuestro músculo como «ese corazón maravilloso», cuyo mecanismo «medidor de vida» funciona sin descanso y, antes de claudicar, es capaz de soportar las experiencias humanas más extremas de inanición y de sufrimiento.

El corazón es el sirviente fiel.

El corazón es el que da la medida del amor. Cuando hay pasión, el corazón se acelera y las mejillas se encienden.

Al corazón apunta el pelotón de ejecución. Un papel blanco a la altura del corazón se convierte en la diana cuando alguien debe morir.

Antiguamente –y quizá también hoy– devoraban el corazón del enemigo para hacerse con el vigor que tenía en vida.

Cuando la gente tiene sobrepeso o deja de moverse, el corazón lucha hasta el límite para bombear sangre entre los obstáculos del cuerpo. El corazón es nuestro último héroe. Pero, al mismo tiempo, no es más que un músculo normal, aunque tenga unos recursos extraordinarios.

Renée se prepara para volver al hospital, recoger el instrumental quirúrgico y despedirse de sus colegas africanos. Regresará pronto, cuando haya reunido el dinero suficiente para financiar más operaciones con las que salvar vidas.

Antes de despedirnos, le pregunto qué forma tendrá el corazón humano dentro de un millón de años. ¿Seguirá desarrollándose?

Él no cree que eso vaya a suceder. Es un músculo perfecto para bombear la sangre a todo el circuito. El corazón de una persona bombea tanta sangre en una vida como agua pasa en unas horas por las cataratas Victoria, en el gran salto de agua africano. Otros músculos del cuerpo sí cambiarán al cabo del tiempo. Naturalmente, un mundo en el que cada vez más personas se pasan la vida sentadas cambiará nuestros músculos, aunque para ello hayan de transcurrir muchas generaciones.

–¿Dentro de cien mil años? –pregunto antes de separarnos.

–Si este restaurante sigue en pie, las personas que trabajen y que coman en él serán idénticas por dentro a nosotros. Cien mil años son muy poco tiempo.
Después de su partida hacia los quirófanos del hospital suizo, me quedo pensando en lo que ha dicho: «Cien mil años es muy poco tiempo».
Difícil de abarcar. Pero, naturalmente, es del todo cierto.

Encuentro en un anfiteatro

Un día de agosto de 1982 embarqué presa de la mayor expectación en un vuelo de Bulgarian Airways rumbo a Atenas. Aterrizamos en Berlín, Praga y Sofía, si no recuerdo mal. En todas partes había retrasos. La comida que servían a bordo eran bocadillos resecos. Pero a mí me daba igual. No tenía prisa. Iba a pasar parte del otoño en el albergue sueco de Kavala. Tenía la intención de escribir una obra de teatro que me habían encargado.

Un día de aquel otoño comprendí lo que significa sentirse inmerso en un contexto intemporal e histórico. Sucedió de forma totalmente inesperada, como casi todos los acontecimientos decisivos.

Había cogido un transbordador desde Kavala, en el norte, hasta la isla de Tasos. Todavía hacía muchísimo calor, pero todos decían lo mismo, que esperaban que cambiara el tiempo, que pronto se volvería más otoñal.

Ya había terminado el primer acto de la obra de teatro, así que me tomé un día libre.

También había otra razón para tomarme un descanso. El día anterior había sido domingo. En mi habitación había un balcón y me había asomado a contemplar la iglesia que se veía desde allí. Entonces vi un ataúd abierto, en cuyo interior había un joven con un traje negro. Un hombre de mi edad. Alrededor del ataúd, un puñado de personas lloraban histéricas. Dejé el balcón y cerré la puerta. Yo ya había visto personas muertas con anterioridad, pero después de aquello, sentí un malestar creciente.

En aquel entonces no había conseguido normalizar mi relación con la muerte. Quizá estaba a punto, pero sólo después, durante mis primeros años en África, aprendí a ver la muerte como parte de la vida, no como algo aterrador que se encontraba fuera de ella.

Aquella noche dormí mal. Por la tarde, fui al puerto de Kavala a ver partir los transbordadores rumbo a Tasos.

Me levanté al alba y el barco zarpó a su hora.

Cuando llegué a Tasos, no sabía que allí había un anfiteatro clásico. Había visto el que se alza en las faldas de la Acrópolis, y el anfiteatro por excelencia, el de Epidauro. Pero cuando caminaba por la calle empedrada hacia el teatro de Tasos tras dejar atrás las ruinas del templo de Dionisio, vi el viejo teatro que se extendía ante mí. Fue uno de los mejores espectáculos que he visto en mi vida.

Me pasó como el día aquel en que, delante de la Casa del Pueblo de Sveg, descubrí que yo era yo y que no era intercambiable.

Entonces, me vi a mí mismo. Allí, en Tasos, descubrí algo obvio, que mi identidad estaba vinculada a la de otros, los que me precedieron y los que vendrán. Naturalmente, no era una idea nueva, pero era como si su significado más profundo se me hubiera revelado en ese momento. Vi lo que antes había visto sin ver. Lo había pensado, pero sin comprender del todo su significado. Fue la primera vez que entendí de verdad lo que significa el largo camino de las generaciones.

El teatro estaba cercado por unos cuantos árboles muy altos. Más allá se extendía el mar. Desde las gradas se veía la puesta de sol al mismo tiempo que la obra de teatro que se estaba representando llegaba a su fin.

Llegué al teatro por la mañana. Me quedé allí casi todo el día, salvo una breve visita que hice a un restaurante a la hora de comer. La mayor parte del tiempo paseé por el escenario, y me senté en distintos sitios de las gradas para probar la acústica.

Un niño que apareció de pronto me ayudó. Le pedí que susurrara, que gritara y que hablara con normalidad. Al final, aunque no hablo griego, conseguí hacerle entender que quería que cantara una canción infantil. Me senté en lo más alto. El niño parecía un punto en el escenario, allá abajo. La cancioncilla llegó hasta mí con total claridad,

aunque él cantaba en un tono normal. Lo interrumpió su madre, que, encolerizada o más bien preocupada, apareció buscándolo por la pendiente que subía hasta el teatro. Lo último que oí fue el llanto del niño entre los reproches de la madre, que se lo llevó de la oreja.

Durante unos instantes, yo también participé en el juego, porque la madre me vio y, muy airada, me hizo unas cuantas preguntas que no entendí. Le respondí negando con la cabeza con un gesto de resignación.

Después averigüé que está documentado que en aquel teatro representaron tanto a Aristófanes como a Eurípides hace más de dos mil años. Además, hay indicios de que el propio Aristófanes estuvo allí en alguna ocasión.

Pero aquel día, cuando descubrí el teatro de forma tan inesperada, me imaginé lo que ocurrió entonces. El aspecto y los rostros de los actores, su temperamento, las máscaras y los movimientos. Me senté allí y me puse a jugar con la idea de quiénes estarían sentados a mi lado en las gradas, tanto en la última fila como abajo, en el palco de honor, justo delante del escenario.

El contexto humano, pensé. Eso es. Hacemos las mismas cosas para conseguir comida y sobrevivir. Ejercemos las mismas profesiones y tenemos los mismos secretos ocultos tras esa forma artística que es el teatro.

La idea era muy sencilla: aquí hubo una vez un grupo de actores que representaban obras que se siguen representando hoy. Obras que, en algún caso, yo mismo he dirigido en el teatro. Entre ellos y yo se extiende un hilo invisible tan fuerte que nadie lo puede romper. Si extendo el brazo izquierdo, puedo rozar la mano de alguno de los actores que actuó en el pasado. Si extendo el brazo derecho, puedo tocar la mano de alguien que actuará aquí en el futuro. Fue un instante completamente mágico. De pronto, las gradas estaban llenas de gente. Y, en el escenario, actuaba el coro antiguo con sus máscaras.

Pero todos me miraban a mí. Y yo les devolví la mirada.

Nos veíamos.

Y el sol descendía hasta ese punto en el que se hunde en el mar, el público aplaudía y luego empezaba a descender por la pendiente para volver a la ciudad de Tasos.

Después, a la sombra de uno de los altos pinos que rodeaban el teatro, sentí un alivio que no se parecía a nada de lo que había experimentado en mi vida. Sentí alegría, ganas de cantar. Bajé otra vez al escenario y pensé que el antiguo coro había vuelto. Todos los instantes de mi existencia eran, en aquel instante, accesibles. De repente, empezó a nevar. Había vuelto la mañana del invierno.

El alivio que sentí se debía a que la vida parecía tener sentido de una forma nueva. En ese contexto que yo acababa de descubrir latía un sentido incuestionable. La comunión de las manos extendidas, superando las barreras del tiempo y del espacio.

Intuía que, con otras premisas, alguien de aquel coro que había actuado hacía miles de años bien podía haberse hecho las mismas preguntas que yo. Y, antes de que surgiera el teatro griego antiguo, ya existían el teatro y los actores.

La identidad del primer actor se pierde en la bruma de la historia. Es una pregunta que no tiene respuesta. Pero, con la frágil certeza de todo aquello que no puede demostrarse con documentos, sabemos que ese primer actor surgió del entorno ritual. Alguien que sabía interpretar las diversas visiones que los hombres compartían acerca de la dimensión mágica de la vida. Nacimiento y muerte, catástrofes naturales, la recurrente carrera del sol de este a oeste.

Me imagino que el primer actor era alguien parecido a Allan Edwall. No menciono a una mujer porque creo que, en un principio, sólo actuaban hombres. El hecho de que pertenecieran al sacerdocio así lo apoya. Aunque puedo estar equivocado.

Allan Edwall tenía la capacidad de representar lo trágico y lo cómico. Era capaz de pasar casi sin solución de continuidad del grito a la risa. No cabía duda de que era

consciente de la presencia del público en todo momento. Podía transformarse en una persona completamente distinta, pero jamás perdía de vista al público. No transformaba al público. El público se transformaba solo.

El contexto se me hizo patente aquel día en la isla de Tasos. Antes de irme de allí al atardecer, me imaginé que era Allan Edwall el que estaba en el escenario mientras las sombras se veían cada vez más alargadas.

Aquella noche me quedé en Tasos y dormí en una pensión. Al día siguiente volví a Kavala para continuar escribiendo la obra de teatro.

Desde ese día, extendiendo brazos y manos cuando duermo.

Un ladrón y un policía

Vivir con cáncer es vivir sin ningún tipo de garantías. Del mismo modo que nadie conoce los paseos nocturnos de los gatos, las células cancerosas deambulan por los senderos mal iluminados.

Creemos que sabemos mucho, pero nos vemos obligados a revisar continuamente nuestra visión del mundo. Si la verdad siempre es provisional, y así lo creo, nuestra visión de cómo se ha desarrollado la realidad a través de la historia también está incompleta.

He dedicado mucho tiempo de mi vida a los crímenes y a las investigaciones de los mismos. Mi planteamiento es que el mal siempre es fruto de las circunstancias, nunca es congénito. He escrito sobre crímenes porque ilustran mejor que ninguna otra cosa las contradicciones que constituyen la base de la vida humana.

Todo lo que hacemos se basa en que existen fuerzas contrarias en nuestro interior. Entre sueño y realidad, entre conocimiento y espejismo, entre verdad y mentira, entre lo que quiero y lo que hago. Y también, naturalmente, entre mi yo y la sociedad en la que vivo.

La cosa empezó pronto. Crecí en la planta alta de un juzgado. Se celebraba juicio todos los jueves. A veces entraba a hurtadillas en la sala de vistas, a pesar de que era demasiado pequeño para ello. Pero el conserje, Svensson, miraba para otro lado. Después de todo, quien presidía la sala era mi padre.

En una ocasión, se encontraban allí dos ladrones que habían ido de sitio en sitio robando desde Estocolmo hacia el norte. Los cogieron en Älvros. Todavía recuerdo lo mucho que me sorprendí al oír que, entre otras muchas cosas, habían robado unos lápices en una papelería. Ese delito sí lo confesaron. En cambio, negaban con insistencia haber robado dos cinturones en una tienda de ropa de caballero. Para un niño que presenciaba aquello, la conclusión era fácil: cometer delitos acarrea unas consecuencias.

Ya hace miles de años, los escritores trataron de ilustrar las contradicciones que había entre los hombres y lo que pasaba en su fuero interno. No existe otro modo de otorgar credibilidad a la creación de un ser humano que con el juego de las contradicciones.

Creemos saber lo que son un policía o una policía. Los vemos delante, con el uniforme o vestidos de paisano, y siempre parece que van a algún sitio o que están ocupados con reuniones urgentes e importantes.

Yo veo algo más. Un hecho acontecido hace veinticinco años cambió mi parecer por completo. Ocurrió en una esquina entre dos calles de Lusaka, la capital de Zambia. Había estado lloviendo toda la noche y la calle y las aceras estaban mojadas.

Yo esperaba a una persona que se estaba retrasando. Escrutaba nervioso Chachacha Road, pero no lo veía. Pensé que me habría equivocado de sitio. ¿Habría dicho Cairo Road? ¿O Katondo Road? Me decidí por la primera, así que giré por una de las calles perpendiculares y me dirigí hacia ella. Y allí me planté a esperar. Era domingo, las tiendas estaban cerradas y había poquísima gente en las calles. En el cielo había una fina capa de nubes, recuerdo de la lluvia nocturna.

De repente vi a un joven policía uniformado que se acercaba arrastrando a un hombre que, seguramente, era un ladrón. No muy lejos del lugar en el que me encontraba había un mercado callejero ilegal, que nunca cerraba. Y por allí solían alborotar los ladrones.

Al policía, el uniforme no le quedaba bien. El pantalón era demasiado largo, la chaqueta, demasiado estrecha. Pero no había nada cómico en lo que estaba viendo, tan sólo la sensación de ver a un joven que había elegido ser policía y que no había podido hacer nada contra la ridícula vestimenta que le habían obligado a ponerse. Llevaba porra y pistola. Tanto la una como la otra encajaban igual de mal que el

uniforme. La porra era demasiado larga, la pistola pesaba demasiado.

El ladrón contaría unos veinte años. Iba descalzo, llevaba el pantalón recortado y se le veía una amplia zona del cuero cabelludo cubierta de eccemas. Según había comprendido ya, aquello guardaba relación con la subalimentación y la pobreza.

El policía lo llevaba bien agarrado del cuello desgastado de la camisa.

Había algo en la imagen que conmovía sin pretenderlo. Tanto el policía como el ladrón parecían inseguros de lo que estaban haciendo. Supuse que iban camino de la comisaría que había por allí cerca. Yo había estado allí en una ocasión, cuando me robaron el coche. Todavía recuerdo una pared llena de fotografías de delincuentes. Encima de ellas se leía lo siguiente: «Gente de la que ya no tenemos que preocuparnos».

Le pregunté al policía que me tomó declaración qué significaba. Él me miró con curiosidad.

—Están muertos —dijo—. Ya nos hemos librado de ellos.

El policía de la calle se detuvo de pronto muy cerca de mí. Seguía agarrando al ladrón, pero se quedó mirándose los zapatos marrones. Los tenía llenos de polvo, sin lustrar. Allí mismo, donde se había parado, había un limpiabotas que tenía las piernas amputadas y se movía avanzando con las rodillas, que tenía destrozadas, y las manos, que protegía con unos guantes. Yo ya lo había visto otras veces. Era capaz de moverse muy rápido si hacía falta.

El policía le dijo algo al ladrón, lo soltó y puso un pie en la caja del limpiabotas. Aquello empezaba a ponerse interesante. El ladrón se quedó inmóvil. El limpiabotas trabajaba. El policía no miraba al ladrón. Yo esperaba que saliera corriendo de allí, que se perdiera por la primera bocacalle.

De repente, el policía se despabiló, se volvió al ladrón y le dijo algo que no entendí, porque en ese momento pasó un autobús y el ruido del motor me lo impidió. Para asombro mío, el policía le dio al ladrón un billete. El ladrón se fue. Sin correr. Se alejó y dobló la esquina. El policía se miraba el zapato, que ya empezaba a cambiar bastante de aspecto. A aquellas alturas, a mí se me había olvidado que estaba esperando a alguien que se retrasaba. El espectáculo que estaban representando ante mí era cada vez más emocionante.

Al cabo de unos minutos y por sorprendente que pudiera parecer, el ladrón se presentó allí de nuevo. Llevaba en la mano un ejemplar del *Times of Zambia*. Le entregó el periódico al policía, que empezó a leerlo al mismo tiempo que ponía en la caja el otro pie para que le limpiaran también el zapato. El ladrón esperaba en la misma posición de antes. No parecía tener la menor intención de fugarse.

Al final, los dos zapatos estaban lustrosos. El policía le pagó al limpiabotas lo que éste le pidió. Al ver que no quedaba satisfecho, el policía se puso furioso y se llevó la mano a la porra. El limpiabotas cambió de idea en el acto, ya sí estaba satisfecho. El policía se guardó el periódico en el bolsillo. Luego, agarró otra vez al ladrón del cuello de la camisa y lo llevó a rastras hasta la comisaría. Absolutamente desconcertado, los vi alejarse por la calle.

Entonces comprendí que lo que acababa de ver era algo normal. En un país que, hasta hacía muy poco, sólo había contado con la policía colonial, sujeta a unas estructuras británicas anticuadas, había que aprenderlo todo desde el principio. No sólo el policía, sino también el ladrón. Lo que yo acababa de presenciar era un juego de roles, un ejercicio de cómo había que representar aquellos dos papeles, nuevos por completo.

Resulta fácil imaginar que los policías han existido siempre, pero eso no es así, claro está. Antiguamente había soldados, caballeros y carceleros. Ellos apresaban a los malhechores, a los que obligaban a pagar una multa o ejecutaban sin más.

Las prisiones eran sólo para los casos más extremos. Con el crecimiento de las ciudades, llegó la necesidad de crear un cuerpo de policía cuya misión era, ante todo,

controlar a la clase baja e impedir que cometieran delitos contra los poderosos. En el siglo XVIII se crearon cuerpos de policía en casi todos los países europeos, mientras que en otras partes del mundo no tenían aún algo que se le pareciera.

Vivimos en un mundo cada vez más disgregado, donde aumenta el bienestar pero crece la brecha entre quienes tienen acceso a ese bienestar y aquellos que no tienen nada. De ahí que también aumente la presencia de la policía, cada vez más numerosa y más especializada.

Ser policía es elegir una profesión con futuro.

Ésa fue quizá la conclusión más importante que saqué al ver al joven policía africano, con aquel uniforme casi a lo Chaplin, que arrastraba a un ladrón que, en aquellos momentos, estaba aprendiendo a representar su papel.

No era sólo un ladrón. Además, estaba participando en una representación cuyo público éramos nosotros, los que nos encontrábamos en la acera.

Eran tiempos de liberación.

Yo no había cumplido veinte años. Escribía poemas y me pasaba las noches deambulando por Estocolmo y pegándolos en las fachadas y en las columnas de cemento. A veces los arrancaban. Me alegraba mucho. Un lector había reaccionado, aunque no porque le gustara.

Estábamos a finales de los sesenta. En agosto iba a emprender mi gira con la primera obra de teatro que había escrito, y que yo también dirigía. Se llamaba *El parque de atracciones* y se trataba de una historia un tanto extraña sobre cómo eran, desde mi horizonte, la sociedad sueca y el mundo. Aparecían en ella tanto el por entonces ministro de Finanzas Gunnar Sträng, como un campesino latinoamericano muy pobre llamado Joao y la Pantera Rosa, que representaba el actor Björn Gedda.

Aquel otoño teníamos una cantidad ingente de representaciones contratadas. Habíamos topado con dificultades durante los ensayos porque éramos muy críticos con el Gobierno socialdemócrata y los organizadores eran, en muchos casos, agrupaciones socialdemócratas. Después de la gira supe que algunos de ellos habían enviado de vez en cuando espías para ver cómo acogía el público la obra.

Yo iba con la compañía para encargarme de los aspectos prácticos, luces y sonido, lo cual se me daba bastante mal. A veces me equivocaba con los botones del reproductor y no sonaba la música correcta, o no sonaba ninguna música. Los actores me miraban descontentos después de la representación. Los comprendía.

Por si fuera poco, en uno de mis desesperados intentos por conseguir que un teatro lo financiara todo, había prometido con cierta soberbia que estaría disponible para mantener un diálogo después de las sesiones. Fue una promesa que, al menos parcialmente, me arrepentí de hacer, puesto que aquellas conversaciones podían durar hasta mucho después de la medianoche y, a veces, podían acabar casi en pelea. En Karlstad se armó tal jaleo que tuvimos que dar una función extraordinaria para satisfacer el interés repentino que había despertado la obra.

Los medios de comunicación me han recriminado muchas cosas, pero nunca, como entonces, el que tuviera los zapatos rotos. El agujero que tenía en la suela era, según un periodista, la prueba irrefutable de mi pertenencia a la extrema izquierda.

Estábamos a primeros de agosto. La última noche de Fin de Año había estado en una fiesta de gente para mí desconocida. Allí estaba la bailarina y coreógrafa G, en compañía del hombre con el que vivía entonces, J; sólo que yo de eso no sabía una palabra. Empezamos a hablar, nos caímos bien y nos intercambiamos las direcciones. Al día siguiente, un gélido día de Año Nuevo, busqué el ruinoso apartamento en el que vivía en la calle de Regeringsgatan, más o menos donde hoy se encuentra la Casa de Suecia. Cuando llegué al piso apareció aquel hombre del que yo nada sabía. Me tiró un zapato y le retorció el brazo a G. Me fui. Conmocionado, pero sobre todo enfurecido. ¡Si no había sucedido nada! Me sentía cada vez más furioso. No cabía duda de que el hombre era presa de los celos.

Ni de que yo estaba rabioso.

La cosa terminó con una especie de reconciliación extraña. G fue al hospital con el brazo maltrecho. J y yo salimos al frío invernal de la calle.

—En esta ciudad hay una densidad muy rara —dije.

—¿Qué coño de densidad? —respondió J, que era artista y pintaba coches.

Lo recuerdo como un hombre con mucho talento.

Y ésa fue más o menos toda nuestra relación. Tanto él como yo sabíamos perfectamente que G y yo acabaríamos juntos.

Como así fue.

No fue mi primer amor. Antes estuvo L. Pero fue un gran amor apasionado. Otra

dimensión. Algo sorprendente que se hacía más y más profundo.

Medio año después, unas semanas antes de que yo saliera de gira, G propuso ir a Noruega a hacer senderismo durante unos días en las montañas de la ciudad de Rjukan. Tanto ella como yo habíamos leído a Sandemose. La región de Telemark no era su lugar de nacimiento, aun así, él se convirtió en nuestro guía invisible.

Cogimos el tren nocturno de Estocolmo. A G le robaron el monedero en la estación, lo cual mermó considerablemente nuestros recursos. Se echó a llorar diciendo que nos quedáramos, pero al final nos fuimos. En algún lugar, ya cerca de la frontera noruega, el tren se paró. G estaba durmiendo en el compartimento donde viajábamos los dos solos. Yo iba sentado, contemplando la noche, en la que se respiraba la proximidad del otoño. Y la contemplaba a ella mientras dormía. Por primera vez en mi vida de adulto no me sentía solo. En la penumbra de aquel compartimento, me invadió una alegría totalmente nueva y desconocida.

Una vez en Oslo, cambiamos de tren. Desde la Estación del Oeste fuimos hacia Rjukan. Llegamos el sábado por la tarde. Comimos en el único establecimiento que estaba abierto. Luego salimos a pasear por el pueblo y nos acostamos en el saco común, delante de un cobertizo. Hacía una noche preciosa.

Pero luego empezó a llover, así que forzamos la puerta y nos metimos en el cobertizo. Fue el primer asalto de aquel viaje a las montañas. Hablábamos de Sandemose. G me habló de los ballets que preparaba por las noches en los locales que el Instituto Coreográfico tenía en la calle de Blasieholmen, y de cuya llave ella había hecho una copia en secreto. Y yo le hablé de la gira que empezaría muy pronto. La primera representación tendría lugar en Trollhättan; la última, en Malmberget.

Muy temprano, aquella mañana, apenas lloviznaba y nos pusimos en marcha por las escarpadas laderas, hasta que llegamos a la cordillera. Para mí, un sistema montañoso significaba nieve y frío. Allí, en cambio, crecía el brezo y una hierba grisácea entre las rocas. La tierra estaba empantanada, la niebla se deslizaba silenciosa por el horizonte. Empezamos a seguir un sendero marcado que surcaba la montaña, sin saber adónde conducía. Íbamos mal equipados, teníamos poquísima comida y ninguna protección si las condiciones climáticas se volvían adversas.

Caminábamos casi todo el rato en silencio, seguidos sólo por algún zarapito. Era como si compartiésemos la misma respiración. Era tal el amor que sentíamos que casi daba miedo. Sencillamente, no había lugar para las palabras. Nos hallábamos en una infinitud que, a su manera, podía ser tan extensa como el espacio exterior.

Hacia el atardecer empeoró el tiempo, tal y como temíamos. Llovía torrencialmente. Además, había empezado a soplar el viento. No había ningún lugar donde refugiarse, donde estar al socaire. Lo único que podíamos hacer era continuar. Y, dado que no hacía frío, no sentíamos ningún temor.

Al final, el sendero empezó a descender. Había allí unas obras. Estaban construyendo un transformador eléctrico enorme. Como era domingo, no había nadie trabajando. Conseguí abrir el pestillo de la ventana de un barracón. Allí podríamos entrar y secar un poco la ropa mojada. Vimos unas mantas y nos tapamos con ellas.

En aquel barracón helado vivimos el instante en que comprendí de verdad lo que es el erotismo. En aquella fría habitación, con el cuerpo aterido, lo teníamos todo en contra. Aunque quizá fuera al contrario, lo teníamos todo a favor.

Recuerdo que, ya en aquel momento, pensé: «Esto es algo que jamás olvidaré». Y así ha sido.

Por la noche apareció un vigilante. Habíamos encendido la luz, así que cuando abrió la puerta, el hombre ya sabía que allí pasaba algo. Nos habíamos vestido y teníamos un aspecto decente. Le dije la verdad, que estábamos empapados y muertos de frío, que no éramos ni ladrones ni vagabundos, sino que estábamos haciendo senderismo.

Se nos quedó mirando un rato, hasta que optó por creernos. Entró en la habitación

contigua para, según supuse, cerciorarse de que no habíamos robado nada del escritorio.

El vigilante nos llevó a un albergue de montaña que había a unos kilómetros, y allí nos dieron comida y una habitación.

Al día siguiente casi no nos quedaba dinero. Cogimos un autobús de vuelta a Oslo y subimos al tren nocturno rumbo a Suecia.

También esa vez G dormía, mientras yo permanecía despierto. Puede que esto suene como una reconstrucción a posteriori, pero no lo es. En aquellos momentos pensé que ojalá todo el mundo pudiera vivir o hubiera vivido una experiencia como la que yo estaba protagonizando. No sólo nuestros contemporáneos, sino todas las generaciones que nos habían precedido. Porque nuestros antepasados en las cuevas primitivas, o los pobres que trabajaban en las minas de carbón en la Inglaterra de principios del siglo XIX, por poner los dos ejemplos que se me han pasado por la cabeza, también debieron de sentir algo parecido.

En aquella ocasión no pensé que el amor es un regalo, quizá el mayor que un ser humano puede experimentar. Eso es algo que tardó en llegar a mi vida.

Pero una noche de agosto de finales de la década de 1960, aquel compartimento del tren se convirtió en una catedral. Al otro lado de la ventanilla atisbaba una vida que empezaba a desvelarme unos secretos maravillosos.

El cadáver en el banquillo del acusado

Lo repugnante puede resultar atractivo a veces. Aterrador, amenazante, pero también tentador. Como cuando nos acercamos a algo que huele mal, pero no podemos dejar de aspirar el hedor.

En el Museo de Bellas Artes de Nantes hay un cuadro curioso, pintado en 1870 por el artista francés Jean-Paul Laurens. Es un óleo hábilmente ejecutado, nada más. Está pintado según la tradición de la época, que, con cierta corrección limitada, ilustra un suceso histórico. El cuadro recuerda por su estilo al que Von Rosen pintó en Suecia más o menos en la misma época, y que representa al rey Erik, a Karin Månsdotter y al pérfido Jöran Persson, que quiere que el rey firme una sentencia de muerte. Ambos cuadros adoptan una perspectiva romántica. Los detalles son realistas, pero la imagen y el relato subyacente son falsos.

En el cuadro de Nantes se ve a un papa sentado en el trono con toda la pompa. A su lado, totalmente vestido de negro, hay un joven sacerdote con barba que escucha a un hombre que, indignado, parece dirigir sus acusaciones contra el papa.

Es una imagen del llamado «Concilio cadavérico», celebrado en la Basilica Salvatoris de Roma en el año 897, durante unos días de invierno de un frío extremo. Hoy en día, la iglesia se conoce con el nombre de basílica Laterana o de San Juan de Letrán. El concilio se denominó también «Synodus horrenda», lo cual resulta comprensible cuando averiguamos más de él.

Si observamos detenidamente el cuadro de Laurens descubrimos que el papa es un muerto. Un cadáver. Es el papa Formoso –muerto nueve meses antes–, el único papa que ha llevado ese nombre, al que sacaron del ataúd para que pudiera oír las acusaciones de su sucesor, Esteban VI. Se supone que el sacerdote de negro –cuyo nombre no nos ha dejado la historia– que se encuentra junto al papa muerto es su defensor, aunque la sentencia del juicio está clara desde el principio.

El hedor en la iglesia era terrible. Después de nueve meses de descomposición, podemos imaginar el olor que emanaba del cadáver.

En aquel entonces, no era habitual embalsamar a los muertos. Gran parte de la sabiduría que la Iglesia católica heredó de la capacidad de los faraones egipcios para conservar cadáveres se había perdido por aquella época. La tradición romana era otra: colocar el cadáver en un sarcófago en la tierra. La palabra «sarcófago» procede del griego y significa «que consume la carne». Los fabricaban de piedra caliza, que supuestamente aceleraba el proceso de transformación del cadáver en un esqueleto limpio gracias al trabajo de los gusanos.

En condiciones normales, un cadáver de nueve meses se encuentra en pleno proceso de descomposición. Sin embargo, en un sarcófago bien cerrado, a pesar de la supuesta influencia de la piedra caliza, debía de estar más o menos entero cuando abrieron el ataúd. El clima seco de Roma hizo que el cuerpo se hubiera secado, y que la piel se hubiera endurecido y se hubiera vuelto casi como el cuero, como una corteza negra. Pero el amasijo denso de órganos internos en descomposición debía de despedir un olor insoportable, incluso para unas personas que estaban acostumbradas a los malos olores.

El pobre sacerdote debió de sufrir todos los horrores del infierno mientras, en medio del hedor, trataba de rebatir las acusaciones que dirigían contra el cadáver que ocupaba la silla papal. Al fondo se hallaban los obispos y sacerdotes que formaban el jurado de aquel juicio macabro.

El juicio se celebró porque Esteban VI quería defenderse. Había hecho lo mismo que su antecesor y no quería arriesgarse a que un día lo desenterraran y lo llevaran ante la ley. Pretendía que se declarase que a Formoso lo nombraron papa por procedimientos espurios, por lo que todas sus decisiones y nombramientos debían declararse nulos.

De este modo, Esteban VI tendría el campo libre y la posibilidad de elegir a sus amigos y colaboradores más próximos para unos puestos que le garantizaran el poder sobre la Iglesia y, naturalmente, sobre su economía.

Tuvo que ser un espectáculo tan horrendo como absurdo en aquellos días gélidos del año 897 en Roma. El hedor debió de quedar en el interior de la iglesia mucho tiempo después de que terminara.

No se sabe si fue por el olor a cadáver o porque ya estuviera amañado de antemano, pero el caso es que el jurado, víctima de las náuseas, no tardó más que unos días en declarar a Formoso culpable de las acusaciones que se le imputaban. Su papado se declaró nulo.

No obstante, Formoso recibió un castigo más macabro que el de la declaración de nulidad: le retiraron la ropa a su cadáver y sólo le dejaron la saya, que se le había quedado pegada a la carne en estado de putrefacción. Además, le quitaron de la mano derecha los tres dedos que utilizaba para bendecir. Más tarde, lo enterraron en un cementerio de peregrinos.

Ignoramos lo que ocurrió después. Existen documentos que indican que, al cabo de un tiempo, Esteban VI mandó que volvieran a desenterrar a su antecesor para arrojarlo al Tíber. Entonces el pueblo se hartó de él, lo apresaron y lo ahorcaron en la prisión, en julio o agosto del año 897. Su reinado como guía de la Iglesia católica duró menos de un año.

Aquel espectáculo macabro puede antojársenos totalmente incomprensible. Esteban VI gritando y señalando con el dedo en la basílica; los obispos y los sacerdotes del jurado; las acusaciones sin sentido; y la sentencia dictada. ¿Cómo pudieron comportarse de aquel modo unos hombres que eran la conciencia religiosa de millones de personas, los mensajeros de un dios en el que creían y al que temían? Ya sabemos que la vanidad, el odio y otras fuerzas destructivas pueden impulsar a los hombres a cometer acciones inexplicables, pero debería existir un límite que no pudiera transgredirse.

El sacerdote anónimo, ¿qué pensaría rodeado de aquel hedor? ¿Qué fue de él? ¿Cómo pudo seguir viviendo después de haberse visto obligado a participar en aquel juego macabro del poder religioso?

Hay personajes históricos a los que me gustaría conocer. Él es uno de ellos.

Cuando por fin pudo salir de la basílica, lo primero que debió de hacer fue intentar liberar su cuerpo y su ropa de aquel olor a cadáver. Me lo imagino como un hombre que ha pasado mucho tiempo inmerso en las burbujeantes aguas de una ciénaga y que, por fin, consigue pisar tierra otra vez. Y me lo imagino afeitándose la barba y el pelo para librarse del olor.

La imagen que da el ser humano es y será siempre extraña. Lo incomprensible parece una sombra que jamás se va.

Una feroz tormenta del noroeste

En el extremo norte de Jutlandia, donde los bancos de arena se extienden hasta la orilla del mar, hay una iglesia antigua enterrada en la arena. Tan sólo la torre asoma por encima de las dunas, como si fuera la lápida de la iglesia.

Recuerdo la primera vez que visité ese lugar. Cuando llegué con el coche, la torre apareció de pronto como de la nada. Me detuve y vi que la arena la rodeaba y que, además, había sepultado la iglesia.

Permanecí allí un buen rato. De forma instintiva comprendía lo que significaba la palabra «efímero». Antiguamente tenía una carga religiosa poco clara, un modo de no llamar a la muerte por su nombre, que *el nombre de la muerte está muerto*.

Y allí estaba ahora, contemplando aquella torre solitaria. La arena volando en el aire, algún que otro arbusto, allá a lo lejos el mar, siempre presente gracias al rumor lejano de las aguas. Y de pronto, aquella torre, en su lucha eterna y tenaz contra la arena y las dunas, que crecían sin parar, cada vez más altas.

Hubo un tiempo en que la población empobrecida del pueblo pesquero de Skagen llenaba la iglesia los domingos. La arena se aproximaba constantemente a la iglesia y al muro que la rodeaba. Ya a principios del siglo XVII acechaban las dunas sigilosas y crecientes, cada vez más amenazadoras, como una infantería enemiga que se reuniese lentamente en torno al templo, preparándose para el ataque definitivo.

Con ocasión de una feroz tormenta del noroeste, la arena alcanzó por primera vez el muro en 1775, e incluso alcanzó la nave. Luego bastaron veinte años para que la iglesia fuera vencida. En 1795 el rey danés decidió que había que abandonarla. Todos los bienes que se pudieran sacar de allí debían transportarse en coches de caballos hasta la capilla de Österby, donde quedarían a buen recaudo hasta que construyeran una iglesia nueva. Se procedió a la execración del templo y se cerraron sus puertas para siempre.

La iglesia, que llevaba allí desde el siglo XIV, se rindió al fin a la supremacía de las arenas migratorias.

En la actualidad sólo queda la torre. Debajo de las dunas se encuentra enterrado el resto del edificio. Y debajo está también la pila bautismal, que nunca se llevaron, puesto que estaba tallada en roca viva y pesaba demasiado.

El único sonido que se oye allá abajo, en la oscuridad, es el rasgueo de la arena al caer en cuanto encuentra una bolsa de aire en las dunas, que nunca están totalmente inmóviles. Las arenas migratorias se hallan en constante movimiento, a fin de someter nuevos territorios.

Sin embargo, el objetivo principal de mi viaje a Skagen no era ver aquella iglesia enterrada en arena. Me encontraba allí porque tenía la intención de enviar a aquel lugar a uno de mis personajes, Kurt Wallander, que debía pasar un duelo que exigía que abandonase su vida por un largo periodo de tiempo.

Recorrí las playas interminables mientras me imaginaba cómo reaccionaría allí mi personaje. Estábamos a finales de otoño. Hacía frío, soplaba el viento, de vez en cuando unos copos de nieve que surcaban el aire para anunciar el inminente invierno.

Había cogido una habitación en una pensión que estaba desierta, como desierto estaba Skagen en otoño. Fue una época de un cansancio enorme, rayano en un hastío insólito en mí. A veces, por las noches, me preguntaba si no sería yo, en lugar del personaje, quien debería pasar un tiempo en aquellas playas sin fin.

En la pared, al lado de la cama, había una estantería con unos cuantos libros antiguos y muy usados. Una noche, tomé uno al azar.

Estaba impreso en Skagens Boktrykkeri, y trataba de Skagen: la historia, el mar, las vidas de los hombres, la iglesia enterrada en arena. Me pasé la noche despierto y leí el libro de principio a fin. Por extraño que parezca, había ido a parar a la estantería sin

que nadie lo hubiera leído, y tuve que bajar sigilosamente en busca de un cuchillo para abrir los pliegos sin cortar.

En algún momento de la madrugada se fue la luz. Ocurría con frecuencia en Skagen, donde soplaba mucho el viento, y me habían dado un quinqué.

Lo que mejor recuerdo es el relato de una nave llamada *Daphne* que naufragó al encallar en las traicioneras dunas. De no ser por el heroico valor de unos cuantos pescadores temerarios, habría sido la historia de un barco que se hundió «con tripulación y todo». Sin embargo, fueron precisamente aquellos que, por voluntad propia, se lanzaron a salvar a la tripulación los que peor parados salieron.

El 27 de diciembre de 1862, hacia las seis y media de la mañana, el huracán que había azotado la zona toda la noche empezó a amainar. Las nubes recorrían el cielo hechas jirones. Uno de los hombres encargados de vigilar bajó a la playa en cuanto empezó a clarear para ver si el huracán había ocasionado alguna desgracia en el mar. Alguien había dicho que había visto luz en alta mar durante la noche. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en la oscuridad cuando el huracán arrasa.

El vigilante descubrió un barco de gran envergadura encallado en las dunas que se adentraban en el mar. Dado que el vendaval había amainado, podrían salir con botes salvavidas a rescatar a la tripulación, aseguraba el vigilante. No les llevó más de una hora echar el bote al agua. Los pescadores de Skagen, que participaron voluntariamente en el salvamento, empezaron a remar para llegar al barco, pero las corrientes eran tan fuertes después del huracán que fracasaron no una, sino hasta dos veces. Entonces trataron de hacer llegar un cabo al barco lanzando un cohete improvisado, y al final lo consiguieron. Pero para entonces ya era otra vez de noche y los pescadores que habían intentado salvar a la tripulación estaban tan agotados que tuvieron que retirarse.

Al día siguiente reinaba una calma todavía mayor, aunque las olas seguían altas y las corrientes circulaban con fuerza. El bote salvavidas consiguió llegar al barco, pero una ola lo volcó de repente. Ya no era sólo cuestión de salvar a los tripulantes del barco, sino que era más perentorio aún salvar a quienes se encontraban en el bote que acababa de volcar.

Zarpó otro bote con un equipo de voluntarios. Lograron sacar con vida a Niels Andersen y a Jens Jensen Norsk. Los dos habían conseguido mantenerse a flote sin morir congelados, pero la mayoría de los que iban en el bote habían perecido. En una lápida conmemorativa que erigieron en Skagen años después pueden leerse sus nombres:

JENS CHRISTIAN JENSEN
NIELS CHRISTIAN SIMONSEN
IVER ANDREASEN
ANDERS CHRISTENSEN BRUUN
CHRISTEN THOMSEN KNEP
JAKOB TØNNESEN
JENS PEDERSEN KJELDER
THOMAS PEDERSEN

Pescadores pobres todos ellos. La mayoría jóvenes, todos casados y con hijos. Algunos aparecen en instantáneas borrosas en blanco y negro delante de sus barcos. No es fácil distinguir sus caras sin una lupa.

Eran tímidos, sencillos, creyentes y muy trabajadores.

Finalmente, lograron rescatar a la tripulación del *Daphne*, pero a un alto precio. El 31 de diciembre, la misma noche de Fin de Año, enterraron a los ocho voluntarios. Ocho mujeres enviudaron y veinticinco menores quedaron huérfanos de padre.

El naufragio del *Daphne* no era más que uno de una larga serie. No en vano, las aguas de la costa de Skagen se consideraba que eran como un cementerio marino enorme que no paraba de crecer. Desde siempre, los barcos encallaban en los bajíos de arena, cuando no los arrastraban a tierra los vientos del noroeste.

Para los pescadores que formaban parte de la tripulación de los botes de salvamento era algo incuestionable. Jamás se oyó de nadie que se negara a participar y a arriesgar su vida por unos marineros desconocidos que luchaban por salvarse entre los escollos. Correr peligro de muerte formaba parte de la vida de los hombres de mar, y cuando llegaba la tormenta, estar dispuesto a arriesgarla por la de otros.

Uno de los pilares de nuestra civilización es la disposición y la voluntad de, *motu proprio*, embarcarse en un bote de salvamento. Por más que hoy no sean frecuentes acciones de salvamento tan dramáticas y con tan alto coste de vidas humanas como la de aquel 27 de diciembre de 1862, sigue habiendo voluntarios que dan su vida en diversos contextos.

A menudo me pregunto cómo reaccionaría si, de repente, un niño echara a correr hacia la carretera y yo fuera el único que estuviera cerca. Un niño al que nunca hubiera visto, un niño con el que no tuviera ninguna relación. No lo sé, nunca me ha ocurrido. Lo único que puedo hacer es confiar en que no dudaría en tirarme a la carretera en un intento generoso de salvarlo de los coches que pasaran a la carrera.

Debería ser algo obvio. Pero no lo es. La gente se cae redonda en la calle, víctima de un mareo repentino. Al final siempre hay alguien que se para a ayudarlo, pero la mayoría se apresura a pasar de largo y finge no haber visto al hombre o a la mujer en el suelo.

Me he hecho la pregunta desde aquella noche en la pensión de Skagen: ¿era el valor lo que los movía? ¿Acaso ellos se consideraban valientes? ¿O era la certeza de que formaban parte de la comunidad humana más fuerte que existe: la que surge cuando los seres humanos nos vemos en peligro?

Hoy por hoy, aquel viaje a Skagen se me antoja casi un sueño. Escribí aquel libro, y Kurt Wallander recorrió aquellas playas con su duelo, hasta que un día, en aquel lugar desierto, entre la niebla y el aullar de las sirenas, conoció a una persona que lo devolvió a su vida de siempre.

Sueño con el bote de salvamento que, en diciembre de 1862, zarpó para tratar de salvar a la tripulación del *Daphne*. En el sueño, trato de verme a mí mismo entre los hombres, remando desesperados con las botas de goma y los chalecos salvavidas.

Pero no estoy seguro de si voy o no a bordo.

No puedo estar seguro. No podré estar seguro.

Un encuentro ficticio en un parque de Viena, año 1913

En 1940 nació una de las artistas más extraordinarias de nuestro tiempo.

Pina Bausch. La coreógrafa que creó varias de las piezas de danza más singulares que conozco.

Llevaba el pelo negro recogido muy tirante alrededor de la cara. Era delgada, podía parecer frágil. Pero bajo ese aspecto se escondía una fuerza de la naturaleza.

Era hermosa de una forma indefinida. Al mismo tiempo, irradiaba rigor. Pero un rigor que ejercía sobre sí misma, sobre nadie más.

Lo más llamativo eran sus ojos, su mirada. Tenía un modo de mirar que no se olvidaba.

Cuando murió en 2009, todo el mundo aludía precisamente a los ojos de Pina Bausch.

Miraba a las personas con una concentración absoluta. Engañaba tan poco a sus congéneres como a quienes elegían bailar en su teatro de Wuppertal.

A veces pienso que vivimos en el siglo de *La consagración de la primavera*.

En 2013 se cumplieron exactamente cien años desde que Stravinski, el bailarín Nizhinski y el director del Ballet Ruso Diáguilev estrenaron en París *La consagración de la primavera*.

La representación causó tal escándalo entre el público que Nizhinski, que estaba entre bambalinas a la espera de hacer su entrada, no podía oír la música. Tuvo que guiarse por los movimientos de los demás bailarines e ir contando compases para no entrar mal a bailar su parte.

Stravinski dejó la función hecho una furia antes de que terminara, en señal de protesta por el hecho de que el público ahogara su música con el griterío.

La consagración de la primavera cambió el arte y presentó en serio al ser humano el nuevo siglo: el siglo xx, con el estallido del industrialismo, los avances técnicos, los crecientes núcleos urbanos y la vulnerabilidad cada vez mayor del ser humano en un mundo económico brutal donde el individuo parecía reemplazable como nunca hasta ese momento.

En *La consagración de la primavera* estaban presentes todas aquellas novedades, captadas en la acuciante música de Stravinski, con sus giros paradójicos de la locura tonal a la calma y un silencio puro. La danza de Nizhinski y la coreografía eran totalmente rompedoras. El simple hecho de que los bailarines dieran la espalda al público de vez en cuando despertaba en él la furia y la repulsa. Era como si los artistas estuvieran insultando al respetable con ese modo de despreciar las formas de toda la vida.

Sesenta y dos años después, Pina Bausch y su ballet estrenaron su versión en el teatro de Wuppertal. Yo vi el espectáculo muchos años después de su estreno en 1975. Tan sólo al cabo de unos compases y tras unos escasos movimientos de los bailarines, comprendí que iba a presenciar algo extraordinario.

Y así sucedió. Fue como si en la versión de Pina Bausch viera claramente reflejado mi tiempo y el mundo en el que vivo. La soledad, la vulnerabilidad, la aceleración: allí estaba todo y, aun así, había en todo momento algo que lo equilibraba, la capacidad de los hombres de soportarlo y de resistir.

Aquella coreografía era un combate singular. Mientras veía la obra me sentí como si entrara a formar parte de un movimiento de resistencia de gente que se negaba a verse obligada a vivir en un mundo en el que se sacrifica a diario a las personas en el altar del absurdo.

Se las sacrifica por ser demasiado viejas o demasiado jóvenes, demasiado lentas o demasiado gordas, demasiado negras o demasiado feas. Aunque *La consagración de la primavera* es un relato pagano, la imagen que ofrece de nuestro tiempo y nuestra sociedad es cristalina.

Pina Bausch siempre se sintió insegura ante la palabra hablada, quizá también ante la

palabra escrita. En la danza y el lenguaje corporal era capaz de crear una forma de expresión con la que se sentía segura.

Aquel año de 1913, el público de París condenó la música de Stravinski como «ruido». El compositor preguntó después con sarcasmo si los críticos podían señalar más exactamente en qué parte de la música habían detectado el ruido.

Naturalmente, no podían. Y la obra de Stravinski no tardó muchos años en cosechar grandes triunfos en diversos conciertos. La gente empezaba a comprender que su lenguaje musical pertenecía a un tiempo nuevo.

En la actualidad estamos a punto de entrar otra vez en un tiempo nuevo. En tan sólo cien años el mundo ha cambiado tanto que cuesta reconocerlo. Hemos emprendido una nueva carrera, del industrialismo a una época que, a falta de algo mejor, llamamos «la sociedad de la información».

Cuando *La consagración de la primavera* se estrenó en París, vivían en Viena dos hombres, uno era de Linz, el otro de Rusia. Podemos asegurar sin temor a equivocarnos que nunca se vieron cara a cara ni mantuvieron una conversación, aunque hay muchos indicios de que se cruzaron en uno de los parques del centro de Viena cerca del cual vivían, aunque cada uno en una orilla. El joven de Linz se llamaba Adolf Hitler. El otro, algo mayor, nacido en Rusia, se llamaría Stalin.

Hitler trataba de ganarse la vida pintando acuarelas que él mismo o alguno de sus amigos vendían luego como postales. Acudía a menudo a aquel parque, a inspirarse para sus dibujos.

Stalin había ido a Viena a estudiar la relación del marxismo con el concepto de Estado nacional. Era miembro del partido comunista que presidía otro emigrante ruso, Lenin, que se encontraba en el país vecino, Suiza.

En 1914 estalló la primera guerra mundial. Hitler había fracasado en sus aspiraciones a convertirse en artista y se relacionaba con círculos reaccionarios y antisemitas. Y no dudó en alistarse como voluntario en el ejército alemán. Lo hirieron, pero sobrevivió. Después de la guerra no volvió a Viena, sino que se asentó en Múnich.

Ni Stalin ni Hitler eran conscientes de que, en torno a 1913, acudían al mismo parque vienés quizá incluso a diario, durante mucho tiempo. Cabe la posibilidad de que Stalin viera a aquel hombre pobremente vestido que pintaba acuarelas de árboles, fuentes y edificios. Hitler, por su parte, quizá echó una ojeada al paseante ruso, que era robusto y achaparrado, y que fumaba sin cesar cigarrillos rusos.

Cuando estalló la segunda guerra mundial, alcanzaron un pacto que Hitler rompió tres años después.

Esos dos hombres pasaron a la historia como responsables de la muerte de millones de personas.

Lejos quedan los paseos y las acuarelas.

La música de Stravinski y la extraordinaria coreografía de Pina Bausch cuentan la historia de una época de guerras y, al mismo tiempo, de la capacidad humana para ofrecer una resistencia demoledora.

Hitler y Stalin ocuparán siempre en la memoria colectiva del horror un lugar destacado. Nada podemos hacer para evitarlo.

Los tiranos tienen una sorprendente capacidad para vivir en el recuerdo por lo menos tanto como las que podríamos llamar «buenas personas».

Pero no sé si creer que Pina Bausch y su arte habrán sobrevivido dentro de quinientos años, o si habrán caído en ese olvido inmenso que todo lo abarca.

Yo vivo en la era de Stravinski, y aunque él ya lleve muerto mucho tiempo su música sigue viva. Del mismo modo que Pina Bausch y sus bailarines siguen moviéndose de ese modo fascinante y sensual.

Aunque también Pina Bausch está muerta.

Y pienso: ¿le preocupaban las mismas cosas que a mí? ¿Le preocupaba que la muerte

dure tanto tiempo, o pensaba que era algo que, después de todo, no era capaz de expresar? Y quizá por eso no pensó qué la aguardaría cuando el corazón dejara de latir.

En 1891 excavaron una calle del centro de Brno. Iban a renovar el sistema de alcantarillado. Las aguas residuales dejarían de correr por la calzada.

Recuerdo el nombre de Brno desde mi infancia, puesto que dicha ciudad figuraba en la frecuencia de onda media del aparato de radio que había en mi casa. Si giraba hacia allí la aguja, recuerdo que se oía un ruido lejano. Brno pertenecía a lo más recóndito del universo en el mundo de mi infancia.

La calle de Brno que levantaron se llamaba Francouzská. A una profundidad de cuatro metros hallaron una antigua tumba con el esqueleto de un hombre. Llamaron a los arqueólogos. Al examinar la tumba éstos constataron que el cadáver estaba rodeado de colmillos de marfil de mamuts y de bueyes almizclados.

Pero el objeto más extraño de cuantos encontraron se hallaba junto al cráneo. Al principio creyeron que era una estatuilla que se había roto en tres partes durante los miles de años que el marfil había estado enterrado. Pero al examinar los objetos con más detenimiento comprendieron que se encontraban ante un hallazgo único. Gracias a análisis precisos tanto de la tierra como de los huesos pudieron establecer que tenían cerca de veinticinco mil años.

¿Qué era lo que habían encontrado? Los arqueólogos no daban crédito ni a sus ojos ni a los resultados de sus análisis, pero la verdad era irrefutable.

Quien hubiera enterrado a aquel hombre había dejado a su lado un juguete.

Un muñeco. Una marioneta. Un títere.

A pesar de que estaba roto se veía que la cabeza podía girarse como la de un búho. El brazo que encontraron —el único— tenía un agujero que, a través de otro existente en el cuerpo del muñeco, permitía conectar las dos piezas y hacerlas móviles.

En definitiva, habían puesto un títere al lado de la cabeza del cadáver. Los arqueólogos ignoraban adónde habría ido a parar el otro brazo. Lo más probable era que los sedimentos terrestres y los cambios de nivel de las aguas subterráneas lo hubieran arrastrado lejos de allí. Pero nadie dudaba de que aquello fuera un muñeco.

Cuando lo desenterraron, nos trajo un mensaje de personas que habían vivido hace veinticinco mil años. No sabemos si lo utilizaron en algún tipo de juego de sombras o de ritos espirituales. Desde luego, también existe la posibilidad de que fuera un juguete. Para un niño. O para un adulto que no dejó de jugar a pesar de su edad.

Aquel títere antiquísimo nos dice algo de lo que siempre ha significado ser hombre. Me cuesta imaginar un mensaje más emocionante, y al mismo tiempo más vital, de unos seres humanos que vivieron poco después del fin de una de las glaciaciones.

Nosotros no enviaremos títeres al futuro. Nuestra herencia son los residuos nucleares. Nuestra misión más importante es tratar de enviar una advertencia a las personas que puedan sucedernos después de que hayan pasado las glaciaciones futuras.

Dentro de setenta años, la cuestión de la advertencia deberá estar resuelta. Al menos, en Suecia. Porque se supone que entonces se sellará la montaña para siempre.

Ninguno de los que hoy vivimos sabremos qué se decidirá al final.

Pero en estos momentos parece que la única solución es abandonar todo intento de crear un mensaje de advertencia que tenga sentido y hacer lo posible por solucionarlo de modo que la gente y las generaciones venideras lo olviden todo. El musgo volverá a crecer en la montaña donde el troll está prisionero. Nadie debe recordar lo que un día se escondió en su interior, en unas cápsulas de cobre.

El ser humano siempre ha vivido para crear buenos recuerdos. O recordatorios de lo que fue peligroso y maligno. De repente, vivimos en una civilización que no crea recuerdos. Vivimos para dejar olvido.

¿Qué quedará al final? ¿Una era sin recuerdos?

Sencillamente, nada más que el sentido común que hay detrás de la pregunta:

¿estamos a tiempo de cambiar de opinión? ¿O serán los residuos atómicos un paso más en el camino que nos lleva a la perdición?

No lo sé, pero ahora repito como un mantra algo en lo que siempre he creído: «Nunca es demasiado tarde para nada. Todo es posible todavía».

Aún vivimos en la era del títere.

Que nunca nos quiten la alegría

El 9 de mayo de 2014 cae una fina lluvia sobre Gotemburgo, donde vivimos Eva y yo. Va a cambiar el tiempo. Lo veo en las aguas poco profundas de la bahía de Stallviken, que se han retraído. Y eso es signo de que va a hacer más sol y más calor. Algún que otro pescador de truchas prueba suerte bien adentro de las aguas. Se pasan así horas y horas, sin importarles si pican o no. Muchos de ellos devuelven los peces al agua cuando por fin capturan alguno. Siento cierta envidia de esa alegría despreocupada mientras parece que lo esperan todo y que no esperan nada.

Han pasado cinco meses desde que me diagnosticaron el cáncer. Estos días, precisamente, me han dado la cuarta y última dosis de quimioterapia de la primera serie. Mañana veré al doctor Bergman, que me dirá cómo ha ido la cosa hasta ahora.

Me levanto temprano. He tenido un sueño inquieto, como suele sucederme. Me figuro que es como esperar una sentencia, aunque resulta imposible saber de antemano si me van a absolver o si me condenarán. Lo único que puedo hacer en estos momentos es prepararme para lo peor y conservar la esperanza de lo mejor.

Pero esta mañana, justo después de salir el sol, empiezo a pensar algo totalmente distinto, más o menos al mismo tiempo que el mirlo toca diana y todas las aves comienzan a cantar.

En lugar de prepararme para lo que me espera al día siguiente, me pongo a pensar en cuál ha sido el instante de mi vida en el que he sentido la mayor alegría. ¿Existe un instante así? ¿O es imposible decidirse por uno? El nacimiento de un hijo, el alivio cuando se pasa un dolor intenso, un ataque del que salgo ileso, la sensación de que el trabajo con un libro ha superado las expectativas... Enseguida me doy cuenta de que es absurdo. Los instantes no pueden compararse ni clasificarse. Una alegría no se parece a las otras. Aun así, doy con un instante que creo que supera todas las demás alegrías, aunque sin compararlo con ningún otro.

El pensamiento y el recuerdo me retrotraen al 4 de octubre de 1992, hace veintidós años. Yo tenía entonces cuarenta y cuatro, y estaba viviendo los que seguramente han sido los años más intensos de mi vida. Pasaba casi todo el tiempo en Maputo. Llevaba a escena dos obras al año, como mínimo, y también era responsable de gran parte de la producción.

Tenía los días planificados al milímetro. Por las mañanas me levantaba muy temprano para poder trabajar un rato en el despacho antes de que el calor africano apretase demasiado. Hacia las doce del mediodía almorzaba y dormía una hora, después de descolgar el teléfono y cerrar con llave la puerta. Luego llegaba la hora de ir al teatro, donde empezaban los ensayos sobre las cuatro y se prolongaban hasta entrada la noche. De camino a casa, paraba en algún restaurante no muy grande y cenaba, por lo general solo, lo que me daba la oportunidad de leer *Noticias*, el único periódico que se publicaba entonces en Mozambique. Después me sentaba a escribir un rato, antes de irme a dormir.

Muchos de mis amigos europeos creían que llevaba una vida dramática, pero el drama lo tenía en la cabeza. Nunca, ni antes ni después, he vivido de forma tan ordenada y casi aburrida, al menos en apariencia.

El año anterior había propuesto que representáramos *Lisístrata*, de Aristófanes, una obra de dos mil años de antigüedad. Naturalmente, iba a ser necesario hacer una versión adaptada al mundo africano para que resultara comprensible a un público moderno por lo general joven, y en gran parte formado por analfabetos. Lo primero que había que eliminar era todo lo relacionado con los templos y sacerdotisas de la antigua Grecia. Debíamos depurar la idea fundamental de Aristófanes y mostrar cómo las mujeres se declaran en huelga amorosa para obligar a sus maridos a abandonar la guerra.

En Mozambique, la guerra civil llevaba diez años haciendo estragos. Muchos habían muerto. Como suele ocurrir en las guerras intestinas, se produjeron muchos y muy crueles abusos contra la población civil. Orejas y narices amputadas, niños aplastados contra un árbol... Todo el mundo tenía algún pariente o conocido afectado por la guerra. Teníamos muchas razones para montar aquella obra. Y estaba convencido de que, en el cielo de los dramaturgos, Aristófanes comprendería lo importante que era que adaptáramos la forma externa de su comedia a la realidad africana.

La cuestión era con qué íbamos a sustituir los templos y a las sacerdotisas. Un día que estaba haciendo la compra en el mercado central de Maputo lo comprendí. Al ver a todas aquellas mujeres atendiendo los puestos comprendí que era allí, precisamente, donde había que situar la acción.

Pedí a varias de las actrices del teatro que dedicaran unos días a visitar el mercado y a hablar con las mujeres que trabajaban allí. Y la idea de declarar una huelga amorosa para poner fin a la guerra civil no tardó en arraigar. Nuestro único problema era que las mujeres no terminaban de entender por qué había que hacer una representación teatral. Querían poner en práctica la idea de inmediato.

Al final representamos la obra, nuestra *Lisístrata*, que llamamos *Julietta*, el nombre de la pescadera del mercado. (La única Lisístrata que aparecía era una cabra a la que pusimos ese nombre. La cabra tenía que hacer una entrada en escena. Nos costaba mucho trabajo mantenerla callada entre bambalinas, para que no revelase lo que debía ser una gran sorpresa. Al final preguntamos a un viejo pastor, que nos dio la solución enseguida: «Ponedle sal en la boca y la mantendrá cerrada». Y así fue.)

La función fue un éxito. Por razones que ya no recuerdo decidimos que la última representación sería el 4 de octubre. Mientras permaneció en cartelera se mantuvieron negociaciones entre el Gobierno legítimo y las bandas armadas responsables de la guerra civil que actuaban como lacayos del Estado del *apartheid* sudafricano. Las negociaciones se celebraban en Roma, y no creo que nadie tuviera de verdad esperanzas de que terminaran bien. La guerra continuaría, las masacres de civiles inocentes no cesarían.

Y entonces llegó el 4 de octubre. Por la mañana se presentó un buen amigo periodista, venía a visitarme y aporreaba enérgicamente la puerta. Había ocurrido lo inesperado. Se había firmado un acuerdo de paz en Roma. Cabía una posibilidad de que aquella guerra cruel llegara a su fin.

Aquella tarde, cuando bajaba al teatro para ver la última función, ya se había confirmado la noticia. Era verdad, habían alcanzado un acuerdo de paz. En Maputo los coches circulaban tocando el claxon, como si el país hubiera ganado un partido o un campeonato internacional.

De camino, pendiente abajo, al Teatro Avenida fui madurando una idea. Al llegar me senté en el salón vacío con Lucrecia Paco, que hacía el papel de Lisístrata/Julietta, y le sugerí que dijera unas palabras después de los aplausos. Ella me entendió enseguida, pero me pidió que le diera la frase exacta.

—No —le respondí—. Debes decirlo con tus propias palabras. No vas a equivocarte.

Vi la obra de pie en un rincón junto a la primera fila. La cabra no baló en ningún momento y provocó el mismo ambiente jocosos de siempre cuando apareció en el escenario atada a una cuerda. La representación fue bien aquella última noche. Los actores estaban muy concentrados y llenos de energía. Procuraban no ir demasiado rápido, cuidando todos los detalles.

Y terminó. Los aplausos inundaron el local. Los actores estaban en el proscenio. En el Teatro Avenida los actores entran y salen a recibir los aplausos todos juntos. A la tercera ovación del público, Lucrecia alzó las manos y los aplausos se fueron apagando. Tal y como habíamos acordado unas horas antes.

Recuerdo sus palabras, las que ella misma eligió, y la forma en que las pronunció:

—Como todos sabéis, hoy se ha firmado en Roma un acuerdo de paz. Esperemos que esta guerra espantosa, con tantos crímenes y mutilaciones, haya terminado. Debemos confiar en que se respetará el acuerdo. Pero os prometo que si hace falta, volveremos a representar esta obra. Nosotros, como vosotros, no nos rendimos nunca.

Se hizo un silencio absoluto. No se oyeron más aplausos. Pero el público se levantó. Se quedaron en silencio observando a aquellos actores que habían representado una obra de más de dos mil años sobre la lucha desesperada y valerosa de unas mujeres contra la barbarie de la guerra.

Fue lo más emocionante que he presenciado nunca en un teatro. He vivido muchos momentos intensos en mi vida, pero ninguno que se acerque siquiera a lo que ocurrió aquel 4 de octubre de 1992. Fue emocionante y, al mismo tiempo, estuvo impregnado de una alegría inmensa. El diálogo entre los hombres era posible, era posible conseguir que terminara la guerra. Viví un episodio que hizo que temblara la tierra, algo había terminado, y algo distinto empezaba.

Me cuesta encontrar en toda mi vida un instante más grande y más lleno de alegría que aquel episodio en el teatro. Nada puede compararse ni clasificarse en relación con él. Y precisamente esa mañana en que trataba de prepararme para lo que podían ser buenas o malas noticias al día siguiente, me invadió el recuerdo de aquella gran alegría.

Nuestra función no tuvo ninguna influencia en la firma del acuerdo de paz. Pero, pensándolo bien, creo que sin nuestro trabajo habría faltado algo en todo lo que contribuyó a que la guerra terminara por fin. Nadie que estuviera en la última función, ya fuera en el escenario o entre el público, lo olvidaría nunca.

La lluvia persistía. Contemplé el mar a través de la neblina y pensé que, después de todo, había tenido la oportunidad de vivir un instante de una alegría inmensa en este mundo. De hecho, muchos instantes. Pero precisamente aquella mañana elegí el de la función de Lisístrata, en octubre de 1992.

Poco después de las diez de la mañana entré en la consulta del doctor Bergman.

Como si saliera a un escenario, pensé. O quizá me encontraba entre el público y el doctor Bergman, en una silla, en el proscenio.

Yo ya sabía que él siempre elegía las palabras con sumo cuidado.

—Se ha producido una tregua —dijo—. Los citostáticos han funcionado. Parte de los tumores se han reducido de tamaño, otros han desaparecido por completo. Naturalmente, eso no significa que estés sano. Pero se ha producido una tregua. Y esta tregua puede durar mucho tiempo.

En esa tregua vivo hoy. De vez en cuando pienso en la enfermedad, en la muerte, en que no existen garantías cuando se trata del cáncer.

Pero, ante todo, vivo con la esperanza de nuevos instantes de paz. En los que nadie me arrebatara la alegría de crear o de contemplar las creaciones de otros.

Instantes que vendrán. Que tienen que venir, si es que la vida ha de tener algún valor para mí.

Epílogo

Cuando mi padre era juez de Sveg en la década de 1950, iba una vez al mes al juzgado de Stenstavik. Antes de empezar el colegio, solía ir con él en el tranvía. En el piso de arriba del juzgado había una habitación para nosotros. Yo tendría cinco o seis años. Hablo de 1953 o 1954.

Una vez, mi padre dictó un auto de procesamiento contra un hombre que había cometido un homicidio en Stenstavik. El hombre era leñador y había matado a un comerciante que no era persona muy apreciada por su tacañería a la hora de conceder créditos a los leñadores pobres. Nadie parecía echarlo de menos. Pero un homicidio era un homicidio, aunque el leñador fuera pobre y quizá estuviera necesitado.

Mi padre le aplicó la pena más leve que permitía la ley.

A lo largo de la vida uno se cruza con un número incalculable de personas. En algunas nos fijamos un segundo, pero las olvidamos enseguida. Con otras tenemos un brevísimo contacto ocular que conduce a algún tipo de contacto emocional. Y con una parte de todas esas personas podemos conversar.

Tenemos la familia, los amigos, los círculos de relaciones. Todas las personas que nos conocen. Algunas se quedan por el camino, se enfría el afecto, un engaño rompe la relación, los amigos se convierten a veces en enemigos...

Pero la mayoría son sólo personas que viven al mismo tiempo que nosotros. Millones de personas que hacen una breve visita a la Tierra, una visita que coincide con la nuestra.

Desde que tengo cáncer sueño a menudo que voy caminando por calles en las que me cruzo con muchas personas. A veces me resulta difícil avanzar. En un giro repentino, el sueño me lleva al barullo de un teatro, un café o un avión. Estoy buscando a alguien. Alguien que me conoce, alguien que también me está buscando a mí.

Ahí termina el sueño. Casi siempre me despierto con la sensación de un gran alivio. No hay nada aterrador en las personas que nos acompañan o nos han acompañado en la vida. Despiertan en mí la curiosidad de saber quiénes eran en realidad. A muchas de ellas habría querido conocerlas.

Como la mujer de la catedral de San Esteban, los bailarines de tango de Buenos Aires o la chica del campo de refugiados de Mozambique que encontró a sus padres.

O el leñador y el comerciante al que mató en el centro de Norrland sesenta años atrás. Todas esas personas desconocidas están conmigo. Durante unos instantes, entraron en mi vida. Con todas ellas comparto lo que ha sido mi existencia.

Nuestra familia es en verdad infinita. Aunque ni siquiera sepamos con quién nos cruzamos en la vida durante un instante brevísimo.

Arenas movedizas

Henning Mankell

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Título original: *Kvicksand*

Ilustración de la portada: una fotografía de los años de infancia de Henning Mankell.

© Archivo privado.

© Henning Mankell, 2014. Publicado por acuerdo con Leopard Förlag, Estocolmo, y Leonhardt & Høier Literary Agency A/S, Copenhague.

© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2015

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-9066-151-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.